
KRISTA LARK
Las Ataduras del Alfa

LAS ATADURAS DEL ALFA



KRISTA LARK

© Copyright 2025 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

PRÓLOGO



KAEL

—Malditos animales —gruñó Darek, hundiendo su cuchillo profundamente en mi costado. El maldito bastardo siempre sabía no ir demasiado lejos, solo lo suficiente para mantenerme con vida para sus juegos retorcidos. Lo miré con odio, odiando lo débil que me había vuelto. Si no hubiera sido por la aquilea que me habían estado dando, ya le habría arrancado la garganta.

Debería estar parado sobre su cuerpo sin vida, no encadenado como un perro golpeado. Había sido un Alfa, alguna vez. ¿Y esto? ¿Así era como terminaba? Débil. Inútil. Incapaz de proteger a los míos.

—Bestias como tú no pertenecen aquí —sus palabras salieron como un silbido entre dientes apretados mientras torcía el cuchillo. Apreté los dientes, negándome a darle la satisfacción de ver mi dolor.

¿No pertenezco aquí? ¿Yo no pertenecía aquí? Ellos eran los que no pertenecían. Este era mi mundo. Nos llamaban bestias, animales, pero no veían la sangre en sus propias manos. No, se regodeaban en ella. No eran mejores que los monstruos que decían que éramos.

—No te preocupes, Darek. Pronto no estarán aquí. Terminaremos lo que debió haberse hecho hace mucho tiempo: acabaremos con su especie de una vez por todas.

Uno de los cazadores gritó desde el rincón de la habitación, riendo como si todo fuera un juego. Apreté los dientes con más fuerza, conteniendo el gruñido que retumbaba en mi pecho. El olor de mi sangre llenaba el aire, denso y metálico, mezclándose con el hedor a sudor y podredumbre. Cada respiro me ahogaba.

¿Cómo había llegado a esto? Mi manada había sido reducida a nada más que presa. Sus vidas pendían de un hilo, y era mi culpa. Les había fallado. Debí haberlo visto venir. Debí haber luchado más fuerte, sido más rápido, lo que fuera para detener esta pesadilla. Pero no lo hice. Y ahora, todos pagaríamos el precio.

—Demasiado fácil —se burló otro de los lacayos de Darek, acercándose. Su sonrisa era amplia, una mueca retorcida de diversión.

—Propongo que traigamos aquí también a ese idiota de Theron y sus estúpidos animales.

Incluso a través de la bruma del dolor, la mención de ese nombre encendió una rabia tan profunda que ardía más que la plata en mi costado.

Theron. El bastardo que había vendido a mi manada a estos carniceros, a estos cazadores. Había sido uno de nosotros. Se suponía que debía estar con nosotros. En cambio, nos había traicionado a todos por su propio beneficio egoísta. Nunca lo perdonaría. Me aseguraría de que pagara por lo que había hecho. Si sobrevivía a esto, lo cazaría yo mismo.

—Paciencia, Vivek. Theron y su manada también serán eliminados. Solo son más bestias esperando ser sacrificadas. No nos detendremos hasta que el último hombre lobo encuentre su muerte.

Darek soltó una risa oscura, sacando el cuchillo con un movimiento rápido. La sangre se acumuló debajo de mí, caliente y húmeda.

—Llegaremos a ellos. Una manada a la vez —la voz de Darek goteaba desprecio mientras hundía sus dedos en mi herida abierta.

El ardor del cuchillo de plata aún era fresco, y apreté los dientes con más fuerza, decidido a no reaccionar.

¿Un grupo a la vez? Preferiría morir antes que permitir que destruyeran lo que quedaba de mi manada, de nuestra especie. Pero en ese momento, ni siquiera podía luchar. No podía transformarme para sanar. Estas cadenas, este veneno… no solo habían encadenado mi cuerpo, sino también mi voluntad. Pero no podía dejar que lo vieran. No podía darles la satisfacción de saber cuánto me habían quebrado.

—Pero por ahora, te tenemos, Alfa —dijo, y la palabra era una burla, una provocación. Los dedos de Darek se hundieron más en mi herida, y vi la sonrisa en su rostro; disfrutaba de esto. Quería verme desmoronarme, pedazo por pedazo.

Alfa. Solía llevar ese título con orgullo. Ahora, se sentía como una maldición. ¿Qué clase de Alfa era si no podía proteger a mi manada? Mi gente moría a mi alrededor, y no podía hacer nada para evitarlo. Pero no dejaría que me lo quitaran todo.

Darek agarró de nuevo el maldito cuchillo de plata, el mismo que había usado para tallar agonía en mí una y otra vez. Mi respiración se cortó cuando el metal frío tocó mi piel, y me preparé para lo que venía.

La hoja se hundió en mi costado, lenta y deliberadamente, cortando músculo y tendones como si fuera mantequilla. Mi cuerpo se sacudió contra las cadenas, el veneno en mis venas haciendo que cada movimiento fuera torpe, cada intento de luchar inútil.

Hubo momentos en los que deseé la muerte, un fin para la agonía. Pero la muerte sería la escapatoria de un cobarde, y aún tenía venganza por la que vivir.

El dolor era insoportable, pero no se comparaba con la culpa. La culpa de saber que yo era la razón por la que mi manada sufría, que no podía detener esto. Les había fallado. Les había fallado a todos. Y

ahora, todo lo que podía hacer era aferrarme, esperando que de alguna manera encontrara una salida. Pero con cada segundo que pasaba, esa esperanza se alejaba más y más.

La sonrisa de Darek se ensanchó mientras arrancaba un pedazo de carne, la sangre brotando de la herida abierta. Lo agitó frente a mi rostro como si fuera un trofeo, el olor de mi propia sangre denso en el aire. Mi visión se nubló, mi respiración se convirtió en jadeos entrecortados mientras luchaba por aguantar, por evitar gritar.

—Carne fresca —sonrió Darek, lanzando el trozo al fuego. Las llamas chisporrotearon, el hedor de la carne quemada—mi carne—llenó la habitación. El gruñido que escapó de mí fue bajo, primitivo, pero las cadenas se clavaron en mi piel, manteniéndome atado. El fuego no era nada comparado con la rabia ardiente dentro de mí.

Si tan solo pudiera transformarme. Si tan solo pudiera sentir el poder del lobo de nuevo, la fuerza que lo acompañaba. Pero el veneno en mi sangre me mantenía atrapado en este cuerpo destrozado.

—No puedo esperar para acabar con el grupo de Theron ahora. Quiero ver cómo se le borra esa arrogancia de su rostro cuando se dé cuenta de que no tenemos intención de cumplir nuestra parte del trato —murmuró uno de los cazadores más jóvenes, rodeándome como un depredador jugando con su presa.

—Los humanos no pactan con animales —intervino Darek, su voz fría, cada palabra cortante como el cuchillo en mi costado.

—Y los alcanzaremos porque no tienen lugar aquí. No son más que animales. Su tiempo llegará.

Darek se agachó más cerca de mí, su mirada clavada en la mía, y sentí el asco que emanaba de él en oleadas. Él creía que yo estaba por debajo de él, solo otra bestia para ser sacrificada.

—Por ahora, desangraremos a estos uno por uno. Enviaremos un mensaje al resto de su especie. Los animales no deberían vivir entre nosotros.

Mi visión se nubló de nuevo mientras el dolor arañaba mi mente, pero me obligué a concentrarme. Podía escuchar los débiles alientos de mis compañeros de manada en la habitación—jadeos y gemidos superficiales. Cada uno de ellos sufría porque no había sido lo suficientemente fuerte para protegerlos.

Debí haber sido más rápido. Más inteligente. Debería haber visto la trampa antes de que se cerrara a nuestro alrededor. Ahora, mi manada pagaba por mi fracaso. Y no podía hacer nada para detenerlo. ¿Cuánto más podrían soportar antes de que no quedara nada de nosotros?

Los hombres lobo habían sido cazados durante siglos, empujados a las sombras, manteniéndose alejados de los humanos. Pero nunca importó. Los humanos siempre encontraron una excusa para masacrarnos—justificándolo llamándonos monstruos, bestias, animales.

Siempre habían temido lo que no entendían. Pero yo haría un ejemplo de estos cazadores. Los despedazaría, pieza por pieza, y el resto de su clase lo pensaría dos veces antes de venir por nosotros de nuevo.

—¿Qué pasa, Alfa? —se burló Darek, su voz aguda, burlona.

—¿No te queda lucha? ¿O finalmente te has dado cuenta de lo que realmente eres?

Lo miré fijamente, el odio ardiendo en lo profundo de mi pecho. Un día. Un día lo despedazaría. No lo vería venir, no hasta que fuera demasiado tarde.

—Te arrepentirás de esto —gruñí, mi voz áspera pero firme.

—Todos y cada uno de ustedes.

Los labios de Darek se curvaron en una sonrisa que no llegaba a sus ojos. Se acercó a mí de manera casi imposible, su aliento rancio en la tenue luz.

—Ya lo veremos —siseó, dándome una patada fuerte en las costillas. El impacto envió una ola de dolor fresco a través de mi cuerpo ya maltrecho. Apreté los dientes, negándome a darle la satisfacción de escucharme gemir.

—Quizás sea hora de recordarle quién manda ahora —dijo Silas, levantando una larga vara plateada del fuego. La punta brillaba al rojo vivo, el metal reluciendo, su calor abrasador incluso desde donde estaba encadenado.

No. No otra vez. No la plata.

Sin decir una palabra, Silas cruzó la habitación hacia mí, sus pasos lentos y deliberados, saboreando cada segundo de mi agonía. Mi cuerpo se tensó, mi lobo empujando con más fuerza contra las cadenas, pero fue inútil. Las esposas de plata quemaban mi piel, y la cicuta envenenaba cada centímetro de mi sangre, manteniéndome atrapado en esta forma rota.

Quería luchar. Quería arrancar esa sonrisa de satisfacción de su rostro, pero no podía. No así.

Silas presionó la vara ardiente en la herida de mi costado, y el mundo estalló en dolor. No pude contener el grito que salió de mi garganta, el sonido crudo y lleno de agonía. El olor a carne quemada llenó el aire de nuevo, más fuerte ahora, mientras mi piel se chamuscaba bajo el calor de la plata.

Los cazadores rieron mientras yo luchaba, mis músculos se espasmaban contra las restricciones. Podía sentir a mi lobo arañando bajo la superficie, desesperado por liberarse, por defender lo que quedaba de mi manada, pero estaba atrapado en este cuerpo, esta jaula. Mi mundo se redujo a nada más que el sonido de mis propios gritos y la quemadura agonizante de la plata en mi costado.

Darek arrojó el garrote a un lado, cruzando los brazos sobre su pecho mientras me observaba. Sus labios se curvaron en una mueca, sus ojos brillando con satisfacción.

—Esto es solo el principio, Alfa. Recuerda mi promesa. Nos tomaremos nuestro tiempo contigo. Asegurándonos de que cada uno de los miembros de tu manada te vea caer.

Cerré los ojos por un momento, dejando que la oscuridad me envolviera. Pensé en todos los miembros de la manada que habían caído debido a mi debilidad. Porque no pude protegerlos. El dolor, la humillación y la traición de Theron habían causado un sufrimiento interminable a mi manada.

Theron, pagarás. Pagaría por cada vida perdida.

Me aseguraría de ello. Si tenía que arrastrarme fuera de este lugar con mis manos y rodillas, lo encontraría. Haría que se arrepintiera del día que nos traicionó. ¿Y estos cazadores? Creían que habían ganado, pero no tenían idea de lo que les esperaba. Estaban jugando con fuego, y se quemarían.

Todos pagarían por lo que habían hecho. Los despedazaría, tal como lo habían hecho con nosotros. Y cuando terminara, no quedaría suficiente de ellos para enterrar. Sería su pesadilla.

Todos pagarían. Cada uno de ellos.

Todos pagarían por lo que habían hecho, diez veces más.

CAPÍTULO 1



LENA

—Mírate —la voz de Kael era un susurro bajo y letal, cada palabra impregnada de veneno. Dio un paso hacia mi padre, erguido sobre él como un verdugo listo para dictar sentencia.

—Después de todo lo que has hecho, y sin embargo, aquí estás de rodillas, como el cobarde que eres.

Sus ojos brillaban con una intensidad que nunca antes había visto, y el poder puro que emanaba de él me erizó la piel.

No podía respirar. El miedo me atenazaba con tal fuerza que mis pulmones se negaban a funcionar. Había oído hablar de Alpha Kael, los rumores que se susurraban desde hacía años, pero nunca imaginé que la realidad sería tan aterradora. Su presencia era sofocante. Mi cuerpo se cubrió de piel de gallina mientras él miraba a mi padre, quien había sido reducido a la fuerza por los hombres de Kael, igual que yo.

Durante años, había temido este día, pero al verlo caer, solo sentí un alivio hueco. Sus pecados finalmente lo habían alcanzado, y no sabía si llorar o agradecer al destino.

Él era el hombre que había intercambiado vidas por poder, vendiendo a la manada de Kael a los cazadores y encadenando al

resto en la miseria. Yo había intentado ser diferente, enmendar sus errores, aunque nunca podría deshacer el daño que había causado.

Habían pasado más de cinco años, y nadie creía que Kael regresaría. Ni siquiera mi padre, quien, sin duda, pensó que Kael ya habría muerto a manos de los cazadores.

Pero allí estaba, en toda su aterradora presencia como Alpha. Su poder era innegable, y mientras estaba arrodillada, encadenada e indefensa, me di cuenta de lo tonto que había sido pensar que podríamos escapar de esto. Lo tonto que había sido pensar que yo podía escapar de esto.

No esperaba que un día relativamente normal se convirtiera en una carnicería cuando Alpha Kael y sus guerreros atacaron. Su asalto fue rápido, tan rápido que mi padre y los demás ni siquiera se dieron cuenta de lo que había sucedido hasta que fue demasiado tarde.

Alpha Kael y sus guerreros habían caído sobre nosotros como sombras, letales y precisos. No hubo advertencia, ni clemencia.

Mi cuerpo dolía por el golpe que me había derribado, pero apenas podía sentirlo por encima del miedo. Intenté moverme, pero el guerrero que me sujetaba tenía un agarre de hierro en mis brazos. No había escape. No había forma de luchar. Era demasiado débil. Inútil.

—¿Pensaste que podrías huir, Theron? —continuó Kael, su voz peligrosamente baja, sus palabras impregnadas de desprecio.

—¿Pensaste que podrías escapar del destino que mereces después de todo lo que has hecho?

Miré a mi padre. El hombre que alguna vez inspiraba miedo y respeto ahora estaba arrodillado en la tierra, con los hombros rígidos y tensos. Sus labios estaban apretados en una línea firme, y aunque su rostro seguía siendo una máscara de desafío, sus dedos se agitaban incontrolablemente a los lados, delatando el miedo que se negaba a mostrar. Su pecho subía y bajaba con respiraciones

superficiales mientras sus ojos se dirigían hacia su némesis, sus manos cerrándose en puños que temblaban levemente.

Incluso ahora, no admitiría la derrota. Incluso con la muerte mirándolo a la cara, seguía intentando fingir que tenía el control.

Los ojos de Kael se posaron en mí, deteniéndose un momento. Me mantuve firme, sosteniendo su mirada. Una chispa de sorpresa cruzó su rostro antes de endurecerse en una fría furia.

Luego, su mirada recorrió los cuerpos de los guerreros caídos de mi padre, aquellos que habían intentado ayudarnos a mí y a mi padre a escapar. Yacían sin vida, su sangre tiñendo la tierra, después de que Alpha Kael hundiera sus garras en sus gargantas. Ni siquiera había sudado. Sus labios se curvaron en una mueca burlona mientras sus ojos penetrantes clavaban a mi padre en el suelo.

Quería cerrar los ojos, apartar la mirada de la carnicería que me rodeaba, pero no podía. El hedor de la sangre llenaba el aire, espeso y sofocante. Sentía como si se adhiriera a mi piel, como si se filtrara en mis huesos. Quería correr, gritar, hacer algo, pero estaba paralizado. Mi cuerpo se sentía como de piedra.

A pesar del terror que me desgarraba por dentro, no podía evitar observarlo. Su fuerza, su presencia, era abrumadora.

Era diferente a cualquier persona que hubiera visto antes. Su rostro era afilado, su mandíbula fuerte, su cabello salvaje, cayendo libremente sobre sus hombros. Sus ojos, aunque llenos de odio, eran llamativos, casi magnéticos. Pero era peligroso. Lo sabía con cada fibra de mi ser. Era la muerte en persona.

Su objetivo era claro: destruirnos. Ni siquiera podía apartar la mirada de él. ¿Qué me pasaba? Debería haber estado luchando, resistiendo, haciendo cualquier cosa menos quedarme ahí sentado como un cobarde, esperando a que llegara el final.

—Kael —escupió mi padre, con voz áspera, pero podía escuchar el miedo filtrándose en los bordes de sus palabras—. ¿Crees que esto

cambia algo? Tú y tu manada no eran nada. Débiles. Patéticos. Esos cazadores deberían haberse deshecho de ti cuando les di la oportunidad.

Un gruñido resonó en lo profundo del pecho de Kael, sus garras extendiéndose mientras se acercaba aún más. Sus ojos ardían de un rojo intenso ahora, su lobo asomando, apenas contenido.

Nunca había visto algo así. La ira que emanaba de él se sentía como una tormenta dispuesta a consumir todo a su paso. Quería gritar, decirle a mi padre que dejara de provocarlo, pero mi voz no salía. Mis labios se separaron, pero las palabras murieron en mi garganta. Si mi padre seguía presionándolo, nos mataría a todos. Pero a él no le importaba. Nunca le importó.

Siempre había sido así: imprudente, pensando que era intocable. Recordé cuando las manadas vecinas lo habían confrontado por lo que le hizo a la manada de Alpha Kael, cómo habían exigido justicia después de que los traicionara durante una negociación de tregua. En lugar de enmendar sus errores, como yo y todos en la manada habíamos querido, se empecinó más, extendiendo mentiras y manipulando la situación, haciéndolos parecer débiles. Cuando intentaron unir a las otras manadas en su contra, él respondió enviando espías a sus territorios, filtrando secretos y volviendo a sus aliados en su contra. Su traición había sido la chispa que alimentó la animosidad entre nosotros y las otras manadas. Nadie se atrevía a desafiarlo directamente, pero todos querían su cabeza. Los silenció con amenazas y violencia, dejándonos rodeados de enemigos, cada uno esperando el momento para atacar.

Siempre había imaginado que moriría a manos de uno de los enemigos de mi padre. Había muchos para elegir—personas con todas las razones para quererlo muerto. Pensé que tendría más tiempo. Tal vez podría huir, escapar a un lugar donde no pudieran encontrarme. Pero ahora, mirando a Alpha Kael, me di cuenta de que estaba equivocado. No había escapatoria de esto. No de él.

—Tienes razón, deberían haberlo hecho, porque ahora no hay escapatoria de tu infierno. Te haré rogar por la muerte. Te haré desear haberme matado esa noche hace cinco años—rugió Kael, su voz más fría que el hielo.

—¿Quieres saber por qué hice lo que hice con tu estúpida manada? No son dignos. Tu padre era débil—siguió provocándolo mi padre. Lo miré, preguntándome qué buscaba ganar al pedir la muerte.

—Y tú no eres mejor, Kael. Mírate—apenas eres más que una sombra del Alpha que una vez fuiste. Tu manada está destruida por tu debilidad, y no eres nada—.

Los ojos de Kael brillaron con furia, y en ese momento supe que mi padre lo había llevado demasiado lejos. Los músculos de sus brazos se tensaron, sus garras se extendieron y, con un gruñido, atacó.

Sus garras atravesaron la garganta de mi padre en un movimiento rápido y brutal. La sangre salpicó el suelo, caliente y espesa, su olor llenando el aire. Mi padre gorgoteó, sus manos arañando su cuello en un intento inútil de detener la hemorragia, pero no sirvió de nada. Tropezó, sus ojos abiertos por la sorpresa, y luego cayó.

No podía respirar. No podía moverme. Todo lo que podía hacer era mirar cómo el cuerpo de mi padre golpeaba el suelo, se convulsionó una vez antes de quedarse completamente quieto. El hombre que siempre había sido tan intocable, tan invencible, ahora yacía hecho un ovillo en el suelo, su sangre acumulándose a su alrededor. Estaba... muerto. Así de simple.

Un segundo antes estaba burlándose, lanzando insultos, y ahora se había ido. Simplemente... se había ido.

No podía emitir sonido. Mi garganta estaba cerrada, mi cuerpo paralizado mientras veía cómo la vida se escapaba de sus ojos. Mi padre estaba muerto.

Todo lo que sentía era un vacío, un espacio hueco dentro de mí. Tal vez era porque, en el fondo, siempre supe que esto pasaría. Pensé

que el karma lo alcanzaría algún día, que finalmente pagaría por todo lo que había hecho. Ahora que había sucedido, no había sorpresa, no había dolor—solo el peso callado de la inevitabilidad. Era como si una carga se hubiera levantado, pero en lugar de sentir alivio, solo había... nada.

Kael se paró sobre el cuerpo de mi padre, su pecho subiendo y bajando, sus garras aún goteando sangre. Sus ojos estaban distantes.

—¿Debemos arrojarla a las mazmorras con los demás también?—la voz del guerrero era áspera mientras asentía hacia mí.

Los ojos de Kael se clavaron en mí por primera vez, fríos e implacables. Su mirada me golpeó como una espada, afilada e indulgente, cortando cualquier resolución que me quedara. Sus ojos ardieron en mí, y por un momento, sentí como si me hubieran desnudado, cada secreto, cada miedo expuesto ante él.

No había escapatoria de su mirada. Me inmovilizó, dejándome sin aliento, como si el peso de su furia presionara mi pecho.

Era aterrador. El tipo de terror que me dejaba paralizado, como una presa atrapada en la mirada de un depredador. Su sola presencia era suficiente para que me faltara el aire, para que mi corazón latiera con fuerza en mi pecho, pero no era solo miedo—era algo más oscuro. Él estaba allí, erguido sobre mi padre y yo, como el mismísimo diablo, viniendo a cobrar una deuda largamente pendiente.

Necesitaba hablar, suplicar por mi vida, pero las palabras no salían. Si así era como iba a morir, deseaba que fuera rápido. Pero mirándolo ahora, sabía que la muerte no sería fácil.

Era aterrador. Hermoso de una manera que solo lo hacía más peligroso. Sus rasgos afilados y esos ojos fríos e implacables estaban llenos de furia. La muerte no estaba en camino; estaba aquí, a centímetros de mí, y no había nada que pudiera hacer para evitarla.

La manera en que me miraba era como si ya estuviera muerta. Como si mi vida no fuera más que una formalidad en ese momento. Siempre supe que este día llegaría, pero ahora que estaba aquí, solo sentía un frío temor llenando mis venas.

Al menos moriría rápidamente, pensé con amargura. Era casi risible la idea de que había sobrevivido todo este tiempo solo para morir de esta manera. Quizás era apropiado, después de todo. La hija de un traidor, encontrando su final a manos del mismo hombre al que su padre traicionó.

Si iba a morir hoy, al menos sería por la mano de alguien como él. Una parte de mí casi se burlaba de ese pensamiento, del extraño consuelo que encontraba en él.

Había estado preparada para la muerte desde el momento en que mi padre hizo aquel trato con los cazadores. Sabía que, tarde o temprano, Alpha Kael o los otros Alfa de las manadas vecinas que se enteraron de lo que hizo mi padre vendrían por él.

Ya fuera hoy o mañana, no cambiaba el hecho de que mi destino ya estaba sellado. Al menos ahora no tendría que seguir huyendo.

Su mirada se endureció y, de repente, una sonrisa helada se dibujó en la comisura de sus labios.

—Theron puede haber escapado de la muerte que realmente merecía —dijo Kael, con una voz baja y amenazante, su mirada perforándome—, pero tú... tú pagarás por sus pecados al completo.

Mi corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho. —Yo... yo no tuve nada que ver con lo que él hizo —logré balbucear, con la voz temblorosa.

—No soy él —dije, afianzando mi voz mientras alzaba la mirada.

—No importa lo que pienses de mi padre, yo elijo mi propio camino.

—No puedes hacerme responsable de sus acciones.

Kael se acercó más, su sombra cerniéndose sobre mí, sus ojos entrecerrados con un frío desdén.

—¿Ah, no? —Sus labios se curvaron en una sonrisa oscura.

—Llevas su sangre. Eso es suficiente.

¡Yo nunca elegí ser su hija! Mi corazón se retorció de rabia. Si tan solo mi padre hubiera escuchado. Me había criado, me había dado un lugar en su mundo. Pero eso no hacía que las consecuencias de sus decisiones fueran más fáciles de sobrellevar.

—¡Pero eso no es justo! —espeté, el pánico apoderándose de mí mientras retrocedía, sintiendo la fría pared de piedra contra mi espalda.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por aquella mirada fría y vacía.

—¿Justo? —Escupió la palabra como si fuera una maldición.

—¿Crees que la justicia me importa después de lo que hizo tu padre?

No podía respirar. El aire se sentía denso, sofocante, como si se cerrara a mi alrededor.

—Está bien, pero te pido algo —mi voz tembló ligeramente, apenas un susurro.

—Por favor... haz que mi muerte sea lo menos dolorosa posible. —Las palabras sabían amargas en mi lengua, pero mantuve su mirada, rehusándome a apartar los ojos, incluso cuando la realidad de mi destino se asentaba. Este era su objetivo: eliminarnos. A todos nosotros.

El rostro de Kael permaneció duro, su expresión indescifrable. Sus ojos brillaron con algo oscuro, algo frío, mientras me observaba durante lo que pareció una eternidad. El silencio se extendió, pesado y sofocante. Podía sentir mi pulso acelerado, mi respiración superficial, pero no retrocedería. No ahora.

Entonces, lentamente, sus labios se torcieron en algo que no era exactamente una sonrisa.

—¿Muerte? —Su voz era baja, casi burlona, cada palabra goteando desdén. Inclinó ligeramente la cabeza, la diversión apenas disimulada.

—¿Crees que te concedería esa misericordia, una salida fácil? —preguntó, acercándose aún más, su presencia sofocante, tragándose el aire a mi alrededor.

El nudo en mi estómago se apretó, pero mantuve mi rostro sereno, negándome a permitir que viera las emociones que me invadían. Su mirada recorrió mi cuerpo, lenta y deliberada.

—¿Muerte sin dolor, dices? —Se inclinó hacia mí, bajando la voz hasta un susurro peligroso, su aliento cálido rozando mi piel y provocando que se me erizara el vello.

—La muerte sería una misericordia. —Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, cada sílaba cargada de veneno.

Sentí cómo mi pecho se oprimía, el último destello de esperanza se apagó, dejando solo un vacío lleno de temor. Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas mientras sus ojos fríos y distantes brillaban con algo que no lograba identificar.

Por un breve momento, su mirada se endureció, las sombras en sus ojos se profundizaron. Luego, como si yo no fuera más que una pieza rota en su juego, se enderezó y se dio la vuelta, su espalda rígida e inmóvil.

—Llévensela —ordenó, su voz fría y distante, despidiéndome con un gesto de la mano.

Me estremecí, no por sus palabras, sino por la frialdad en su tono. Como si yo no fuera más que otra baja en su búsqueda de venganza.

—¡No! ¡Esperen! —grité, forcejeando mientras los guardias me agarraban de los brazos, sus manos ásperas arrojándome de pie.

Pero él ni siquiera se volvió. Sus pasos eran lentos, medidos e implacables, dejándome ser arrastrada hacia las mazmorras.

El agarre de los guardias se endureció mientras me arrastraban por el suelo, mis piernas cediendo bajo mi peso. La gravedad de todo lo que había pasado y lo que estaba por venir me golpeó con fuerza, pesada y asfixiante.

Esto era todo. No había misericordia. No había escape.

Solo el infierno.

* * *

Las mazmorras eran frías, húmedas y asfixiantes. Cada sonido resonaba en las paredes de piedra: el goteo del agua, el correteo de las ratas, el ocasional tosido o sollozo de los otros prisioneros.

Habían pasado dos días desde que me encerraron aquí abajo, y la oscuridad no daba tregua. Mi cuerpo dolía de tanto yacer en el suelo duro, mis músculos rígidos y adoloridos. Pero lo peor no era el dolor ni el frío; era la espera. La incertidumbre.

Me senté, apoyándome en la pared, mirando sin ver las barras de hierro que me mantenían atrapada. Desde mi posición, podía ver a los demás: las mujeres, los niños, todos acurrucados en sus celdas.

Algunos me miraron con lástima en los ojos, otros con miedo. Eran miembros de la manada de mi padre, pero no tenían parte en su maldad. Eran inocentes, atrapados en el fuego cruzado de sus pecados, y ahora estaban pagando el precio.

Mi mirada se desvió hacia una niña pequeña, su rostro manchado de tierra y sus ojos bien abiertos. Se aferraba al brazo de su madre, demasiado joven para entender el miedo que debería sentir.

No sabía que, por culpa de mi padre, por los pecados que él había cometido, su vida corría peligro. Solo conocía el consuelo del abrazo de su madre, sonriéndome, completamente ajena a que yo era alguien a quien debería odiar.

Intenté devolverle la sonrisa. Sabía que no habría un final feliz para mí, pero tal vez todavía había una oportunidad de luchar por las vidas de estos niños.

No podía quedarme allí sentada, esperando mi destino mientras los inocentes sufrían. Me levanté, cada músculo protestando, pero no me importó. Solo había una cosa que podía hacer. Tenía que enfrentarlo. Tenía que intentarlo.

—¡Guardia! —Mi voz estaba ronca, pero lo suficientemente fuerte como para atraer la atención del guardia más cercano. Me aferré a las barras de hierro, manteniéndome lo más erguida que pude.

—Tengo algo que Alpha Kael necesita escuchar.

El guardia, un hombre robusto con una cicatriz que le recorría la mandíbula, se giró y levantó una ceja.

—¿Y qué te hace pensar que el Alfa tiene tiempo para escucharte? —preguntó el guardia.

Me acerqué más a los barrotes, manteniendo su mirada.

—No estoy pidiendo. Estoy diciendo. Necesito verlo.

Esbozó una sonrisa burlona, sacudiendo la cabeza como si acabara de hacer un chiste.

—A nadie le importan tus necesidades aquí abajo. Y mucho menos al Alfa Kael.

Enderecé los hombros, negándome a dejar que me intimidara. Me acerqué aún más a los barrotes, bajando la voz como si compartiera un secreto.

—Dile que sé algo. Algo importante. Algo que necesita saber, o nuestra seguridad aquí estará en peligro.

Entrecerró los ojos, claramente debatiendo si yo valía la pena el esfuerzo.

—¿Y por qué debería creerte?

Mantuve su mirada, con el corazón acelerado, pero me negué a retroceder.

—Porque si no lo haces, y resulta ser algo que podría afectarlo a él, a la manada, bueno... ambos estaremos en problemas. ¿Quieres ser el que le ocultó eso?

El guardia vaciló, intercambiando una mirada con el guardia más joven que estaba cerca de la entrada del calabozo. El más joven se encogió de hombros y luego se adentró en las sombras sin decir una palabra. Contuve la respiración, con las palmas sudorosas, pero mantuve la expresión calmada.

Después de lo que pareció una eternidad, el guardia más joven regresó y asintió rápidamente al que sostenía las llaves. Para mi sorpresa, el guardia robusto no discutió. Refunfuñó entre dientes, pero dio un paso al frente y abrió la puerta. La puerta de hierro crujió al abrirse, y el sonido resonó por todo el calabozo.

Tragué saliva, sin saber qué sentir al enfrentarme de nuevo al diablo. Pero no dudé. Esta podría ser mi única oportunidad.

Salí de la celda, y por primera vez desde que me arrojaron aquí abajo, sentí que estaba caminando hacia el infierno.

CAPÍTULO 2



KAEL

Llevo días inquieto. Matar a Theron de la forma en que lo hice no me trajo satisfacción. La facilidad de su muerte me carcomía; debería haberlo hecho sufrir. Hacerlos sufrir a todos.

Las palabras de mi guerrero irritaron mis ya tensos nervios. Lena exigió verme debido a algunas amenazas de seguridad. Como si todavía tuviera alguna autoridad, como si la caída de su padre no la hubiera despojado de todo poder. Pronto aprendería su lugar.

Cuando la arrastraron a la habitación, con las rodillas rozando el suelo de piedra, el calor de mi ira aumentó. La audacia de su petición colgaba de ella como la suciedad adherida a su piel.

—Arrodíllate ante tu Alfa —gritó el guerrero, empujándola con fuerza. Cayó de rodillas sin resistencia, con la cabeza gacha, el cabello enmarañado, ocultando su rostro.

Me levanté, cada paso deliberado mientras cerraba la distancia. Sus dedos se contrajeron contra la piedra fría, su cuerpo rígido, preparándose para lo que venía. No levantó la vista; lo suficientemente inteligente como para saber que no debía hacerlo.

—¿Exigiste verme? —Mi voz era un gruñido bajo, apenas contenido.

Su boca se abrió, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, agarré su brazo y la levanté violentamente. Sus ojos se abrieron de

par en par, el sorprendo destellando en sus facciones. La sorpresa solo avivó mi furia.

—¿Quién te crees que eres para hacer exigencias?

La acerqué más a mí, notando—contra mi voluntad—la delicada línea de su mandíbula antes de descartar el pensamiento tan rápido como había llegado.

—¿Crees que todavía tienes algún poder aquí?

Su respiración se cortó, los labios entreabiertos como si quisiera hablar, pero no salió ningún sonido.

—Yo… por favor… —balbuceó.

Antes de que pudiera terminar, la arrojé al suelo. Cayó con fuerza, un gemido escapando de sus labios al golpear el piso. Me cerní sobre ella, apenas capaz de mantener mis emociones bajo control.

—¿Pensaste que podrías manipular tu camino hasta mi presencia? —espeté.

—¿Pensaste que mentir funcionaría?

Su cabeza se sacudió, el pánico brillando en sus ojos.

—Yo… no estaba intentando… —tartamudeó.

—No me mientas —la interrumpí bruscamente.

—¿Crees que no sé lo que sucede en este territorio? ¿Pensaste que podrías engañarme, verdad?

Su boca se abrió, pero no salieron palabras. Me agaché, agarrando su barbilla y obligándola a mirarme a los ojos.

—Dime —dije con voz baja y peligrosa—, ¿cuál era tu verdadero plan?

Su respiración se agitó, su mirada vacilante.

—No había ningún plan… esta era la única forma en que me permitirías hablar contigo.

Apreté mi agarre en su barbilla.

—Así que mentiste, pensando que podrías manipularme para que escuchara lo que consideras tan importante —dije, mi ira creciendo. Ya me había asegurado de que no quedaran amenazas, ninguna escapatoria. Después de meses de planear cuidadosamente hacer pagar a Theron, sabía todo lo que necesitaba saber para que no representara una amenaza para la seguridad.

—Eres más tonto de lo que pensaba —dije.

—Puede que sea tonta, pero lo que tengo que decir es importante para mí —susurró ella, con la voz temblorosa.

—Mi manada...

La empujé, observando cómo tropezaba y se sostenía con las manos y las rodillas. Su cabello cayó sobre su rostro, y luchó por estabilizar su respiración.

—¿Crees que me importa lo que quieras decirme sobre tu manada? —dije con frialdad.

No respondió de inmediato. Allí arrodillada, temblando pero sin suplicar, con la cabeza agachada. El hecho de que no rogara, de que no mostrara miedo, me enfureció aún más.

—Solo te pido que los perdones. Por favor —dijo.

—¿Perdonarlos? —me burlé, encontrando su valor algo divertido.

—¿Y qué hay de ti? Dime por qué no debería matarte aquí y ahora por engañarme para venir y perder mi tiempo —exigí, observándola de cerca, deseando verla quebrarse.

Sus hombros se tensaron, pero no levantó la cabeza. Su voz era apenas un susurro.

—Puedes matarme, pero te pido a cambio que perdones a mi manada de tu ira. Ellos son inocentes de lo que hizo mi padre. Ninguno de ellos pudo haber desafiado a un Alfa y lo sabes —dijo.

Por un momento, sus palabras resonaron en mí. Pero lo aplasté, estrechando mi mirada.

—¿De verdad esperas que los trate de manera diferente por eso? —dije con desdén.

Ella me miró entonces.

—No merecen morir por los pecados de mi padre. Algunos son solo niños; ni siquiera saben lo que está pasando —dijo.

La calma en su voz me desconcertó por un momento. Esperaba que se acobardara, que suplicara. Pero ella era diferente. Desafiante, incluso en su desesperación.

Me enderecé, retrocediendo para estudiarla. Había algo en la forma en que me miraba, como si me estuviera desafiando. Solo avivó el fuego de mi ira.

—¿Crees que me importa todo eso? —Mis garras se extendieron, las puntas plateadas reluciendo.

—¿Acaso tu padre perdonó al mío? ¿Se les mostró misericordia a los míos? ¿No convirtió tu padre a los niños de mi manada en esclavos? —pregunté.

Su respiración se estremeció, pero su postura permaneció firme.

Apreté la mandíbula, reprimiendo los sentimientos que sus palabras despertaron en mí. Mis garras se cerraron con más fuerza.

—¿O crees que tu manada es más digna que la mía? —Me incliné, mi aliento rozando su rostro.

Su cuerpo se tensó.

—No. No puedo... —Tragó saliva con dificultad, su voz temblaba.

—Pues no lo son, y los trataré como basura, tal como tu padre hizo con los míos. Debería intercambiarlos por oro, como tu padre hizo con los cazadores a cambio de mi manada —dije.

—Por favor, no lo hagas. Tú y tu manada no merecían nada de lo que mi padre les hizo. Puede que no sepa lo que los cazadores les hicieron, pero sé que fue peor de lo que puedo imaginar —dijo.

Sus palabras arañaron algo muy dentro de mí, algo enterrado. La ira brotó en mi sangre.

—¿Imaginar? —Mi voz se volvió fría y cortante.

—No tienes idea.

Ella se estremeció, la mirada bajó al suelo, sus hombros se hundieron. No volvió a hablar, y el silencio se espesó, mi furia ardiendo con más fuerza.

—Por eso me aseguraré de que tu manada pruebe lo que la mía sufrió. Tu padre destruyó mi manada, y no lo dejaré pasar ni siquiera en su tumba —dije.

Ella tomó un respiro lento e inseguro.

—Entonces tómame a mí. Castígame por lo que él hizo. Mátame si es necesario, Alfa. Pero perdónalos... ellos no eligieron esto —dijo.

Me quedé quieto, sus palabras me tomaron por sorpresa. No había miedo en ella ahora. No estaba pidiendo por sí misma.

—Ellos no tuvieron elección —susurró, mirándome con firmeza.

—Tomaré cualquier castigo que quieras. Solo... perdona a los que no lo merecen.

* * *

La casa de la manada estaba en silencio, excepto por el ocasional crujido de pies que se movían inquietos en la tierra. La manada de

Theron, o lo que quedaba de ella, estaba frente a mí, con las cabezas gachas y los hombros encorvados, intentando hacerse más pequeños. Cobardes. Cada uno de ellos.

Dejé que mi mirada recorriera al grupo. Su sumisión nacía del miedo, nada más.

Di un paso adelante, mis botas crujieron contra la tierra. El sonido hizo que algunos de ellos se estremecieran. Bien.

—Están aquí hoy —comencé, con una voz cortante que atravesó el pesado silencio—,

—porque yo lo he permitido.

Me moví entre la multitud, escudriñándolos con la mirada, desafiándolos a que se enfrentaran a mí. Ninguno de ellos me miró a los ojos.

—Viven porque me conviene —continué, con un tono frío—.

—Pero no se equivoquen. No están aquí como iguales de mi manada.

Me detuve en el centro del grupo, mi mirada fijándose en el Beta de Theron. Estaba ligeramente apartado de los demás, con la cabeza más baja que el resto. Sus dedos se agitaban a los costados, delatando sus nervios. Sabía lo que venía. Todos lo sabían.

—Tú eras el Beta de Theron, ¿no es así? —dije, dando un paso lento hacia él.

—Sí, mi nombre es Garrick —murmuró, con una voz apenas audible. Sus hombros se tensaron, y la cabeza se hundió aún más.

El silencio entre nosotros se extendió, cargado de tensión. Lo observé, esperando cualquier signo de rebeldía, pero no hubo nada. Ni siquiera un destello de desafío. Patético.

—No te pregunté tu nombre. No eres nada ahora, y tu nombre no me sirve de nada —dije, con la voz tensa por el desprecio.

Hice un gesto hacia el guerrero omega a mi lado.

—A partir de este momento, le responderás a él. Si escucho siquiera un susurro de desobediencia, me aseguraré personalmente de que sufras un destino peor que la muerte.

El Beta permaneció en silencio. Dejé que mi mirada recorriera al resto de la manada.

—En cuanto al resto de ustedes —dije, ahora con más fuerza—,

—jurarán su lealtad hacia mí.

La multitud se agitó incómoda. Algunos se atrevieron a levantar la mirada. Pero nadie habló. Nadie me desafió.

—Jurarán su lealtad —repetí—,

—pero sepan esto: yo no soy su Alfa.

Un murmullo recorrió al grupo, pero nadie se atrevió a decir nada.

—No los protegeré. No los guiaré. Viven por mi misericordia, nada más.

Me volví hacia el Beta, que seguía arrodillado en el suelo, con la cabeza gacha.

—Jura tu lealtad ahora, o morirás como tu Alfa.

El Beta tragó saliva, su voz temblaba al hablar.

—Juro... lealtad hacia ti, Alfa Kael.

Uno por uno, el resto de la manada siguió, con voces bajas y temerosas, jurando su lealtad. Pero no me engañaba. Sus palabras no significaban nada. Su lealtad nacía de la desesperación, no del respeto. No de una verdadera lealtad.

—Viven solo porque yo lo permito —dije, con una voz que cortaba el aire—.

—Pero no confundan eso con misericordia.

Esperé, dejando que el silencio se asentara, observándolos retorcerse bajo el peso de mis palabras. Eran débiles. Cada uno de ellos. Pero me aseguraría de que recordaran este momento, recordaran el precio de su supervivencia.

—Servirán y obedecerán —continué, con la mirada recorriéndolos—.

—Pero recuerden esto: no son mi manada. No son nada para mí.

Podía sentir la tensión que emanaba de ellos, el miedo espeso en el aire. Pero ninguno se movió. Ninguno se atrevió a hablar.

Di un paso atrás, dejando que el silencio se extendiera.

—Si me desafían, morirán.

Asentí una vez al guerrero omega a mi lado.

—Tú los supervisarás —dije—.

—Mantenlos en línea.

Él inclinó la cabeza.

—Sí, Alfa.

Les di la espalda, el sonido de sus respiraciones entrecortadas llenando el aire.

—Recuerden este día —dije, con una voz fría—.

—Porque es la única razón por la que siguen vivos.

Les di la espalda, cambiando mi enfoque. Y entonces la vi.

Lena.

Ella estaba al fondo, intentando pasar desapercibida, pero podía sentir su mirada sobre mí. Odio que aún pudiera sentir su presencia, odio que estuviera aquí, observando.

Me dirigí hacia ella sin vacilar, la multitud se abrió a mi paso como si fuera una tormenta cortando el aire. Sus suspiros me siguieron, resonando en el silencio, pero los ignoré. Mi enfoque estaba ahora solo en ella.

—Lena.

Ella se detuvo, su cuerpo se tensó al acercarme. Sus ojos se abrieron ligeramente, pero no dijo nada.

Me detuve frente a ella, dominando su figura más pequeña.

—Tú —dije, con voz baja—

—ahora eres mi esclava personal.

El impacto se extendió por la multitud. Un suspiro colectivo surgió, pero apenas lo noté. Mi mirada estaba fija en Lena. Sus labios se separaron, la incredulidad brilló en su rostro, seguida de algo más, algo que rápidamente ocultó.

Extendí mi brazo, agarrando el suyo y obligándola a arrodillarse frente a mí. Ella jadeó, su cuerpo tembló mientras la forzaba a bajar.

—Aquí —dije, agarrando su barbilla y obligándola a mirarme—

—es donde perteneces.

El grupo se quedó en silencio, demasiado aturdido para reaccionar, demasiado asustado para moverse.

Mantuve su mirada un momento más antes de soltar su barbilla, empujándola hacia atrás mientras me enderezaba.

—Me servirás —dije, con voz firme y fría.

Su cuerpo tembló bajo mi mirada, su respiración rápida y superficial. Podía ver cómo luchaba por mantenerse entera. No importaba. Ahora era mía.

Me giré, enfrentando al resto del grupo.

—Esta es su nueva realidad —dije, lo suficientemente alto para que todos lo escucharan.

CAPÍTULO 3



LENA

Las palabras de Kael resonaban en mi cabeza, hundiéndose más profundo con cada paso que daba tras él.

—Ahora eres mi esclava personal.

Me había preparado para la muerte. ¿Pero esto? Ser esclavizada por el hombre que me odiaba, que no deseaba más que verme destrozada—esto se sentía como un castigo peor que la muerte. Quizás habría sido más fácil morir.

El silencio se extendía mientras lo seguía, mi manada demasiado avergonzada incluso para mirarme. ¿Qué esperanza podía ofrecerles ahora? Kael les había perdonado la vida, pero esto no era misericordia. Eso lo sabía bien.

Su paso era rápido, cada movimiento cortante y controlado. Luchaba por mantener el ritmo, débil por el hambre y el agotamiento. Mis piernas temblaban y mi cuerpo dolía, pero seguía adelante, negándome a quedarme atrás.

Llegamos al antiguo estudio de mi padre—no, al estudio de Kael ahora. El peso de todo lo que había perdido me golpeó de nuevo, esta vez más fuerte. Cada paso me arrastraba más profundo hacia una realidad de la que no podía escapar.

En la puerta estaba uno de los hombres de Kael, con la cabeza inclinada en señal de respeto. Se enderezó cuando nos acercamos.

—Nuestra manada se está instalando, Alfa —dijo con voz baja—. Preguntan cuándo te verán.

La mandíbula de Kael se tensó, pero no disminuyó su paso.

—Que esperen.

Su mirada se posó en mí por el más breve instante antes de añadir:

—Asigna roles a los que quedan de Moonshadow, pero asegúrate de que conozcan su lugar. Si alguno se sale de la línea, ocúpate de ellos. Haz que su muerte sea larga y tortuosa.

Me estremecí ante la frialdad de su voz. Sentía que estaba intentando hacerme saber hasta dónde llegaría si me atrevía a desafiarlo. No era tan tonta como para intentarlo.

Lo bueno era que mis súplicas no habían sido en vano. Los pocos a quienes el Alfa Kael había perdonado no enfrentarían el mismo destino que yo o los que estaban en las mazmorras, pero tampoco serían libres.

El hombre, Aldric, asintió rápidamente y desapareció. Y entonces, solo quedamos Kael y yo.

El silencio se extendió entre nosotros, denso y sofocante. Sentía su mirada ardiendo en mí, pero mantuve la vista baja, con las manos apretadas a los costados, las uñas clavándose en las palmas.

Me rodeó lentamente, con pasos deliberados, como un depredador jugando con su presa. Cada paso provocaba un temblor en mí, mi corazón latía cada vez más fuerte con cada segundo que pasaba. Su presencia era abrumadora, asfixiante, haciendo que el aire entre nosotros se sintiera demasiado denso para respirar.

—¿Cómo se siente, Lena? —Su voz era baja, impregnada de condescendencia.

—¿Ser despojada de todo? ¿Arrodillarse ante mí, una esclava frente a su propia gente?

Mi garganta se tensó, pero me obligué a hablar, con una voz más firme de lo que esperaba.

—Ser una esclava no es nada comparado con las vidas que se salvaron —dije, las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas—. Por eso, estoy agradecida.

Sus ojos brillaron con algo oscuro, y supe que estaba pisando terreno peligroso. Aun así, no pude contenerme.

—Fuiste misericordioso... al perdonarlos. Al perdonarme a mí.

Kael se detuvo abruptamente. Su mano salió disparada, agarrando mi barbilla con tanta fuerza que hice una mueca de dolor. Sus dedos se clavaron en mi piel, obligándome a mirarlo. Su rostro estaba a centímetros del mío, su aliento caliente y sus ojos ardiendo de furia.

—¿Misericordioso? —escupió, con una voz fría como el hielo. Su agarre se endureció, dificultándome la respiración—. ¿Crees que esto es misericordia?

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, pero encontré mi voz.

—Sí, nuestra manada mereció cada pedazo de tu ira. Podrías haberme matado... haberlos matado a todos.

La expresión de Kael se distorsionó, sus labios se curvaron en una mueca de desprecio.

—No lo confundas nunca con misericordia. Hago lo que me place —rugió, su aliento rozando mi piel—. No por ti. No por tu manada. Viven porque yo lo permito, no por misericordia.

Su mirada bajó a mis labios por el más breve instante, y pude sentir algo cambiar en sus ojos. Algo pesado, algo peligroso. El aire a nuestro alrededor crepitaba con ello.

Sus dedos soltaron mi barbilla abruptamente, y dio un paso atrás, con la mandíbula apretada, como si luchara con algo dentro de él.

—¿Crees que ser mi esclava es ser misericordioso? —Su voz era cortante, mordaz—. Veamos cuánto crees eso.

Sus ojos se oscurecieron mientras la orden salía de sus labios.

—Desnúdate.

La palabra me golpeó como una bofetada, quitándome el aire de los pulmones. Por un momento, no pude moverme. Mi respiración se atascó en mi garganta, mi corazón latía tan fuerte que dolía.

Quiere que me desnude. El significado detrás de su orden era inconfundible, y el miedo se apoderó de mí como una ola. Sabía lo que mi padre había hecho con sus esclavas, cómo había tomado lo que quería de ellas, cómo ellas no tenían voz ni derechos. Y ahora... ahora yo era de Kael.

Mi cuerpo temblaba, mi mente corría con el horrible pensamiento de que Kael podría tomar lo que quisiera de mí, y yo no podría detenerlo. Era su esclava. Podía hacer lo que se le antojara.

Mis manos temblaban, y las apreté a los costados, intentando calmarme. Esto no era como se suponía que fuera. Había soñado con perder mi primera vez con alguien que se preocupara por mí, alguien que me viera como algo más que un cuerpo, una posesión. Pero ahora... todo eso no servía de nada.

Abrí la boca, formando las palabras en mis labios, una súplica desesperada, un intento de detener lo que creía que iba a suceder, pero cuando miré su rostro, la súplica murió en mi garganta.

Sus ojos estaban fríos, implacables. Su expresión no era la de un hombre que escucharía mis súplicas.

Mis piernas temblaban al darme cuenta de que no había escapatoria. Tendría que hacer lo que él dijera.

Con un aliento tembloroso, alcé el borde de mi túnica, mis dedos torpes mientras la levantaba por encima de mi cabeza. El aire frío golpeó mi piel desnuda, y un escalofrío recorrió mi cuerpo—no solo por el frío, sino por el peso insoportable de su mirada.

Los ojos de Kael recorrieron mi cuerpo, deteniéndose en la curva de mis senos. Su respiración se cortó, y por un segundo vi algo crudo brillar en su mirada—hambre. Se contuvo, su expresión se endureció, pero yo lo había visto. Su control se había resquebrajado, solo por un momento.

Un nudo se apretó en mi estómago, y odié la forma en que mi cuerpo reaccionaba a su mirada. El calor que me recorrió era algo que no podía ignorar, algo que no quería admitir.

Estaba loca. No había otra explicación.

La mandíbula de Kael se tensó mientras sus ojos volvían a encontrarse con los míos, la furia luchando con algo más. Se sacudió, apartándose bruscamente, sus movimientos rígidos, como si se obligara a romper el momento.

—Basta —gruñó, la palabra cortante y definitiva.

Me quedé inmóvil, apenas respirando, mi cuerpo aún temblando por el frío—y por el peso de su mirada.

—Vete —ordenó, su voz tensa.

Tardé en ponerme la túnica, mis manos temblaban. Pero justo cuando me cubrí y me di la vuelta para irme, la pregunta que me había estado molestando desde que me arrojaron al calabozo surgió de nuevo.

—¿Por qué no me has matado?

Kael estaba frente a mí otra vez, su mano voló para agarrarme la garganta. Sus dedos presionaron con firmeza, no lo suficiente como para ahogarme, pero sí para acelerar mi pulso.

—No pienses nunca que estás en posición de cuestionarme —gruñó, su voz baja y letal. Tragué, el movimiento restringido por su agarre.

—Solo quiero saber. Me odias tanto…

El agarre de Kael se apretó, imposibilitándome terminar la frase, su rostro a centímetros del mío, sus ojos ardiendo de furia.

—Porque matarte sería demasiado fácil —susurró, su aliento rozando mis labios.

—Y no mereces una muerte fácil.

Sus palabras me hicieron estremecer, pero eso era lo de menos. Hacía tiempo que me había resignado a la muerte. Pero odiaba lo mucho que mi piel hormigueaba donde él me tocaba. Me estaba volviendo loca.

—Vas a sufrir, Lena —susurró, su voz una promesa oscura.

—Y desearás estar muerta para cuando termine contigo.

Sus palabras me hicieron estremecer, pero apreté los puños, negándome a dejarle ver el miedo en mis ojos. No me iba a quebrar. No todavía.

La mirada de Kael bajó una vez más, deteniéndose en mis labios, antes de soltarme de golpe, empujándome hacia atrás. Tropecé, pero logré mantenerme en pie, mi pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales.

Sin decir una palabra más, salí corriendo de la oficina. Pero sabía que no había escapatoria del destino que me esperaba.

* * *

Caminé por la ruta familiar hacia la habitación de Kael, arrastrando los pies levemente por el cansancio. Habían pasado días desde que nos habíamos mudado a la manada Bloodstone, y había pasado cada

minuto despierto intentando adaptarme a mi nuevo rol: el de esclavo de Kael. Limpiar su habitación cada mañana y luego unirme a los otros esclavos para las labores, la mayoría de los cuales eran guerreros que no habían sido perdonados.

Al acercarme a su habitación, la puerta estaba ligeramente entreabierta, y las voces se filtraban por la rendija. Me quedé helado.

La voz profunda y firme de Kael era inconfundible, pero la segunda voz, cortante y aguda, me resultaba desconocida. Me acerqué lentamente, cuidando de no ser vista, con el corazón acelerado mientras escuchaba.

—Has estado evitándome, Kael —dijo la mujer, su tono tenso por la frustración.

—Ya he esperado suficiente. Necesitamos hacer un plan.

Esbocé una mirada por la pequeña abertura en la puerta, divisando su espalda. Su postura era rígida, y sus palabras eran rápidas, como alguien acostumbrado a obtener lo que quería. No podía ver su rostro, pero la voz despertó algo en mi memoria.

La respuesta de Kael fue calmada y mesurada.

—Estoy haciendo lo que debe hacerse, Vivienne. Nuestro matrimonio puede esperar. La manada me necesita más que nunca.

La revelación me golpeó como un puñetazo. Vivienne. Había escuchado su nombre susurrado entre la manada; ella estaba destinada a ser la Luna de Kael antes de que todo se desmoronara.

Mi pulso se aceleró, y aunque sabía que no debería, no podía alejarme. Sabía que no debería estar escuchando, pero mis pies estaban pegados al suelo.

La voz de Vivienne se volvió más cortante.

—Ahora que has regresado, deberíamos estar haciendo planes, no alargando esto.

Un dolor sordo se extendió por mi pecho, aunque no tenía derecho a sentir nada. Kael era mi amo, nada más. Su vida personal no debería importarme. Y, sin embargo... no podía dejar de escuchar.

La voz de Kael se mantuvo firme, pero sus hombros se tensaron.

—Cuando las cosas se resuelvan, lo haremos. Ahora mismo, la manada es lo primero.

Vivienne resopló, claramente insatisfecha.

—Kael, me necesitas a tu lado como tu Luna para ayudarte con la manada. No puedes hacer esto solo.

—No necesito a nadie —las palabras de Kael fueron cortantes, atravesando el aire.

Hubo una pausa antes de que Vivienne se acercara más a él, extendiendo la mano para tocar su brazo. Pero antes de que pudiera hacer contacto, la mano de Kael se alzó, atrapando su muñeca en el aire.

—No lo hagas —su voz era calmada, pero la orden era clara.

Vivienne se quedó inmóvil, sus ojos abiertos por la sorpresa. —Kael, ¿por qué... por qué no me dejas tocarte? Desde que regresaste, ni siquiera me miras, y mucho menos me permites tocarte —su voz tembló, la frustración asomando.

La expresión de Kael era inescrutable, pero sus ojos brillaron con algo oscuro.

—Prefiero que no lo hagas.

Antes de que pudiera responder, su mirada se dirigió hacia la puerta, donde yo estaba. Mi corazón se detuvo.

—Muéstrate.

Mi estómago se encogió. Salí de donde me escondía, con el corazón latiendo tan fuerte que pensé que me delataría. La mirada de Vivienne se clavó en mí, sus ojos estrechándose con reconocimiento y algo mucho más peligroso: odio.

Sus labios se curvaron en una mueca de desprecio, su mirada recorriéndome como si fuera basura. —Tú. ¿Qué demonios haces aquí? —su voz goteaba veneno.

Kael permaneció inmóvil, su rostro impenetrable, pero yo sabía que había estado consciente de mi presencia todo el tiempo. Después de todo, era un hombre lobo. Sus sentidos eran mucho más agudos que los míos. Debí haber recordado eso.

—Yo... yo quería—, balbuceé mis palabras, pero la mirada de Vivienne me silenció al instante.

—¿Qué está haciendo ella aquí en tu dormitorio? —exigió Vivienne, su voz temblaba con una furia apenas contenida. Vi sus manos crisparse, las garras extendiéndose, su cuerpo tensándose como si estuviera lista para atacar.

La voz de Kael cortó la tensión, grave y autoritaria.

—Cuidado con cómo me hablas, Vivienne —gruñó, sus ojos destellando un ámbar intenso.

—Soy tu Alfa.

Vivienne se congeló, su loba retrocediendo al instante. Sus ojos se apagaron, las garras se retrajeron mientras luchaba por recuperar el control.

—Yo... me disculpo, Alfa —murmuró entre dientes, aunque la ira en sus ojos era innegable.

Me lanzó una mirada de puro odio, sus labios curvándose en un gruñido.

—Pero ella es la prole de Theron. ¿Por qué está en tu dormitorio?

Kael no se inmutó.

—Es mi esclava personal.

Vivienne retrocedió, su disgusto evidente.

—¿Esclava personal? —Su voz estaba cargada de incredulidad.

—Podrías haber elegido a cualquier esclava. Después de todo lo que hizo su padre, ¿por qué ella?

Mi estómago se retorció ante sus palabras, pero me esforcé por mantener la mirada baja.

—¿Me estás cuestionando, Vivienne? —La voz de Kael era calmada, pero la amenaza era inconfundible.

Los ojos de Vivienne destellaron, y dio un paso más hacia él.

—No, no lo estoy haciendo. Pero esto no me parece correcto. Ella es peligrosa, Kael.

La mirada de Kael permaneció firme, su tono decidido.

—Ella es mi preocupación, no la tuya.

La frustración de Vivienne bullía justo debajo de la superficie.

—No entiendo por qué la perdonaste, Kael. Después de todo lo que su padre—

—No tienes derecho a decirme cómo manejar las cosas —la interrumpió Kael bruscamente, su voz adquiriendo un tono peligroso.

—Y esto es lo último que diré al respecto.

Vivienne apretó los puños, sus uñas clavándose en las palmas.

—Está bien —escupió, dirigiéndose hacia la puerta. Pero antes de salir, se detuvo, su mirada regresando hacia mí con desdén.

—Mantenla fuera de mi camino —silbó, su voz baja y amenazante, antes de salir furiosamente, cerrando la puerta de golpe tras de sí.

La habitación cayó en un silencio pesado, la tensión aún espesa en el aire. Apenas tuve tiempo de exhalar antes de que Kael se volviera hacia mí, sus ojos oscuros e impenetrables.

—¿Por qué estabas afuera de mi puerta?

Mi respiración se cortó, mi garganta se tensó.

—No fue mi intención... Solo estaba—

—Escuchando a escondidas —la voz de Kael era calmada, pero su mirada era penetrante, implacable.

Negué rápidamente con la cabeza.

—No, lo juro, no intentaba—

—Entonces, ¿qué estabas haciendo? —Su voz era baja, peligrosamente calmada, mientras daba un paso más cerca.

—Solo venía a limpiar tu habitación —susurré, mi pulso acelerándose.

Los ojos de Kael brillaron con algo peligroso, y dio otro paso, su proximidad enviando un escalofrío por mi espalda.

—Eso no quita el hecho de que estabas escuchando una conversación que no te concernía —dijo, con una voz suave, pero lo bastante afilada como para cortar el aire.

Traspé con dificultad, mi cuerpo temblando. —No estaba intentando…

—Basta —su voz era hielo, congelándome en el sitio. Se acercó aún más, el calor de su cuerpo rozando el mío, y no pude evitar que mi respiración se acelerara. El aire entre nosotros se sentía cargado, espeso con algo que no podía nombrar, algo que me aterraba y me atraía al mismo tiempo.

La mirada de Kael no vaciló, su expresión era inescrutable mientras daba otro paso hacia mí.

Me estremecí, mi pulso se aceleró cuando se inclinó, su aliento caliente rozando mi oreja.

—Aún no quita el hecho de que me estabas espiando —dijo, su voz cortando el aire como hielo, haciéndome estremecer.

Se acercó aún más, el calor de su cuerpo rozando el mío, y no pude evitar que mi respiración se acelerara. El aire entre nosotros se sentía cargado, espeso con algo que no podía nombrar, algo que me aterraba y me atraía al mismo tiempo.

Mi corazón palpitaba, y mis labios se separaron, pero no salió ningún sonido. Los dedos de Kael se detuvieron en mi piel un momento más, su tacto enviando calor por todo mi cuerpo.

—No quedarás sin castigo por esto —susurró Kael, su voz bajando hasta casi un susurro mientras sus dedos se extendían, rozando ligeramente mi garganta— apenas un roce fantasmal, pero suficiente para hacer que mi piel hormigueara.

CAPÍTULO 4



KAEL

Mis ojos no se despegan de Lena mientras ella se mantiene frente a mí, con la postura rígida y las manos fuertemente entrelazadas frente a su cuerpo. Intenta hacerse pequeña, pero sigue habiendo una fuerza tranquila en ella que me irrita.

Espero, observándola, viendo cómo su pecho se eleva y desciende con respiraciones superficiales. Sus labios se separan, como si quisiera hablar, pero no sale ninguna palabra. El silencio se extiende entre nosotros, opresivo y denso.

Sus labios tiemblan levemente, y espero a que comience a suplicar. A que aparezcan las lágrimas. Pero en su lugar, su voz sale firme.

—Aceptaré cualquier castigo que considere adecuado.

Las palabras me toman por sorpresa, y mi agarre en su barbilla se aprieta por un momento. No hay súplicas, ni disculpas, solo eso. La estudio, buscando en su rostro alguna grieta en su compostura, pero su mirada permanece fija en la mía, inquebrantable.

—Así que no suplicas, no pides clemencia? —Me inclino, mi aliento rozando el costado de su cuello, lo bastante cerca para sentir el calor de su piel.

—¿Crees que eres lo suficientemente fuerte para soportar lo que yo decida?

Ella no se mueve, no se estremece, aunque puedo sentir la tensión en su cuerpo, la forma en que sus hombros se endurecen, sus puños apretándose a los lados.

Retrocedo, mis ojos recorren la línea de su cuello hasta la manera en que su ropa se ajusta a su figura. Más limpia ahora, con la suciedad lavada, sus rasgos resaltan aún más. Su cabello cae suelto, enmarcando su rostro, y sus labios, suaves y entreabiertos, captan mi atención de una manera que no esperaba. Hay una belleza en ella, una que despierta algo en lo profundo de mí, algo que no quiero reconocer.

Lo odio.

Dando vueltas a su alrededor, dejo que mis dedos recorran su brazo, observando cómo su piel reacciona, la piel de gallina apareciendo bajo mi toque. Sé exactamente cuál sería el castigo perfecto. Algo suficiente para sacudirla.

Su respiración se entrecorta, sus labios se separan, pero sigue sin hablar. Puedo ver sus manos apretándose con más fuerza, los nudillos blancos, mientras intenta mantener el control.

Me acerco de nuevo, dejando que mi mano descienda por su costado, sintiendo el calor de su cuerpo bajo la tela de su túnica. Ella se pone rígida, pero no se aleja.

—¿Sabes lo que te haré? —susurro, mis labios rozando su oreja.

—No, maestro.

Su pecho se eleva bruscamente con una respiración rápida, pero permanece quieta, su cuerpo rígido mientras mi mano continúa explorando, probando sus límites.

Me muevo para enfrentarla de nuevo, encontrando su mirada. Sus ojos están abiertos, su respiración ahora más rápida, pero hay algo detrás del miedo, una determinación que no se ha quebrado. Todavía no.

—Te romperé —continúo, observándola de cerca.

Su silencio es exasperante. Debería estar temblando, suplicando, cualquier cosa menos esta resistencia callada. Agarro su muñeca, acercándola hacia mí, nuestras caras a centímetros de distancia. Puedo sentir su aliento en mi piel, rápido, superficial. Su corazón late acelerado—lo siento, lo veo en la forma en que su pecho sube y baja más rápido.

Entonces, se me ocurre—la forma perfecta de humillarla, algo que finalmente la sacudirá, que la hará perder los últimos vestigios de su orgullo. Sin pensarlo, cubro sus labios con los míos.

Se suponía que sería un castigo—un recordatorio de quién tenía el poder. Pero en el instante en que mis labios tocan los suyos, el control se me escapa como arena entre los dedos.

El beso es duro, urgente. Mi mano se enreda en su cabello, acercándola más, necesitando sentirla contra mí. Su gemido vibra contra mis labios, su cuerpo se tensa por una fracción de segundo, congelado entre la resistencia y la rendición. Pero luego, algo en ella cede, y se derrite en mí. Sus labios se separan, y profundizo el beso, alimentándome del calor de su aliento.

No pienso, no puedo pensar. Mi único enfoque es ella, la forma en que su cuerpo suave se ajusta al mío. La fina tela de su vestido no hace nada por ocultar el calor que irradia su piel, y puedo sentir cómo su forma tiembla bajo mis manos, traicionando la misma atracción que yo siento.

Deslizo mi mano por su espalda, mis dedos rozando la curva de su cintura. No quiero soltarla. Ella se mueve como para empujarme, pero atrapo sus muñecas, inmovilizándolas a sus costados. La sostengo en su lugar, no con rudeza, pero con suficiente firmeza para que sepa que no hay escape. No de esto. No de mí.

Su pulso late acelerado bajo mis dedos, y siento que mi propio corazón sigue el ritmo del suyo, un ritmo salvaje, errático que no

había sentido en años. He besado a mujeres antes—muchas, de hecho—pero ninguna había logrado esto en mí. Ninguna había convertido mi interior en un caos ardiente como lo hace Lena. No antes de los cazadores, y ciertamente no desde entonces.

Mi mano baja más, rozando la parte baja de su espalda, acercándola completamente hacia mí. Sus suaves curvas presionan contra mi pecho, y puedo sentir el subir y bajar de su respiración, temblorosa y desigual. Muevo mi boca de la suya, trazando mis labios a lo largo de su mandíbula, bajando por su cuello. Ella deja escapar un sonido —un gemido suave, apenas audible—pero eso envía una ola de calor a través de mí.

Quiero más. Mi pulgar roza el costado de sus costillas, justo debajo de su pecho, sintiendo las rápidas y superficiales respiraciones que toma. La fina tela es una mera barrera, insuficiente para detener la sensación ardiente de su piel contra la mía. Aflojo mi agarre en su cabello, dejando que mi mano baje para sostener su rostro, inclinando su cabeza ligeramente hacia atrás mientras la beso de nuevo. Más fuerte esta vez. Más profundo.

Sus manos tiemblan, y puedo sentir el conflicto en ella, la forma en que sus dedos se crispan como si debatieran entre alejarme o acercarme más. Pero no se aparta. En cambio, se queda, sus labios cediendo a los míos, su cuerpo suave contra los bordes duros del mío.

El fuego en mis venas crece con cada segundo, y no puedo saciarme. Su aroma, su calor, la forma en que su cuerpo tiembla bajo mi toque—es demasiado, y sin embargo, no es suficiente. Quiero más. Necesito más.

Pero entonces, algo cambia. Mi mente alcanza a mi cuerpo, y me doy cuenta de que ya no tengo el control. Ella lo tiene. Sus labios, su cuerpo, su presencia—han desatado algo en mí que no esperaba. Esto ya no se trata de un castigo. Es algo completamente distinto.

Cuando finalmente me aparto, mi respiración llega en jadeos entrecortados. Su rostro está sonrojado, sus labios entreabiertos, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Por un momento, ninguno de los dos se mueve.

Luego, lentamente, ella retrocede, su respiración superficial, sus ojos abiertos clavados en los míos. Me quedo allí, mirándola, mi mente acelerada, mi cuerpo aún vibrando por el calor de su toque.

Sin previo aviso, su mano vuela hacia arriba, y lo siguiente que siento es el agudo golpe de su palma contra mi mejilla.

El sonido resuena en la habitación, agudo y repentino, sacándome de la niebla de deseo que me había consumido.

Mi mandíbula se tensó mientras atrapaba su muñeca de nuevo, más fuerte esta vez, y la empujé contra la pared. El ardor en mis venas estalló, cada músculo tenso. Mi pecho parecía listo para explotar, y el espacio entre nosotros crepitaba con algo volátil, peligroso.

—¿Cómo te atreves? —gruñí, presionándola con más fuerza contra la pared, mi cuerpo aprisionando el suyo. Mis ojos buscaron los suyos, encontrando esa misma rebeldía que había estado intentando quebrantar desde el momento en que se convirtió en mía.

Sus labios estaban hinchados, su respiración rápida e irregular, y podía verlo en sus ojos: había disfrutado del beso tanto como yo. Pero ahora, esa rebeldía volvió a encenderse, y solo avivó el fuego que ardía dentro de mí.

Apreté su muñeca con más fuerza, inmovilizándola contra la pared al lado de su cabeza. Su pecho subía y bajaba rápidamente, y podía sentir el temblor en su cuerpo. Ya fuera miedo, furia o algo completamente distinto, no lo sabía. Pero coincidía con la tormenta que rugía dentro de mí.

—¿Te atreves a levantar la mano contra tu Alfa? —Mi voz era baja, áspera, las palabras apenas contenidas.

Ella me miró fijamente, sus ojos llameantes, los labios entreabiertos mientras respiraba de manera superficial. Su mirada no vaciló, no retrocedió, y por un momento, la tensión entre nosotros cambió, transformándose en algo más oscuro, más primitivo.

Entonces, habló, su voz suave pero firme, cortando la niebla en mi mente.

—No tenías derecho.

Mi mandíbula se tensó, el recuerdo de la bofetada suficiente para mantenerme anclado, aunque mi cuerpo me traicionaba. El deseo todavía estaba allí, latiendo bajo la superficie, amenazando con apoderarse de mí nuevamente.

—¿No tengo derecho? —espeté, acercándome más, mi aliento caliente sobre su piel.

—Eres mi esclava. Puedo hacer lo que quiera contigo.

Sus ojos brillaron, su respiración se cortó mientras fijaba su mirada en la mía.

—Soy tu esclava —dijo, su voz afilada, deliberada—. No tu puta.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, pero antes de que pudiera responder, algo sucedió, algo que no esperaba, que ni siquiera había considerado posible.

Mía.

La palabra resonó en mi mente, aguda y repentina, y me congelé. Mi lobo. Por primera vez en años, mi lobo me habló.

Mi corazón se sacudió en mi pecho, la conmoción y la incredulidad revolviéndose dentro de mí. Había pensado que mi lobo estaba roto, silenciado después de que los cazadores me capturaran.

Había creído que nunca volvería a escuchar su voz. Pero ahora, ahí estaba, clara e innegable, diciendo la única cosa que nunca quise oír.

Mía.

Soltó su muñeca abruptamente, retrocediendo como si me hubieran quemado. Ella tropezó levemente, su espalda presionando la pared en busca de apoyo, sus ojos todavía fijos en los míos, pero apenas lo noté. Estaba demasiado atrapado en el caos de mi mente.

Mi lobo había hablado. La llamó suya.

Las palabras se repetían en mi cabeza, cada repetición haciéndome más difícil respirar, más difícil pensar. ¿Cómo podía ser esto? ¿Cómo podía mi lobo quererla?

Di otro paso atrás, intentando poner distancia entre nosotros, tratando de recuperar el control. Pero no podía. No con la voz de mi lobo todavía resonando en mis oídos. No con la forma en que mi cuerpo todavía ardía por el beso, por la necesidad de reclamarla, de marcarla.

—Vete —ronqué, la palabra salió áspera, casi ahogada.

Ella no se movió. Solo se quedó allí, mirándome, la confusión cruzándole el rostro.

—Vete —repetí, mi voz un poco más fuerte esta vez, aunque apenas la reconocí como mía. Si no se iba ahora, no estaba seguro de lo que haría.

Finalmente, se apartó de la pared, sus ojos todavía buscando los míos como tratando de entender lo que acababa de suceder. Dudó por un segundo, luego giró y salió de la habitación, el sonido de la puerta cerrándose tras ella.

Tan pronto como se fue, me desplomé contra la superficie más cercana, mi mente acelerada, mi corazón palpitando.

Mía. La palabra permaneció en el fondo de mi mente, acechándome, burlándose de mí. Intenté alcanzar a mi lobo, pero todo lo que encontré fue silencio. Un silencio ensordecedor y vacío.

¿Qué diablos acababa de pasar?

* * *

Las esposas de hierro me mordían las muñecas, frías e implacables, mientras el hedor rancio del aliento de los cazadores llenaba mis fosas nasales. Las cadenas de plata quemaban mi piel.

Me debatí, pero su agarre era como un torno. Uno de ellos me tiró de la cabeza hacia atrás, obligándome a abrir la boca. Mi pecho se agitaba mientras el pánico me desgarraba por dentro.

El espeso olor a acónito llenaba el aire. Mi sangre se heló. Sabía lo que iba a pasar.

Darek se agachó, sosteniendo un vial del líquido oscuro y viscoso. Su sonrisa era malvada mientras lo inclinaba, dejando caer una gota sobre mi lengua. El ardor fue inmediato, como ácido. Me atraganté, pero me sostuvieron firme.

Vertió más, y el fuego se extendió por mi pecho, quemando todo en mi interior. Me sacudí, pero su agarre se apretó. Un grito escapó de mi garganta, crudo y primitivo.

El veneno me devastó, desgarrando mis entrañas. Mi visión se nubló, mi cuerpo convulsionó mientras el dolor me consumía. Sentí que mi lobo se alejaba, distante e inalcanzable.

Estaba muriendo.

La oscuridad se acercaba mientras el acónito me arrebataba todo. Mi cuerpo se sacudía violentamente, con espasmos que me recorrían. Me ahogaba en el fuego, en el dolor.

Me incorporé de golpe, jadeando, con el pecho subiendo y bajando. El sudor se pegaba a mi piel, mi corazón latía como si pudiera romper mis costillas. La habitación estaba a oscuras, pero los ecos de la risa de los cazadores aún resonaban en mis oídos.

No era real.

No era real.

Pero el ardor del acónito aún persistía, como si hubiera ocurrido hace unos segundos.

Intenté calmar mi respiración, pero mis músculos temblaban, y la rabia—esa rabia asfixiante—me arañaba, suplicando ser liberada. No podía controlarla.

El lobo dentro de mí aulló, furioso.

La transformación tiró de mis huesos. El pelaje brotó en mis brazos, mis uñas se alargaron en garras, y mis dientes se afilaron en colmillos. Mis sentidos se agudizaron mientras la transformación se apoderaba de mí.

El dolor me atravesó, los huesos crujiendo, los músculos desgarrándose. Gruñí bajo, cayendo sobre mis cuatro patas mientras enormes garras reemplazaban mis manos. El lobo estaba al mando, impulsado por la necesidad de escapar de la pesadilla.

Avancé con fuerza, estrellándome contra la ventana y saliendo a la noche.

El viento fresco pasó veloz, pero no fue suficiente para calmar la furia que ardía en mi interior. Corrí más fuerte, mis patas desgarrando la tierra, los árboles difuminándose mientras atravesaba la oscuridad.

Pero no importaba lo rápido que corriera, la risa de los cazadores resonaba en mis oídos. Todavía sentía el ardor del acónito, todavía saboreaba sangre en mi lengua.

No podía escapar de ello.

Finalmente, el mundo se ralentizó. Mis piernas ardían, mi respiración era entrecortada mientras el amanecer asomaba en el horizonte. Mi lobo se detuvo junto a un arroyo, el agua fría invitándome. Me

sumergí en ella, dejando que el agua me adormeciera, solo por un momento.

Solté un largo suspiro. La pesadilla se había desvanecido, pero su peso persistía. No importaba cuánto intentara lavarla, los recuerdos se aferraban.

Cuando abrí la puerta de mi habitación unos minutos después, Aldric, mi Beta, estaba esperando, apoyado contra la pared con los brazos cruzados, sus ojos agudos siguiéndome al entrar. Lo ignoré, dirigiéndome al armario para ponerme una camisa limpia.

No necesitaba preguntar. Su mirada era suficiente. Él había estado allí. Lo sabía.

Se enderezó cuando me senté al borde de la cama.

—¿La pesadilla?

No respondí. No necesitaba hacerlo. El silencio era una especie de confesión. Se acercó, su mirada todavía fija en mí.

—No has dormido decentemente en días. No puedes seguir haciéndote esto.

Me pasé una mano por la cara, el cansancio apretándome más con cada palabra que decía.

Se colocó directamente frente a mí, con el ceño fruncido, pero no miré sus ojos.

—Podemos buscar más hierbas, probar algo nuevo. No puedes seguir evitando… —

Mis manos se cerraron, los músculos de mis brazos se tensaron.

—No necesito hierbas —murmuré, las palabras apenas más que un suspiro.

Él retrocedió ligeramente, sus ojos se estrecharon mientras me estudiaba. La tensión entre nosotros era familiar, del tipo que se

había forjado en sangre y fuego durante nuestro tiempo en las garras de los cazadores. Ambos habíamos sobrevivido al infierno, pero algunas cicatrices nunca sanaban.

—Estaré bien —dije, con una voz más cortante ahora.

—Las hierbas no funcionaron antes, y no lo harán ahora.

No se inmutó, solo cruzó los brazos sobre su pecho de nuevo, observándome con esa mirada firme en la que había llegado a confiar en los peores momentos.

—No puedes seguir esforzándote así. Es solo cuestión de tiempo antes de que… —

—Dije que estoy bien —las palabras salieron más duras de lo que pretendía, mi mano se cerró en un puño.

Nos miramos fijamente durante un largo momento antes de que yo exhalara, aflojando el puño. La ira hervía justo debajo de la superficie, pero la reprimí. Tenía razón. Ya no sabía lo que era dormir.

Pasar años en la guarida de los cazadores, apenas pudiendo dormir un instante, y las pesadillas diarias hacían que dormir fuera difícil. Pero admitir debilidad no era algo que pudiera permitirme. No ahora. No nunca.

—Seguiremos buscando una solución —dijo en voz baja, con un tono más medido.

—Tiene que haber algo.

La opresión en mi pecho no disminuyó. Sabía que era inútil. La única manera en que podía tener algún tipo de control era si podía conectarme con mi lobo de nuevo.

Mis pensamientos se desviaron brevemente hacia la última vez que Lena estuvo aquí. La única vez en años en que mi lobo había dicho

algo. No quería detenerme en eso, pero era un destello de esperanza. Que tal vez, solo tal vez, no todo estaba perdido.

—¿Cómo va la reconstrucción de las casas dañadas en nuestra manada?

El cambio de tema era obvio, pero lo aceptó, moviéndose para pararse a mi lado mientras caminábamos hacia la puerta.

—La reconstrucción avanza. Estamos casi terminando con el primer grupo de viviendas. —Vaciló, mirándome de reojo.

Salimos, el aire de la mañana fresco sobre mi piel, el sol apenas por encima del horizonte. Escudriñé los terrenos, mis ojos se estrecharon al ver a los trabajadores ya laborando. La mayoría de ellos eran antiguos guerreros de Theron. Los que habían tratado peor a mi gente.

Mi mirada se desvió hacia el centro cuando la vi. Lena. Era la única mujer allí, su ropa húmeda de sudor, su cuerpo tenso bajo el peso de la tarea.

La observé por un momento, mi mandíbula apretándose al recordar el beso, la forma en que su cuerpo había temblado bajo el mío. La forma en que sus labios se habían abierto. Mi mano se cerró a mi costado.

Aldric siguió hablando, pero sus palabras se desvanecieron en el fondo. Mantuve mi enfoque en Lena, observando la forma en que se movía, sus músculos tensos, su espalda recta, incluso cuando la tarea frente a ella claramente la agobiaba.

Ella seguía de pie. Incluso después de todo.

No sabía si era ira o algo más lo que me atraía mientras la veía luchar. El recuerdo de sus labios aún me perseguía, sin importar cuánto intentara luchar contra él. Le había dado órdenes a Aldric de presionarla más, de ver cuándo se rompería, pero ella no lo había hecho.

Mi mandíbula se apretó, la opresión en mi pecho regresó, aunque esta vez era diferente. No lo entendía. No quería entenderlo.

Mis ojos permanecieron en Lena, observándola limpiar el sudor de su frente antes de volver a su tarea.

La espalda de Lena estaba recta a pesar de la tensión de la pesada tarea frente a ella, sus músculos tensos bajo el peso que cargaba. Mi mirada se fijó en ella, la forma en que se movía, la forma en que su frente se fruncía en concentración. Era la única mujer entre los trabajadores, y, sin embargo, llevaba su carga con más determinación que algunos de los hombres.

Lo odiaba. La resistencia que ella mantenía, la fuerza silenciosa que se negaba a quebrarse bajo el peso de mis órdenes. La había presionado más después de lo que había sucedido entre nosotros, dando órdenes para hacerla sufrir, para obligarla a derrumbarse. Pero no lo había hecho.

Me encontré observándola más de lo que quería admitir. Algo en ella atraía mi mirada, algo que solo añadía leña al fuego que ardía dentro de mí.

Aldric habló a mi lado, sus palabras entrando y saliendo de mi enfoque. Mis ojos permanecieron en Lena mientras levantaba otra carga pesada, su cuerpo balanceándose ligeramente bajo el peso, pero ella no vacilaba. Se enderezó, ajustando su agarre, su rostro enrojecido por el esfuerzo.

Me moví, incapaz de apartar la mirada de ella. La forma en que sus manos se aferraban a la superficie rugosa del material, la manera en que su pecho se elevaba con cada respiración. No debería haberme importado. Ni siquiera debería haberlo notado. Pero lo hice.

Su mirada se alzó por un breve momento, encontrando la mía a la distancia. La conexión entre nosotros fue eléctrica, el aire entre nosotros pesado. Ella se quedó inmóvil, sus ojos ligeramente dilatados mientras sostenía mi mirada. Podía sentir la atracción, la

forma en que mi pecho se tensaba al verla, la manera en que mis músculos se contraían.

Por un momento, el resto del mundo desapareció. Solo estaba ella—Lena—y la forma en que sus ojos se clavaban en los míos, sin parpadear, como si estuviera atrapada en el mismo hilo invisible que me sostenía a mí.

Vi cómo su respiración se cortaba, sus labios entreabriéndose ligeramente mientras me miraba fijamente. Podía sentir el peso de su mirada, el calor de ella, la forma en que hacía que algo se removiera en lo más profundo de mí, algo que no podía nombrar. Su mano vaciló, su agarre resbaló mientras su atención se distraía. Observé cómo su cuerpo se tensaba, sus músculos esforzándose por sostener la carga que llevaba, pero no pudo detener el impulso.

Tropezó, sus ojos abiertos por la sorpresa mientras el peso del material la arrastraba hacia abajo. Vi cómo su cuerpo se torcía, su pie atrapándose en el suelo irregular, sus manos intentando agarrarse. Pero ya era demasiado tarde. La carga se le escapó de las manos, estrellándose en el suelo junto a ella, y su cuerpo la siguió, golpeando el suelo con fuerza.

El impacto de su cuerpo contra el suelo me sacudió, mis músculos tensándose mientras luchaba contra el instinto de moverme. Mi corazón martilleaba en mi pecho, mi cuerpo ya avanzando hacia adelante antes de obligarme a detenerme. Sus ojos se cerraron con fuerza, su mano agarrando su brazo donde había caído, el dolor cruzándole el rostro por un momento antes de intentar levantarse de nuevo.

Apreté la mandíbula, obligándome a apartar la mirada, mis manos cerrándose en puños a los lados. No debería importarme. Ella no era nada para mí. Solo una esclava. Solo la hija del hombre que había destruido todo.

Y, sin embargo, mi pecho se tensó de una manera que me hizo querer destrozar algo.

CAPÍTULO 5



LENA

Ser esclava de Kael era un infierno. Cada día era una batalla por sobrevivir, con cada mirada y mueca recordándome lo poco bienvenida que era en la manada de Bloodstone. La sospecha, el desprecio—no se molestaban en ocultarlo. ¿Y por qué habrían de hacerlo? Yo era un recordatorio constante de la devastación que mi padre había causado. No los culpaba por odiarme.

Pero hoy no tenía la energía para preocuparme. El dolor en mis costillas tras la caída del día anterior todavía palpitaba con cada respiración. Solo quería pasar el día sin sufrir más daño.

Estaba en una misión para Aldric, el beta de Kael. Me había enviado a buscar suministros de la bodega—algunas hierbas raras. Algo simple. Mientras pudiera mantenerme lejos de problemas, sería una tarea tranquila.

Pero tan pronto como doblé la esquina de regreso, mi suerte se acabó.

Choqué con alguien—fuerte. La canasta de hierras se me resbaló de las manos, esparciéndose por el suelo. Mi corazón se hundió al alzar la vista y verla: Vivienne. Por supuesto, tenía que ser ella.

Sus ojos ardían de furia, y de inmediato me arrodillé, intentando recoger las hierbras esparcidas.

—Lo siento—

—No te vi—

Antes de que pudiera terminar, su mano me golpeó con fuerza en la cara. El dolor estalló en mi mejilla, y sentí el sabor de la sangre al partirme el labio por la fuerza de su bofetada.

—¡Miserable e inútil! —escupió, su voz cargada de veneno.

Mantuve la cabeza baja, presionando mi mano contra la mejilla ardiente.

—Lo siento—, susurré, sabiendo que no importaría.

—¡Cállate! —gritó, su voz tan aguda que me hizo retroceder.

La bota de Vivienne se estrelló contra la canasta, aplastando las hierbras que quedaban debajo. Giró el tacón sobre el desastre, arruinando todo lo que me habían enviado a recoger. Lentamente, me puse de pie. Tragué la amargura que subía por mi garganta.

—¿Cómo te atreves, esclava patética?

Su mano se alzó de nuevo, lista para golpear, pero algo dentro de mí estalló. Ya me habían golpeado y humillado suficiente. Mi cuerpo se movió antes de que mi mente pudiera detenerlo, y mi mano se lanzó para atrapar su muñeca en el aire.

El silencio que siguió fue denso, su sorpresa evidente. Por un momento, pensé que había cometido un error terrible. Pero no la solté.

—¿Te atreves a tocarme con esas manos sucias? —silbó Vivienne, su voz baja y peligrosa, sus ojos estrechándose con furia. Arrancó su mano violentamente, liberándose de mi agarre justo cuando una sombra cayó sobre nosotras.

Kael.

Estaba en la puerta, su alta figura proyectando una sombra que parecía devorar el espacio. Sus fríos ojos recorrieron la escena—las hierbas aplastadas, la mano alzada de Vivienne, y yo, de pie, inmóvil, sin aliento y tensa.

Por un momento, todo lo demás desapareció. Mi respiración se entrecortó, y el agudo escozor en mi mejilla quedó en segundo plano. Su presencia llenó la habitación, tan dominante que parecía que el aire mismo se movía a su alrededor. Mi pulso latía con fuerza en mi garganta, y no podía apartar la mirada.

La línea firme de su mandíbula, la forma en que sus anchos hombros parecían bloquear el mundo, evocaron recuerdos de aquel hermoso beso que me había dado. Un calor se extendió por mí, haciendo que mi piel se erizara.

Apreté los puños, intentando calmarme, pero mi cuerpo me traicionó. Mi respiración se detuvo cuando su mirada se posó en mí, un instante demasiado largo, enviándome una oleada de calor que odié.

Por un segundo, olvidé dónde estaba, perdida en la forma en que sus ojos me sostenían, incluso si estaban llenos de nada más que fría indiferencia. Pero el sonido agudo de la voz de Vivienne me devolvió a la realidad, sacándome de ese breve y desorientador momento.

—¡Kael! ¡Ella me atacó!

Mi corazón se hundió. Sabía cómo iba a terminar esto. Era mi palabra contra la suya, y en esta manada, mi palabra no valía nada.

—No es cierto —dije en voz baja, levantándome para enfrentarlos a ambos—. No lo hice. Me encontré con ella y me disculpé.

Los ojos de Vivienne ardían con furia justiciera.

—¡Me agarró la mano, Kael! ¡Es peligrosa! Le has dado demasiada libertad. ¡Mira lo que está haciendo ahora!

La mirada de Kael pasó de una a otra, su rostro impenetrable, excepto por la tensión en su mandíbula. Sus hombros se tensaron, y un músculo de su cuello se agitó. Permaneció allí, en silencio durante lo que pareció una eternidad, su mano flexionándose a un costado. Pero ese silencio, la forma en que dejó que el momento se prolongara, era suficiente respuesta.

Vivienne se acercó a Kael, su voz suavizándose de esa manera empalagosamente dulce.

—Kael, por favor, ella me faltó al respeto. Déjame ocuparme de ella. Merece ser castigada.

Mi estómago se retorció por la forma en que lo dijo. Y supe, en lo más profundo, que cualquier castigo que tuviera en mente sería un infierno. Miré a Kael, esperando que no me sometiera a esta tortura. Sin embargo, su rostro permaneció inexpresivo.

—Haz lo que quieras.

Mi pecho se oprimió. Por supuesto que se pondría de su parte. ¿Por qué había esperado algo distinto?

Los labios de Vivienne se curvaron en una sonrisa de satisfacción.

—Gracias, Kael. Me aseguraré de que nunca olvide su lugar.

Me quedé allí, paralizada, mientras Vivienne volvía hacia mí, sus ojos brillando. Sabía que lo que tenía en mente no era nada bueno.

Observé a Kael mientras me daba la espalda, sus pasos decididos, sus hombros erguidos, cada centímetro de él irradiando fría indiferencia. Mis dedos se cerraron en puños apretados, las uñas clavándose en las palmas.

Un temblor me recorrió, apreté los dientes con tanta fuerza que sentí un dolor sordo en la mandíbula. Quería gritar, recuperar incluso el más pequeño atisbo de dignidad, decir lo injusto que era todo esto, pero las palabras se atoraron en mi garganta, ahogándome con

su amargura. Mi garganta se cerró, y un dolor hueco floreció en mi pecho.

—Qué patética.

La voz de Vivienne me devolvió a ella, sus ojos afilados con una furia apenas contenida mientras me miraban.

—Nadie va a salvarte, ni siquiera él. Así que olvídalo. —Su voz goteaba veneno, cada palabra una burla.

Un giro de náuseas se asentó en mi estómago, pero me obligué a mantener la cabeza alta, encontrando su mirada. Sus labios se apretaron; mi silenciosa rebeldía fue suficiente para provocarla aún más.

—Ven conmigo.

Me llevó por el pasillo. A mitad de camino, Vivienne se detuvo abruptamente, echando una mirada rápida por encima del hombro.

—Ustedes dos —llamó a un par de guerreros que estaban cerca—, vengan con nosotras.

Los guerreros intercambiaron miradas, vacilantes. Uno de ellos finalmente negó con la cabeza, mirando a Vivienne.

—Nuestras órdenes vienen del Alfa —respondió, su tono firme pero cauteloso.

Los ojos de Vivienne se oscurecieron, y ladeó la cabeza, sin que la sonrisa retorcida abandonara su rostro.

—¿Están cuestionando la voluntad de su futura Luna? —Su voz era baja, cargada de una amenaza que me hizo estremecer—. ¿Debo decirle a Kael que se negaron a cumplir una orden mía?

Los guerreros dudaron, y sentí un escalofrío de miedo recorrer mi espalda. ¿Por qué los necesita? Podía sentir mi pulso acelerarse, mis manos empezaron a temblar al darme cuenta de que cualquier castigo que tuviera en mente sería mucho peor de lo que imaginaba.

Los guerreros se miraron entre sí, su determinación vacilando.

—Perdónenos, futura Luna —murmuró uno de ellos, inclinando la cabeza.

—No tuvimos intención de faltarle al respeto.

—Da igual, ahora síganme.

Los guerreros asintieron antes de unirse a nosotros. Esto solo empeoró el nudo de miedo que retorcía mi estómago. Mis pasos se hicieron más lentos, mi boca seca como la arena, pero no me atreví a hablar.

Quería preguntar por qué necesitaba a dos guerreros para lo que fuera que planeaba hacerme, pero sabía que esa pregunta solo avivaría su furia. Tragué con fuerza, concentrándome en mantener mi rostro neutral, ocultando el miedo que me roía como una bestia implacable.

Llegamos a un sendero estrecho y serpenteante entre altos muros de piedra, sus superficies ásperas apenas iluminadas por antorchas parpadeantes. Cuanto más caminábamos, más frío hacía, como si incluso el calor de la tierra no se atreviera a aventurarse aquí.

El sendero comenzó a descender, el aire se volvió más frío y rancio. Mi corazón se hundió cuando me di cuenta de dónde estábamos. La mazmorra. Me estaban llevando a la mazmorra.

El pánico brilló dentro de mí, el impulso de darme la vuelta y correr casi me superó. ¿Pero adónde iría? Además, no había manera de que pudiera correr más rápido que los dos guerreros. Mis pies parecían de plomo mientras descendíamos más profundamente por el pasaje subterráneo, las sombras envolviéndonos por completo.

La mazmorra era antigua, sus paredes húmedas de musgo, el olor a podredumbre llenaba el aire. Las antorchas recorrían las paredes, proyectando un brillo tenue que apenas penetraba la oscuridad.

Cadenas colgaban del techo, y en una pared había un látigo. El brillo plateado recorría su longitud, frío y mortal. Me faltó el aliento. Un látigo de plata podía cortar más profundo que cualquier espada común, y para alguien como yo, sin un lobo, el daño podría ser... fatal.

Sentí que las paredes se cerraban, presionándome, y mis manos comenzaron a temblar incontrolablemente. Vivienne me observaba con deleite, sus ojos brillando mientras gesticulaba hacia los guerreros.

—Encadénenla —ordenó, su voz resonando en las paredes de piedra.

Los guerreros avanzaron, sus expresiones endureciéndose al agarrar mis brazos, tirando de ellos sobre mi cabeza. El metal frío de las cadenas mordió mis muñecas, el frío penetrando mi piel y asentándose en lo más profundo de mis huesos.

No luché. No tenía sentido. Me obligué a respirar, a evitar que el pánico se apoderara de mí demasiado rápido. Si mostraba alguna señal de debilidad, Vivienne solo lo saborearía.

Detrás de mí, escuché el leve sonido del metal tintineando.

—Toma esto y dale cincuenta latigazos.

Me quedé helado al escuchar las palabras de Vivienne. Cincuenta latigazos. Mi corazón se detuvo, todo mi cuerpo se enfrió. Cincuenta latigazos con ese látigo... no había forma de que sobreviviera.

Uno de los guerreros dudó, mirando entre Vivienne y los brillantes anillos plateados del látigo que aún sostenía en su mano. Sus ojos se encontraron con los míos antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa siniestra.

—¿Cincuenta latigazos? Eso la matará.

Los ojos de Vivienne se estrecharon, la irritación brillando en su rostro mientras apartaba la mirada de mí y volvía su atención al

guerrero.

—¿Acaso parezco importarme esta patética esclava?

El guerrero vaciló, mirando al otro guerrero.

—Pero...

Vivienne dio un paso adelante, su voz endureciéndose hasta alcanzar un tono mortal.

—¿Me estás cuestionando de nuevo?

El guerrero tragó saliva, su mirada cayendo.

—Perdón por eso, solo estábamos...

—Cállate —espetó, su voz elevándose, lo suficientemente cortante como para hacerme estremecer—. ¡Haz lo que te he ordenado!

Mi estómago se revolvió, y una oleada de náuseas me invadió. Quería gritar, rogarles que se detuvieran, pero sabía que eso solo le daría más satisfacción. En cambio, apreté los dientes, mis puños cerrados, aferrándome a los últimos restos de dignidad que me quedaban.

—Voltéenla —dijo Vivienne, su tono impregnado de malicia.

Los guerreros obedecieron, girándome para enfrentarme a la pared de piedra fría e implacable. Apreté mi mejilla contra la superficie húmeda, el frío me ancló lo suficiente para calmar mi corazón acelerado.

Apenas tuve tiempo de prepararme antes de que el primer latigazo desgarrara el aire.

Un sonido silbante—y luego...

Agonía.

El látigo seccionó mi espalda, atravesando el fino vestido que llevaba y cayendo directamente sobre mi piel. Cada nervio pareció

encenderse en llamas. El dolor era abrasador, cegador, desgarrándome como nada que hubiera sentido antes.

Apreté con fuerza mi labio, el sabor metálico de la sangre llenó mi boca mientras luchaba por contener el grito atrapado en mi garganta. Las lágrimas asomaron en las comisuras de mis ojos, pero las contuve, desesperada por resistir, desesperada por evitar que el dolor me quebrara.

Otro latigazo cortó el aire, y esta vez, la fuerza fue insoportable. Un grito ahogado escapó antes de que pudiera detenerlo, y jadeé, mis piernas temblaban mientras una nueva oleada de agonía me atravesaba.

Mi visión se nubló, y por un fugaz momento, creí ver el rostro de mi padre, siempre protegiéndome de todos. Puede que haya sido cruel con los demás, pero nunca permitió que nadie me hiciera daño. Pero él no estaba aquí. Nunca estaría aquí. Él era la causa de este destino.

Sentí un dolor hueco bajo la agonía—una amargura que se retorcía dentro de mí, llenándome de un odio ardiente; no solo por él, o por Vivienne, sino por Kael, que había permitido esto.

Detrás de mí, escuché la risa de Vivienne, fría y hueca.

—Ya no eres tan princesa, ¿verdad? —Su voz resonaba con satisfacción, cada burla era una daga que cortaba más profundo que el látigo.

El siguiente golpe fue más fuerte, y sentí que algo dentro de mí comenzaba a romperse. Mi cuerpo se desplomó contra las cadenas, mis rodillas apenas me sostenían mientras mi mente se quebraba, al borde de la oscuridad. La espalda de mi vestido se desgarró en pedazos.

La agonía se difuminó en un halo rojo, el dolor era tan abrumador que no podía respirar, no podía pensar. Quería que terminara—quería que la oscuridad me llevara, que me alejara de este infierno.

—¡Más fuerte! —La voz de Vivienne atravesó la niebla, y el látigo volvió a desgarrar el aire, quemando mi piel. Mi grito brotó de mi garganta, áspero y desgarrado, resonando entre las paredes de piedra.

Perdí la noción del tiempo, cada latigazo causándome un dolor abrasador.

El látigo cayó de nuevo, la agonía ardiendo en mi espalda. Apenas podía aguantar, mi visión se nublaba mientras el dolor amenazaba con arrastrarme. Justo cuando creí que no podría soportar otro latigazo, un rugido atronador partió el aire, vibrando a través de las paredes del calabozo.

—¿Cómo se atreven?

El rugido era tan feroz, tan lleno de rabia, que atravesó la niebla que nublaba mi mente, arrastrándome de vuelta a una dolorosa conciencia. *Kael*. Por un momento, me pregunté si era una ilusión.

Pasos pesados resonaron en la fría habitación. Antes de que pudiera procesar completamente lo que ocurría, el sonido fuerte de un cuerpo golpeando la pared de piedra con un golpe sordo llenó la sala.

A través de mis ojos entrecerrados, apenas pude distinguir a Kael inmovilizando a uno de los guerreros contra la pared junto a mí. Su rostro estaba deformado, sus ojos brillaban de rojo, sus garras extendidas, listas para atacar.

El guerrero parecía completamente indefenso bajo el agarre de Kael, su boca se abría y cerrada, su rostro pálido de terror.

—A-Alfa... solo estábamos siguiendo órdenes... las órdenes de la futura Luna... —balbuceó, luchando por respirar bajo el agarre de Kael.

La voz de Kael era un rugido bajo y peligroso, sus palabras cortando el aire.

—¿Se atreven a ponerle una mano encima?

Antes de que el guerrero pudiera responder, la voz de Vivienne interrumpió, su tono ligeramente tembloroso.

—Solo estaba administrando el castigo, Kael. Dijiste que podía manejarla como considerara adecuado.

—¡Cállate! —Su rugido fuerte sorprendió a todos en la habitación. Escuché el fuerte jadeo de Vivienne.

Kael ni siquiera le lanzó una mirada. Su enfoque permaneció fijo en el guerrero, su voz bajó a una calma mortal mientras exigía:

—¿Cuántos latigazos?

El guerrero tartamudeó, su mirada nerviosa saltando entre Kael y Vivienne.

—Cincuenta... cincuenta latigazos, Alfa.

Un rugido furioso retumbó en lo profundo del pecho de Kael, sus garras se clavaron en la piel del guerrero. Su ira era tan intensa que podía sentirla resonar por toda la habitación. Parecía que estaba a segundos de destrozar al guerrero, su furia lo llevaba al límite.

—Alfa, por favor, misericordia... —intervino la voz de Aldric justo cuando Kael estaba a punto de asestar el golpe. Quise decir algo, pero mi cuerpo no parecía ser mío.

—Lo importante es que podemos llevarla al curandero.

Por un momento, Kael no se movió, su agarre implacable, su mirada ardía con una intención letal. Pero las palabras de Aldric parecieron atravesar su furia. Con una última mirada amenazante, soltó al guerrero, que retrocedió tambaleándose, jadeando por aire, su rostro marcado por el miedo.

Kael se giró, su enfoque se dirigió hacia mí, y vi la intensidad total de su mirada mientras cerraba la distancia entre nosotros. Apenas podía levantar la cabeza, el dolor nublaba mi visión, pero su rostro

estaba cerca, su mandíbula apretada, sus ojos ardientes mientras observaba mi cara.

Aldric dio un paso adelante, como para ofrecer ayuda, pero Kael le lanzó una mirada fría, su voz cortante.

—No la toques.

Aldric retrocedió de inmediato. Las manos de Kael fueron inesperadamente gentiles al desabrochar las cadenas que me sujetaban, su contacto cuidadoso mientras me llevaba en sus brazos. Mi cuerpo se desplomó contra él, demasiado débil para resistir. Su pecho subía y bajaba contra mí mientras me sostenía con firmeza.

Mientras me llevaba fuera del calabozo, logré levantar la mirada lo suficiente para vislumbrar su rostro. Su expresión era inescrutable, sus ojos fijos al frente, su mandíbula apretada, aunque persistía una tensión, una furia apenas contenida que hervía justo debajo de la superficie.

Quería odiarlo, maldecirlo con mi último aliento, pero el dolor lo engulló todo, arrastrándome hacia abajo.

Me aferré a la consciencia, apenas, mientras Kael me sacaba del calabozo, sus brazos firmes pero tensos alrededor de mí. Cada paso sacudía mis heridas, una nueva oleada de agonía recorriendo mi cuerpo. Mi respiración era superficial y entrecortada, y luché por mantenerme despierta, por entender por qué hacía esto, por qué me estaba ayudando.

Los pasillos tenuemente iluminados por antorchas pasaban borrosos, las paredes se fundían en un largo y oscuro túnel. Su agarre se tensó alrededor de mí mientras avanzaba con determinación, su rostro marcado por una concentración sombría. Sentí el latido de su corazón contra mi costado, constante y fuerte.

Mi cabeza se balanceó contra su pecho, y mientras la oscuridad comenzaba a invadir los bordes de mi visión, una extraña calidez se

extendió por mí, una calidez que detestaba, pues nacía de su toque, el toque del mismo hombre responsable de todo este sufrimiento.

No sé cuánto tiempo caminamos. Lo siguiente que supe fue que Kael me bajaba suavemente sobre una cama. La suavidad debajo de mí se sentía extraña, demasiado amable en un mundo que no me había mostrado más que crueldad desde la muerte de mi padre. Intenté darme la vuelta, pero mi cuerpo no obedeció. El peso del agotamiento y el dolor me mantenían inmovilizada. Justo antes de que todo se volviera negro, escuché la orden de Kael:

—Traigan al curandero. Ahora.

CAPÍTULO 6



KAEL

La primera luz del amanecer apenas penetraba las copas de los árboles cuando me detuve, mis garras hundiéndose en la tierra cubierta de escarcha. Mis respiraciones eran rápidas y entrecortadas, nubes de vapor formándose en el frío matutino. La carrera debería haber sido suficiente para agotarme, para desgastar la inquietud que se había acumulado dentro de mí durante las últimas horas. Pero no lo fue. Ni siquiera cerca.

Por primera vez en años, no estaba corriendo debido a mis pesadillas, sino por una preocupación persistente y desgarradora que se negaba a ceder, asentándose como una piedra en mi pecho cada vez que pensaba en Lena.

Había pasado horas observando cómo su cuerpo luchaba contra el daño que Vivienne le había infligido. Todavía no puedo creer que Vivienne haya llegado tan lejos. Cuando mencionó el castigo, había imaginado que Lena al menos... pero ella había sido demasiado obstinada. Le había dado suficiente tiempo para llamarme, para suplicar clemencia, pero no lo hizo.

Pero no había estado preocupado. Pensé que Vivienne le daría algunas tareas aleatorias, no que intentaría matarla. Ver a Lena sufrir, verla aferrarse al borde de la vida, había provocado un dolor hueco que no podía explicar. No era el vínculo de compañero—estaba seguro de eso. Pero el hecho de que no pudiera atribuirlo a

nada me enfurecía. Por eso, verla retorcerse en la cama casi cada hora resultaba insoportable, y de ahí la razón de la carrera.

Justo cuando volvía a mi forma humana, Aldric apareció. Su rostro estaba como tallado en piedra. Instantáneamente, un fuerte tirón se apoderó de mi corazón. *Por favor, diosa de la luna, que no sean malas noticias sobre ella.*

—Está despierta, Alfa —dijo, su voz cuidadosa, como si percibiera la agitación que tanto me había esforzado por ocultar—.

—El sanador está con ella —agregó.

Un alivio intenso e inesperado me invadió, pero lo enterré tan rápido como apareció. Asentí brevemente, forzando una calma que no sentía.

—¿Y su condición? —pregunté.

Aldric dudó, su ceño ligeramente fruncido.

—Sorprendentemente... se ha recuperado bien. Es como si las heridas nunca hubieran estado ahí.

Apreté los labios mientras procesaba sus palabras, sintiendo la irritación aguijonearme por dentro al darme cuenta de lo mucho que me importaba ella.

—Entonces está bien —dije.

Aldric asintió, aunque su mirada mostraba un atisbo de inquietud.

—Más que bien. El curandero lo llamó... 'extraordinario', creo. Dijo que nunca había visto algo así —hizo una pausa, buscando en mi rostro alguna reacción.

—Pensé que querrías verla tú mismo.

Sin decir nada más, pasé junto a él, acelerando el paso hacia mi habitación, incapaz de detener la necesidad de verlo por mí mismo. Obtengo lo que quiero cuando entro en mi habitación y la encuentro

sentada en medio de mi cama. *Encaja tan perfectamente ahí.* Negué con la cabeza, deseando deshacerme de esos pensamientos tontos.

—Que alguien traiga una sopa de hierbas —ordené a Aldric.

—Necesita recuperar fuerzas.

Lena se tensó, su rostro se endureció.

—No necesito nada, Alfa. Estoy bien.

La miré fijamente, preguntándome cómo logra enfurecerme con tanta facilidad. Siempre me ha desafiado a pesar de la desventaja de su posición.

—Eso no era una petición.

Aldric se fue rápidamente, y cuando la puerta se cerró tras él, Lena evitó mi mirada, volviendo la cabeza hacia un lado. Me lanzó una mirada que casi me hace reír... casi.

Momentos después, un miembro del personal de la cocina entró, colocando el cuenco de sopa humeante sobre la mesa. La agradecí con un breve asentimiento antes de que saliera, dejándonos solos de nuevo. Tomé el cuenco, removí su contenido, mientras caminaba hacia la cama. Me senté suavemente a un lado junto a ella y le acerqué la primera cucharada.

—Esto te ayudará a recuperarte más rápido.

Ella se movió, un leve ceño frunciendo su boca.

—Puedo alimentarme yo misma.

Ignorándola, me acerqué más, llevando una cucharada a sus labios. Dudó, un destello de algo inexplicable en sus ojos, pero finalmente separó los labios.

La alimenté con cuidado, cada cucharada devolviendo un sutil toque de calidez a sus mejillas. Cada vez que la cuchara tocaba sus labios,

una extraña sensación se agitaba en mí, algo que me negué a nombrar.

Después de unos pocos bocados, tragó, apartando suavemente la cuchara.

—Gracias —dijo, su voz baja pero firme.

—De nada. ¿Cómo te sientes? —Lena me miró con los ojos entrecerrados.

—Estoy bien. El curandero dijo que estoy como nueva. Eso significa que no tienes que tratarme de manera diferente.

Mi mandíbula se tensó, pero mantuve la voz controlada.

—No estás curada. Tómate unos días para descansar. Es una orden.

Ella no me miró, su mirada fija en algún lugar distante, sus ojos brillando.

—No tienes que ordenarme que descanse, Alfa. Volveré a mis deberes.

Mi paciencia se agotó, y dejé el cuenco sobre la mesa, mirándola fijamente con una mirada dura.

—¿Estás cuestionando las órdenes de tu Alfa?

Sus ojos se clavaron en los míos, su mirada firme, un fuego feroz ardiendo en sus profundidades.

—Tú no eres mi Alfa —dijo en voz baja, su voz cargada de desafío.

—Lo has dejado muy claro. Eres mi amo, nada más.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, y una oleada de algo oscuro surgió en mí. Ella sostuvo mi mirada, desafiándome con ese fuego inquebrantable, sus palabras un recordatorio de todo lo que había intentado ignorar. Di un paso más cerca, inclinándome, bajando la voz a un gruñido.

—Ten cuidado, Lena.

Pero no se inmutó. Más bien, se inclinó hacia adelante, su mirada centelleando con furia.

—¿O qué? ¿Me castigarás? ¿Me lastimarás de nuevo? —dio una risa hueca, sus ojos ardían con una intensidad temeraria.

—Basta ya con este juego, Alpha. Si quieres matarme, hazlo. Pon fin a este suplicio por el bien de ambos.

La miré fijamente, mi propia ira creciendo a la par de la suya, pero algo más hervía bajo la superficie, algo crudo y visceral. Ella estaba tan cerca, el fuego de su mirada ardiendo en la mía, y el desafío en sus ojos se retorcía dentro de mí, atrayéndome hacia ella de una manera que no podía explicar.

Ella no retrocedió, no vaciló, y la rebeldía en su mirada solo alimentó la tormenta que se gestaba entre nosotros. Haciendo que quisiera mostrarle cuánto de su Alpha soy. Solo para demostrarle cuánto es mía.

Me acerqué más, lo suficiente como para sentir el calor que emanaba de su piel. Su respiración se entrecortó, levemente, y sus ojos se posaron en mi boca, un movimiento sutil, pero fue suficiente. Esa única mirada rompió el último hilo de control que me quedaba.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, cerré la distancia entre nosotros, mis labios capturando los suyos en un beso que fue áspero, exigente, lleno de todas las palabras no dichas y la ira que bullía bajo la superficie. Ella se tensó por un instante, sus manos presionando mi pecho, pero luego cedió, su resistencia flaqueando mientras me devolvía el beso, igualando mi intensidad con la suya.

Sus manos se aferraron a mi camisa, acercándome más, y un escalofrío recorrió mi espalda mientras sus labios se movían contra los míos, feroces e innegociables. El calor entre nosotros era devorador, un fuego que consumía la ira y el odio, dejando solo la cruda e innegable conexión que tanto había luchado por ignorar.

La presioné contra la cama, mi mano deslizándose en su cabello mientras profundizaba el beso, perdiéndome en el sabor de ella, en la sensación de su cuerpo contra el mío. Cada toque, cada movimiento era una batalla, un choque de voluntades, y sin embargo, se sentía como algo que había estado esperando, algo que había estado creciendo desde el momento en que la vi por primera vez.

Pero tan pronto como había comenzado, el momento se hizo añicos.

La puerta chirrió al abrirse, y Aldric se detuvo en seco, su mirada alternando entre nosotros, la sorpresa era evidente en su rostro. Me separé, mi expresión endureciéndose, cualquier rastro de vulnerabilidad desapareciendo mientras la soltaba, enderezándome con una calma forzada.

Sin decir una palabra, giré sobre mis talones, la máscara familiar deslizándose de nuevo en su lugar mientras salía de la habitación, el sabor de su beso todavía perduraba en mis labios, un recordatorio de todo lo que no podía permitirme sentir.

* * *

Vivienne estaba en mi estudio, su mirada fija en mí. Aldric había implorado por su clemencia, y yo solo había escuchado debido a la amistad de su difunto padre con el mío.

No tuve más remedio que perdonar a los guerreros también, ya que sería injusto castigarlos y dejar a Vivienne. Había dado instrucciones de que no quería que estuviera cerca de mí. No podía sacarme de la cabeza la imagen del calabozo, de la piel desgarrada de Lena, su cuerpo destrozado aferrándose a la vida. Y sin embargo, ahí estaba Vivienne, actuando como si nada hubiera pasado, desafiando mis órdenes.

—¿Por qué no dejas ir lo que pasó en el calabozo? Han pasado días, además, ella ha vuelto a sus deberes.

Su despreocupada indiferencia avivó la ira que había estado hirviendo bajo la superficie.

—¿Qué es lo que pensabas lograr al ordenar a los guerreros que le dieran cincuenta azotes? —Mi voz era baja, apenas contenida, cada palabra cargada de la furia que había mantenido bajo control.

—¿Qué habría pasado si no hubiera llegado a tiempo?

Vivienne puso los ojos en blanco, dejando escapar un suspiro exasperado de sus labios.

—¿Por qué importa, Kael? Solo es una esclava. Su padre nos hizo cosas peores, mucho peores —dijo, su voz agudizándose al encontrarse con mi mirada.

—¿Por qué estás tan empeñado en olvidar quién es y de dónde viene? Ella merece sufrir.

El recuerdo de los pecados de su padre, del tormento que yo había soportado, debería haber sido suficiente para apagar las brasas del conflicto dentro de mí. En cambio, solo avivó las llamas. Cada vez que intentaba convencerme de que mis sentimientos no eran más que una infatuación pasajera, el recuerdo de nuestro beso resurgía, merodeando en el fondo de mi mente como un fantasma indeseado.

Quería creer que era solo lujuria, algo primario y fugaz, pero cada intento de distanciarme solo servía para hacer el recuerdo más vívido.

Luchando contra la frustración que bullía dentro de mí, forcé mi expresión a volverse fría y distante.

—Vete, Vivienne. No tengo nada que decirte —ordené, con voz dura.

Ella abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, Aldric irrumpió en la habitación, con el rostro pálido y los ojos abiertos por la alarma.

—Alfa, estamos bajo ataque —dijo, con voz urgente.

—Los lobos renegados han atravesado el muro este.

Inmediatamente, mi furia se agudizó, redirigiéndose con precisión mortal. El muro este, el mismo muro que habíamos estado trabajando para reforzar. Me maldije en silencio, odiando que no hubiéramos terminado los muros.

Lancé una última mirada a Vivienne, que tuvo el tino de retroceder, su expresión transformándose en una máscara de preocupación.

—Quédate aquí —le ordené, sin dejar lugar a discusión. Sin esperar su respuesta, seguí a Aldric hacia afuera, mi mente ya cambiando al modo de batalla.

En el momento en que salimos al exterior, el caos nos recibió. Supe de inmediato por qué no me había enterado del ataque a tiempo: los lobos renegados estaban ocultando su olor.

El cielo estaba nublado, proyectando una luz opaca y ominosa sobre la escena. Los lobos chocaban, llenando el aire de gruñidos y rugidos, mientras el olor a sangre flotaba pesadamente, alimentando el frenesí. Los renegados habían irrumpido por la brecha en el muro, y cada uno de los miembros de mi manada estaba enzarzado en combate, luchando con dientes y garras.

Algo dentro de mí se rompió, una rabia primaria inundó mis venas mientras me transformaba, dejando que mi lobo tomara el control. Mi visión se agudizó, los colores se desvanecieron en tonos de rojo y gris mientras dejaba que el instinto me guiara. Los renegados estaban por todas partes, una marea interminable de cuerpos rugientes, pero los atravesé con precisión mortal, cada golpe de mis garras desgarrando piel y pelaje.

El recuerdo del ataque de los cazadores estalló en mi mente, vívido y visceral. La impotencia, la agonía, había jurado nunca volver a sentirme así. Ahora, en el calor de la batalla, cada golpe, cada muerte era un recordatorio de ese juramento, una oportunidad para

recuperar el control que una vez perdí. Mi lobo avanzó, implacable, destrozando todo a su paso.

Más renegados llegaban, pero no me detuve, no vacilé. Cada renegado que se lanzaba sobre mí corría la misma suerte, mis garras los atravesaban como si no fueran más que sombras. El olor a sangre se espesó, y apenas noté las heridas que se formaban en mi propio cuerpo mientras luchaba, concentrado solo en eliminar la amenaza frente a mí.

En medio del caos, un destello de rojo llamó mi atención. Me detuve, momentáneamente desequilibrado por la visión de una loba, su pelaje de un rojo llamativo, moviéndose entre los renegados con una velocidad mortal. La loba se movía con un poder y una gracia que eran casi hipnóticos, cada movimiento preciso, letal. Atravesó a los atacantes con una ferocidad que me dejó pasmado, sus colmillos reluciendo mientras acababa con un renegado tras otro.

Entonces, soltó un gruñido, un sonido tan feroz y poderoso que pareció cortar el estruendo de la batalla como una espada. Cada lobo a su alrededor, tanto los renegados como los miembros de la manada, se quedaron paralizados, sus orejas aplastándose instintivamente ante la fuerza del sonido. Incluso yo sentí la vibración de aquel gruñido en lo más profundo de mis huesos.

Los renegados vacilaron, su confianza tambaleándose ante su presencia abrumadora. Mientras ella permanecía en el centro, uno por uno, comenzaron a retroceder, sus gruñidos desvaneciéndose mientras se alejaban cabizbajos, con las colas entre las patas en señal de sumisión. La loba roja giró, su mirada recorrió el campo de batalla y, por un momento, sus ojos se encontraron con los míos.

La conexión entre nosotros fue inmediata, eléctrica, como si un hilo invisible se hubiera tensado, uniéndonos en ese breve e intenso momento. Mi lobo respondió, una oleada de reconocimiento, un deseo de acercarme, de reclamarla. Pero antes de que pudiera reaccionar, la loba roja tropezó, su poderosa forma vaciló mientras se balanceaba inestable sobre sus patas.

Cayó al suelo, su cuerpo transformándose ante mis ojos mientras caía. Me acerqué a ella, impulsado por algo que no podía nombrar, incapaz de apartar la mirada mientras su forma se convertía en la de una mujer: una mujer de piel pálida, cabello oscuro y un rostro familiar.

Lena.

El shock me recorrió mientras me arrodillaba a su lado, mis ojos recorriendo sus rasgos. Estaba apenas consciente, su respiración era superficial, sus labios se abrieron mientras escapaba de ellos el más leve gemido. La loba poderosa y aterradora que acababa de ver había sido Lena.

Mi Beta, Aldric, se acercó, su expresión reflejando la misma conmoción que la mía.

—Alfa... —comenzó, pero las palabras le fallaron, su mirada fija en el cuerpo inmóvil de Lena.

No respondí, no podía. Mi atención permanecía en ella, en el lento ascenso y descenso de su pecho, el ritmo tenue y constante que me aseguraba que estaba viva. Extendí la mano, sobrevolando su hombro, vacilando por el más breve de los momentos antes de hacer contacto, mis dedos rozando su piel.

Un calor extraño palpitió bajo mi toque, una conexión que iba más allá de lo físico, agitando algo en lo más profundo de mí. Ella era un enigma, un misterio que no podía ignorar, y en este momento, todas las preguntas, las dudas, se desvanecieron, dejando solo el vínculo innegable que palpitaba entre nosotros.

—¿Ella... es una loba roja? —la voz de Aldric irrumpió en la niebla, devolviéndome a la realidad.

Asentí lentamente, aún procesando la revelación, mi mente desbordándose de preguntas sin respuesta.

—Sí —dije al fin, con voz baja, casi un susurro—. Lo es.

Mientras la recogía en mis brazos, el olor a sangre y tierra llenaba mis sentidos, y sentí un impulso desconocido de protegerla, de resguardarla del mundo. Era un impulso que no podía explicar, y mientras la llevaba de regreso a través de los restos destrozados de la batalla, lo único en lo que podía pensar era en cómo. ¿Cómo podía haber una loba roja? ¿Y menos aún Lena?

* * *

Lena era más ligera de lo que esperaba mientras la llevaba a través de los corredores de piedra, pero el peso de su cuerpo inerte hizo algo que no podía ignorar, apretando algo en lo más profundo de mi pecho. Sus respiraciones eran superficiales, su rostro pálido, demasiado pálido. Parecía... frágil.

La palabra no le encajaba, pero ahí estaba, sin vida en mis brazos, haciendo que la idea de que fuera una loba roja pareciera una especie de broma macabra.

Bajé la mirada hacia su rostro, deseando que se mantuviera estable, mientras mi agarre se tensaba como si de alguna manera pudiera devolverla a la consciencia. No debería importarme. Me repetí que solo me aseguraba de que respirara. Que esto era un shock, nada más.

Después de todo, una lobo roja—una leyenda—estaba de repente aquí, vulnerable en mis brazos. Pero eso no explicaba el impulso de mantenerla cerca.

No tenía sentido, y aparté ese pensamiento mientras caminaba más rápido, cada paso resonando en el pasillo vacío. Ni siquiera puedo explicar por qué la llevo a mis aposentos.

Cuando llegué a mis aposentos, la acosté, obligándome a retroceder. De alguna manera, la idea de mantenerme alejado de ella me inquietaba. Un profundo dolor en mi corazón se extendió por todo mi cuerpo, y eso me irritaba.

Todo lo que podía esperar era que Aldric y el sumo sacerdote llegaran pronto. El impulso de volver a la cama y simplemente sostenerla era abrumador. Demasiado para mi gusto... a pesar de todo, algo en ella arañaba una parte de mí que no quería confrontar.

Afortunadamente, la puerta se abrió y el sumo sacerdote entró. Sus ojos se movieron entre mí y Lena, luego hizo una reverencia.

—Alfa Kael—

—Karap—

Sin esperar una invitación, se acercó a su lado, revisando sus ojos y otras partes de su cuerpo. Lo observé, manteniendo mi expresión calmada, aunque podía sentir la tensión creciendo dentro de mí. Ella debía estar bien. Tenía que estarlo.

Finalmente, levantó la mirada, la precaución aún en su mirada mientras hacía una pequeña reverencia.

—Es agotamiento, Alfa Kael—dijo con cuidado.

—Eso pensé. ¿Aldric le explicó toda la situación?

—Sí, Alfa, lo hizo. Creo que el agotamiento es resultado de la transformación... su poder... Los lobos rojos tienen habilidades que tienen un costo. Sin entrenamiento, su lobo la agotará.

Mantuve mis brazos cruzados, dándole una mirada que esperaba ocultara el alivio que se asentaba en mi pecho.

—Entonces, ¿estará bien?—forcé mi tono para que sonara frío, distante.

—Sí, Alfa—respondió, mirando de nuevo hacia ella, aunque su postura se tensó.

—Pero con respeto, su poder no es algo que deba pasarse por alto. Los lobos rojos son... raros. Sus habilidades, sin equilibrio, pueden tener... consecuencias imprevistas. Para ella, y para usted, Alfa Kael.

Afiné mi mirada, bajando la voz.

—¿Está sugiriendo que es una amenaza?

El sumo sacerdote tragó saliva, visiblemente incómodo pero decidido.

—No, Alfa, no para usted—dijo rápidamente, luego dudó antes de continuar.

—Pero sin una... conexión que la ancle, sus poderes crecerán. Necesita un ancla, Alfa Kael. Una pareja. Alguien que la ayude a encontrar el equilibrio. De lo contrario, su lobo podría... perder el control.

Una oleada de ira surgió dentro de mí, y no pude evitar el tono frío que afiló mis palabras.

—¿Así que cree que debería encontrarle una pareja?

De alguna manera, la idea de ella con otro hombre provocó una oleada de ira en mi cuerpo.

—No, Alfa. No es lo que estoy diciendo. Lo que digo es que cualquier hombre al azar no es aconsejable, ya que la diosa lunar ha dispuesto que quien sea su pareja también la ayude en su camino. Esto significa que compartirá su poder con su pareja, y si está con la persona equivocada, esa persona podría aprovechar sus poderes y usarlos para el mal. Esto también podría llevarla a la muerte.

Esto era nuevo. Nunca había oído hablar de esto antes, pero ahora que lo pienso, no había leído mucho sobre lobos rojos. Karap es uno de los ancianos respetados de la manada y está bien versado en estas cosas.

—¿Qué estás diciendo en esencia?—

—Estoy diciendo que no habrá mejor persona para ella que usted, Alfa.—

Me quedé helado, observando cómo Karap abría y cerraba la boca, sus ojos se abrían como platos, como esperando una explosión de mi parte.

—¿Quieres que la haga mi Luna? ¿Una mujer cuyo padre traicionó a mi manada?— Di un paso hacia adelante, dejando que sintiera el peso de mi mirada.

—Explíquese con cuidado, sacerdote.—

Mantuvo mi mirada, pero pude ver el destello de nerviosismo en sus ojos, una leve tensión en su mandíbula.

—Alfa Kael, no pretendo ofender. Pero su poder es mayor que el de un lobo común. Yo... le instaría a considerar su posición, su potencial. Ella podría estar... destinada a usted.— Respiró hondo, bajando la mirada brevemente.

—Si la rechaza, podría estar rechazando más que a una compañera. Podría estar invitando a la inestabilidad en la manada.—

Sus palabras cayeron con fuerza, y aunque pude ver que temía seguir presionando, parecía resuelto. No aparté mi mirada de él, y rápidamente bajó la cabeza, esperando mi respuesta.

Apreté la mandíbula, reprimiendo la frustración que amenazaba con salir a la superficie. Sabía que Karap debía haber sentido el vínculo de compañeros entre ella y yo.

—Ella es mi esclava—, murmuré.

—Lo que significa que no hay forma de que me una a alguien como ella.— La idea dejó un sabor amargo en mi boca, el pensamiento de unir mi destino al suyo —la hija de Theron—, un pensamiento que me costaba tolerar.

La voz del sumo sacerdote se suavizó, aunque parecía casi reacio a continuar.

—Alfa Kael, esto no se trata de rencores pasados. La diosa de la luna no comete errores. Si Lena está aquí, si se ha convertido en... lo que es, podría ser algo más allá de lo que cualquiera de nosotros entiende.— Su voz se suavizó aún más, casi cautelosa.

—El destino tiene sus formas, Alfa. Si resiste, podría estar resistiéndose a algo más allá de todos nosotros.—

Acerqué la mirada, aferrándome a la lógica en una situación que apenas entendía, negándome a admitir que la idea de que Lena fuese completamente mía me provocaba una emoción y una culpa que atravesaban mi ser.

—¿Y Vivienne? Ella iba a ser mi Luna. Le debo—

El sacerdote se interrumpió rápidamente, pero tomó un respiro calmante antes de responder: —Alfa Kael, no pretendo faltarle el respeto a Lady Vivienne, pero... ella no es la indicada. Su lobo, incluso ahora, se agita cerca de esta mujer que dice despreciar. Su conexión con ella... es profunda, y ahora que Lena es una loba roja, debemos proceder con cautela.—

La verdad golpeó más fuerte de lo que quería admitir. Apreté los puños, tragándome el gruñido que subía por mi garganta. Mi mirada volvió a posarse en Lena, impresionante como siempre, y supe que tenía razón. Mi lobo se agitaba, algo crudo y posesivo arañando su camino hacia la superficie, luchando contra todo pensamiento lógico.

Pero ella también era la hija de Theron, un recordatorio de todo lo que había jurado odiar. ¿Cómo podía siquiera pensar en unirme a ella?

El sumo sacerdote continuó, su voz apenas un susurro, como si estuviera probando mi paciencia. —Hablo solo por deber, Alfa Kael. Pero si ella permanece sin atar... no quiero pensar en las consecuencias.—

Me obligué a respirar, a controlar la frustración creciente.

—¿Y si me niego?— Mi voz era baja, la amenaza inconfundible.

Tragó saliva, bajando la mirada antes de responder. —Entonces el riesgo será suyo. Pero entienda, Alfa... sus poderes, si no se controlan, podrían desatar mucho más que su vida. Podrían desgarrar esta manada, dejando destrucción a su paso.—

Sus palabras se asentaron como hielo, una verdad incómoda que no podía ignorar. Me obligué a apartar la mirada de Lena, deseando que la opresión en mi pecho desapareciera, la sensación de que las cosas se me escapaban de las manos.

Vaciló, y luego colocó una mano sobre mi hombro con reverencia. —Alfa Kael, solo pretendo aconsejarle. Su destino... está ligado al de ella, lo quiera o no. Depende de usted si deja que el pasado lo guíe o si acepta lo que la diosa haya puesto en su camino.

Apreté los puños, mi mente convertida en un campo de batalla entre la lógica y el instinto. Pero cuando la miré una última vez, el leve eco de su lobo rojo relampagueando en mi memoria, me di cuenta de que las cosas ya estaban cambiando.

Y, al exhalar lentamente, pude sentir el peso de mi control deslizándose, una sensación de impotencia arañándome por dentro. Esto solo era el comienzo.

CAPÍTULO 7



LENA

Me desperté lentamente, el mundo era una neblina de luz y sombra. Mi cuerpo se sentía pesado, como si hubiera sido arrastrado a través del fuego y el hielo. Los recuerdos inundaron mi mente: el caos, los gritos y la repentina y abrumadora necesidad que me había llevado al campo.

Recordé al forajido lanzándose sobre Kael por detrás, y luego... todo se tiñó de rojo. No tenía idea de lo que había pasado después, solo sabía que había despertado aquí, en un lugar seguro, aunque desorientada y más que un poco asustada.

Intenté sentarme, mis músculos rígidos y adoloridos, cuando la puerta chirrió al abrirse. Kael entró con paso firme, su expresión indescifrable, su mirada fija y de acero posada en mí. Su presencia llenó la habitación, una tensión silenciosa envolviéndonos a ambos. Tragué saliva, insegura de qué esperar, y cuando finalmente habló, su voz fue cortante y controlada.

—Estás despierta.

—Claramente, lo estoy.

Me negué a intimidarme por él. Su mirada no vaciló, y algo en la forma en que me miraba hizo que mi piel se erizara de inquietud. Había una tormenta silenciosa en sus ojos, una intensidad que no había visto antes, lo que me hizo moverme incómoda. Intenté

distraerme mirando alrededor. Entonces me di cuenta de que estaba en su habitación, otra vez.

—¿Cuándo tenías planeado decírmelo?

Lo miré, con el ceño fruncido, intentando descifrar de qué estaba hablando.

—¿Y de qué estás hablando?

—Oh, deja el teatro. ¿Cuánto tiempo pensaste que podrías ocultarme esa información?

—Y te digo que no tengo idea de lo que estás hablando. ¿Podrías ir al grano?

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal cuando comenzó a reír. Sus ojos oscuros me clavaron, y la risa solo oscureció aún más su mirada.

—¿Así que vas a fingir que no sabes que eres un lobo rojo?

Su pregunta cayó como una piedra, y el silencio que siguió fue denso y sofocante.

Un lobo rojo. Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de un poder que no entendía.

Los recuerdos volvieron a mí: los libros antiguos que había visto en el estudio de mi padre, las leyendas del lobo rojo, los cuentos susurrados sobre su poder.

El lobo rojo, el más fuerte de los lobos, se decía que aparecía solo una vez cada siglos. Era un enigma, algo antiguo, indomable y más allá de la comprensión de los lobos comunes. Pero nunca había creído que yo pudiera ser eso.

Mi mente daba vueltas, luchando por asimilar sus palabras. ¿Un lobo rojo? Eso era imposible. Leyendas, historias… ninguna de ellas jamás me había parecido real. Pero ahora… ¿podría estar en lo cierto?

—Creo que estás equivocado —dije.

—Estoy muy seguro de que mis ojos no me fallaron cuando te vi transformarte ante mí —respondió.

—Yo… no lo sabía —respondí, mi voz apenas un susurro.

—Nunca… nunca he conocido a mi lobo. Ni siquiera sabía si tenía uno.

Kael entrecerró los ojos, el escepticismo brillando en su rostro.

—¿Me estás diciendo que no tenías ni idea de esto? —Su voz tenía un tono peligroso, como si no confiara ni en una sola palabra de lo que decía.

—¡Es la verdad! —respondí, mi frustración saliendo a la superficie.

—No lo he… No he cambiado antes. No sé qué es esto. Pero hay un error —Las palabras salieron de mí, una confesión cruda y desesperada que se sentía más como una súplica—. Quiero decir, no hay manera de que yo sea un lobo rojo.

Él dio un paso más cerca, su mirada penetrante, y sentí el peso de su escrutinio, la forma fría y analítica en que me estaba evaluando. Dolía, su evidente incredulidad, como si no pudiera concebir que yo estuviera tan en la oscuridad como él.

—Deja la farsa, Lena —dijo, su voz baja y afilada, cada palabra como una daga.

—No soy un tonto. Quiero la verdad. Ahora.

Apreté los puños, sintiendo una oleada de rebeldía surgir dentro de mí. Su acusación, su negativa a creerme, rayaba en todo lo que estaba conteniendo.

—No te estoy ocultando nada, Kael —respondí, luchando por mantener mi voz firme.

—Hasta anoche, no tenía un lobo, pero si lo que dices es cierto, estoy tan sorprendida como tú.

Él me miró, su mandíbula apretada, un músculo tensándose bajo la superficie. Por un momento, pensé que podría estallar, que la tormenta que bullía en su mirada finalmente estallaría, pero entonces habló, su voz calmada, calculada, pero impregnada de algo que no lograba identificar.

—Nos vamos a casar.

Parpadeé, sus palabras se asimilaban lentamente, como piedras cayendo al agua.

—¿Casarnos? —La palabra sonaba extraña, absurda—. No puedes hablar en serio.

—No tengo tiempo para juegos —respondió, su tono práctico, inflexible—. Tus poderes son una amenaza, y no voy a arriesgarme a que te vuelvas incontrolable. Este matrimonio asegurará tu lealtad, tu compromiso con mi manada.

La ira brotó dentro de mí, un fuego amargo y ardiente que hizo que mis manos temblaran.

—¿Así que eso es todo? —pregunté, mi voz subiendo de tono, teñida de incredulidad—. ¿Crees que puedes simplemente atarme a ti, convertirme en una esposa obediente para controlarme?

Su mirada se endureció, una chispa de irritación brillando en sus ojos.

—Me gustaría creer que es un título mejor que ser mi esclava —dijo, su voz un gruñido grave.

—No estoy de acuerdo, preferiría seguir siendo tu esclava que someterme a ti como tu esposa.

Al instante, algo brilló en sus ojos, su mandíbula se apretó mientras me fulminaba con la mirada.

—Esto no está sujeto a debate. Te guste o no, tus poderes nos ponen a todos en riesgo. Necesito saber que puedo confiar en ti.

—¿Y crees que el matrimonio es la forma de conseguir esa confianza? —respondí al instante, mi voz temblando de ira.

—No estás buscando una pareja. Estás buscando una prisionera.

—¿Y no eres mi prisionera ahora? —preguntó con las cejas arqueadas, dejándome sin palabras.

Tenía razón, yo era su esclava, pero que me condene el infierno si pierdo el mínimo atisbo de libertad que tengo por su propio interés.

Algo centelleó en sus ojos—vacilación, quizás incluso arrepentimiento. Pero lo disimuló rápidamente, su expresión endureciéndose mientras daba otro paso hacia mí.

Mantuve su mirada, la rebeldía hirviendo dentro de mí como una llama que se niega a ser apagada. Sabía que él no cedería; más valía llegar a un punto medio con él.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté.

—No tengo interés en que seas mi Luna... —dijo, y sus palabras se sintieron como un cuchillo afilado clavándose en mi pecho. Pero me negué a permitir que sus palabras me afectaran.

—El sentimiento es mutuo, Amo —respondí.

Sus ojos relampaguearon mientras mantenía mi mirada.

—Bien. Eso significa que podemos casarnos sin ningún vínculo emocional. Y cuando descubra cómo lidiar con todo esto, el matrimonio se disolverá —declaró.

No sonaba tan terrible; lo que proponía era sencillo, un matrimonio de conveniencia. Mi mente vagó hacia mi padre, cómo nadie parecía ser lo suficientemente perfecto para mí según él. Me pregunté qué sentiría al casarme con el hombre que lo mató. Pero tenía que hacer lo que era necesario.

—Dejemos una cosa clara —dijo, su voz peligrosamente suave.

—Puedes odiarme, puedes despreciar cada palabra que digo, pero esto no se trata de ti ni de mí. Se trata de sobrevivir. Mi manada necesita estabilidad, y aunque no lo creas, tú necesitas protección. Esta es la única manera.

La verdad de sus palabras me golpeó profundamente, pero me resistí, no dispuesta a ceder por completo. —Si esperas que siga adelante con esto —dije, sacando fuerza de mi enojo—, habrá condiciones. Mi gente merece protección—no serán tratados como tu propiedad. Y quiero libertad—alguna vida más allá de estar atada a ti.

Él se burló, cruzando los brazos mientras consideraba mis demandas, sus ojos fríos como el hielo.

—No estás en posición de exigir. Te estoy ofreciendo algo mejor que ser una esclava, ¿y aún así pides más?

Tragué la frustración que brotaba, negándome a retroceder. —Si quieres que acepte esto, entonces necesitas encontrarme a mitad de camino.

Un silencio tenso se cernió entre nosotros, y él me miró con una expresión inescrutable, como si estuviera calculando su próximo movimiento.

—Y si acepto... proteger a tu gente —dijo lentamente—, no serán tratados como iguales. Seguirán mis reglas, respetarán mi autoridad y ganarán su lugar aquí.

Mi corazón se hundió, pero mantuve su mirada. —De acuerdo —dije, aunque mi voz tembló—. Pero serán protegidos.

Asintió bruscamente, observándome con sospecha.

—Y en cuanto a tu libertad... —dejó la frase en el aire, sus ojos entrecerrándose como si buscara alguna debilidad en mi determinación.

—Te concederé algo de indulgencia, pero en mis términos. Tu "libertad" es condicional. Si me desafías o pones en peligro a mi manada, cada privilegio que permita desaparecerá.

Tragué saliva, obligándome a mantener la compostura bajo su mirada penetrante. —De acuerdo —respondí, aunque la palabra sabía amarga en mi lengua.

Su mirada se oscureció, y pude ver la tensión en su mandíbula, la frustración hirviendo bajo su exterior cuidadosamente controlado.

Por un momento, la tensión entre nosotros fue casi insoportable, un silencio cargado que parecía que iba a estallar en cualquier momento.

Me miró fijamente, su mirada intensa, inquisitiva, como si intentara ver más allá de la superficie, para entender los secretos que yo misma no había descubierto. Pero mantuve su mirada, negándome a flaquear, negándome a dejar que viera el miedo que hervía bajo mi enojo.

—Descansa un poco —dijo finalmente, con un tono cortante y una expresión impenetrable—. Mañana finalizaremos los arreglos.

Dicho eso, se dio la vuelta y se marchó, la puerta se cerró tras él con un clic, dejándome sola con la incertidumbre que se había asentado pesadamente sobre mi corazón.

* * *

La realidad de lo que estaba sucediendo no terminó de asentarse en mí hasta que vinieron a prepararme. Me habían dejado sola durante la mayor parte del día, y la soledad me había dado demasiado tiempo para pensar, para repasar los eventos que me habían llevado hasta aquí. Pero cuando el personal del grupo entró, llevando sedas finas y delicadas joyas de plata, el peso completo de mi situación cayó sobre mí.

Trabajaron en silencio, vistiéndome con un vestido pálido más suave que cualquier cosa que hubiera sentido en semanas, su tejido rozando mi piel con una delicadeza que casi me resultaba ajena. Mi cabello fue recogido en una trenza, un estilo simple que, sin embargo, parecía elaborado comparado con el desorden enmarañado que había sido antes.

Me sentí limpia, más fresca de lo que había estado en lo que parecía una eternidad, pero eso no me trajo consuelo. Este no era un momento de alegría o celebración, sino un recordatorio crudo de la farsa de matrimonio en el que estaba a punto de entrar.

Cuando me llevaron a la cámara del consejo, mi corazón latía con fuerza en mi pecho, cada paso me hacía sentir que me adentraba más en un destino del que no podía escapar. La cámara estaba en penumbra, la luz plateada de la diosa de la luna proyectaba un resplandor inquietante sobre el suelo de piedra.

Kael estaba allí, estoico e inquebrantable, esperándome. Mi mirada se dirigió a los siete miembros del consejo que habían logrado llegar con tan poco tiempo. Estaban como estatuas, sus expresiones iban desde la indiferencia hasta el abierto desdén.

Uno de ellos, un Alfa mayor con ojos penetrantes y un rostro surcado de arrugas, me miró de arriba abajo, sus labios se curvaron ligeramente.

—Esperaba algo mejor para un Alfa como Kael —murmuró con un tono amargo—. Me conformaba con que fuera su esclava, pero ¿esto?

Mordí el impulso de responder, apretando los puños mientras mantenía la mirada al frente. Sentía el calor subiendo a mis mejillas, la vergüenza y la ira entrelazándose dentro de mí. Robé una mirada a Kael, buscando algún indicio de reacción, pero su rostro era impasible, inescrutable.

Otro Alfa, un hombre alto con una barba canosa y una voz tan fría como la piedra que nos rodeaba, habló, dirigiendo sus palabras a Kael.

—¿Estás seguro de esto, Kael? Una Luna como ella… está destinada a traer problemas. Espero que sepas el riesgo que estás tomando.

La respuesta de Kael fue medida, su voz calmada y firme.

—Estoy seguro. —No se extendió, no ofreció ninguna justificación adicional.

Entonces, el sumo sacerdote dio un paso al frente, y Kael y yo entrelazamos nuestras manos bajo su mirada solemne. Sus dedos alrededor de los míos eran cálidos y firmes, y una corriente extraña fluyó entre nosotros, una tensión que no podía ignorar. Sin embargo, a pesar de su fuerza, su toque no tenía calidez sentimental, solo el peso del deber.

—Bajo la atenta mirada de la diosa de la luna, presenciamos la unión del Alfa Kael y su Luna elegida, Lena —comenzó el sacerdote, su voz llenando la cámara con una reverencia que se sentía forzada y pesada—. Repite después de mí, Alfa.

El agarre de Kael se tensó ligeramente mientras comenzaba a hablar, su voz firme al repetir las antiguas palabras. —Bajo la bendición de la diosa de la luna, juro protegerte, Lena, como mi Luna. Prometo mi fuerza para estar a tu lado, para cobijarte como mía y para liderar contigo con honor y lealtad.

Las palabras fluían de sus labios con facilidad practicada, pero yo sabía que no contenían un verdadero sentimiento. Esto era un guion, un ritual tan frío y calculado como el hombre que lo pronunciaba. Y, sin embargo, mientras su mirada se mantenía fija en la mía, sentí un impulso inexplicable, un magnetismo que removió algo profundo dentro de mí.

El sacerdote se volvió hacia mí, sus ojos escudriñando mi rostro. —Luna Lena, repite después de mí.

Mi corazón latía con fuerza mientras me obligaba a hablar, las palabras sonaban extrañas y huecas en mi boca. —Bajo la bendición de la diosa de la luna, juro proteger nuestra unión como tu Luna —dije, mi voz apenas un susurro, cada palabra sintiéndose más pesada que la anterior—. Prometo mi lealtad para estar a tu lado, para proteger a tu pueblo como mío y para honrar nuestro vínculo con fuerza y fidelidad.

Apenas podía creer las palabras mientras las pronunciaba. Esto no era un matrimonio de amor o compañerismo. Era una jaula. Un contrato que me ataba al destino de Kael, a su mando, lo quisiera o no. Y, sin embargo, la ceremonia, los votos... eran un frío recordatorio de que mi vida ya no me pertenecía.

El sumo sacerdote levantó las manos al concluir los votos, pronunciando una última bendición sobre nosotros. Solté un suspiro que no había notado que estaba conteniendo.

* * *

El último de los Alfas se fue, sus silenciosos juicios permaneciendo en el aire mucho después de que la puerta se cerró detrás de ellos. Esperé hasta que el eco de su partida se desvaneció antes de soltar un suspiro, mis hombros tensos por la tensión. Si esto era lo que significaba ser Luna, era tan asfixiante como lo había temido.

Kael permaneció en la habitación, de espaldas a mí mientras se volvía hacia la puerta, ignorando mi presencia. El silencio entre nosotros se volvió pesado, cada latido del corazón un redoble que resonaba en mi pecho.

—¿Y ahora qué? —pregunté, mi voz cortando el silencio. Él no respondió, ni siquiera se dio la vuelta, como si mis palabras se hubieran evaporado en el aire quieto.

Un suspiro de frustración escapó de mí.

—¿Ignorarme es otro beneficio de este supuesto matrimonio?

Se detuvo a mitad del paso, y por un momento pensé que se iría sin decir una palabra. Pero entonces se volvió, sus ojos afilados y fríos, clavándome en el lugar.

—Esto no es un matrimonio, Lena. Es un arreglo. No lo confundas con algo más.

Cruzé los brazos, negándome a apartar la mirada.

—Créeme, no lo estoy confundiendo. De hecho, simplemente regresaré a los cuarteles de los esclavos. No hay necesidad de perturbar tu rutina con mi presencia.

La mandíbula de Kael se tensó, y un músculo en su mejilla tembló.

—No.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir con 'no'?

—Eres mi Luna. Te quedarás donde sea apropiado para ese título. No permitiré que me avergüences, ni a esta manada.

Una risa amarga brotó en mi garganta.

—¿Necesito recordarte que esto no es real? No es como si fuera tu Luna en el sentido verdadero de la palabra, Alfa.

Sus ojos se oscurecieron y dio un paso hacia adelante. El aire entre nosotros se volvió tenso, cargado de algo no dicho. Mis sentidos se agudizaron, captando cada detalle sutil: la forma en que su pecho subía y bajaba con respiraciones controladas, el leve brillo de sudor en su clavícula, la tensión en su mandíbula. Era exasperantemente perfecto, todo líneas definidas y poder bruto, y eso hacía que mi corazón latiera de una manera que nunca antes había sentido.

—¿Necesito recordarte que, aunque este no sea un matrimonio real, tú eres mi Luna en todo el sentido de la palabra? —dijo, con una voz baja—. Que te guste o no, vas a desempeñar tu papel.

—No estoy discutiendo sobre desempeñar mi papel —respondí, intentando sonar firme—. Simplemente prefiero no estorbarte.

Su mirada se estrechó, y con cada paso que daba, el aire parecía espesarse. Intenté luchar contra el calor que se acumulaba en mi pecho, contra la atracción que me llevaba hacia él a pesar de mi mejor juicio.

Mis ojos se posaron en sus labios, recordando su calor, la forma en que habían reclamado los míos con una ferocidad que aún me hacía contener la respiración.

De repente, el tirón silencioso dentro de mí se hizo más fuerte, más insistente. Mi lobo, que había estado inactivo desde mi primer cambio, se agitó. Había un anhelo, una necesidad cruda y primitiva que recorría mis venas.

Mío.

La palabra resonó en mi mente, suave y posesiva, y me di cuenta con un sobresalto que era mi lobo.

De repente, hubo un cambio en el aire. Los ojos de Kael escudriñaron los míos. Su respiración se cortó, y la leve dilatación de sus pupilas reflejaba el acelerado latido de mi corazón.

Ahora estaba cerca, tan cerca que podía ver la leve separación de sus labios, el fino sudor en su sien. El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, dejando solo el palpitar de mi pulso y el murmullo bajo de mi lobo, susurrando:

Nuestro. Él es nuestro.

Un escalofrío recorrió mi espalda, y mis dedos ardían por tocarlo, por reclamarlo de una manera que se sentía más natural que respirar. Intenté resistirlo, intenté protegerme de la oleada de deseo, pero fue inútil. La atracción era demasiado fuerte, la necesidad demasiado feroz.

El aliento de Kael rozó mi piel mientras se inclinaba más cerca, su mirada cayendo momentáneamente hacia mis labios. Por un

momento, el mundo se detuvo, suspendido en la tensión eléctrica entre nosotros.

Sin previo aviso, sus labios chocaron contra los míos, el beso como un incendio que consumió todo el oxígeno de la habitación. Fue feroz, exigente, como si intentara imprimirse en mi misma alma. Sus manos pasaron de la pared a mi cintura, atraviéndome contra él con una desesperación que resonaba con la repentina oleada de necesidad que fluía en mí.

Mis manos encontraron camino hacia sus hombros, agarrándolo con fuerza, anclándome contra la tormenta de sensaciones que desató. Mi cuerpo respondió con una intensidad que me aterraba, mi lobo acercándose más a la superficie, atraído irresistiblemente por el hombre que era a la vez una tormenta y un santuario.

Su beso se profundizó, y me perdí en la sensación, mis dedos entrelazándose en su cabello, atrayéndolo más cerca, como si pudiera disolverme en él, en el calor y la urgencia que el beso había despertado.

Tan rápido como había comenzado, Kael se separó, su respiración agitada, su frente apoyada en la mía. El silencio cargado entre nosotros era denso, el eco del beso vibrando en la habitación como una promesa no dicha, salvaje e incumplida.

—¿Qué me has hecho? —murmuró, con una voz áspera, la frustración impregnando cada palabra. Sus ojos, oscuros y tormentosos, se clavaron en los míos, buscando respuestas que ninguno de los dos tenía.

Mi corazón palpitaba, cada latido resonando en mí.

—Podría preguntarte lo mismo —susurré, mi voz temblando con una mezcla de desafío y la vulnerabilidad cruda que solo él podía sacar de mí.

Mi lobo se agitó, un gruñido bajo y anhelante que bullía en el fondo de mi mente, exigiendo más. El aire aún llevaba el calor de su toque,

y era casi insoportable estar tan cerca y no lo suficiente.

—Pero ahora sé que tú tampoco puedes controlarte conmigo —añadí jadeante, un desafío que chocaba con el sonido de mi propio latido. No entendía la necesidad de desafiarlo.

Sus ojos brillaron, un cambio sutil de color que desapareció tan rápido como apareció: un destello ámbar que traicionaba a la bestia que llevaba dentro.

Apretó la mandíbula, los músculos tensos bajo su piel, y por un breve momento lo vi: la contención, el borde de su control deshilachándose. Sus manos, antes firmes, ahora se flexionaban a sus costados como si lucharan contra el impulso de tocarme de nuevo.

—No te engrías —dijo finalmente, aunque su voz carecía de la firmeza habitual, más áspera, como si la hubiera forzado entre dientes apretados.

—Lo que sea esto, no es nada. No lo confundas con más que un momento de debilidad.

Sus palabras dolieron, frías como estaban destinadas a ser. Aún así, no pude evitar notar cómo se elevaba su pecho, la tensión en su postura traicionando su propia mentira.

Mi lobo gruñó de nuevo, inquieto, negándose a dejar pasar el momento sin luchar. El fuego dentro de mí crepitó, las brasas negándose a apagarse incluso cuando él retrocedió.

—Tu habitación está al final del pasillo en el ala Oeste —dijo, su voz cortante, cada sílaba cuidadosamente controlada. Pero lo vi: un parpadeo de vacilación en sus ojos, la grieta más leve en su máscara estoica.

Asentí, negándome a bajar la mirada.

—Bien —logré decir, mi tono frío, aunque por dentro era una tormenta, mi lobo paseándose, empujando los límites de mi control.

Los ojos de Kael se quedaron en los míos un momento más, como si estuviera a punto de decir algo, pero en su lugar, giró bruscamente y se alejó. La ausencia de su calor dejó un frío a su paso, pero el aire seguía cargado, mi piel aún hormigueaba donde me había tocado.

Mientras sus pasos resonaban por el pasillo, solté un aliento tembloroso, mis dedos rozando mis labios, aún sensibles y cálidos. Mi lobo gruñó suavemente, un sonido que vibraba dentro de mí.

No solo Kael estaba al límite; yo también lo estaba. Y lo que había despertado entre nosotros, no iba a olvidarse. No por mí, y no por la bestia que finalmente había despertado dentro de mí.

* * *

Los últimos dos días habían sido una especie de tormento extraño y silencioso. No había visto a Kael desde la ceremonia, y aunque una parte de mí se sentía aliviada, otra parte —una parte que detestaba admitir que existía— no podía dejar de pensar en él.

Especialmente ese maldito beso. El mismo que se grabó en mi mente, repitiéndose una y otra vez como un recuerdo febril que no podía olvidar. La necesidad de él me carcomía, casi volviéndome loca.

Solté un aliento tembloroso mientras paseaba por la habitación, tratando de alejar la energía inquieta que zumbaba bajo mi piel. Mi habitación estaba lejos de ser los barracones de los esclavos —cómoda, espaciosa y adornada con toques de lujo—, pero se sentía ajena, un recordatorio crudo de cuánto había cambiado mi vida y de cuánto aún no pertenecía.

El silencio me oprimía, sofocándome, hasta que no pude soportarlo más. Necesitaba salir, escapar de las cuatro paredes que se sentían más como una jaula dorada que como un santuario. Tal vez un paseo despejaría mi mente, ahuyentando la atracción implacable

que se había asentado en lo más profundo de mi pecho desde aquel momento con Kael.

Entré en el pasillo, el aire más fresco, más libre, pero hizo poco para aliviar la opresión en mi pecho. Cada rincón de la casa del pack olía a él—una mezcla de pino y algo más intenso, algo distintamente

Kael.

El aroma me envolvió, desencadenando recuerdos y un anhelo que hizo que mi loba se agitara. Mis sentidos eran más agudos ahora, elevados de una manera que se sentía tanto emocionante como abrumadora. Quizás era porque finalmente tenía a mi loba, esa parte de mí que nunca supe que faltaba. Pero dudo que los demás sintieran lo que yo sentía, esa necesidad insaciable de buscarlo, de estar cerca de él.

Caminé sin rumbo, cada paso una batalla silenciosa contra los pensamientos que seguían volviendo a él.

Contrólate, Lena. Reprimí el dolor que me oprimía el pecho cada vez que su nombre surgía en mi mente. Se suponía que esto era un matrimonio de conveniencia, un arreglo para mantener la paz, nada más. Kael probablemente estaba cumpliendo su parte del trato al mantenerse alejado, y yo debería estar agradecida por el espacio.

Pero no lo estaba. El solo pensarlo hacía que mi pulso se acelerara, mi mente se desviaba hacia la forma en que sus ojos se oscurecieron justo antes de besarme, el calor puro que había surgido entre nosotros. Mi loba empujaba los límites de mi control, instándome a encontrarlo, a cerrar la distancia.

Apreté los puños, deseando que el anhelo se calmara. Odio que lo quería, odio cómo mi cuerpo me traicionaba, anhelando su toque cuando sabía que no debería. Sin embargo, ahí estaba, deambulando por los pasillos como una polilla atraída por una llama, buscando desesperadamente algo para apagar el fuego que Kael había encendido.

Pero con cada respiración, con cada sombra que pasaba, sabía una cosa con certeza—escapar de él sería más difícil de lo que jamás imaginé.

Estaba tan perdida en mis pensamientos que no escuché sus pasos hasta que estuvo justo frente a mí. Vivienne estaba en el pasillo, su expresión torcida por la ira, sus ojos ardiendo con un odio que se sentía como un golpe físico.

—Aquí viene la zorra —dijo, deteniéndose frente a mí.

Me detuve, sostuve su mirada sin pronunciar una palabra, esperando que simplemente me dejara continuar mi paseo en paz. Mi loba se agitó, un gruñido bajo retumbando en lo más profundo de mí, reflejando mi fastidio. La miré directamente a los ojos, negándome a dejarme intimidar.

—Buen día, Vivienne —dije con firmeza.

—Guárdate tu estúpido saludo, esclava —soltó con desdén, cruzando los brazos mientras bloqueaba mi camino. Sus ojos se clavaron en los míos como si me estuvieran desafiando.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

—¿O crees que pavonearte por aquí como si pertenecieras, teniendo un título que no mereces, cambiará el hecho de que eres una esclava aquí?

Mis manos se apretaron a mis costados, y un destello de ira surgió en mí. Me obligué a mantener la calma, aunque era casi imposible mientras los recuerdos de su crueldad bullían en mi mente.

Esta era la mujer que había ordenado a los guardias que me golpearan, observando con fría satisfacción cómo me castigaban bajo su mando. Mi loba merodeaba dentro de mí, compartiendo mi rabia, instándome a poner a Vivienne en su lugar.

—¿Qué quieres, Vivienne? —respondí, mi voz tranquila pero con un tono de desafío.

—¡No tienes nada que ofrecerme, esclava, excepto lo que me has robado!

—¿Robado? No sé de qué estás hablando —respondí con firmeza.

—¡Oh, cállate, zorra! Sabes de lo que estoy hablando, y para que lo sepas, conocía tus planes desde el principio, pero te aseguro que esto no ha terminado. Ese título es mío —dijo con voz fría.

—Veo que esto se trata de mi matrimonio con el Alfa —respondí con calma.

Vivienne echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír. El sonido me irritó los nervios.

—¿A eso le llamas matrimonio? Todos en la manada saben que hechizaste a nuestro Alfa con tu brujería. ¿Por qué si no Kael me buscaría cada noche a pesar de estar casado contigo?—

El tiempo se detuvo. La insinuación me atravesó como una cuchilla. Me costó todo lo que tenía mantener la compostura.

Una punzada aguda de celos se enroscó en mi pecho, pero forcé mi expresión a permanecer neutral. La idea de Vivienne y Kael juntos hizo que algo en mí se retorciera con dolor, pero no le daría la satisfacción de verlo. Mi loba se erizó, un gruñido vibró a través de mí, exigiendo que estallara. Exigiendo que le hiciera saber que Kael me pertenecía.

No, no es así. Su elección siempre ha sido Vivienne. Ella debía ser su Luna.

La verdad resonó más de lo que debería, y su sonrisa se ensanchó como si hubiera dado en el blanco.

—Así que ya ves, es solo cuestión de tiempo antes de que Kael se dé cuenta de quién debería ser la verdadera Luna. Y cuando eso

suceda, tú no serás nada.—

Un escalofrío recorrió mi espalda, pero me negué a dejar que viera el miedo que amenazaba con surgir. En su lugar, mantuve su mirada con una desafío inquebrantable.

—Si estás tan segura, ¿por qué pierdes el aliento conmigo? Si soy tan insignificante como dices, ¿por qué te molesto tanto?—

La expresión de Vivienne se oscureció, sus ojos se estrecharon mientras sus puños se cerraban a sus costados.

—Porque verte aquí, fingiendo ser algo que no eres, me da asco. Lo bueno es que, a pesar de tu brujería, también le das asco a Kael.—

Sus palabras tocaron un nervio, un destello de duda atravesó mi determinación. No podía evitar estar de acuerdo con ella. ¿Por qué si no me buscaría a mí en lugar de a ella? Mi loba estaba inquieta, lista para desafiarla.

Los ojos de Vivienne se estrecharon antes de que una sonrisa de satisfacción cubriera su rostro.

—¿Sabes lo que me dice cada noche después de hacer el amor conmigo?—

Sus palabras me hirieron, retorciéndose dolorosamente dentro de mí. Pero no iba a darle la satisfacción de verlo. Una llama roja y caliente de celos recorrió mi espalda al escuchar esas palabras. Mis puños se apretaron, sin querer imaginarlo.

—Bueno, no importa. Aunque tú atiendes sus necesidades, Kael y yo estamos unidos—, dije, manteniendo su mirada con firmeza.

Vivienne dio un paso más cerca, su rostro contraído por el desprecio.

—¿Es eso lo que te dices a ti misma para poder dormir por la noche? ¿Que está unido a ti? No eres más que una broma... una pobre esclava con ilusiones de ser nuestra Luna. Nadie te aceptará aquí—, siseó, su voz bajando a un susurro peligroso.

Las palabras fueron como una bofetada, y la ira brotó en mí mientras me forzaba a mantener su mirada, inquebrantable.

—Quizás no lo hagan. Quizás no sea adecuada para ser su Luna—, respondí, tranquila y serena,

—Pero te guste o no, eso es lo que soy ahora. Y eso me convierte en tu Luna, Vivienne.—

Sus ojos brillaron de furia, su boca se torció en una mueca.

—Sobre mi cadáver—, escupió.

El veneno en su voz era más agudo, más personal de lo que jamás había sentido de ella antes. Era como si este rol fuera algo sagrado para ella, algo que creía que era su derecho de nacimiento, y mi mera presencia fuera un insulto.

Sentí un destello de algo—lástima, quizás, pero también algo más oscuro, algo que se retorció en mi pecho con una chispa de satisfacción. Después de todo lo que había hecho, cada orden cruel que había dado para verme castigada y humillada, me emocionaba saber que no era ella quien estaba al lado de Kael.

—Como sea, el Alfa ya ha elegido hacerme su Luna. Si me disculpas. — El pensamiento me emocionó, aunque me dije que no debería, que no importaba.

Su rostro se contrajo de rabia, sus manos cerrándose en puños.

—Esto no ha terminado. No me detendré hasta que Kael sea mío —

Los ojos de Vivienne brillaron, su voz cargada de amargura.

Se dio la vuelta y se marchó con paso firme, dejándome sola en el pasillo, con sus palabras resonando en mi mente. La observé alejarse, mi corazón aún latiendo con fuerza, mientras mi lobo gruñía suavemente, lleno de ira contenida.

Quería creer que ella estaba equivocada, que esto no era más que celos y amargura. Pero una parte de mí, una parte que odiaba

admitir, se preguntaba si tendría razón.

No entendía por qué la idea de que ella estuviera con Kael me molestaba tanto, por qué la imagen de ellos juntos hacía que algo se retorciera dolorosamente en mi interior.

Me recordé a mí misma que este matrimonio no era real, que Kael y yo estábamos unidos solo por conveniencia. Pero sus palabras persistían, dejándome con una sensación de inquietud que no podía sacudirme, y una verdad amarga y no dicha que hervía justo debajo de la superficie.

CAPÍTULO 8



KAEL

Desde la boda, me había sumergido en los asuntos de la manada, trabajando con un enfoque implacable que rayaba en la desesperación. Era la única manera de silenciar los pensamientos no deseados que amenazaban con aflorar—pensamientos sobre Lena.

Me decía a mí mismo que era por deber, por sospecha, por la necesidad de proteger a la manada de lo que ella pudiera ser. Pero la verdad me carcomía, aguda e insistente. Ella se había convertido en un enigma que no podía apartar, por más que lo intentara.

La puerta de mi estudio se abrió de golpe, y Aldric entró, sus ojos abiertos por la alarma. El miedo crudo en su expresión me heló la espalda.

—Es Lena —dijo, con voz tensa por la urgencia.

—Tu Luna... ha sido envenenada.

Las palabras me atravesaron, helando el aire en mis pulmones. Antes de poder procesarlo, ya estaba en movimiento, mi corazón palpitando mientras seguía a Aldric por el corredor. Cada paso sentía como si llevara el peso del mundo, presionando contra mi pecho con una fuerza sofocante. *¿Por qué ella?* La pregunta rugía en mi mente, arañando mi compostura. *¿Quién se atrevería?*

Mi lobo se agitó, la ira filtrándose en mí como un fuego lento. Su ira reflejaba la mía, una promesa primitiva y silenciosa de hacer pagar a quien hubiera hecho esto. La necesidad de proteger, de destruir a quien amenazaba lo que era nuestro, me carcomía con intensidad salvaje.

Llegamos a su habitación, y la escena que vi heló mi sangre. Lena yacía inmóvil, su piel tan pálida como la luna, su pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales. La sangre teñía sus labios, un cruel recordatorio escarlata de lo cerca que había estado de la muerte. La habitación se sentía demasiado pequeña, el silencio era ensordecedor. Mis puños se apretaron con tanta fuerza que mis uñas se clavaron en las palmas, anclándome en el dolor.

Por favor, no te mueras. La ira de mi lobo retumbaba dentro de mí, un pulso de furia que alimentaba la mía. Me forzaba a avanzar, incapaz de apartar mi mirada de ella. El sumo sacerdote trabajaba con rapidez, sus manos moviéndose en gestos familiares, pero parecía que el tiempo se había ralentizado, cada segundo se extendía en una eternidad.

—Atracea —murmuró, con un tono cargado de temor. La palabra cortó la habitación como una espada. *¿Atracea?* El nombre por sí solo era suficiente para helarme la espalda. Era el veneno que quemaba las venas de un hombre lobo como fuego líquido.

—¿Atracea? ¿Cómo? — repetí, la incredulidad raspando en mi garganta. Se sabía que ese veneno mataba a los hombres lobo en segundos. Las implicaciones eran tan claras como aterradoras. *¿Quién podría ser tan cruel? ¿Cómo es que sigue viva?*

Como si el sumo sacerdote hubiera escuchado mis preguntas, se enderezó, su rostro sombrío.

—Es un milagro que siga con vida. Su lobo está luchando por ella, Alfa, pero el daño es grave.

—¿Morirá?

El sumo sacerdote me miró durante lo que pareció una eternidad.

—No puedo decirlo con seguridad, Alfa. Lo único que sé es que creo que está fuera de peligro inmediato, pero su recuperación llevará tiempo.

El alivio me inundó, casi mareante en su intensidad, pero no hizo nada para calmar la furia que bullía bajo mi piel. Mi lobo recorría las sombras de mi mente, la tormenta silenciosa de su ira haciendo que mi sangre rugiera.

Prometo que encontraré a quien hizo esto. El pensamiento quemaba como ácido, una rabia tan intensa que tuve que obligarme a no ceder a la necesidad de atacar.

—¿Qué pasó, Aldric? ¿Quién hizo esto?

Aldric dio un paso adelante, su propia ira apenas contenida.

—No lo sé, Alfa. La encontré arrastrándose fuera de su habitación, escupiendo sangre. Estaba consciente, pero apenas. —Sus puños estaban apretados, temblando con la misma furia que me recorría a mí.

—Quienquiera que haya hecho esto quería que muriera de manera dolorosa y rápida, Alfa.

Mi respiración se cortó y sentí un gruñido crecer en mi pecho, bajo y feroz. La idea de que alguien en mi manada, mi manada, llegara a tales extremos era imperdonable. Me giré hacia Aldric, esforzándome por mantener mi voz controlada, pero la amenaza en ella era innegable.

—Comienza una investigación. Cada chef, cada servidor, cualquiera que haya tenido acceso a su comida—quiero que los interroguen. Si se resisten... —apreté la mandíbula— hazlos hablar.

Los ojos de Aldric se encontraron con los míos, fieros y resueltos. —Entendido, Alfa.

Mientras se iba, el silencio se espesó, sofocante en su peso. Me volví hacia Lena, incapaz de apartar la mirada. Su rostro estaba tan tranquilo, y, sin embargo, incluso ahora, había un destello de desafío que parecía perdurar en las líneas de su expresión.

Mi lobo se agitó de nuevo, el calor de su ira mezclándose con la mía. La necesidad de tocarla, de asegurarme de que todavía estaba aquí, me carcomía, pero me quedé inmóvil, los músculos tensos.

¿Por qué importa tanto esto? La pregunta, involuntaria y cruda, me atravesó. Me dije que era solo deber—proteger lo que era mío. Pero incluso esa mentira débil se desmoronó bajo el peso de la realidad. La idea de perderla retorcía mis entrañas, un dolor más agudo de lo que podía admitir.

El sumo sacerdote habló de nuevo, su tono sombrío pero firme.

—Alfa, sobrevivirá. Pero quienquiera que haya hecho esto no se detendrá. Sugiero que, si sobrevive, ponga más ojos sobre ella.

La verdad se asentó sobre mí, pesada y sofocante. El miedo de perderla—no, no miedo, nunca miedo—algo más profundo y peligroso, me arañaba. El gruñido silencioso de mi lobo resonó en mi interior, un entendimiento compartido de que protegerla no era solo una obligación. Era un instinto, feroz y consumidor.

Di un paso más cerca, inclinándome sobre ella, mi voz baja y áspera, más un voto que una declaración.

—No permitiré que te arrebaten de mí, Lena. Quien haya hecho esto pagará y aprenderá lo que significa hacerte daño.

Su rostro permanecía inmóvil, y la sangre seca en sus labios se burlaba de mí, un recordatorio de lo cerca que estuve de perderla. Sentí a mi lobo calmarse, la ira enroscándose con fuerza, lista para atacar cuando fuera necesario. Él compartía mi voto silencioso: nadie se atrevería a tocarla de nuevo sin enfrentarse a la plena ira del Alfa.

La furia dentro de mí se agudizó, cristalina. Quienquiera que hubiera hecho esto enfrentaría las consecuencias, y aprendería que mi ira era ilimitada, mi protección implacable.

* * *

No la había dejado sola durante dos días. A pesar de la seguridad del sumo sacerdote de que estaba fuera de peligro, un nudo pesado de miedo se posó en lo más profundo de mi pecho, negándose a soltarse. Cada respiración superficial que daba solo me recordaba lo cerca que había estado de morir.

No lo dejé mostrar, mantuve mi expresión estoica y controlada, pero bajo la superficie, la idea de perderla creaba un vacío que no podía ignorar, por mucho que intentara distanciarme.

Después de lo que pareció la centésima mirada hacia ella, me giré hacia Aldric, quien estaba de vigilancia en la puerta.

—Ve a buscar al sumo sacerdote —dije, con voz baja—. Quiero que la revise de nuevo.

Dudó, pero asintió, desapareciendo en el pasillo sin decir una palabra.

Me volví hacia ella, observando su rostro pálido, su frágil figura proyectando una sombra sobre la habitación. Verla ahí, aferrándose a la vida, desató una tormenta dentro de mí: una ira tan feroz que rozaba la locura. Quienquiera que hubiera hecho esto no solo quería que muriera; quería que sintiera cada onza de dolor mientras el veneno quemaba sus venas.

Y se habían atrevido a hacerlo bajo mi techo. La idea de que alguien había intentado hacerle daño retorció el aire en mis pulmones, mientras mi lobo se agitaba, silencioso pero hirviente, reflejando mi furia.

Apreté los dientes, forzando a que el temblor de ira se mantuviera justo debajo de la superficie. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya.

Había interrogado a todo el personal de la cocina, uno por uno, mirándolos a los ojos mientras juraban por la diosa lunar que no habían tenido nada que ver con el envenenamiento. Ninguno había cedido, ni siquiera dando la más mínima señal de culpabilidad.

Pero no era un tonto. Le había ordenado a Aldric que vigilara de cerca a todos, que informara cualquier señal de extrañeza, cualquier indicio de que alguien ocultaba algo. Encontraría al responsable, por mucho que intentara enterrar la verdad.

De repente, un sonido suave interrumpió mis pensamientos. Mi mirada se dirigió rápidamente a Lena mientras sus párpados se agitaban y su respiración cambiaba. La alivió me inundó, pero mantuve mi expresión neutral, observando cómo sus ojos se abrían, parpadeando contra la luz tenue.

—Agua —murmuró, con voz ronca.

Agarré la taza que estaba cerca, la llené rápidamente y se la acerqué a los labios. Tomó unos sorbos, sus ojos encontrándose con los míos mientras bebía. Hubo un destello de reconocimiento, un atisbo de algo vulnerable, y por un momento, me permití simplemente estar contento de que estaba despierta.

—¿Estás bien? —pregunté, con voz baja, traicionando la tensión que sentía. Traté de mantenerla ligera, pero mi pecho se apretó al verla.

Asintió levemente, sus ojos desenfocados mientras miraban alrededor de la habitación. La leve arruga en su ceja me decía que estaba desorientada, todavía intentando comprender su entorno. Me acerqué más, el instinto de protegerla de cualquier recuerdo que la atormentara tomando el control.

Antes de que pudiera decir algo más, el sumo sacerdote y Aldric entraron, sus expresiones eran una mezcla de alivio y preocupación.

El sumo sacerdote se acercó a la cama, murmurando algunas palabras de tranquilidad mientras le tomaba el pulso y la examinaba. Me forcé a esperar, cada segundo se prolongaba dolorosamente mientras observaba cómo los ojos de Lena seguían los movimientos del sumo sacerdote.

—Está estable, Alfa —dijo el sumo sacerdote, mirándome a los ojos con un asentimiento. Un alivio intenso y repentino me invadió, pero lo disimulé con un gesto breve.

—Bien —respondí, con un tono cortante. Pero mi atención ya estaba fija en Lena, quien me observaba con una expresión que no lograba descifrar.

—Lena —dije suavemente, acercándome al borde de la cama—. ¿Cómo te sientes? ¿Necesitas algo?

Ella parpadeó, como si la pregunta la sorprendiera, y sus ojos se encontraron con los míos. Por un momento, la habitación quedó en silencio, el aire cargado de algo que ninguno de los dos quería nombrar. Mi mano se acercó a la suya, y cuando ella se movió ligeramente, nuestros dedos se rozaron. Una descarga de calor me recorrió, inesperada y desconcertante. Sus ojos se abrieron más, la sorpresa en ellos reflejando la mía.

—Estoy... bien —dijo, con voz suave, casi tímida. Pero pude ver la duda en sus ojos, la manera en que oscilaban entre la confusión y algo más profundo. Antes de poder contenerme, me incliné, deslizando un brazo detrás de ella para ayudarla a sentarse. La proximidad era asfixiante, su aliento se mezclaba con el mío mientras acomodaba las almohadas detrás de ella.

—Despacio —murmuré, con una voz más ronca de lo que pretendía. Ella mantuvo mi mirada, sus ojos escudriñando los míos como si intentara descifrar la repentina cercanía. Podía sentir mi corazón latiendo con fuerza en el pecho, el silencio entre nosotros era casi ensordecedor.

Una vez que estuvo acomodada, me retiré ligeramente, pero no lo suficiente como para romper la conexión. El sumo sacerdote retrocedió, dándonos un respetuoso asentimiento antes de salir de la habitación con Aldric. La puerta se cerró con un clic, y volvimos a estar solos.

Lena frunció el ceño mientras apartaba la mirada, sus ojos distantes mientras intentaba reconstruir los fragmentos de sus recuerdos.

—Yo... estaba en la cocina —comenzó lentamente, con voz temblorosa.

—Tenía hambre y decidí preparar algo de sopa. Me quedé en la cocina para comer —dijo Lena, su voz decayendo mientras intentaba recomponer el recuerdo. Mis ojos se agudizaron, sintiendo que había algo más que no estaba diciendo.

—¿Y luego qué pasó? —pregunté, manteniendo la voz firme, aunque la tensión en mí era palpable.

—Recuerdo que volví a mi habitación después de comer, y fue entonces cuando comenzó —dijo, su expresión nublada por el dolor.

—El dolor agudo... era como fuego ardiendo dentro de mí. —Un escalofrío la recorrió, y su voz tembló ligeramente.

Apreté la mandíbula. —¿Quién preparó la sopa? —presioné, entrecerrando los ojos mientras estudiaba su reacción.

Ella levantó la mirada, una sorpresa fugaz en sus ojos. —Yo —admitió, como si fuera obvio.

—Siempre lo hago.

Tomé aire, luchando por contener la oleada de frustración que amenazaba con estallar. —¿Por qué no la preparó el personal de la cocina?

Una sonrisa amarga asomó en sus labios. —Se niegan. Llevo un tiempo preparando mis propias comidas. Pero al menos me

proporcionan los ingredientes.

La tensión en mi pecho se intensificó aún más. La idea de que la hubieran dejado valerse por sí misma así me enfureció de una manera que no había anticipado. —¿Y simplemente lo permiten? —pregunté, con voz baja, apenas logrando mantener la calma.

—Es una de las ventajas de no ser una esclava —dijo, con un tono teñido de ironía—. Antes, me dejaban pasar días sin comer. Ahora, al menos, puedo preparar algo yo misma.

Mis ojos se oscurecieron, la ira hirviendo bajo mi exterior controlado. —¿Saliste de la cocina en algún momento mientras la preparabas?

Su frente se arrugó al tratar de recordar. —Sí, salí un momento a buscar algunas hierbas del jardín. No pensé—

—Fue entonces cuando debió suceder —murmuré, más para mí que para ella, mientras la idea se solidificaba en mi mente.

Sus ojos se encontraron con los míos, la confusión y el miedo mezclándose en ellos. —¿Por qué tantas preguntas, Kael?

Vacilé, buscando el equilibrio adecuado entre la honestidad y el control que necesitaba mantener. —Porque esto no fue solo un accidente, Lena —dije, con un tono más suave—. Alguien quiso hacerte daño, y voy a descubrir quién fue.

La furia que había mantenido bajo control comenzó a hervir, amenazando con estallar. La sentí en el apretón de mis puños, en la tensión de mi mandíbula. Alguien había hecho esto, sabiendo perfectamente el dolor que causaría, y lo había hecho sin pensarlo dos veces. Me obligué a mantener la voz serena.

—No volverá a suceder —dije, con un tono más frío de lo que pretendía—. Tendrás guardias asignados en todo momento.

Su expresión cambió, un destello de desafío surgiendo mientras me miraba.

—Eso no es necesario. Estás exagerando.

Intercambié una mirada rápida con el sumo sacerdote y Aldric.

—Salgan —ordené, mi voz no dejaba lugar a discusión.

Asintieron, saliendo de la habitación sin protestar. Esperé hasta que la puerta se cerró antes de volverme hacia Lena, cruzando los brazos mientras la observaba.

—Esto no está abierto a debate —dije firmemente—. Tendrás guardias, y tus movimientos se restringirán a áreas seguras. No voy a arriesgarme a que esto se repita.

Sus ojos se estrecharon, la frustración brillando en su rostro.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, con un tono cargado de irritación—. ¿De qué sirve toda esta protección si ambos sabemos que no te importa?

Di un paso hacia adelante, mi mirada firme.

—Porque, te guste o no, soy responsable de tu seguridad. Y nos vendría bien a ambos que dejaras de pelearme por esto.

Abrió la boca, claramente lista para discutir, pero las palabras parecieron morir en sus labios. Por un momento, algo se suavizó en su expresión, como si el peso de lo sucedido finalmente le estuviera llegando.

—Está bien —dijo, con voz más baja—. Pero solo por unos días. No necesito que me sigan guardias a todas partes.

Exhalé, una tensión que no había notado que estaba sosteniendo finalmente se alivió.

—De acuerdo. Por unos días.

Me observó por un momento, como si buscara algo en mi expresión, algo que pudiera explicar la preocupación que no estaba dispuesto a expresar. Mantuve mi rostro impasible, sin dejar que viera el alivio

que se había instalado en mi pecho ahora que estaba despierta, ahora que podía ver por mí misma que estaba bien.

—Descansa —dije, manteniendo mi tono neutro mientras me dirigía hacia la puerta—. Necesitarás fuerzas.

Sentí su mirada en mi espalda mientras me iba, el peso de sus preguntas silenciosas flotando en el aire. Y mientras caminaba por el pasillo, con la ira hirviendo bajo la superficie, hice un juramento en silencio. Quienquiera que hubiera hecho esto pagaría, y no descansaría hasta encontrarlo.

CAPÍTULO 9



LENA

Apenas había podido asimilar el hecho de que alguien había intentado matarme. Veneno—la sola palabra me hizo estremecer, y el recuerdo de aquel dolor insoportable que se extendía por mi cuerpo era algo que sabía que no olvidaría tan pronto. Había pasado días confinada en esta habitación, recuperándome, con mi mente dando vueltas a la misma pregunta: ¿quién en la manada sería capaz de llegar a tal extremo para verme muerta?

La puerta crujió al abrirse, y Kael entró. El aire pareció cambiar con su presencia, imponente e intensa. Mi corazón dio un vuelco al observarlo—la oscuridad de sus ojos, la línea rígida de su mandíbula, la forma en que su mirada recorrió la habitación antes de posarse en mí. Recordé la noche anterior, cómo había esperado en silencio junto a la puerta hasta que me quedé dormida antes de irse. Y ahora había regresado, como si estuviera manteniendo una vigilia. Si no supiera más, habría pensado que le importaba. Pero me recordé a mí misma: para él, yo solo era la descendiente de Theron.

Se detuvo en el umbral, sus ojos escudriñándome con una mezcla de escrutinio y algo que no lograba descifrar. El silencio se extendió hasta que dio un paso más cerca, estrechando ligeramente los ojos. —¿Cómo dormiste? —La pregunta, pronunciada en voz baja, contenía una nota de preocupación genuina que me hizo apretar el pecho.

Tragué saliva, intentando ignorar cómo se aceleraba mi pulso. —Dormí bien —dije, con una voz más serena de lo que me sentía.

Kael se acercó a mi lado, y antes de que pudiera reaccionar, extendió la mano, rozando el dorso de sus dedos contra mi cuello como si estuviera comprobando si tenía fiebre. El contacto inesperado me provocó un escalofrío, y mi loba se agitó, percibiendo la tensión que chispeaba entre nosotros. El aliento se me cortó cuando nuestras miradas se encontraron, la cercanía haciendo que mi corazón latiera con fuerza en el pecho.

—¿Qué estás haciendo? —tartamudeé, la pregunta salió antes de que pudiera detenerla.

Mantuvo mi mirada un momento más, su expresión inescrutable. Luego, con un leve asentimiento, retiró la mano. —Me aseguraba de que la fiebre no hubiera vuelto —dijo, con voz firme. —El sumo sacerdote mencionó que las hierbas ayudarían a eliminar el resto del veneno.

Un leve calor subió a mis mejillas al recordar cómo él mismo había traído las hierbas, insistiendo en darme de comer a pesar de mis protestas. Me obligué a apartar la mirada, recordándome a mí misma que cualquier amabilidad que mostrara era calculada, no genuina.

—Gracias —susurré, las palabras sabían extrañas en mi boca.

Los ojos de Kael parpadearon, un momento de descuido en su máscara de compostura. Pero luego, como si se diera cuenta, su expresión se endureció. —No tienes que agradecérmelo —dijo, su tono se enfrió. —Esto no es amabilidad. El veneno fue un insulto a mi autoridad, y no dejaré eso sin respuesta.

Una punzada aguda recorrió mi cuerpo, más profunda de lo que quería admitir. Debería haber sabido que no había nada más detrás de sus acciones. Me enderecé, haciendo a un lado el dolor en mi

pecho. —Lo entiendo —dije en voz baja—. No necesita preocuparse. No quiero ser una carga.

Los ojos de Kael se oscurecieron, y se inclinó hacia mí, su presencia sofocante pero intoxicante. —¿Una carga? —Su voz se tornó más grave, el peso de sus palabras oprimiendo el silencio—. No confundas esto con algo más de lo que es. No necesito complicaciones.

La fría indiferencia en su tono hizo que mi corazón se apretara. Me obligué a sostener su mirada, esforzándome por mantener una expresión tranquila, impasible.

—Entendido.

—Bien. Te he traído a alguien.

Mis ojos se abrieron de sorpresa cuando una joven apareció, con una postura respetuosa y la cabeza ligeramente inclinada.

—Esta es tu doncella —dijo Kael, con un tono cortante—. Ella se encargará de tus necesidades personales.

Arqueé una ceja, mi mirada pasando de la chica a él. Un momento actúa como si no le importara nada de mí, y al siguiente se convierte en alguien más.

Se enderezó, el espacio entre nosotros llenándose de una tensión no dicha. Después de un momento, se dirigió hacia la puerta.

—Si necesitas algo, díselo a tu doncella. Tengo asuntos que atender.

La puerta se cerró tras él, y la habitación pareció más vacía, más fría. Sus palabras resonaban en mi mente, cada una un recordatorio sutil de que yo no significaba nada para él. Me regañé por dejar que mis pensamientos se distrajeran, por dejarme engañar por los pequeños momentos de cuidado. Para Kael, yo no era más que una obligación.

Una tos suave llamó mi atención hacia la chica que estaba al borde de la habitación. Parecía joven, apenas una adolescente, con los ojos llenos de una mezcla de asombro y nerviosismo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, necesitando una distracción, algo que apartara mi atención del dolor vacío que las palabras de Kael habían dejado.

—Ari —dijo, con una voz pequeña pero firme—. Es un honor servirle, Luna.

El título aún me resultaba extraño, ajeno. Asentí, sintiendo una punzada de incomodidad.

—Gracias, Ari. En realidad... tengo hambre. ¿Crees que podrías traerme algo de comer?

—Por supuesto, Luna —dijo, con una sonrisa que se amplió—. Lo que usted desee. Se lo traeré de inmediato. —Se dio la vuelta para marcharse, pero al llegar a la puerta, dudó, lanzándome una mirada rápida—. Es solo que... tendré que llevárselo primero al Alfa.

Parpadeé, sorprendida. —¿Por qué?

Las mejillas de Ari se sonrojaron, y pareció trabarse con las palabras. —El Alfa Kael... me ordenó que todas sus comidas se le llevaran primero a él, para que pueda revisarlas personalmente.

Mi corazón dio un vuelco, y una extraña calidez se extendió por mí. —¿Él está... revisando mis comidas?

Ari se mordió el labio, como si ya hubiera dicho demasiado. —Ha sido muy... meticuloso desde que usted se recuperó —dijo en voz baja—. El Alfa ha estado... bueno, enfurecido, desde el envenenamiento. Ha interrogado a todos en la casa del grupo al respecto, y ha ordenado una investigación completa en las cocinas. Los cocineros están esperando el veredicto una vez que encuentre al responsable.

El peso de sus palabras cayó sobre mí, y luché por reconciliar esta imagen de Kael, este Alfa despiadado e implacable que estaba dando vuelta su mundo para protegerme, con el hombre frío y distante que había llegado a conocer. Cuando estaba conmigo, apenas dejaba escapar algo, nunca mostraba ninguna indicación de que lo sucedido lo hubiera afectado. Y sin embargo, ahí estaba, tomándose la molestia de asegurar mi seguridad, incluso si eso significaba dudar de su propia gente.

Me aclaré la garganta, tratando de estabilizar mi voz.

—¿Algo así había pasado antes?

Ari dudó, con un destello de incertidumbre en sus ojos.

—No que yo sepa, Luna —respondió suavemente.

—Pero todos lo hemos notado. Ha sido diferente, más... intenso desde que usted casi... desde que casi muere. Ha pedido a cada miembro del grupo que le otorgue el respeto de una Luna, y ha jurado que quien hizo esto será castigado.

Podía sentir cómo mi corazón aceleraba su ritmo, mi mente daba vueltas con pensamientos que no quería admitir. Él estaba haciendo todo esto... por mí. Pero ¿por qué? ¿Sería solo porque se sentía responsable, una obligación surgida de su título? ¿O habría algo más en sus acciones, algo que no estaba dispuesto a mostrar?

Cuando Ari se fue, sus palabras resonaron en mi mente, agitando una mezcla de emociones que no lograba desentrañar. La parte racional de mí insistía en que Kael hacía esto únicamente por deber, que no era más que su compromiso con su manada y con su Luna solo de nombre. Pero cada gesto, cada acto de protección, hacía más difícil ignorar la posibilidad de que hubiera algo más en sus acciones que mera responsabilidad.

El pensamiento me dejó sintiéndome extrañamente vulnerable, con mis propias emociones hechas un lío. Me recordé a mí misma la crueldad que había mostrado, la fría distancia que mantenía. No

podía permitirme bajar la guardia, no podía permitirme ver sus acciones como algo más que lo que aparentaban ser. Y sin embargo... no podía quitarme de la cabeza la imagen de él, pasando días interrogando a su propia gente, revisando personalmente cada una de mis comidas.

Una chispa de calidez brilló en mi pecho, y rápidamente la ahogué, obligándome a permanecer cautelosa. Kael seguía siendo el hombre que había sido despiadado conmigo, que había dejado claro que este matrimonio era una formalidad. No podía permitirme olvidar eso, no podía dejarme engañar por gestos que probablemente no significaban más que deber.

CAPÍTULO 10



KAEL

Había estado tratando de mantener mi distancia, de preservar la barrera helada que me protegía del caos que Lena despertaba en mí. Pero, tras el envenenamiento, algo cambió. No podía quitarme de la cabeza la imagen de ella allí tirada, frágil pero inquebrantable.

Sin embargo, día tras día, me sorprendía observándola más de cerca, notando cosas que había ignorado obstinadamente. Era imposible no ver la fuerza serena que llevaba consigo, la resiliencia que brillaba a pesar de todo lo que había pasado.

Esta mañana, los terrenos de entrenamiento bulliciosos de actividad mientras los guerreros se preparaban para sus ejercicios diarios. El murmullo y el sonido de las espadas chocando llenaban el aire, pero mi atención se centró en el extremo lejano del patio, donde Lena estaba, ayudando a algunos de los miembros más jóvenes de la manada con sus tareas.

Se movía con una gracia que desmentía su reciente calvario, su sonrisa suave mientras le entregaba una lanza de entrenamiento a un niño que la miraba con ojos llenos de admiración. Incluso después de todo lo que había pasado, encontraba la manera de contribuir, de ayudar.

El nudo en mi pecho se apretó. Mi lobo se agitó, tanto en admiración como en molestia. Ella no debería estar esforzándose tanto. Debería

estar descansando. Apreté la mandíbula, listo para salir de las sombras y decírselo, cuando la presencia familiar de Aldric apareció a mi lado.

—Alfa —dijo, su voz baja pero urgente. El tono me hizo detenerme.

—¿Qué ocurre, Aldric? —pregunté, desviando mi atención de Lena. Su risa resonó suavemente, tirando de algo profundo dentro de mí antes de obligarme a concentrarme.

—El alfa Mathias de la Manada Colmillo de Plata está aquí —continuó Aldric, sus ojos se desviaron hacia los terrenos de entrenamiento como si él también se hubiera distraído por Lena—. Dice que es una emergencia.

Mathias. El nombre despertó una curiosidad inmediata y un hilo de preocupación. Mathias no era de los que visitaban sin avisar, mucho menos alegando una emergencia.

—Guíame —dije, ya dirigiéndome hacia mi oficina, la tensión en mis hombros apretándose aún más.

Cuando entré, Mathias estaba junto a la ventana, su figura alta y rígida, los ojos oscurecidos por una mezcla de preocupación y furia. Se giró al verme acercarme, asintiendo con un gesto breve.

—Kael —dijo, su voz más áspera de lo habitual.

—Mathias —reconocí—. ¿Qué te trae por aquí?

Mathias apretó la mandíbula, los músculos tensándose bajo su piel. —Fuimos atacados anoche.

Las palabras cayeron como una piedra en la habitación. Intercambié una mirada rápida con Aldric, cuyos ojos reflejaban la tensión que crecía en mi propio pecho.

—¿Atacados? —pregunté, mi voz baja y peligrosa—. ¿Por quién?

—Cazadores. —La única palabra rompió un cable dentro de mí. Una bruma roja invadió mi visión mientras los recuerdos surgían— los

látigos, los grilletes de hierro, la risa despiadada de aquellos que se deleitaban en nuestro sufrimiento. El fuego, los gritos de mi manada mientras éramos cazados como animales.

Pero ya se habían ido. Me había asegurado de ello. La noche en que escapé de sus garras, había regresado, desmantelándolos en silencio y metódicamente, uno por uno. No dejé a nadie con vida. El líder había sido el primero en caer, sus gritos ahogados por la mordaza que le forcé entre los dientes.

Tallé su piel con los mismos cuchillos que habían usado contra nosotros, tomándome mi tiempo, saboreando cada jadeo roto, cada súplica de misericordia que silencié con una mirada. Y cuando llegó su muerte, fue tan lenta y despiadada como se merecían. Colgué sus cuerpos de los árboles más altos para que los buitres se dieran un festín, un mensaje para cualquier otro cazador que se atreviera a seguir sus pasos—una promesa de que tendrían el mismo final.

—Kael —la voz de Mathias atravesó la tormenta en mi mente, devolviéndome al presente. Me observaba de cerca, con el ceño fruncido.

—No son ellos —dije con fría certeza.

—Los cazadores se han ido.

Los ojos de Mathias se estrecharon, el escepticismo endureciendo sus facciones.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Aldric se movió junto a la puerta, su mirada distante, probablemente atrapado en los mismos recuerdos que yo. Él había estado allí, había estado a mi lado mientras terminábamos lo que había que hacer. El silencio entre nosotros lo decía todo—una comprensión compartida de que ningún cazador se atrevería a regresar después de lo que habíamos hecho.

—Nos aseguramos de ello —dijo Aldric, con la voz tensa. No se extendió, y no necesitaba hacerlo. Los ojos de Mathias se movieron entre nosotros, comprendiendo pero con la incertidumbre aún nublando su expresión.

—No son ellos —repetí—. Tal vez renegados, pero no cazadores. Después de todo, también fuimos atacados por renegados hace unos días.

Mathias se pasó una mano por el cabello, la frustración evidente.

—No creo que sean lobos. Ninguno de los atacantes se transformó, Kael. Sus armas eran pistolas y lanzas impregnadas de acónito. Por eso vine. Necesito estar seguro. Si hay incluso una posibilidad—

—No la hay —lo interrumpí, aunque mi tono se suavizó. Mi mente era un caos mientras trataba de entenderlo. Tenía razón; solo los cazadores usaban esas armas.

—Los cazadores no se atreverían a pisar estas tierras de nuevo. No después del mensaje que dejamos.

La mirada de Mathias buscó la mía, un músculo en su mandíbula se tensó mientras procesaba mis palabras. Finalmente, asintió, aunque la preocupación no desapareció por completo de sus ojos.

—Si tienes razón, entonces es peor. Significa que alguien está tratando de imitar sus tácticas.

—Tienes razón, lo que significa que esto no quedará enterrado. Vamos a investigar a fondo —dije, y por primera vez la tensión entre nosotros se alivió. Ambos conocíamos el horror de la crueldad de los cazadores, las cicatrices que habían dejado—algunas visibles, otras enterradas en lo más profundo.

—Enviaremos exploradores. Duplicaremos las patrullas en nuestras fronteras para buscar cualquier indicio.

Mathias inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Gracias, Kael. Necesitamos estar unidos si esta amenaza resulta ser más de lo que parece.

—Siempre lo estamos.

Este era uno de los votos hechos entre todas las manadas después de mi regreso. No queríamos que lo que le pasó a mi manada hace años se repitiera. Por eso hicimos un pacto.

Me quedé solo en mi oficina después de que Mathias se fuera. Apreté la mandíbula, la frustración recorriendo mis venas. Me había ocupado de los cazadores. Me había asegurado de que ninguno de ellos se atreviera a pisar nuestro territorio de nuevo. Pero el repentino ataque a la manada de Mathias no me cuadraba.

Mi mente se centró en los renegados que nos habían atacado días atrás. Era fácil creer que los renegados eran responsables de los problemas de Mathias, pero había algo más profundo agitándose. Algo que no podía nombrar.

—Alfa —la voz de Aldric me sacó de mis pensamientos. Entró en la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

—Mathias se ha ido. Me he asegurado de que su escolta sea estricta.

Asentí, tomando una profunda respiración para contener la ira que aún persistía.

—Bien. Duplica las patrullas en nuestras fronteras. Y envía mensajes a las manadas vecinas—necesitan estar alerta y en guardia.

Las cejas de Aldric se alzaron ligeramente.

—¿Incluso la manada Moonshadow?

Hice una pausa, la pregunta quedó suspendida entre nosotros como un peso. Le había prometido a Lema que protegería a su manada.

—Sí. Refuercen la seguridad allí también.

Los ojos de Aldric parpadearon, notando mi vacilación, pero no dijo nada. Se dio la vuelta para marcharse, pero dudó en la puerta. —¿Crees que los atacantes eran realmente cazadores?

Por un momento, observé cómo la vulnerabilidad se filtraba en su expresión, normalmente serena.

—No —respondí, con voz oscura y resuelta—. Aprendieron la lección. No se atreverían a volver. —Mantuve la mirada de Aldric, una promesa silenciosa pasando entre nosotros—. Nos aseguramos de eso.

La postura de Aldric se relajó, y una sombra de sonrisa asomó en sus labios.

—Bien. Y yo te protegeré, Alfa, con mi vida.

La habitación se sintió pesada por el peso de nuestra historia compartida.

—Lo sé —respondí, con voz más suave—. Y nunca permitiré que lo que le pasó antes a nuestra manada vuelva a ocurrir.

Asintió una vez y luego abandonó la habitación, dejándome solo con mis pensamientos. El silencio me oprimía y necesitaba un escape. La fuente. Siempre había sido un lugar de consuelo, un lugar donde podía olvidar mis preocupaciones, aunque solo fuera por un momento. No tardé en llegar.

Me quité la camisa, la brisa fría golpeando mi piel mientras me acercaba al agua. El sol proyectaba su luz sobre la superficie, convirtiéndola en un espejo de plata. Entré en la fuente, el agua me abrazó mientras me sumergía, cerrando los ojos y dejando que los recuerdos me invadieran.

La risa de mi padre, la forma en que me levantaba para meterme en el agua, llenó mi mente. Al menos esto era algo que Theron no pudo destruir. El recuerdo me arañó el pecho, y lo aparté, centrándome en el presente.

Un sonido rompió la quietud: una risa. Ligera, melódica y sin reservas. Tiró de algo profundo dentro de mí, algo que no había sentido en años. Me quedé oculto, la curiosidad manteniéndome en mi lugar, mientras Lena salía corriendo entre los árboles, con Ari a su lado.

Los ojos de Lena brillaban bajo la luz de la luna, su risa era contagiosa. Estaba radiante, las líneas de preocupación y dolor habían desaparecido momentáneamente de su rostro. No me había dado cuenta de lo hermosa que era hasta ese momento.

Mi pecho se oprimió con una emoción desconocida: culpa. No debería estar observándola así, no debería sentir esto por ella. Ella era la hija de Theron. Y, sin embargo, no podía apartar la mirada.

Ari me vio primero, sus ojos se abrieron de par en par. Inclinó la cabeza, murmurando un suave: —Alfa. —Lena siguió su mirada, la risa desvaneciéndose de su rostro al verme. Su postura se tensó y bajó los ojos, una sombra de algo cruzó su expresión— ¿era vergüenza?

—Lena. Ari. —Les reconocí, mi voz firme a pesar de que mi pulso se aceleraba.

—Alfa —dijo Lena en voz baja, inclinando la cabeza. El título formal me hirió por razones que no lograba entender. Sin pensarlo, salí del agua, olvidando mi estado de desnudez. La emoción que me recorrió cuando los ojos de Lena bajaron hacia mi piel desnuda y se abrieron de par en par fue innegable. Vi cómo su cuerpo se tensaba, sus ojos apartándose rápidamente mientras un rubor le subía por el cuello.

Alcancé mis pantalones, poniéndomelos rápidamente, pero no antes de notar cómo su respiración se cortaba, cómo se daba la vuelta rápidamente, como si quisiera protegerse de la vista.

—Ya puedes mirar —dije, con una sonrisa jugueteando en mis labios a pesar de mí mismo. Ella se giró lentamente, los ojos cautelosos y evitando los míos.

—Nos íbamos —dijo, su voz más firme de lo que esperaba, pero había un temblor ahí, una vacilación.

—No es necesario —dije, acercándome y colocando una mano en su hombro para detenerla. El calor de su piel me estremeció, y sentí una profunda satisfacción cuando ella jadeó, mi nombre escapándose de sus labios en un susurro.

—Ari, déjanos —ordené, mi tono no dejaba lugar a discusiones. La joven asintió rápidamente y desapareció entre los árboles. Esperé hasta que su aroma hubiera desaparecido por completo, indicando que ya no estaba cerca.

Los ojos de Lena se encontraron con los míos, abiertos e inciertos. —Alfa —balbuceó, el sonido de mi nombre en sus labios rompiendo la distancia entre nosotros.

—Kael, llámame Kael —susurré, deslizando mi pulgar por su mandíbula. Ella parpadeó, mezclando la confusión con algo más profundo.

—Kael —volvió a decir, más suave, la tensión entre nosotros palpable.

Mis ojos trazaron las delicadas líneas de su rostro, la manera en que la luz de la luna bañaba su piel. —¿Por qué nunca estás tan despreocupada conmigo? —La pregunta surgió, cruda y sin filtro.

Ella tragó saliva antes de rodar los ojos.

—Porque no das espacio para eso. Además, fui tu esclava hasta hace unas semanas —dijo, su tono cargado de una tranquila rebeldía.

El recordatorio dolió, un agudo contraste con el momento que compartíamos. Quería apartarlo, recordarle que ahora era mi Luna, pero las palabras se atoraron en mi garganta.

—Eres mi Luna —dije en su lugar, mi voz más firme de lo que me sentía.

Ella se rio levemente, sus ojos buscando los míos en busca de una señal de sinceridad. —Y ambos sabemos que se basa en un arreglo —murmuró.

—Deja de mencionar eso —dije, una frustración que no podía explicar apretando mi pecho.

—¿Por qué no debería hacerlo? —desafió—. Es la verdad. Estamos en esta situación, y necesitamos recordarlo.

La miré fijamente, las palabras golpeando más fuerte de lo que esperaba. Tenía razón, pero eso no cambiaba la forma en que mi mirada se detenía en ella, atraída por la vulnerabilidad y la fuerza que mostraba con tanta facilidad.

—¿Qué hacías aquí en la fuente? —pregunté, necesitando cambiar de tema antes de decir algo de lo que me arrepintiera.

—Ari y yo pensamos que sería divertido dar un paseo y tal vez nadar, pero claramente eso ya no es posible —dijo, con un dejo de anhelo en su voz.

—¿Qué te lo impide? —pregunté, alzando una ceja.

Ella me lanzó una mirada incrédula, como si la respuesta fuera obvia.

—Quieres fingir que no lo sabes.

Una sonrisa lenta se dibujó en mis labios.

—No, no lo hago. De todos modos, hablando de eso, aún podemos darnos un buen baño.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras yo retrocedía en el agua, deshaciéndome de mi ropa.

Ella estaba horrorizada, sus ojos miraron hacia otro lado antes de regresar a mí, llenos de una mezcla de sorpresa e indignación.

—Kael, ponte la ropa —exigió, su voz una mezcla de urgencia y vergüenza.

Dejé que una sonrisa se dibujara en mis labios. La incomodidad que emanaba de ella solo alimentó la racha imprudente que se había apoderado de mí.

—O podrías unírseme —dije, dejando que mi tono se volviera perezoso y burlón. Sus ojos se abrieron aún más, la incredulidad grabada en sus delicados rasgos.

—Has perdido la cabeza —dijo, sacudiendo la cabeza, el rubor extendiéndose desde sus mejillas hasta su cuello.

Arqueé una ceja, dejando que el silencio entre nosotros se extendiera lo suficiente para inquietarla. —Lo digo en serio, Lena. O te metes o arriesgas a que se te moje la ropa.

Me miró como si me hubiera crecido una segunda cabeza, cruzando los brazos con desafío. —Eres imposible.

—Entonces no me dejas opción —murmuré. En un movimiento fluido, cerré la distancia entre nosotros, levantándola en mis brazos. Ella dejó escapar un grito de sorpresa, sus manos aferrándose instintivamente a mis hombros mientras se resistía.

—¡Kael! ¡Suéltame! —gritó, pero ignoré sus protestas, avanzando en el agua con un paso deliberado y firme.

Una oleada de satisfacción recorrió mi cuerpo al sentir su corazón latir con fuerza contra mi pecho. Era pequeña en mis brazos, su resistencia suavizándose mientras el agua nos rodeaba. Con un último paso, la solté, dejándola deslizarse en el fresco abrazo de la fuente.

Lena resopló al emerger, el agua chorreando por su cabello y su rostro, sus ojos ardiendo de indignación. Tomó aire y luego me lanzó agua, cogiéndome desprevenido. Me reí —una risa profunda y desenfrenada que incluso a mí me sorprendió. Ella entornó los ojos y

me lanzó más agua, pero había un destello de diversión detrás de su frustración.

—Eres insoportable —murmuró, pero las comisuras de sus labios esbozaron una sonrisa reticente.

—Lo tomaré como un cumplido —dije, acercándome más. La jovialidad desapareció cuando ella se detuvo, su mirada cambiando para estudiarme. Había algo suave en sus ojos, una especie de admiración que hizo que mi pecho se apretara.

—¿Qué pasa? —pregunté, bajando la voz.

Sus ojos recorrieron las líneas de mi rostro antes de detenerse en los míos. —Eres... impresionante cuando sonríes —dijo en voz baja, como si la admisión se le hubiera escapado antes de poder evitarlo.

La honestidad en su voz me atravesó, derribando las barreras que había construido meticulosamente. Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. —Y tú eres hermosa cuando te ríes.

El momento se extendió entre nosotros, cargado de una tensión que hizo que mi pulso se acelerara. Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, y el rubor en sus mejillas se intensificó. La realidad me golpeó y fruncí el ceño, luchando contra las ganas de retroceder, de recuperar la distancia entre nosotros.

Los labios de Lena se abrieron, pero no habló. El silencio era denso, cada segundo amplificando las emociones no dichas que giraban en el espacio entre nosotros. Tosió ligeramente, rompiendo el hechizo.

—La fuente —dijo, mirando alrededor como si recordara dónde estábamos—. Es hermosa. Todo el grupo lo es.

No me lo esperaba. La sinceridad en su voz hizo que algo se retorciera dentro de mí. Asentí, incapaz de apartar la mirada de ella. —Lo es. Por eso estoy haciendo todo lo posible para reconstruir lo que se perdió.

La mención de la ruina del grupo arrojó una sombra sobre la conversación. Vi que sus hombros se tensaban ligeramente, la culpa no dicha colgando entre nosotros como un espectro.

—Lo estás haciendo bien, solo para que sepas que no es solo lo que yo pienso, sino lo que todo el grupo piensa. Los he escuchado un par de veces —dijo, su voz apenas un susurro.

El peso de sus palabras caló más hondo de lo que quería admitir. Por un momento, mis muros amenazaron con derrumbarse. Apreté la mandíbula, intentando mantenerme sereno.

—Todavía es un trabajo en progreso, pero espero restaurar todo esto a la vida que teníamos antes —respondí, con una voz más áspera de lo que pretendía.

El silencio se instaló de nuevo, pero esta vez no era incómodo. Lena miró hacia el agua, dejando que corriera sobre sus dedos.

—Siempre me ha encantado nadar —dijo de repente, con una sonrisa nostálgica—. Pero no me permitían hacerlo, al menos no libremente.

Algo en su tono hizo que mi pecho se apretara. Quería preguntar más, pero no insistí. —¿Por qué? —me encontré preguntando, incapaz de detener la pregunta.

Sus ojos se fijaron en los míos, sorpresa brillando en ellos. —Digamos que... la libertad no era exactamente un lujo que tuviera en todas las cosas.

La implicación era clara, y la ira se agitó dentro de mí, sabiendo de quién estaba hablando. No tenía sentido, porque había escuchado rumores de que Theron la consentía mucho. Lo reprimí, sin querer perderme en esa rabia, no ahora.

—¿Y ahora? —pregunté, con voz más suave.

—Ahora, estoy viviendo el momento —dijo, mirándome con una determinación firme que me dejó sin aliento.

Asentí, tragando la emoción que amenazaba con salir.

—Bien. —La palabra parecía insuficiente, pero era todo lo que podía decir.

Ella se movió, el agua rizándose a su alrededor, atrayendo mi mirada hacia la forma en que su vestido se ceñía a su figura, translúcido bajo la luz de la luna. Mi lobo se agitó, un anhelo bajo e insistente resonando en mi pecho. Me obligué a apartar la mirada, a centrarme en la conversación.

—¿Con qué frecuencia vienes aquí? —preguntó, rompiendo el silencio.

Me tomé un momento antes de responder, dejando que los recuerdos salieran a la superficie. —Solía venir aquí todo el tiempo, cuando mis padres estaban vivos. Era... un lugar de paz.

Ella asintió, la comprensión brillando en sus ojos. —Puedo ver por qué. Se siente... seguro.

No pude evitar sonreír, una sonrisa rara y genuina. —Lo es —dije—. Y me aseguraré de que siga así.

Nos quedamos allí, el agua envolviéndonos, el aire de la noche denso con tensión y palabras no dichas. Sus ojos sostuvieron los míos, buscando, como si trataran de encontrar respuestas a preguntas que ninguno de nosotros podía expresar. La atracción entre nosotros era innegable, y me costó todo no cerrar la distancia, no bajar la guardia por completo.

—Debería irme —dije finalmente, las palabras sabiendo a arrepentimiento.

—Está bien —susurró ella, pero ninguno de los dos se movió.

Me quedé allí, con el pulso acelerado mientras observaba a Lena, el agua de la fuente resbalando por su piel, iluminada por los rayos dorados del sol. Todo en ese momento estaba cargado, una tensión

que no podía negar ni suprimir. Su pecho subía y bajaba rápidamente, reflejando mi propia respiración agitada.

Di un paso más cerca, mis ojos trazando las gotas en su piel enrojecida, la curva delicada de su cuello. Sus labios se separaron ligeramente mientras susurraba:

—Kael —el sonido apenas más fuerte que el suave chapoteo de la fuente. Era una súplica no verbal, un fino velo entre la resistencia y la entrega.

Antes de que pudiera pensarlo mejor, cerré la distancia, mi brazo rodeando su cintura. El calor de su cuerpo presionó contra el mío, enviando una descarga que sentí hasta lo más profundo de mi ser. Sus ojos se abrieron de par en par, pero no se apartó. En su lugar, había un destello de algo—deseo, confusión, una necesidad que no podía ocultar.

—Lena —dije, las palabras saliendo ásperas, posesivas, como reclamando un territorio que había negado querer durante mucho tiempo. Mi aliento rozó su mejilla, y sentí el temblor que recorrió su cuerpo ante mis palabras.

El silencio era denso, cada latido entre nosotros más fuerte que el anterior. Incliné suavemente su barbilla hacia arriba, mis dedos trazando la línea de su mandíbula. Ella me miró, con los ojos abiertos y llenos de preguntas, pero su cuerpo contaba una historia diferente—inclinándose hacia mi toque, confiando en mí cuando no debería.

Sus párpados se cerraron mientras rozaba mis labios sobre los suyos, tentativo al principio, una prueba de límites que ninguno de los dos había trazado. Pero cuando ella respondió, presionando el beso con un fervor inesperado, algo dentro de mí se rompió. Profundicé el beso, saboreándola por completo, reclamándola como mía. El mundo se desvaneció hasta que solo quedamos nosotros dos, envueltos en este momento imprudente y robado.

Mis manos recorrieron su cuerpo, sintiendo la curva de su cintura, la tela húmeda pegada a su piel. Quería más, necesitaba más. Con un suave gruñido, deslicé mis dedos por su clavícula, tirando de las delgadas tiras de su vestido hasta que se deslizaron de sus hombros, exponiéndola a mi mirada.

—Eres hermosa —susurré.

Un escalofrío la recorrió mientras tomaba sus senos en mis manos, mis pulgares jugueteando con sus pezones hasta que se endurecieron. Ella se arqueó contra mí, un suave gemido escapando de sus labios. Bajé la cabeza, presionando besos a lo largo de su garganta, sintiendo el rápido latido de su pulso bajo mis labios. Cuando llevé uno de sus pezones a mi boca, ella gimió, el sonido resonando en mí como una droga.

—Kael —susurró de nuevo, y esta vez era una súplica. Mi nombre en sus labios me hizo algo, algo que no podía explicar pero que anhelaba de todos modos.

Mi mano libre descendió por su estómago, deteniéndose un momento antes de deslizarse bajo la tela que aún cubría su centro. Estaba caliente, húmeda y lista. Tragué saliva, luchando contra el impulso primitivo de tomarla allí mismo. En su lugar, encontré su punto sensible, rodeándolo lentamente, observando cómo sus párpados se cerraban, sus labios separándose en un grito silencioso.

—Tan receptiva —murmuré, presionando mis labios contra su sien mientras mis dedos trabajaban en ella, encontrando un ritmo que la hacía moverse contra mí, buscando más.

—Por favor —jadeó, su voz tensa por la necesidad.

Nuestras miradas se encontraron, sosteniéndola mientras deslizaba un dedo dentro de ella, sintiéndola apretarse a mi alrededor. Su reacción fue inmediata, sus caderas moviéndose al ritmo de mi toque, un suave gemido escapando de ella mientras añadía otro dedo, profundizando el movimiento.

—Quiero verte deshacerte, Lena —dije, mi voz ronca, apenas reconocible.

Su respiración se cortó, los ojos clavados en los míos mientras la hacía mía, mi pulgar trazando círculos perezosos sobre su clítoris. La tensión se enroscaba dentro de ella, y la sentí en la forma en que temblaba contra mí, en la forma en que sus dedos se aferraban a mis hombros.

—Kael —gritó, y eso fue todo. Su liberación la atravesó, su cuerpo temblando en mis brazos mientras su cabeza caía hacia atrás, un sonido crudo y hermoso escapando de sus labios.

La sostuve mientras se recuperaba, mi corazón latiendo al unísono con el suyo. Por un breve momento, todo lo demás se desvaneció—la traición de Theron, el peso del liderazgo, los límites que habíamos cruzado. Solo era Lena, respirando con dificultad, su mirada encontrándose con la mía con una emoción que no podía nombrar.

Entonces, un grito distante proveniente de los campos de entrenamiento rompió el silencio. Al instante, la realidad se impuso de nuevo, y con ella, los fríos bordes de la responsabilidad. La solté, retrocediendo lo suficiente para que la distancia volviera a instalarse entre nosotros. Fuera lo que fuese esto, no podía durar.

Ella parpadeó, mientras la confusión y un toque de tristeza cruzaban su rostro al crecer el espacio entre nosotros. Yo también sentí el aguijón de eso.

—Tengo asuntos que atender —dije, con voz cortante, esforzándome por recuperar la compostura.

Sus ojos buscaron los míos por un momento, como si estuviera buscando algo que yo no estaba listo para dar. Asintió lentamente, bajando la mirada hacia el agua, y yo me giré, alejándome con cada paso que sentía como una traición.

CAPÍTULO 11



LENA

Habían pasado tres días desde aquel momento inolvidable en la fuente, pero no podía escapar de él. El recuerdo del tacto de Kael persistía como un susurro en mi piel, una chispa que no se apagaba por más que intentara ignorarla.

Su mano sobre la mía, la forma en que su mirada ardía, intensa y cruda, manteniéndome inquieta cada noche. A pesar de su fría retirada después, algo en mí anhelaba más, algo peligroso, insensato.

Sacudí la cabeza, tratando de desterrar el recuerdo, y me dirigí al jardín de hierbas. El sol era cálido sobre mi piel mientras trabajaba, recolectando las verduras y hierbas más maduras para preparar el almuerzo. Pero, además de eso, quería una distracción, aunque no funcionaba.

Finalmente, regresé hacia la casa de la manada, con una cesta llena de productos frescos en mis brazos. Pero tan pronto como entré, sentí el cambio: un frío extraño y punzante en el aire, presionando contra mi piel.

Una sensación de hormigueo recorrió mi espalda, haciéndome detenerme. Los susurros parecían acumularse como nubes de tormenta, bajos pero implacables, siguiéndome mientras me adentraba más.

El sonido de la conversación se desvaneció, reemplazado por un silencio pesado e incómodo. Miré a mi alrededor, encontrando las miradas de la manada de Kael, pero desviaban la vista en el instante en que nuestras miradas se cruzaban, frías y cautelosas.

El piso de madera crujió bajo mis pies, el sonido más agudo, más ominoso con cada paso, cada crujido resonando en el silencio. Mi corazón latía con fuerza mientras la confusión se anudaba en mi pecho. Cada persona que pasaba parecía retroceder, como si mi presencia fuera un veneno en el aire.

¿Qué estaba pasando?

Me obligué a seguir avanzando, escaneando la habitación en busca de alguien, cualquiera, que pudiera explicarlo. Pero solo vi miradas cautelosas y expresiones cerradas, ojos vigilantes que seguían cada uno de mis movimientos. El pánico comenzó a subir por mi garganta, cada latido más fuerte que el anterior, resonando con preguntas urgentes y sin respuesta.

—¡Luna!

Una voz familiar cortó la tensión, y me giré para ver a Ari abriéndose paso entre la multitud, su rostro pálido, sus ojos abiertos de par en par con un miedo que me retorció el estómago. Un alivio me invadió, pero fue efímero. Sus manos temblaban, su expresión tensa de preocupación cuando llegó hasta mí.

—Ari —logré decir, mi voz apenas un susurro, un intento tembloroso de normalidad—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué todos me miran así?

La mirada de Ari recorrió la habitación, una mirada rápida y ansiosa a los rostros que nos observaban con fría sospecha. Se acercó más, bajando la voz.

—Luna, algo ha pasado.

Una ola fría de temor me invadió.

—¿De qué estás hablando?

Ella bajó la mirada, su voz se redujo a un susurro tembloroso.

—Escuché que uno de los guerreros en patrulla... encontró un pergamino que escribiste a los renegados que atacaron hace unas semanas.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, dejándome sin aliento.

—¿Qué? —logré decir, con la voz ronca.

—Eso... eso es imposible. No sé nada de...

—Te creo, Luna. De verdad —dijo rápidamente, su voz tensa de urgencia.

—Pero ellos no lo hacen. Están diciendo... que hay pruebas.

Una sensación de náusea se retorció en mi estómago.

—¿Pruebas? Ari, lo juro por la Diosa Lunar, no sé de qué están hablando. Yo nunca...

Su mirada cayó al suelo.

—Te creo —susurró—, pero... no es solo la carta. Algunas de tus pertenencias... las encontraron cerca de la brecha donde atacaron los renegados.

Mi corazón se hundió, un frío temor floreció dentro de mí, enroscándose más con cada palabra.

—No —negé con la cabeza, la palabra apenas un susurro—. Eso... no puede ser verdad.

La mano de Ari se aferró a mi brazo, sosteniéndome, pero sentí el temblor en sus dedos, reflejando mi propio miedo.

—Lo sé. Pero esto no termina ahí —dijo Ari, su voz temblorosa, sus palabras atravesando el pánico que crecía en mi pecho.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con la garganta seca.

Dudó, su mirada se dirigió al suelo como si no pudiera soportar mirarme a los ojos. —Los guerreros encontraron algo más... algo cerca de donde asesinaron al Anciano Raphael durante el ataque.

Mi corazón se hundió. —¿Qué encontraron?

Ella miró hacia arriba, su rostro pálido de preocupación. —Había... marcas. Símbolos ensangrentados, dibujados junto al cuerpo del anciano. Creen que el anciano los escribió antes de morir, con sus últimas fuerzas.

Mi pulso se aceleró, el peso de sus palabras cayendo sobre mí como una pesada piedra. —¿Marcas? ¿Qué tipo de marcas?

—Eran tus iniciales —susurró, apenas audible—. Y el símbolo de tu antigua manada.

El aire escapó de mis pulmones, dejándome sin aliento. —Eso es imposible —dije, negando vehementemente con la cabeza—. Ni siquiera estuve cerca de la brecha. Yo nunca...

—Te creo, Luna —interrumpió Ari, su voz firme a pesar del miedo en sus ojos—. Pero los demás... ya han tomado una decisión. La carta, tus pertenencias, y ahora esto... lo ven como prueba.

Mi visión se nubló, mi cabeza daba vueltas mientras intentaba entender cómo podía haber sucedido esto. Las marcas ensangrentadas, mis iniciales... alguien había hecho un gran esfuerzo para incriminarme.

—Esto es un error —dije, con la voz temblorosa—. Tiene que serlo. Ari, tienes que creerme.

—Lo hago —respondió rápidamente—. Pero convencer a los demás... eso es otra historia. Y ahora, con esto... —Su voz se quebró, el resto de la frase quedó suspendida en el tenso silencio.

El mundo pareció inclinarse, el suelo se escapaba bajo mis pies. Mi mente corría, buscando frenéticamente alguna respuesta, alguna

manera en que todo esto pudiera ser un error. Pero nada tenía sentido.

—Esto no puede estar pasando —las palabras cayeron de mis labios, apenas audibles.

Ella apretó mi brazo con más fuerza, su rostro tenso, la preocupación grabada en cada línea.

Mi pecho se apretó, el pánico se mezclaba con la incredulidad.

—Pero, ¿por qué pensarían eso? ¿Cómo podría alguien creer que traicionaría a la manada?

Pero yo conocía la respuesta. Para ellos, yo era la hija de Theron. Por lo tanto, era como mi padre, quien traicionó a los nuestros. Las lágrimas ardían en mis ojos, pero me negué a dejarlas caer.

La mirada de Ari se desvió, recorriendo la habitación hacia los rostros que nos observaban con expresiones retorcidas: ira, resentimiento y algo más profundo, algo amargo que sentí como una bofetada en mi piel.

Mi corazón latía con fuerza contra mis costillas, cada latido cargado de un agudo y persistente zarpazo de miedo.

—Tengo que explicarles —murmuré, casi para mí misma.

—Tengo que hacerles entender que no es cierto. Si pudiera hablar con el Alfa Kael...

La mano de Ari se apretó en mi brazo, su expresión nublada por el temor.

—Luna, por favor... no lo hagas. La manada... están furiosos. Escuché que algunos ya le están pidiendo al Alfa Kael que venga y dé su veredicto.

—¡Qué!

Un rugido profundo, que sacudió hasta los huesos, resonó desde afuera, silenciando cada susurro y murmullo a nuestro alrededor, vibrando a través de las paredes como una amenaza no dicha. Mi pulso se aceleró y, instintivamente, me giré hacia la puerta.

—Necesito encontrar al Alfa Kael —dije, con una voz temblorosa pero llena de una extraña y firme determinación que incluso a mí me sorprendió. Tenía que creer que él no se dejaría influenciar por estas mentiras. Seguramente, me escucharía, vería la verdad en mis ojos. Él era mi única esperanza en todo esto.

El agarre de Ari en mi brazo fue implacable, sus ojos suplicantes.

—Luna, por favor... no salgas. Están listos para creer cualquier cosa. Si sales, podrían...

Encontré su mirada, una leve sonrisa esperanzada se dibujó en mis labios a pesar del miedo que me atenazaba el corazón.

—Tengo que intentarlo, Ari. No puedo esconderme de esto. Necesito que el Alfa Kael vea que esto es un error. Él... él lo entenderá, ¿no es así?

Ari vaciló, su rostro pálido de preocupación, pero finalmente asintió.

—Solo podemos esperar eso.

Juntas, salimos al patio abierto. Los miembros de la manada se agolpaban a nuestro alrededor, sus rostros tensos por la sospecha, la ira y una amargura que envió otra oleada de pánico retorciéndose en mi estómago.

En el centro de la reunión, todos lanzaban miradas acusadoras en mi dirección.

—¿Cómo pudo hacerlo? —susurró alguien, su voz cortante y llena de ira.

—Es la hija de Theron, ¿qué esperabas? —escupió otra voz.

El peso de sus miradas me oprimía, aplastándome, sofocándome, mientras mi visión se nublaba por el miedo y la incredulidad. Pero me obligué a mantenerme erguida, a mantener la cabeza alta incluso cuando las acusaciones caían como piedras a mi alrededor.

—¡Esto no es cierto! —grité, pero mi voz fue tragada por los murmullos iracundos, la marea creciente de resentimiento y desconfianza que llenaba el patio, amenazando con ahogarme.

Entonces, como si fuera convocado por mi miedo, un silencio cayó sobre la multitud. Los miembros de la manada se apartaron, abriéndose como el mar, mientras Kael avanzaba, su rostro duro como una piedra, sus ojos ardiendo con una intensidad que me hizo estremecer hasta la médula.

Este no era el Kael que había vislumbrado junto a la fuente, el hombre cuyo toque había enviado calidez a través de mi piel. Este era Kael el Alfa, frío, inflexible, despiadado.

Su mirada recorrió a la multitud antes de posarse en mí, y el peso de su escrutinio era casi insoportable, una fuerza que me inmovilizó en el lugar.

—Alfa, encontramos esto —anunció, su voz resonando en el patio—. Una carta. Fue escrita por la Luna para los forajidos, con secretos de la manada, con las mismas iniciales que estaban al lado del anciano Raphael cuando expiró. No estaba claro entonces, pero con esto, es evidente.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, un juicio emitido, y mis rodillas casi cedieron bajo mí. Me forcé a mantenerme de pie, con los puños apretados mientras intentaba entender la acusación, tratar de comprender cómo esto podía estar sucediendo.

La mirada de Kael se clavó en la mía, sus ojos oscuros e indescifrables, su rostro marcado por líneas duras y severas. Avanzó hacia mí lentamente.

—Explícate —ordenó, su voz fría y cortante.

Abrí la boca, esforzándome por encontrar las palabras, pero se me escapaban como arena entre los dedos. ¿Cómo podía explicar algo que no había hecho? ¿Cómo podía probar mi inocencia cuando todas las pruebas estaban en mi contra, cuando las mismas personas a las que había intentado proteger ahora me miraban como si fuera una extraña?

—No sé nada de esto —logré decir, con una voz apenas un susurro, mientras mi corazón latía con fuerza.

—No sé cómo llegaron esas cosas ahí... Jamás traicionaría a la manada. Alfa Kael, lo juro, nunca lo haría...

Su expresión no se suavizó, ni siquiera titubeó. Su rostro era una máscara de piedra, impasible.

—Entonces, ¿cómo explicas la carta? ¿Las marcas manchadas de sangre? ¿Tus pertenencias cerca de la brecha?

Ignoré los murmullos y di un paso hacia adelante, extendiendo la mano mientras encontraba la mirada de Kael, suplicante.

—Alfa Kael, por favor... Usted sabe que yo nunca haría esto. Ha... ha habido un error.

Por un breve instante, vi algo titilar en sus ojos: una vacilación. Pero luego, tan rápido como había aparecido, desapareció, reemplazado por la fría mirada impasible del Alfa.

Mi corazón golpeaba dolorosamente contra mis costillas, cada latido una súplica desesperada mientras enfrentaba a Kael.

Como si no pudiera soportar mirarme, rompió el contacto visual y dirigió la vista hacia los guardias que habían encontrado los objetos.

Habló con los guardias que habían registrado mi habitación, su voz cargada de una furia contenida.

—¿Quién de ustedes inició este registro? —Sus palabras cortaron el silencio.

Por un momento, hubo una pausa tensa. Luego, una figura dio un paso al frente, destacándose entre la multitud. Me tensé cuando vi quién era: Vivienne.

Sus pasos fueron lentos y deliberados, su rostro una máscara. Miró a su alrededor, y de alguna manera pude ver el destello de satisfacción en su mirada.

—Yo lo hice, Alfa —dijo con suavidad. Bajó la cabeza, pero no antes de lanzarme una rápida mirada de reojo.

La multitud se agitó, los murmullos aumentaron mientras sus palabras se esparcían por el patio. Me esforcé por mantener la voz firme, por evitar que el pánico se reflejara en mi rostro. Fuera lo que fuese, fuera lo que intentara hacer, tenía que mantenerme tranquila.

La mirada de Kael se estrechó, la sospecha oscureciendo su expresión.

—¿Y por qué te tomaste la libertad de hacer eso?

Vivienne dio un paso cauteloso hacia adelante.

—No quería preocuparlo, Alfa, pero... empecé a sospechar de Lena unos días antes del ataque de los renegados.

Parpadeé, sus palabras me golpearon como una bofetada.

—La vi adentrándose en el bosque con un hombre, tarde en la noche. Al principio, pensé que solo estaba haciendo un recado o... reuniéndose en privado con uno de los guardias reales —Hizo una pausa, dejando que la insinuación de infidelidad flotara en el aire, alimentando el juicio en cada mirada que se lanzaba hacia mí.

—Eso no es cierto —mi voz era ronca, pero Vivienne continuó como si no hubiera dicho nada.

—Pero después del ataque, empecé a preguntarme si había algo más en eso. Así que instruí a los guardias para que la vigilaran, por si acaso.

Los murmullos de la multitud se convirtieron en un murmullo de conmoción, sus voces un enjambre de acusaciones. Podía sentir su juicio, su sospecha, volviéndose más agudos, más duros, alimentándose de sus mentiras.

—Eso no es cierto —dije, mi voz quebrándose.

—Alfa, por favor, usted me conoce. Yo nunca... Yo nunca lo traicionaría. ¡Ella miente!

Pero mis palabras se perdieron en la marea creciente de ira, mi voz ahogada por las acusaciones a mi alrededor. Miré a Kael, la desesperación arañando mi pecho.

—Por favor —susurré—. Tiene que creerme.

Él sostuvo mi mirada, y por un momento, algo titiló en sus ojos—vacilación, tal vez, o duda. Pero desapareció rápidamente, tan rápido como había aparecido. Vivienne volvió su atención hacia Kael.

—Alfa —dijo ella, con un tono suave, casi compasivo.

—Sabemos que usted está cerca de Lena. Nadie duda de su lealtad. Pero... ¿cómo puede estar seguro de que ella no lo está engañando? —Lanzó una mirada rápida y significativa a la multitud, bajando la voz lo justo para sonar conspirativa.

—¿Cómo puede estar seguro de que su lealtad es hacia la manada y no... hacia otro lado? Quizás, el ataque de los renegados fue planeado con los miembros de su manada.

—¡Eso es ridículo! Mi manada y yo estamos agradecidos por lo que el Alfa Kael ha hecho por nosotros.

—¿De verdad?

—¡Sí! Yo...

No pude terminar mis palabras mientras el murmullo de la multitud crecía. Era evidente, por sus expresiones, que sin importar lo que dijera, la multitud no estaba dispuesta a escuchar mis súplicas. Ya

me habían condenado en sus ojos. La única persona que podía decidir mi destino era Kael. Lo miré fijamente, esperando, rogando, que viera a través de sus mentiras.

—Eso es lo que pensaba. ¡Has traicionado a nuestra manada! Y lo único que podemos esperar es que el Alfa Kael te castigue como mereces, aunque desee favorecerte.

Mi corazón se rompió al ver su rostro endurecerse, su expresión volverse más fría, más distante.

—¿Te atreves a cuestionar mi juicio, Vivienne? —preguntó, con voz peligrosamente baja, cada palabra impregnada de ira.

Vivienne se estremeció, dando un paso atrás, y bajó la mirada al suelo.

—Perdóneme, Alfa —dijo, inclinando la cabeza.

—No pretendía faltarle al respeto. Solo quiero lo mejor para la manada.

La multitud guardó silencio, su expectación espesando el aire, asfixiándome. Lo vi en sus ojos: el veredicto que deseaban.

—Alfa —susurré, con voz quebrada.

—Lo juro, por la propia Diosa Lunar, que soy inocente.

Pero su rostro permaneció frío, impasible, y pude ver que ya no era Kael, el hombre por el que había comenzado a sentir algo. Ahora era el Alfa, atado por la voluntad de la manada.

—Solo deme una oportunidad para encontrar una manera de probar mi inocencia. Verá que todo son mentiras —dije, con voz temblorosa.

Él me miró, y por un momento creí ver algo suavizarse en su mirada. Pero, entonces, su mandíbula se tensó, y su expresión se endureció de nuevo.

—Basta —dijo, con un gruñido grave. Se volvió hacia la multitud, su mirada recorriéndolos con una autoridad que silenció sus murmullos.

—La evidencia es clara —declaró, con voz fría y definitiva.

—Lena ha traicionado a la manada.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, arrebatándome el aliento. Sentí que mis rodillas flaqueaban, mi mundo giraba mientras su sentencia se asentaba. Las voces de la manada estallaron de aprobación, sus rostros iluminados por una cruel satisfacción que retorcía mi estómago.

Pero fue el rostro de Kael el que me destrozó. Había confiado en él. Había comenzado a esperar que, de alguna manera, él vería que todo era una mentira. Pero esa esperanza se hizo añicos en mil pedazos ante su fría mirada.

—Llévensela —dijo, apartando la mirada, como si yo no fuera más que una extraña.

—Prepárenla para la ejecución.

La manada rugió su aprobación, sus voces elevándose en un coro de odio que resonó en mis oídos, ahogando mis pensamientos, mis súplicas, todo lo que quería decir.

Me tambaleé hacia atrás, mi visión nublada por las lágrimas, mi corazón roto mientras los guardias se acercaban, sus manos ásperas al agarrarme de los brazos.

Él permaneció allí, su rostro una máscara de fría indiferencia. Estaba entumecida mientras los guardias me arrastraban hacia el borde del patio.

Él no se movió, ni siquiera se inmutó. Su silencio era una daga, cortando más profundo que cualquier herida, y me sentí derrumbarme, mi corazón quebrándose bajo el peso de su traición.

La sonrisa burlona de Vivienne fue lo último que vi mientras me arrastraban, su rostro retorcido de satisfacción, su victoria completa.

CAPÍTULO 12



KAEL

Mi estudio era mi refugio, pero esa noche era una prisión. Caminaba de un lado a otro, la tensión apretándose como un nudo con cada paso. Mi mente era un campo de batalla, dividida entre el deber y la duda.

Las pruebas apuntaban a la traición de Lena, pero algo no encajaba.

Apreté la mandíbula, la imagen de ella en el patio apareciendo en mi mente—sus ojos abiertos, suplicantes, incrédulos. Había terror, pero también algo más, como si no pudiera creer que esto estaba sucediendo.

La idea de que fuera culpable dolía más de lo que quería admitir. Si realmente nos había traicionado—si me había traicionado a mí—no sabía si podría confiar en mi propio juicio de nuevo.

Pero la manada exigía justicia. Querían sangre, y como Alfa, no podía dudar. La duda era debilidad, y la debilidad alimentaba la desconfianza.

Aun así, una voz susurraba en el fondo de mi mente, instándome a mirar más allá. Ella no era su padre, sin importar la sangre que llevara. Lena había demostrado valentía, incluso amabilidad. ¿Podría realmente haberse aliado con los renegados?

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Aldrich entró, cerró la puerta con suavidad, su mirada baja, como si sintiera la tormenta que rugía dentro de mí.

—Alfa —dijo, con voz firme.

—Los terrenos de ejecución están listos.

No respondí, manteniendo mi espalda hacia él. La finalidad de sus palabras me oprimía como el hierro. Esta decisión pesaba más que cualquier otra que hubiera enfrentado como Alfa. Cada parte de mí se sentía jalada en direcciones opuestas, el deber de proteger a mi gente chocando con las dudas que no me abandonaban.

—Aldrich... ¿crees que es culpable?

Dudó, y esa pausa fue una grieta en su habitual compostura inquebrantable. Me giré para mirarlo directamente, clavando la mirada en el hombre en quien más confiaba en esta manada. Si alguien me daría la verdad, era él.

Exhaló lentamente, sus palabras medidas. —Alfa, las pruebas... son contundentes. Es difícil creer lo contrario.

Mi pecho se oprimió. Aldrich tenía razón, las pruebas eran abrumadoras, pero no podía soportar la idea de que ella fuera culpable.

—Pero ¿crees que es capaz de traicionarnos? —insistí.

—No se trata de confianza, Alfa. Se trata de la manada. Incluso si ella no nos traicionó, su muerte podría ser un acto unificador. En este momento, la manada está dividida. Ejecutar a Lena podría callar esas dudas.

Apreté los puños ante sus palabras. —¿Así que crees que deberíamos matarla para satisfacerlos, sin importar su culpabilidad o inocencia?

No se inmutó, su expresión era inescrutable. —No me corresponde cuestionar sus decisiones, Alfa. Mi lealtad es para usted. Siempre. Pero debemos pensar en la estabilidad de la manada. Esto... esto va más allá de la Luna.

Lo odiaba. Odiaba que estuviera diciendo la verdad.

Me di la vuelta, sintiendo el peso de sus palabras caer sobre mí.

Se acercó más, su mirada intensa pero sin rastro de rebelión. —Cualquier cosa que decida, apoyaré su decisión sin dudarlo. Pero, Alfa, otorgar clemencia a la Luna será visto como una debilidad. Veo todo por lo que está pasando, Alfa.

Crucé los brazos, la frustración creciendo. —¿Y qué es lo que ves?

Por primera vez, su expresión se suavizó. —Veo a un líder conflictuado, sopesando sus opciones. Y confío en que hará lo mejor para todos nosotros.

Sus palabras resonaron en algo que no quería reconocer. Me di la vuelta, mis pensamientos daban vueltas, tratando de reprimir la confusión que crecía dentro de mí.

¿Cómo había llegado a esto? ¿Acaso estaba tan perdido que ni siquiera podía ver las consecuencias de mis propias decisiones?

—Puedes retirarte, Aldrich.

No dijo nada antes de darse la vuelta para irse. Cuando llegó a la puerta, dije:

—Aldrich...

—Gracias.

Hizo un breve gesto de asentimiento antes de salir de mi estudio. Respiré hondo antes de decidir hacer lo mismo.

El patio bullicioso de murmullos y tensión cuando salí al aire libre unos minutos después. Mi manada estaba agrupada, sus rostros

expectantes, sus ojos afilados con juicio. En el centro de todo estaba Lena, atada y arrodillada, con la cabeza baja. No levantó la mirada, pero incluso desde aquí, podía verla temblar.

No se parecía en nada a la mujer que había llegado a conocer. La feroz resistencia que admiraba estaba enterrada bajo capas de miedo y agotamiento. Y aún así, había algo inquebrantable en ella, algo que hacía que mi pecho ardiera con emociones que no podía nombrar.

Las pruebas en contra de Lena eran lo suficientemente contundentes como para avivar su furia. Apreté la mandíbula, obligándome a mantener la compostura.

Me acerqué lentamente, mi mirada nunca abandonó a Lena. Ella no se movió, no se inmutó, pero su respiración era superficial y rápida. Mi manada guardó silencio cuando me detuve frente a ella, su anticipación pesada en el aire.

—Alfa —murmuró Aldrich a mi lado, pero lo ignoré, concentrado por completo en la mujer frente a mí.

—Lena —dije, mi voz firme pero fría. Ella levantó ligeramente la cabeza, sus ojos encontraron los míos por un breve momento. Estaban muy abiertos, llenos de miedo, antes de que lo enmascarara mientras sostenía mi mirada.

Me dirigí a la multitud, dejando que mi voz se elevara. —Las acusaciones contra la Luna son claras...

La multitud se agitó, como si estuviera de acuerdo con mis palabras. Miré a Lena nuevamente, y por un momento, el peso de todo amenazó con aplastarme. Mis dudas, mi ira, mi miedo, todos se arremolinaban juntos en una tormenta que no podía controlar.

Mis puños se apretaron a mis costados mientras intentaba continuar, pronunciar el juicio que pondría fin a todo. Solo que, no era lo que yo quería. Los murmullos de la multitud crecieron, su ira era palpable. Tenía que tomar una decisión. Y tenía que tomarla ahora.

Sopesé mis opciones, pero al mirar a Lena, no pude hacer lo que ellos querían.

—No —dije, mi voz cortando el alboroto. —Lena no será ejecutada. Todavía no.

La multitud estalló en una mezcla de suspiros y protestas, su incredulidad resonando en el patio. Levanté la mano nuevamente, exigiendo silencio.

—Estará encarcelada hasta que esté seguro de su culpa o inocencia —dije con firmeza. —La justicia será llevada a cabo, pero no tomaré una decisión basada en la ira o el miedo. Todos pueden volver a sus deberes.

Los murmullos continuaron, su inquietud espesa en el aire, pero yo me mantuve firme. Aldrich no dijo nada, su expresión era inescrutable, pero podía sentir su presencia, su silencioso apoyo, incluso cuando la fe de la manada en mí parecía vacilar.

Mientras Lena era llevada, me volví hacia el anciano que había avanzado, su semblante serio. —Alfa, esta decisión podría ser vista como... arriesgada.

Lo miré a los ojos, endureciendo mi propia expresión. —La justicia no es un riesgo. Es certeza. Y hasta que no tenga esa certeza, Lena seguirá con vida.

Vaciló, luego hizo una leve reverencia antes de retroceder. La multitud comenzó a dispersarse, sus murmullos desvaneciéndose, pero la tensión persistió. Me quedé solo en el patio, mis pensamientos un torbellino.

Si Lena era inocente, alguien había hecho grandes esfuerzos para incriminarla. Y si eso era cierto, el verdadero traidor seguía suelto. El pensamiento ardía en mi mente, alimentando la duda que se negaba a abandonarme.

No podía explicar por qué quería creerle tanto. ¿Eran sus súplicas?

Apreté los puños, la ira encendida. Esto no se trataba de ella. No podía serlo. No era un tonto que se dejara influenciar por ojos desesperados o palabras temblorosas.

La justicia exigía pruebas, y nadie merecía morir sin ellas. Eso era todo: hacer lo correcto por la manada.

Pero la determinación en la que siempre había confiado vacilaba. Lena no era la primera prisionera que juzgaba, pero era la primera que me hacía dudar. Y la debilidad era algo que no podía permitirme.

* * *

Tres días. Habían pasado tres días desde que ordené que llevaran a Lena de vuelta al calabozo. Tres días de inquietud en la manada, susurros que crecían más fuertes con cada día que pasaba.

Querían sangre—mi determinación de perdonarle la vida los había inquietado, incluso había puesto a algunos en mi contra. Y, sin embargo, no podía ignorar mis instintos. Las pruebas aún no encajaban. La verdad se sentía... escurridiza, resbalándose entre mis dedos como agua, justo fuera de mi alcance.

Necesitaba respuestas. Respuestas reales. Ya no confiaba en nadie, ni siquiera en los más cercanos a mí. El interés del consejo de hombres lobo ya estaba despertado, muy probablemente por los ancianos de la manada. No tardarían en exigir explicaciones, quizás incluso en intentar tomar el control si consideraban que mi juicio estaba comprometido.

Pero a pesar de todo, mis pensamientos seguían volviendo a Lena. No podía sacármela de la cabeza. No me había dado cuenta del grado en que me afectaba hasta unos días atrás, hasta que sentí el impacto de su supuesta traición.

Su ausencia me corroía, y incluso en el silencio de mi estudio, me encontraba pensando en ella de maneras que no debería.

Sus ojos... oscuros y desafiantes, una fuerza silenciosa que me inquietaba. Me perseguían por la noche, esos ojos, mirándome fijamente con algo que no podía nombrar.

La frustración me carcomía mientras revisaba otra página, buscando el mismo bucle ofensivo que había detectado días atrás. Esa única "y" había sido la grieta en la fachada por lo demás perfecta de la falsificación.

Lo había notado durante una de mis noches de insomnio, mirando la carta a la luz de la luna mientras paseaba por el estudio. Había sido sutil, un pequeño desliz—demasiado amplio para coincidir con la caligrafía natural de Lena. Ese desliz había confirmado mis instintos: alguien había falsificado esta carta.

Desde entonces, había estado revisando cada documento que teníamos—acuerdos, contratos, cualquier cosa con firmas o escritura de la manada. Era un proceso lento y exasperante, agravado por lo poco que quedaba en nuestros archivos debido al ataque de los cazadores años atrás.

Pasé otra página, mi paciencia desgastándose. La escritura no coincidía. De nuevo.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos, y Aldrich entró, su actitud serena contrastando marcadamente con la tormenta que bullía dentro de mí.

—Alfa —dijo con tono formal—, el consejo ha llegado y suplica su presencia.

Hice una mueca, sin ganas de lidiar con el consejo en ese momento.

—No voy a reunirme con ellos —dije con firmeza, manteniendo la mirada fija en las pruebas.

Aldrich dudó, sus ojos recorriendo las pruebas desplegadas sobre el escritorio.

—Alfa... —vaciló, bajando la mirada hacia los montones de papeles esparcidos sobre mi escritorio—, no creo que sea prudente. La paciencia del consejo se está agotando, y los rumores sobre la Luna no cesan. Necesitan respuestas.

Exhalé con fuerza, apretando la mandíbula. —Me ocuparé de ellos cuando tenga la verdad —dije, alcanzando otro documento.

Aldrich se acercó, siguiendo mi mirada mientras yo examinaba el escrito. —Sé que quiere probar su inocencia, pero permítame decir esto: ¿no cree que este esfuerzo es inútil? Lleva días con esto.

Levanté la vista hacia él, apretando con fuerza la carta. Sus ojos se abrieron de par en par cuando los clavé con los míos. —Alguien de esta manada falsificó esto —dije con voz baja—. Lo sé. Intentaron imitar la letra de Lena, pero cometieron un error: una sola "y". Solo necesito demostrarlo.

Frunció el ceño. —Alfa, no veo cómo eso es posible.

—No necesito que lo veas, Aldrich —dije, con la frustración filtrándose en mi voz—. Solo necesito una coincidencia. Y todavía tenemos suficientes registros con los que trabajar.

Aldrich no discutió más.

Entonces lo encontré.

El acuerdo de compromiso entre el padre de Vivienne y el mío. Me quedé sin aliento al mirar la firma al final. Ahí estaba de nuevo: el mismo rizo amplio y deliberado en la "y". Lo levanté, señalando el detalle incriminatorio.

—Ahí —dije con firmeza—. Es el mismo.

Aldrich se inclinó, arrugando el ceño mientras examinaba el acuerdo. —Es similar —admitió—. Pero no es definitivo. Podría ser solo una coincidencia.

—¿Coincidencia? —me burlé, apretando el documento con más fuerza—. Esto no es coincidencia. La letra es demasiado parecida.

Dudó. —Incluso si eso es cierto, no exonera a Lena. No podemos probar que Vivienne escribió la carta.

—No necesitamos hacerlo —dije con firmeza—. Esto es suficiente para demostrar que las pruebas en su contra fueron plantadas. No la mantendré encarcelada basándome en una mentira.

Aldrich me estudió por un largo momento antes de asentir con la cabeza. —¿Qué debo decirle al consejo?

—No les digas nada —respondí con voz fría—. Solo libérala. Ahora.

La ira que me invadió fue suficiente para silenciar cualquier duda restante. Sin decir una palabra más, salí de la habitación, con la mente puesta en un solo objetivo: enfrentarme a Vivienne y exigir respuestas.

Me dirigí a sus aposentes con los puños apretados, cada paso impulsado por una rabia que no podía contener. No me molesté en tocar. Empujé la puerta, y allí estaba, reclinada en su silla, con los labios curvados en una sonrisa que se ensanchó en el instante en que me vio.

—Kael —dijo, fingiendo sorpresa, con un tono suave y cargado de falsa inocencia—. ¿A qué debo esta visita inesperada?

No respondí de inmediato, dejando que el silencio entre nosotros se extendiera mientras la observaba. Mi expresión era fría, mi ira cuidadosamente oculta bajo una máscara de control.

Finalmente, hablé con tono cortante. —Necesito hacerte algunas preguntas.

Frunció ligeramente el ceño antes de encogerse de hombros y levantarse de la silla.

—¿De qué se trata? ¿Quieres preguntarme si nuestro compromiso aún puede mantenerse? —Caminó lentamente hacia mí, pero cuando intentó tocarme, me aparté rápidamente.

—Ya te dije que ese tema está cerrado. Quiero preguntarte sobre lo que descubriste acerca de Lena.

Al instante, su rostro se transformó en una expresión de disgusto.

—¿Qué pasa con Lena?

—Nada importante, solo necesito darle al consejo todos los detalles que puedan solicitar.

Sus cejas se fruncieron antes de decir:

—Podrías simplemente decirme que vaya a testificar ante ellos.

—Lo haré, pero necesito confirmar los detalles para que no se confundan cuando te llamen.

—Vale, bien. Puedes preguntarme lo que quieras.

—Afirmaste verla escabulléndose con otro lobo. Quiero que me detalles exactamente lo que viste.

Inclinó la cabeza, con los ojos entrecerrados. —Ya te lo he contado todo, Kael. La vi cerca del perímetro, comportándose de manera sospechosa.

—¿Sospechosa en qué sentido? —presioné, manteniendo un tono medido.

—Estaba hablando con alguien— un hombre. Un renegado, creo. — Su voz se volvió más segura, como si estuviera repitiendo una historia bien ensayada.

Asentí, caminando ligeramente mientras fingía considerar sus palabras. —¿Y cuándo fue exactamente?

—La noche antes del ataque —respondió con fluidez, su mirada firme.

Me detuve y me giré para mirarla de frente. —La noche antes del ataque —repetí lentamente—. ¿Estás segura?

—Por supuesto —dijo, levantando ligeramente la barbilla—. No olvidaría algo tan importante.

—Interesante —murmuré, entrecerrando los ojos—. Porque hace unos días dijiste que fue por la tarde, una semana después del ataque.

Su compostura se tambaleó por un momento, sus labios se separaron ligeramente mientras buscaba una respuesta. —Me equivoqué —balbuceó—. Hubo varias ocasiones. Eso es lo que quise decir.

—Varias ocasiones —repetí, con una voz engañosamente calmada—. Y sin embargo, solo mencionaste esta cuando pedimos detalles. ¿Por qué, Vivienne?

Su mirada se desvió por un momento antes de volver a encontrarse con la mía, su confianza desmoronándose. —No pensé que fuera relevante —dijo rápidamente—. Lo que importa es que ella es culpable.

—Lo que importa —dije con frialdad, acercándome un paso más—, es que tu historia no cuadra. Te has contradicho dos veces. Primero con el momento, y ahora con los detalles.

Su máscara se resquebrajó aún más, y vi un destello de pánico en sus ojos. —¿Me estás acusando de mentir, Kael?

—Estoy señalando inconsistencias —respondí, con un tono helado—. Y esas inconsistencias me hacen preguntar qué estás ocultando.

Sus labios se apretaron, y dio un paso más cerca, su actitud cambiando. —No estoy ocultando nada —dijo suavemente, con un

tono peligroso en su voz—. Todo lo que he hecho ha sido para proteger a esta manada.

—¿En serio? —pregunté, con un tono cortante—. ¿O hay algo más que no me estás diciendo?

Su confianza vaciló, y de repente, se suavizó, su expresión cambiando a algo casi vulnerable. —Kael, me conoces —dijo, acercándose—. Sabes que nunca pondría a esta manada en peligro.

Su mano rozó mi brazo, su contacto deliberado. —Hice esto por nosotros. Para proteger lo que tenemos. Ella es peligrosa, Kael. Igual que su padre. Destruirá todo si la dejas.

Me puse tenso bajo su contacto, apretando la mandíbula. —¿Qué hiciste exactamente, Vivienne?

Ella sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. —Solo lo que era necesario —dijo suavemente—. Para abrirte los ojos sobre quién es realmente. Te ha hechizado, Kael. Tenía que hacerte ver la verdad.

Una mirada desesperada, casi salvaje, cruzó su rostro mientras daba un paso hacia mí.

—Kael, ¿por qué no la olvidas y dejamos que nos centremos en revivir lo que había entre nosotros... el vínculo que compartíamos, todo lo que teníamos. Sé que aún lo sientes.

—No hubo un "nosotros", Vivienne —respondí, con una voz helada.

—¡Eso es mentira, Kael! —gritó, su voz subiendo de tono mientras me alcanzaba, sus manos agarrando mis hombros con una fuerza que me sorprendió.

—Teníamos buenos tiempos antes de que esa perra entrara en escena. Podemos volver a tenerlos —susurró, su tono cambiando, casi suplicante. Sus manos se deslizaron hacia mi cuello, y antes de que pudiera reaccionar, se apretó contra mí, su rostro cerca, sus labios buscando los míos.

Me aparté bruscamente, empujándola, con la mandíbula apretada por el asco.

—Basta, Vivienne.

Pero antes de que pudiera quitarle completamente las manos de mi cuerpo, un movimiento en la puerta llamó mi atención. Me giré, y allí estaba ella: Lena, parada justo afuera, su rostro conmocionado, sus ojos abiertos por la sorpresa y... el dolor. Su cabello estaba despeinado, sus mejillas enrojecidas por su tiempo en las mazmorras, pero incluso en su estado desaliñado, era hermosa. Demasiado hermosa, y no pude negar la oleada de emoción que me embargó al verla.

El tiempo pareció congelarse, un silencio pesado se extendió entre nosotros mientras la mirada de Lena pasaba de mí a Vivienne.

En esa sola mirada, vi todo: la traición, la confusión y la innegable atracción que aún me atraía. Me miró como si hubiera visto algo que no debería, algo que cortó hondo. Abrí la boca, listo para explicar, para tranquilizarla, pero las palabras no salieron.

Vivienne también la notó, su rostro se torció en un gesto de desdén.

—¿Qué hace ella fuera de las mazmorras? —exigió, su voz fría y cortante—. Pensé que la tenías encerrada.

Apreté la mandíbula, la ira estallando en mí.

—Cállate, Vivienne.

Pero la expresión de Lena ya había cambiado, el dolor en sus ojos reemplazado por algo más duro, algo que me atravesó directamente. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y se alejó, sus pasos rápidos y decididos, dejándome allí parado, atrapado entre la ira y el arrepentimiento.

Cada instinto me impulsaba a ir tras ella, a detenerla, a hacerle ver la verdad. Pero me quedé quieto; no tenía sentido.

—¡Guardias!

Dos guardias reales irrumpieron en la habitación.

Ordené, con un tono frío como el acero: —Vivienne no debe salir hasta que la investigación termine.

Su sonrisa burlona desapareció, reemplazada por la furia.

—¡¿Qué?! ¿Me estás encerrando en mis propias habitaciones? ¿Has perdido la cabeza, Kael?

Me acerqué, con un tono bajo y amenazante. —Cuidado con tu tono hacia mí. Si digo que estarás encerrada en tu habitación, así será. Me has dado muchas razones para cuestionar tus intenciones. Hasta que descubra la verdad, estarás confinada a tus habitaciones.

—Estás cometiendo un error —silbó mientras los guardias la agarraban de los brazos—. ¡Te ha hechizado, Kael! ¡Ella va a destruir todo!

Me di la vuelta, dejando que sus gritos de ira resonaran en el pasillo. Mis pensamientos ya estaban en Lena, y en el arrepentimiento que retorcía mi pecho.

CAPÍTULO 13



LENA

No entiendo qué está pasando. Un momento estaba arrodillada en el patio, enfrentando los últimos momentos de mi vida, y al siguiente, Kael había revocado su propia orden, perdonándome de la ejecución. Me había preparado para el final, había hecho las paces con ello, pero aquí estaba, viva y libre.

Los últimos días habían sido un torbellino de confusión y aislamiento. Después de que él me enviara a las mazmorras, me había resignado a mi destino, sola en la oscuridad, escuchando a los guardias murmurar sobre cómo Kael nunca cambiaba de opinión.

Decían que era decidido, resuelto, un Alfa que nunca retiraba sus palabras. Y, sin embargo... lo había hecho. El hecho de que hubiera revocado su decisión me carcomía, haciéndome cuestionar todo lo que creía saber sobre él. Y el hecho de que después hubiera encerrado a Vivienne en sus aposentos era lo que más me desconciertaba.

Ari me había contado rumores de cómo Kael había encontrado pruebas que vinculaban a Vivienne con haberme tendido una trampa. Era lo más alentador, pero a pesar de esto, todavía sentía dolor.

Un dolor por la imagen que se había arraigado, negándose a desaparecer: Kael junto a Vivienne. Tres días, y todavía era todo lo que podía ver cuando cerraba los ojos: Kael y Vivienne abrazándose.

Y él simplemente estaba allí, dejándole hacerlo, como si fueran... algo.

Un nudo amargo se retorcía en mi estómago, la ira y el dolor se mezclaban hasta que ya no podía separarlos. —¿Había sido todo un juego para él? ¿Era yo solo un peón, un entretenimiento, alguien para usar y luego descartar?— Mi confianza en él había sido frágil, construida lentamente y en contra de todos mis instintos, pero ahora estaba hecha añicos, dispersa como polvo en el viento.

Desde que había salido de las mazmorras, había hecho todo lo posible por evitar a Kael. No podía enfrentarme a él, no podía soportar mirar esos ojos que una vez parecían tan fieros y... genuinos. Me había resignado a estar sola.

Las miradas frías de la manada me mantenían escondida en el interior la mayor parte del tiempo, pero esta tarde, las paredes se cerraban sobre mí, y necesitaba aire, necesitaba espacio para respirar.

Me encontré vagando hacia la fuente. La última vez que había estado aquí, había sido con Kael. Cerré los ojos, dejando que el recuerdo me inundara a pesar del dolor que traía.

El calor de su mano, la intensidad en su mirada, la forma en que me había mirado... En ese momento, había creído que él me había visto por quien era, que él también había sentido algo. Pero ahora... ahora parecía una broma cruel.

Me senté al borde de la fuente, mirando el agua mientras el cielo se oscurecía. Me dejé llevar, tratando de ignorar la mezcla amarga de ira y tristeza que se agitaba dentro de mí.

—Por fin, decidiste salir de tu habitación—

Su voz cortó el silencio como una espada. Mi cabeza se levantó de golpe, y allí estaba él, de pie a unos pocos pasos. Sus ojos se clavaron en los míos, penetrantes e impenetrables. No era el Kael que se había sentado junto a mí en la fuente días atrás. Nada de

calidez, nada de amabilidad. Este era el Alfa, frío y autoritario, y sentí el cambio como un puñetazo en el estómago.

Me levanté con rigidez, mi cuerpo protestando en silencio. Me di la vuelta, rogando que mis piernas me llevaran más allá de él.

—Tenemos que hablar —dijo, plantándose frente a mí con una autoridad que no admitía réplica.

—No hay nada de qué hablar, Alfa —respondí, manteniendo el tono lo más plano que pude. No permitiría que viera cuánto me había sacudido esto.

Su mandíbula se tensó y su voz bajó un tono.

—Considerando que te perdoné la vida, diría que hay mucho de qué hablar.

Me detuve, con el corazón acelerado. Lentamente, me di la vuelta para enfrentarlo, encontrándome con su fría mirada con una igual de la mía.

—¿Y de qué exactamente quieres hablar? ¿De cómo me arrojaste a ese calabozo sin pensarlo dos veces? ¿O de cómo de repente decidiste sacarme por capricho?

Su expresión no vaciló, pero sus ojos se oscurecieron.

—¿Crees que sacarte fue un capricho? —Su voz era fría, su mirada dura.

Solté una risa amarga. —¡No sé qué pensar! —Mi voz se quebró, la frustración desbordándose—. Lo único que necesito saber es qué juego estás jugando.

—No juego juegos —dijo, su voz tranquila pero cortante.

—¿Entonces qué es esto? —exigí, acercándome con los puños apretados—. Porque desde mi punto de vista, no he sido más que una carga para ti desde el día que nos conocimos. No confías en mí, pero me mantienes cerca. ¿Por qué?

—Esa es una decisión que yo tomo —dijo tajantemente, sus palabras cortando el aire entre nosotros—. Y no tengo que justificarme ante ti, Lena.

Vacilé, mi respiración se cortó por el peso de sus palabras. Pero no dejaría que lo viera. No ahora.

—¿Por qué? —exigí, mi voz temblorosa a pesar de mis mejores esfuerzos—. ¿Por qué molestarte con alguien en quien ni siquiera confías?

Su silencio se extendió entre nosotros, pesado y sofocante. Cuando finalmente habló, su tono era calmado, medido, pero cortó más profundamente que cualquier grito.

—Porque tu muerte no habría resuelto nada. Habría sido insignificante.

—¿Insignificante? —repetí, alzando la voz—. Me has acusado, humillado, tratado como a una criminal, ¿y crees que mantenerme viva es un acto de generosidad? Ahórrame tu lógica, Kael.

Su expresión se endureció, la máscara del Alfa volviéndose firme.

—No te equivoques, Lena. Esto no es sobre generosidad. Mis instintos me dicen que hay más en esto, y hasta que no encuentre la verdad, no me detendré.

Las palabras golpearon como una bofetada, y odié lo mucho que dolieron. Quería atacar, derribar el muro que había construido a su alrededor, pero sabía que sería inútil. No iba a dejarme entrar. No ahora. No nunca.

—Bien —dije, mi voz apenas un susurro—. Entonces déjame hacerlo fácil para ti, Alfa. Hice todo de lo que se me ha acusado. Haz lo que tengas que hacer. Mátame, encarcélame, lo que sea. Ya no lucharé más.

Se acercó, su imponente presencia haciendo que el aire entre nosotros chispeara de tensión.

—No puedes rendirte. No cuando he hecho sacrificios para mantenerte con vida.

Lo miré fijamente, mi corazón acelerado. —¿Sacrificios? —pregunté, mi voz cargada de incredulidad—. Eres el Alfa, Kael. Todo lo que haces es calculado, planeado. No te quedes ahí como si esto te hubiera costado algo.

Su mirada se clavó en la mía, fría e implacable. —No tienes la menor idea de lo que esto me ha costado.

—¿Y de quién es la culpa? —repliqué, mi voz subiendo—. Me excluyes. Tomas decisiones sobre mi vida, sobre mi muerte, como si fuera solo una pieza más en tu tablero. Así que dime, Kael, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué no dejaste que me mataran?

Su mandíbula se tensó, su silencio tenso como una cuerda a punto de romperse. Cuando finalmente habló, su voz era áspera, su control resbalándose. —Porque no pude.

La admisión me sacudió, mi respiración quedándose atrapada en mi garganta. —¿No pudiste? —repetí—. ¿Qué significa eso?

—Significa que no pude dejarte morir —espetó, su frustración filtrándose—. No porque sea lógico, no porque sea la decisión correcta, sino porque no soportaba la idea de perderte. ¿Es eso lo que querías escuchar, Lena? ¿Que esto también me está matando a mí?

El aire entre nosotros era eléctrico, sus palabras quedaron suspendidas en el silencio. Tragué saliva con dificultad, mi voz tembló al hablar. —Entonces, ¿por qué me mantienes a distancia? ¿Por qué actúas como si no significara nada para ti?

—Porque lo complicas todo —dijo él, su voz quebrándose ligeramente antes de recomponerse—. Eres un riesgo, Lena. Un riesgo para mi manada, para mi control. Para mí.

—Y aún así no me dejas ir —dije, el filo en mi voz suavizándose un poco—. ¿Por qué?

Su mirada se clavó en la mía, feroz e implacable. —Porque no sé cómo hacerlo.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, crudas y sin defensa, arrancando la última de sus barreras. Dudé, mi corazón latía con fuerza mientras una pregunta amarga escapaba de mis labios. —¿Es por eso que has vuelto a los brazos de Vivienne?

Sus ojos se estrecharon, la tensión entre nosotros se intensificó. —No sé de qué estás hablando.

Solté una risa seca, sacudiendo la cabeza. —Sé que eres todo un Alfa, pero no un mentiroso. Los vi a los dos.

—¿Y? —preguntó fríamente, su expresión inescrutable.

—¿Por qué te importa si estoy con Vivienne?

—No me importa —respondí, mi voz subiendo de tono con incredulidad mientras algo brillaba en su mirada. Algo que no podía identificar.

—¿De verdad? —dijo él, su voz cortante.

—Sí, solo tengo curiosidad por muchas cosas, como… ¿por qué te casaste conmigo? ¿Por qué no con ella? Ella es perfecta para ti; están prometidos, después de todo. ¿Por qué molestarte conmigo si ya la tienes a ella?

Su mandíbula se tensó, sus puños se apretaron. —¿Estás celosa?

—¡No! —respondí de inmediato, la palabra escapándose demasiado rápido—. Has dejado claro que no tengo derecho a estarlo. No te importo, ¿recuerdas?

—Bien —dijo él, su voz afilada—. Entonces entiendes que lo que pase entre Vivienne y yo no es de tu incumbencia.

Las palabras me hirieron, pero no me inmuté. —Tienes razón —dije, mi tono frío—. No es de mi incumbencia. Igual que lo que me pase a mí claramente tampoco lo es. Solo soy un peón para ti, ¿verdad? Algo que usar hasta que deje de ser útil.

Los ojos de Kael brillaron peligrosamente, y dio un paso hacia mí, su presencia imponente haciendo que el espacio entre nosotros se sintiera sofocante.

—¿Es eso lo que crees? —preguntó, su voz baja y cortante—. ¿Que te salvé la vida porque te veo como un peón?

—¿Qué más se supone que debo pensar? —repliqué, negándome a ceder—. Has dejado perfectamente claro que no soy más que un inconveniente para ti. Así que dime, Kael, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué no dejaste que me mataran?

Su silencio era sofocante, su mandíbula se tensó como si se estuviera conteniendo físicamente. Sus ojos ardían en los míos, oscuros y tempestuosos, con una furia apenas contenida bajo la superficie. Cuando finalmente habló, su voz fue afilada, cortando el aire como una navaja.

—Las cosas son más complicadas de lo que entiendes —dijo finalmente, su voz áspera pero controlada—. Y todo lo que he hecho… ha sido por ti.

—¿Por mí? —susurré, las palabras apenas escapando de mis labios mientras me quedaba paralizada, mi mente corría para comprender lo que había dicho. Por un momento, no pude respirar, mi corazón latía con fuerza mientras su confesión se repetía en mi cabeza. Luego, la sorpresa se transformó en incredulidad, y mi voz se volvió más aguda mientras exigía—: ¿Esperas que me lo crea? ¿Después de todo lo que has hecho?

—No espero que creas nada —dijo él en voz baja, sus ojos fijos en los míos—. Pero cuando sea el momento adecuado, todo se te hará más claro.

Tragué saliva con dificultad, mi pulso se aceleró mientras el aire entre nosotros se volvía más pesado. Su mirada se fijó en mis labios, solo por un momento, y sentí que mi respiración se cortaba.

¿Podría estar diciendo la verdad? ¿Puedo confiar en Kael a pesar de todo?

CAPÍTULO 14



LENA

La brisa de la noche era fresca contra mi piel mientras deambulaba por los silenciosos terrenos de la casa de la manada. El sueño me había eludido, con el peso de los eventos del día oprimiendo mi pecho. La fuente del patio me llamaba, su suave y constante murmullo de agua era un bálsamo para mis pensamientos inquietos.

Me senté al borde de la fuente, con los brazos rodeándome como si quisiera protegerme del frío. La luna colgaba alta en el cielo, su brillo plateado proyectaba largas sombras que parecían extenderse sin fin por los terrenos. Mis pensamientos daban vueltas, girando en torno a todo y a nada: las palabras cortantes de Kael, la confusión que despertaba en mí y su enigmática admisión de que todo lo que hacía era por mí.

—¿Qué quiso decir con eso? —El recuerdo de sus palabras me hizo temblar, aunque no estaba segura de si era por el frío o por algo más profundo. Su tono había sido crudo, casi vulnerable— tan diferente del Kael que había llegado a conocer. No tenía sentido. Kael era frío, calculador, un líder que tomaba decisiones con precisión. ¿Por qué alguien como él diría algo tan... personal?

—¿Y qué era lo que se suponía que debía entender? —La forma en que me miraba, la tensión en su voz— no se trataba solo de la manada. Había algo más, algo que se negaba a decir abiertamente,

y eso me corroía por dentro. Me había perdonado, a pesar de todo, pero ¿por qué? ¿Era culpa? ¿Un sentido de obligación? O... ¿podría ser algo más?

Sacudí la cabeza, frustrada por la espiral de preguntas sin respuestas. Fuera lo que fuera lo que él quisiera decir, solo profundizaba la confusión que sentía a su alrededor. Él era una tormenta de la que no podía escapar— atrayéndome más cerca incluso cuando intentaba alejarme.

Fuera lo que fuera lo que Kael quisiera decir, una cosa estaba clara: estaba ocultando algo. Y hasta que no supiera qué era, no podría encontrar mi lugar en este caos.

Cerré los ojos, inhalando profundamente. Tal vez la quietud de la noche podría calmar mi mente.

Entonces lo escuché. Un sonido, leve pero inconfundible— el suave crujir de las hojas.

Mis ojos se abrieron de golpe, conteniendo la respiración mientras escudriñaba las sombras. Mi corazón se aceleró, mis sentidos se agudizaron mientras que la quietud de la fuente de repente se sentía opresiva.

—¿Quién está ahí? —llamé, con la voz firme a pesar de la inquietud que recorría mi espalda.

Silencio.

Me levanté, tensando los músculos mientras me volvía hacia el sonido. —Si esto es algún tipo de broma, no tiene gracia —dije, intentando mantener la voz firme, preguntándome quién podría estar aquí a estas horas. *Quizás alguien tan loco como tú.*

Un gruñido bajo resonó en el aire, haciéndome estremecer. Mi corazón palpitó con fuerza en mi pecho mientras me giraba hacia el sonido, escudriñando la oscuridad. Un par de ojos dorados y brillantes me miraban desde las sombras.

Me quedé paralizada, con el aliento atrapado en mi garganta. Un lobo. No era luna llena, así que era ilógico que alguien estuviera en su forma de lobo en ese momento. Por lo general, la única vez que la gente se transformaba en su forma de lobo era cuando intentaba defenderse o durante la luna llena, cuando todo en nuestra especie se intensificaba.

Así que tener un lobo cerca cuando aún no era luna llena gritaba peligro. Yo tenía un lobo, pero ni siquiera me había acostumbrado lo suficiente, y mucho menos había aprendido a defenderme del lobo que acechaba. Solo podía esperar que quienquiera que fuera no intentara atacarme.

El lobo dio un paso adelante, su forma masiva moviéndose con una gracia silenciosa que hizo que los vellos de mi nuca se erizaran. La luz de la luna caía sobre su pelaje negro y brillante, y di un paso atrás instintivamente.

—Aléjate —susurré, con la voz temblorosa.

El lobo se detuvo, su mirada fija en la mía. Había algo inquietantemente inteligente en esos ojos, algo que me hizo dudar. No se parecía a ningún lobo que hubiera visto antes.

Di otro paso atrás, mi mano rozando el borde de la fuente. La piedra fría me ancló, pero mi pulso no disminuyó. La presencia del lobo era abrumadora, su tamaño y aura irradiaban poder.

—¿Quién... qué eres? —susurré, con la voz apenas audible.

El lobo gruñó de nuevo, pero no era amenazante. Era bajo, casi... tranquilizador. Mi miedo vaciló, reemplazado por algo más: una extraña atracción que no podía explicar. Mi mirada se detuvo en sus ojos, y una chispa de reconocimiento surgió en lo profundo de mi mente.

—¿Kael? —susurré, el nombre escapándose antes de que pudiera detenerlo.

El lobo inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos dorados estrechándose como si me estuviera estudiando. Mi corazón latía con fuerza mientras la realización comenzaba a arraigarse. ¿Podía ser él? No, no tenía sentido. Pero esos ojos...

—Kael —dije de nuevo, con la voz temblorosa.

El lobo no se movió, pero algo en su postura cambió, una tensión que no podía identificar.

Lenta y vacilantemente, extendí una mano. Mis dedos temblaban, y una pequeña voz en el fondo de mi mente me gritaba que me detuviera. Pero la ignoré, atraída por el lobo a pesar de mi miedo.

—Eres tú, ¿verdad? —pregunté suavemente.

El lobo se acercó, su mirada nunca abandonando la mía. Mi mano rozó su pelaje, y respiré profundamente al sentir el calor y la suavidad bajo mis dedos.

No se apartó.

En cambio, el lobo se inclinó hacia mi toque, un rugido bajo vibrando a través de su pecho. Mi miedo se disipó, reemplazado por una extraña sensación de calma.

—Eres hermoso —susurré, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas.

Los ojos del lobo se cerraron a medias, su enorme cabeza inclinándose hacia mi mano como si buscara más de mi contacto. Mi corazón se encogió con una mezcla de asombro y confusión.

Pero entonces, tan repentinamente, el lobo se puso tenso.

—¿Kael? —pregunté, con la voz insegura.

El aire a nuestro alrededor pareció cambiar, pesado con tensión. Antes de que pudiera reaccionar, el lobo se apartó, su cuerpo convulsionando violentamente, como si luchara contra sí mismo.

Mi aliento se cortó mientras retrocedía, viendo cómo el pelaje daba paso a la piel, la forma masiva encogiéndose y contorsionándose de una manera que parecía casi antinatural. Esto no era como las transformaciones controladas y fluidas que había visto antes. Era crudo, abrupto y... mal, como si algo dentro de él estuviera fuera de sincronía.

Momentos después, Kael estaba arrodillado frente a mí, su pecho jadeando, gotas de sudor brillando en su piel a pesar del aire fresco de la noche. Su rostro estaba ensombrecido por la luz de la luna, sus rasgos tensos y fatigados.

—Date la vuelta —dijo, con la voz áspera y baja, cargada de una fatiga que no había escuchado en él antes.

La realización de su desnudez me golpeó, y jadeé, girando instintivamente, el calor subiendo a mis mejillas.

Lo escuché moverse, el suave susurro de la tela llegando a mis oídos. —Puedes darte la vuelta ahora —dijo después de un momento, su tono más calmado pero aún tenso.

Cuando lo hice, él estaba allí, completamente vestido, su expresión cautelosa, aunque sus ojos traicionaban un destello de algo que no podía identificar, tal vez dolor, o contención.

—¿Qué haces aquí afuera? —preguntó con severidad, su voz cortando el silencio como una espada.

—No podía dormir —respondí, con un tono defensivo—. ¿Y tú?

—Esa no es la cuestión —espetó—. Es peligroso vagar por la noche.

Crucé los brazos, enfrentando su mirada con la mía. —Estamos en tus tierras, Alfa Kael. ¿O acaso no confías en tu propia seguridad?

Su mandíbula se tensó, y por un momento, no dijo nada.

—¿Por qué estabas luchando contra tu lobo? —insistí, con un tono más suave ahora, mientras el recuerdo de su transformación caótica

persistía en mi mente.

Sus ojos se oscurecieron. —Eso no es asunto tuyo.

—Quizás no —dije, dando un paso más cerca—, pero parecías... diferente. Como si no lo controlaras.

Algo brilló en su mirada, una sombra cruzó su expresión, pero no respondió.

—No quiero repetirme —dijo, su tono cayendo peligrosamente bajo —. Vete.

Me tensioné, su orden era clara, pero algo dentro de mí se rebeló contra ella. En lugar de alejarme, me quedé inmóvil, con el corazón latiendo con fuerza.

—¿Qué estás ocultando? —pregunté en voz baja, vacilando antes de continuar.

—Lena, no me presiones —gruñó, su voz baja, con una advertencia cargada de ira apenas contenida.

La tensión entre nosotros crepitó como un cable eléctrico, y por primera vez, me pregunté si lo que lo había llevado a esa transformación descontrolada era más que simple frustración o ira. Había algo más profundo en juego, algo que se negaba a dejarme ver.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué siempre estás tan cerrado? Solo pensé que quizás podría ayudar.

Por un largo momento, no se movió, su silencio se extendió dolorosamente entre nosotros. Luego, sin decir una palabra, se dio la vuelta y se quitó la camisa.

Aspiré bruscamente al ver sus cicatrices.

Se entrecruzaban en su pecho y espalda, irregulares y brutales, cada una contando una historia de dolor y supervivencia.

—Crees que puedes ayudar con esto —dijo, con frialdad en su voz—, con el daño que los hombres de tu padre me hicieron.

Mi mano voló hacia mi boca mientras sus palabras calaban en mí.

—¿Crees que puedes hacer algo al respecto? —continuó, su tono carente de emoción.

—¿Cómo... pasó esto?

—Sencillo, tallaron esto en mi piel. Me dieron beleño. Quemaron mi carne. Querían ver cuánto podía soportar antes de romperme.

Las lágrimas nublaron mi visión, pero me obligué a sostener su mirada.

—Lo siento —susurré, las palabras temblando en mis labios.

—No lo sientas —dijo, con voz áspera, cada palabra cargada de amargura—. Todos los involucrados han pagado por lo que hicieron.

Mi pecho se apretó mientras encontraba mi voz. —¿Cómo escapaste? —pregunté suavemente.

Su risa fue amarga, hueca, y me heló la sangre. —¿Escapar? No escapé.

Fruncí el ceño, la confusión revolviéndose en mi pecho.

—Morí —dijo sin rodeos, la crudeza de la admisión golpeándome como un puñetazo.

Mi respiración se cortó, y lo miré fijamente, con el corazón latiendo con fuerza. —¿Qué?

—O al menos, eso creo —continuó, su voz más baja ahora, como si reviviera el momento—. Todo se oscureció. Creí que era el fin. Ellos también lo pensaron, y esa fue su perdición.

El silencio de la habitación nos envolvió, el peso de sus palabras era sofocante. No podía hablar, ni siquiera respirar, pero mi silencio

pareció impulsarlo a continuar.

—Me estaban sacando de la jaula, pensando que estaba muerto —dijo, su voz afilada, cada palabra cargada de ira y dolor—. Pero desperté. Estaba débil, apenas vivo. Pero mi lobo no había terminado.

Aspiré bruscamente, mis manos aferrándose al borde de la cama como si pudiera anclarme.

—Me transformé —continuó él, con la voz tensa—. Incluso con veneno en mis venas, luché. Usé hasta el último ápice de fuerza que tenía.

La imagen que sus palabras pintaron en mi mente era espantosa. Mi pulso se aceleró al pensar en él, herido, desesperado, luchando por sobrevivir.

—Liberé a los pocos miembros de la manada que quedaban —dijo, con una voz más suave ahora, casi indiferente—. Juntos, acabamos con los cazadores.

Abrí la boca para hablar, pero no salieron palabras.

—Me aseguré de que sus muertes fueran lentas —añadió, oscureciendo su tono—. Los sumergí en el fuego, asegurándome de que sintieran cada segundo. Dos días. Eso es lo que duraron antes de morir. Los arrojé a los buitres, y aún así, no fue suficiente.

Debería haberme horrorizado. La brutalidad de sus acciones debería haberme hecho retroceder, pero en lugar de eso, apreté la mandíbula y mi voz salió firme, inquebrantable.

—Se merecían algo peor —dije en voz baja.

Sus ojos se clavaron en los míos, un destello de sorpresa rompiendo su expresión cautelosa. Por un momento, nos miramos fijamente, el silencio entre nosotros cargado de comprensión.

—Gracias por compartir eso —dije suavemente.

Él se encogió de hombros, su mirada endureciéndose de nuevo. —No es nada —murmuró.

Pero no era nada para mí. Mi corazón dolía por el niño que debió ser, por el dolor que había soportado, por la fuerza que le había llevado sobrevivir. Antes de que pudiera pensarlo mejor, me incliné hacia adelante, rodeándolo con mis brazos.

Al principio se puso rígido, su cuerpo tenso e inflexible. Casi me retiro, temiendo haber cruzado un límite, pero entonces sus brazos me rodearon, vacilantes al principio, luego más firmes.

El calor de su abrazo se filtró en mí, alejando el frío que se había instalado en mis huesos. Apreté mi mejilla contra su pecho, su latido constante anclándome.

Nos quedamos así por lo que pareció una eternidad, el silencio entre nosotros ya no pesado, sino reconfortante.

Finalmente, sentí que mi cuerpo comenzaba a relajarse, mis párpados pesados mientras el sueño rozaba los bordes de mi conciencia. Intenté apartarme, moverme, pero mis brazos se negaron a soltarse.

—Lena —murmuró Kael, su voz más suave ahora, teñida de algo que no podía nombrar.

No respondí, mi cabeza descansando sobre él, mi mente un torbellino mientras intentaba imaginar todos los horrores que había descrito.

Y mi corazón dolía por él.

* * *

La brillante luz de la tarde se filtraba a través de las cortinas, dorada y suave, pero mi mente todavía estaba atrapada en el recuerdo de Kael.

Había dormido en mi cama.

No porque yo se lo hubiera pedido —no, no me habría atrevido—, sino porque él había decidido quedarse. Mi corazón palpité de nuevo, una sensación que no sabía cómo nombrar.

Tenía un vago recuerdo de él llevándome de vuelta aquí desde la fuente antes de acostarse a mi lado sin decir una palabra.

Me había despertado horas antes, mi cuerpo todavía contra el suyo, su brazo pesado alrededor de mi cintura. Estaba caliente, sus respiraciones profundas y regulares, y por primera vez, había visto un lado de él que nunca pensé que existiera.

En paz.

El siempre cauteloso, siempre autoritario Alfa Kael se veía casi vulnerable mientras dormía. Su fuerte línea de mandíbula era más suave bajo la luz del amanecer, y sus pestañas —más largas de lo que había notado antes— descansaban sobre sus marcados pómulos.

No me había atrevido a moverme, temiendo despertarlo, pero mi mirada recorrió su rostro, las fuertes líneas de sus hombros y la manera en que su cabello caía desordenado sobre su frente. En la quietud de la habitación, con el calor de su cuerpo todavía cerca, no pude evitar preguntarme si este era el hombre detrás del Alfa —el Kael que mantenía oculto al mundo.

Una sonrisa asomó en mis labios al recordar. Era extraño verlo así, humano y sin defensas. Hermoso, incluso.

Pero la paz fue efímera.

Kael se movió, frunciendo ligeramente el ceño antes de abrir los ojos. En el momento en que su mirada se encontró con la mía, la vulnerabilidad desapareció, reemplazada por la severidad del Alfa al que me había acostumbrado.

Me senté, de repente insegura de qué hacer. —Buenos días —dije suavemente, con voz vacilante.

No respondió de inmediato, su expresión era indescifrable mientras se sentaba y se pasaba una mano por el cabello despeinado.

Por un momento, simplemente miró la pared, perdido en sus pensamientos, y la incomodidad se instaló espesamente entre nosotros.

—Buenos días —dijo sin mirarme.

Comencé a reconsiderarlo todo. ¿Se arrepentía de haberse quedado? La forma en que su mandíbula se tensó y su mirada se oscureció me hizo doler el pecho, el silencio presionándome como un peso.

—Debo irme —dijo finalmente, con voz cortante. Sus movimientos fueron rápidos y precisos al levantarse, tomando su camisa y poniéndosela.

—Kael… —comencé, pero me interrumpió con una mano levantada.

—Hay mucho que hacer hoy —dijo bruscamente, evitando mi mirada —. Te veré más tarde.

Se dirigió hacia la puerta, con los hombros tensos. Mi corazón se hundió mientras lo veía alejarse, cada paso sintiéndose como un retroceso de cualquier conexión frágil que hubiéramos formado.

Pero entonces se detuvo.

Por un momento, se quedó allí, con la mano cerca del marco de la puerta como si estuviera librando una batalla consigo mismo. Cuando se volvió hacia mí, sus ojos eran intensos, ardiendo con algo que no lograba descifrar. Mi respiración se cortó cuando cruzó la habitación en unos pocos pasos largos, su presencia abrumadora al detenerse justo frente a mí.

—Kael… —comencé de nuevo, pero las palabras se atascaron en mi garganta cuando se inclinó, encerrándome entre sus brazos en la

cama. Sus manos se apoyaron a ambos lados de mí, su olor, su calor rodeándome, haciendo imposible pensar con claridad.

—No digas nada —murmuró, con voz baja y tensa. Su mirada bajó hacia mis labios, y mi corazón palpitó en mi pecho. No podía moverme, no podía respirar, mientras se inclinaba más cerca, su cara a solo centímetros de la mía.

Entonces sus labios se encontraron con los míos.

El beso comenzó suave, vacilante, como si estuviera probando el agua, y mi pecho se tensó con el peso de todo lo no dicho entre nosotros. Pero en el momento en que respondí, inclinando la cabeza para profundizar la conexión, todo cambió.

La mano de Kael se deslizó de mi rostro a la nuca, sus dedos entrelazándose en mi cabello mientras me acercaba más. Su otra mano me sujetó la cintura, firme pero no forzada, anclándome a él.

El calor entre nosotros se encendió como un incendio, consumiendo todo pensamiento racional. Mis manos se movieron por su cuenta, deslizándose por su pecho y enredándose en su cabello. Él gimió suavemente al contacto, el sonido enviando un escalofrío por mi espalda.

Sus labios eran suaves pero exigentes, moviéndose contra los míos con una mezcla de urgencia y contención. Era como si estuviera reteniendo una tormenta, al borde de perder el control.

Me presioné más cerca de él, mi cuerpo reaccionando instintivamente a la intensidad de su toque. La dureza de su figura era un contraste marcado con la suavidad de su beso, cada movimiento dejándome sin aliento.

El tiempo pareció detenerse mientras el beso se profundizaba, volviéndose más intenso, más consumidor. Sentía que me ahogaba en él, y no quería salir a la superficie.

Pero entonces, tan repentinamente como comenzó, se separó.

Su respiración era irregular, su frente apoyada en la mía mientras cerraba los ojos. Su pecho se elevaba, y yo intentaba recuperar el aliento, mis labios todavía hormigueando por el beso.

Antes de que pudiera decir algo, dio un paso atrás. Su mirada se quedó por el instante más breve, cruda y desprotegida, antes de que la máscara del Alfa regresara.

—No puedo hacer esto —dijo, con voz apenas un susurro. Luego se dio la vuelta y se fue, la puerta cerrándose tras él.

Me quedé sentada, aturdida, mis dedos rozando mis labios hinchados. La habitación se sintió más fría en su ausencia, el dolor de su partida asentándose profundamente en mi pecho. Por primera vez, me permití preguntarme si acababa de vislumbrar al hombre escondido bajo el Alfa.

Y por primera vez, deseé que se hubiera quedado.

* * *

Incluso después de varias horas, aún sentía como si él estuviera aquí. Mi habitación estaba impregnada de su aroma, mis labios aún hormigueaban por el beso. Miré el almuerzo apenas tocado que Ari estaba recogiendo en silencio, pero no logró captar mi interés.

No sabía por qué no podía comer. Tal vez era la emoción persistente de la mañana, la forma en que mis pensamientos seguían volviendo a Kael y cómo hizo que mis entrañas se derritieran con ese beso alucinante. Deseaba que no se hubiera detenido.

Un repentino golpe en la puerta interrumpió mi ensueño.

Ari se quedó inmóvil, con las manos aún sosteniendo la bandeja, pero rápidamente la hice a un lado con un gesto.

—Adelante —dije suavemente—. Yo lo atenderé.

Abrí la puerta y encontré a Beta Aldrich de pie allí, su presencia llenando el pequeño marco de la puerta.

—Beta Aldrich —dije rápidamente, inclinando la cabeza en señal de saludo. Ari hizo lo mismo antes de irse con la comida.

Su mirada se posó brevemente en las sobras antes de fijarse en mí, su expresión indescifrable. Por un momento, no habló, incluso cuando Ari se fue.

Finalmente, extendió un pequeño paquete envuelto en tela.

—Esto es para ti —dijo con sequedad.

Dudé antes de tomar el paquete de sus manos. La tela cayó para revelar un ramo de flores, delicadas y vibrantes, su fragancia fresca y dulce.

Mi respiración se cortó. Eran mis flores favoritas.

—Alpha Kael me pidió que te las entregara —dijo Aldrich, su tono tan brusco como siempre.

Lo miré, atónita. —¿Alpha Kael... me envió esto?

Asintió, su mirada aguda evaluando mi reacción.

Deslicé los dedos suavemente sobre los pétalos, mi corazón apretándose por el gesto. ¿Cómo lo supo?

—Gracias —dije suavemente.

Aldrich me sorprendió al responder: —No, gracias a ti.

Parpadeé, desconcertada. —¿Por qué me das las gracias?

Su expresión se suavizó, las líneas duras de su rostro relajándose un poco. —Hiciste que el Alpha durmiera anoche...

Abrí la boca para responder, para explicar que no había hecho nada, pero sus palabras me dejaron sin habla.

—No hice nada —dije finalmente, sacudiendo la cabeza.

—No lo entiendes —repitió Aldrich, su tono firme pero no desagradable—. Pero gracias, Luna.

Me quedé estupefacta al escuchar que me llamaba así, nunca había ocultado su desagrado hacia mí, así que oírlo decirme "Luna" fue algo diferente. Antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y se marchó, dejándome allí de pie con las flores en las manos y una extraña pesadez en el pecho. Más tarde, al anochecer, me dirigí a la fuente. Después de pasar unos minutos allí, el cielo se oscureció y la brisa fresca insinuaba la llegada de la noche. Finalmente, regresé a mi habitación, resignada a otra velada sola.

Pero cuando abrí la puerta, me quedé helada.

Kael estaba allí, sentado en mi cama, junto a una bandeja de comida en la mesa donde había puesto las flores que me envió antes.

—No esperaba encontrarte aquí.

—Mi beta me dice que apenas has tocado tus comidas hoy.

Parpadeé, sorprendida. —¿Lo dijo?

Me lanzó una mirada significativa. —Sí, lo hizo. Apenas pasa algo a mi alrededor que yo no sepa.

Sus palabras me hicieron estremecer, aunque rápidamente intenté ignorarlo. —No tenía hambre —dije, aunque la excusa sonó débil incluso para mí.

Kael no respondió de inmediato. En cambio, me hizo un gesto para que me sentara.

—Creo que tendrás hambre ya. Es hora de comer —ordenó, su tono no dejaba lugar a discusión.

Obedecí, tomando un pequeño bocado. No pude evitar que se escapara un pequeño sonido de deleite al probar la deliciosa sopa. Nunca había probado algo así.

—Esto es increíble —dije, mirándolo—. ¿Cómo se llama esto?

Su expresión se suavizó ligeramente. —No lo sé. Era la receta de mi madre.

Me detuve, sorprendida. —¿Tu madre?

Asintió, con la mirada perdida. —Me lo preparaba cuando era niño. Antes de que falleciera.

Había una vulnerabilidad tranquila en su voz, y eso despertó algo profundo dentro de mí.

—A ella le habría gustado que lo probaras —añadió, casi como una ocurrencia tardía.

La confesión me dejó sin palabras por un momento.

—Gracias —dije suavemente, mirando hacia las flores—. Y también por estas. Son mis favoritas.

Siguió mi mirada, con una expresión inescrutable. —¿De verdad?

Asentí. —¿Cómo lo supiste?

Sus labios se movieron, pero el gesto no llegó a sus ojos. —Una suposición.

La decepción brilló en mí por su tono casual, aunque rápidamente la ahogué. ¿Qué había esperado exactamente? ¿Que hubiera prestado atención, que hubiera conocido este pequeño detalle sobre mí?

—Bueno —dije, forzando una sonrisa—, fue una buena suposición. Gracias.

El momento se alargó, el aire entre nosotros cargado de algo no dicho.

Entonces su mirada se posó en mis labios, quedándose allí un instante más de lo debido.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, extendió la mano, y su pulgar rozó la comisura de mi boca.

—Tenías algo ahí —murmuró, con una voz baja y áspera, un suave rasguño que me sacudió por dentro.

El roce fue abrasador, enviando calor por todo mi cuerpo. Mi respiración se cortó, y por un momento, me quedé paralizada bajo la intensidad de su mirada.

Sus ojos se oscurecieron, sus pupilas se dilataron mientras se fijaban en las mías. El espacio entre nosotros parecía imposiblemente pequeño, y aún así, cada parte de mí anhelaba cerrarlo, pero él se apartó y todo se desvaneció.

* * *

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras caminaba junto a Kael. Después de aquella última vez, no lo había visto en días. De repente, quería que lo acompañara a algún lugar.

No me miró de inmediato, su vista fija en el camino que teníamos por delante. —Ya lo verás.

Su tono no revelaba nada, pero la forma en que se mantenía —hombres tensos, mandíbula apretada— me hizo preguntarme si estaba dudando de esto.

Caminamos en silencio, el aire fresco de la noche rozando mi piel. Los sonidos del bosque nos rodeaban, el suave crujir de las hojas y el lejano ulular de un búho. Me encontré mirándolo más de una vez, mi curiosidad devorándome.

Finalmente, los árboles se abrieron, revelando una colina bañada por la luz de la luna. La vista era impresionante: colinas onduladas se extendían bajo nosotros, infinitas y serenas, mientras las estrellas brillaban como diamantes dispersos.

Me detuve, conteniendo la respiración. —Esto es... hermoso.

Kael no respondió de inmediato. En lugar de eso, caminó hacia adelante, señalando una manta pequeña extendida en el suelo, con una linterna que emitía un brillo cálido y parpadeante a su lado.

—¿Hiciste esto? —pregunté, con un tono de incredulidad en la voz.

Se encogió ligeramente de hombros, su expresión inescrutable. —Pensé que te gustaría.

Me quedé desconcertada. Alpha Kael había hecho esto porque pensó que me gustaría. Primero las flores, luego esto. Esto es lo más considerado que alguien ha hecho por mí.

—Oh.

Su mirada se posó en la mía brevemente antes de volver a la manta. —Sí, así que vamos a ello.

Una extraña calidez brotó en mi pecho ante sus palabras, pero rápidamente la aparté.

—Gracias.

—No tienes que agradecerme, solo disfrutemos el momento.

—Siéntate —dijo, su tono suavizándose ligeramente.

Dudé, pero obedecí, acomodándome sobre la manta. Kael se unió a mí, su presencia sólida y reconfortante a pesar de la tensión entre ambos.

Por un rato, nos sentamos en silencio, las estrellas sobre nosotros arrojando su luz sobre la cima de la colina. El aire era fresco, pero no desagradable, y me encontré relajándome a pesar del peso que había llevado todo el día.

—Te ves hermosa —dijo Kael de repente, su voz rompiendo la quietud.

Lo miré, sintiendo cómo mis mejillas se calentaban ante su cumplido.

—Gracias.

—Sólo estoy diciendo hechos. Estoy seguro de que sabes lo deslumbrante que eres —su tono fue directo, su mirada penetrante fija en mí.

—No creo que sea diferente a cualquier otra mujer —admití en voz baja, jugueteando con el borde de la manta.

—Pero lo eres...

Su mirada permaneció en mí un rato antes de que aclarara su garganta y desviara la vista.

—¿Así que vas a decirme cómo te sientes acerca de este lugar?

—No hay nada que decir —respondí encogiéndome de hombros.

—No esperarás que me lo crea, ¿verdad?

Lo miré por un momento, preguntándome si le podía decir cómo me sentía realmente. No tenía nada que perder.

—Bien, tu manada es hermosa, pero siento que no encajo aquí. Todos me odian. No sé cómo puedo cambiar eso, pero incluso si no puedo, quiero ser de alguna manera útil.

—¿Quién dice que no lo eres?

—No tienen que decirlo —respondí, mi voz temblando ligeramente—. La forma en que me miran, la forma en que susurran... es suficiente.

La mandíbula de Kael se tensó, sus manos cerradas en puños. Por un momento, no habló, sus ojos oscuros e inescrutables.

—No estoy tratando de que eso me defina —dije en voz baja—. Sólo... quiero pertenecer. Contribuir. Pero no importa lo que haga, nunca es suficiente.

Kael exhaló lentamente, su mirada suavizándose. —Tienes que acostumbrarte, Lena. Mi gente fue tratada de la manera más inhumana, así que no puedes esperar que te traten mejor de lo que lo hacen ahora.

Lo miré, sorprendida.

—Lo entiendo. Quizás soy tonta por esperar que fueran más acogedores conmigo.

—Estás aquí —continuó, su voz firme—. Eso es suficiente.

La simplicidad de sus palabras me dejó momentáneamente sin palabras.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—¿De qué?

—De cualquier cosa. ¿Cómo fue crecer aquí?

La tarde se prolongó, la conversación tornándose más ligera mientras Kael compartía pequeños fragmentos de su vida.

Me habló de sus recuerdos favoritos de la infancia—momentos simples explorando el bosque o aprendiendo a cazar junto a su padre. Su voz se suavizó al hablar de su madre, sus palabras teñidas tanto de amor como de pérdida.

Por primera vez, vi a Kael como más que un simple Alfa. Era humano, complejo y estratificado, y las paredes que había construido a su alrededor parecían tambalearse, aunque fuera levemente.

Cuando el aire se volvió más frío, me estremecí, arropándome más con la manta.

Sin decir palabra, Kael se quitó su chaqueta y la colocó sobre mis hombros.

—Gracias —murmuré, mi voz baja.

No respondió, pero el leve calor en sus ojos dijo más que mil palabras.

La proximidad entre nosotros pareció reducirse, la íntima quietud del momento extendiéndose hacia algo más profundo.

Me volví hacia él, insegura de qué decir, cuando de repente se levantó y extendió una mano hacia mí.

—Baila conmigo —dijo.

Parpadeé, sorprendida. —¿Bailar?

Asintió, su expresión inescrutable. —No me hagas repetirme.

Dudé, insegura, pero su mano permaneció extendida, su mirada firme.

Finalmente, tomé su mano, y él me levantó.

En el momento en que sus manos se posaron en mi cintura, mi corazón comenzó a acelerarse.

Me guio en un baile lento y sencillo, sus movimientos sorprendentemente elegantes a pesar de su presencia imponente.

La cercanía era embriagadora, el calor de su tacto se filtraba en mí. Podía sentir la fuerza en sus manos, la firmeza de su cuerpo, y me dejó sin aliento.

—¿Por qué haces esto? —pregunté suavemente, con la voz temblorosa.

Su mirada se encontró con la mía, su expresión era indescifrable. —Porque lo necesitabas.

La simplicidad de sus palabras me desarmó, y me encontré inclinándome hacia él, dejando que el momento me inundara.

El baile se ralentizó, pero la tensión entre nosotros solo aumentó.

Las manos de Kael se demoraron en mi cintura, su mirada se oscureció al posarse en mis labios.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, se inclinó, sus labios rozando los míos en un beso suave y tentativo.

Pero en el momento en que respondí, se intensificó, el calor entre nosotros encendiéndose como un incendio.

Sus manos se apretaron en mi cintura, acercándome más, y me derretí contra él, mis dedos enredándose en su cabello.

El beso fue como nada que hubiera experimentado antes: crudo, consumidor y completamente embriagador.

CAPÍTULO 15



KAEL

Sabía que estaba jugando con fuego, pero algo en Lena encendió un deseo en mí que no podía ignorar. El aire de la noche era fresco, cargado con el aroma de las flores silvestres.

La había traído aquí, con la esperanza de distraerla de lo que la inquietaba, pero ahora, cuestionaba mis propios motivos. Me retiré y la miré, esperando encontrar algún tipo de contención.

Mientras la observaba, me quedé sin aliento. Los ojos violetas de Lena brillaban con deseo. Sabía que debería haberme mantenido a distancia, pero la tentación era demasiado grande.

—Kael —susurró, con la voz ronca de necesidad—. Por favor…

Su súplica me hizo estremecer. Nunca la había escuchado sonar tan vulnerable, tan desnuda. En ese momento, olvidé el mundo. Me incliné, mis labios rozando los suyos, saboreando de nuevo la dulzura de su boca. Lena respondió con ansias, sus manos enredándose en mi cabello oscuro, acercándome más.

El beso se profundizó, convirtiéndose en una batalla de lenguas y dientes. Podía sentir su corazón acelerado bajo mi mano, que presionaba su pecho. Su piel era cálida y suave. Quería saborear cada centímetro de ella, marcarla como mía, pero algo me detuvo. Tuve que recordarme que esta era Lena, la hija de mi enemigo, y que no podía bajar la guardia por completo.

Rompí el beso y deslicé mis labios por su mandíbula, mordiendo su piel sensible, dejando un rastro de besos a lo largo de su cuello. Sentí su estremecimiento bajo mí, sus manos ahora agarrando mis hombros, sus uñas clavándose en mi carne. La sensación envió una oleada de placer a través de mi cuerpo, y gruñí suavemente, mi lobo agitándose dentro de mí.

—Eres tan hermosa —murmuré contra su piel, con la voz áspera de deseo—. Tan tentadora, Lena…

—No pares —interrumpió, con la voz entrecortada—. Por favor, Kael. Lo necesito. Te necesito a ti.

Sus palabras fueron como una cerilla al combustible seco de mi contención. Había intentado luchar contra mi atracción hacia ella, pero en ese momento, me rendí al calor entre nosotros. Quería mostrarle el placer que le había faltado, hacerla olvidar todo excepto la sensación de mi cuerpo contra el suyo.

Con manos gentiles pero firmes, la guié hacia la manta. La luna nos bañaba con su luz plateada, proyectando un brillo etéreo sobre el cuerpo desnudo de Lena. Sus pechos se alzaban con cada respiración, los pezones endureciéndose mientras yo los contemplaba, con la boca llena de agua ante la vista.

Me incliné, capturando uno de sus pezones rosados entre mis labios, chupando suavemente al principio, luego con creciente fervor. Lena arqueó la espalda, presionándose contra mi boca, sus manos ahora enredadas en la hierba, agarrándola con fuerza como si quisiera anclarse. Dediqué atención a sus pechos, alternando entre succionar y morder, dejando marcas de amor que la marcarían como mía, al menos por un momento.

—Oh, Kael —gimió, con la voz cargada de placer—. Sí, ahí… Oh, dioses, eso se siente increíble.

Sus palabras me impulsaron, y bajé, besando y mordiendo mi camino por su vientre plano, hasta llegar al vértice de sus muslos. El

aroma de su excitación llenó mis fosas nasales, un perfume embriagador que me dejaba mareado. Respiré profundamente, mi lobo agitándose de nuevo, reconociendo el olor de su compañera.

—Por favor —susurró, con la voz temblorosa—. Kael, te necesito. Ahora.

Levanté la vista, encontré su mirada y vi el hambre cruda en sus ojos. Su lobo también estaba allí, acechando justo debajo de la superficie, y llamaba a la bestia dentro de mí. Quería darle lo que anhelaba, saborearla, hacer que se deshiciera en mis brazos.

Con un gruñido, me sumergí entre sus piernas, mi lengua buscando su calor. Lamí sus pliegues, jugueteando con su clítoris con la punta de mi lengua, saboreando su dulce néctar. Lena se arqueó contra mi boca, sus caderas levantándose del suelo, sus manos ahora aferrándose a mi cabello, guiándome hacia donde más me necesitaba.

—¡Sí, sí, sí! —gritó, su voz resonando en la cima de la colina—. ¡Kael, no pares! ¡Estoy tan cerca!

Sus gritos me impulsaron, y aumenté el ritmo, mi lengua lamiendo y empujando, llevándola cada vez más alto. Podía sentir sus músculos tensándose, su cuerpo enrollándose como un resorte, listo para estallar. Quería prolongar su placer, hacer que suplicara, pero su necesidad era demasiado grande.

Con un último grito desesperado, Lena llegó al clímax, su cuerpo convulsionando mientras olas de placer la invadían. Su esencia inundó mi boca, una dulce recompensa por mis esfuerzos. Continué lamiéndola, exprimiendo su orgasmo, hasta que quedó exhausta, su cuerpo temblando y saciado.

Me levanté, mi rostro brillando con su esencia, y miré sus ojos aturdidos. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus labios hinchados por nuestros besos, y su cuerpo brillaba con una fina capa de sudor.

Verla en ese estado de felicidad poscoital estuvo a punto de acabar conmigo.

—Kael —susurró, alcanzando mi rostro con su mano—. Eso fue... Nunca había...

La silencié con un beso, reclamando su boca una vez más. Podía saberme en sus labios, y la revelación de que yo era su primero debería haberme hecho retroceder, pero, en cambio, avivó mi deseo. Quería ser quien le mostrara todo, quien le enseñara los placeres de la carne.

—Shh —susurré contra sus labios—. No más palabras.

Me posicioné entre sus muslos, mi miembro duro palpitando de necesidad. Quería tomarla lentamente, saborear el momento, pero mi control se estaba resquebrajando. Podía sentir a mi lobo presionando los límites de mi conciencia, ansioso por reclamar lo que era legítimamente suyo.

—No puedo esperar más. Necesito estar dentro de ti, Lena.

Gruñí, mi voz ronca de deseo. Con eso, empujé hacia adelante, reclamándola en un movimiento rápido. Lena jadeó, sus ojos se abrieron de par en par al sentir todo mi llenarla. Me detuve, dándole un momento para que se ajustara a la invasión, pero mi lobo aullaba por liberarse.

—Muévete, Kael —suplicó, su voz cargada de deseo—. Por favor, necesito sentirte.

Comencé a moverme, lentamente al principio, pero pronto el ritmo primitivo se apoderó de nosotros. Nuestros cuerpos se movieron como uno, piel golpeando contra piel, nuestros gritos y gemidos llenaban el aire de la noche. Podía sentir sus músculos apretándose a mi alrededor, exprimiendo mi longitud, y eso me volvía loco.

—Más fuerte, Kael —rogó, sus uñas clavándose en mi espalda—. Por favor, no te contengas. Quiero sentirlo todo.

Sus palabras enviaron una oleada de adrenalina por mis venas. Empujé más fuerte, más rápido, mis caderas golpeando las suyas, llevándola contra el suelo con cada embestida. Los gritos de Lena se hicieron más fuertes, su cuerpo arqueándose para encontrarse con el mío, sus piernas envolviendo mi cintura, atravesándola más profunda.

La sensación fue abrumadora, y sabía que estaba cerca. Podía sentir mi liberación acumulándose, un resorte enrollado listo para estallar. Quería aguantar, hacer que este momento durara, pero mi control se escapaba. Las paredes internas de Lena se apretaron a mi alrededor, exprimiéndome, y supe que ella también estaba cerca.

—Lena —gemí, mi voz ronca—. Voy a-

—Sí, Kael —gritó, sus ojos rodando hacia atrás mientras su cuerpo se tensaba—. No pares. Estoy contigo. También lo siento.

En ese momento, lo vi—un destello de color en sus ojos, un vislumbre de su lobo. Sus ojos ardían con una luz salvaje, impulsándome.

Empujé una última vez, mi cuerpo estremeciéndose mientras derramaba mi semilla dentro de ella, reclamándola como mía. Lena gritó, su cuerpo convulsionando a mi alrededor, su liberación desencadenando la mía. Llegamos juntos, nuestros lobos aullando al unísono.

Mientras nuestros corazones se calmaban y nuestra respiración volvía a la normalidad, me derrumbé en el césped junto a ella, mi cuerpo exhausto pero satisfecho. Lena se volvió hacia mí, sus ojos ahora de nuevo en su tono violeta habitual, pero yo sabía lo que había visto.

* * *

El camino de regreso a la casa de la manada fue silencioso, los únicos sonidos que llenaban el aire nocturno eran el distante susurro

de las hojas y el tenue canto de los grillos.

Mi mente, sin embargo, estaba lejos de ser tranquila.

No podía sacar de mi cabeza el recuerdo de ella: la forma en que su cuerpo se había ajustado tan perfectamente al mío, la forma entrecortada en que susurró mi nombre. Era algo que nunca antes había experimentado. Intenso. Absorbente.

Cada parte racional de mí gritaba que me estaba atando a una complicación que no necesitaba, pero nada de eso impidió que el recuerdo se repitiera en mi mente.

Llegamos a la puerta de su habitación antes de lo que hubiera deseado. Ella se giró para mirarme, sus mejillas enrojecidas, su cabello ligeramente despeinado por los eventos de la noche.

Me quedé ahí más tiempo del necesario, y las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas. —¿Te quedarías... esta noche conmigo?—

Sus ojos se abrieron, la sorpresa recorrió su rostro, y por un momento, pensé que podría negarse. Pero entonces asintió.

—Sí—, dijo en voz baja.

La miré, momentáneamente desconcertado, antes de asentir. —Bien. Entonces... ven conmigo.—

Mis pasos eran firmes mientras la guiaba por el pasillo, aunque mi mente era un torbellino de preguntas. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se lo había pedido?

Cuando llegamos a mi habitación, abrí la puerta e hice un gesto para que entrara. Dudó brevemente antes de cruzar el umbral.

Cerré la puerta y me giré hacia ella, mi mirada clavada en la suya. Sabía que debía dejarlo ahí, pero verla de pie allí hacía imposible el pensamiento racional.

Di un paso más cerca. —Sé que estás adolorida—, dije en voz baja, vacilante.

En lugar de responder, ella alzó la mano y sus dedos rozaron mi mandíbula. Sus labios se encontraron con los míos, suaves pero insistentes, y mi determinación se desmoronó al instante.

El beso se profundizó, el calor entre nosotros se encendió de nuevo. Mis manos encontraron su cintura, acercándola más, cada tacto haciendo que me perdiera en ella. Ella enredó sus dedos en mi cabello, y yo gemí contra sus labios.

Me aparté ligeramente, mi respiración entrecortada. —Deberías descansar—, dije, aunque mis manos me traicionaron apretando su cintura. —Necesitarás tiempo para recuperarte.—

—Kael—, interrumpió ella, su voz suave pero firme.

Me quedé quieto, esperando.

—Estoy bien—, dijo, inclinándose para rozar mis labios de nuevo.

Sus palabras silenciaron mis dudas, y la besé de nuevo, esta vez con más fuerza. La levanté sin esfuerzo, llevándola hacia la cama mientras sus brazos se envolvían alrededor de mi cuello. Sus labios no se separaron de los míos, y me rendí por completo, dejando que el mundo exterior desapareciera.

Ella era mi respiro, mi escape, y odiaba lo mucho que la anhelaba.

* * *

Lo primero que noté al despertar fue la luz del sol filtrándose a través de las cortinas, suave y dorada, proyectando un cálido resplandor en la habitación.

Lo segundo que noté fue a Lena.

Estaba acurrucada contra mí, su cabeza descansando sobre mi pecho, su respiración suave y constante. Su brazo estaba extendido sobre mi torso, sus dedos abiertos como si, incluso dormida, quisiera aferrarse a mí.

Había dormido.

Toda la noche.

No solo dormir, sino un sueño pacífico e ininterrumpido.

Mis pesadillas no habían llegado. Los recuerdos, los gritos, la oscuridad atormentadora, se habían mantenido alejados.

Miré al techo, mi mente acelerada. Dos noches ya. Dos noches con Lena en mis brazos, y había dormido como no lo hacía en años.

Las palabras de Aldrich resonaron en mi mente, la sugerencia de que algo en Lena había silenciado a mis demonios. En ese momento lo había descartado, atribuyéndolo a la casualidad o al puro agotamiento, pero ahora...

Miré hacia abajo, hacia ella. Sus oscuras pestañas se extendían sobre sus mejillas, sus labios ligeramente entreabiertos mientras respiraba. La curva de su hombro desnudo asomaba bajo la sábana, y tuve que obligarme a apartar la mirada antes de que mis pensamientos se desviaran demasiado.

La quería de nuevo.

La realización me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Esto no era solo físico. No se trataba solo de satisfacer algún impulso primitivo. La quería a ella—no solo su cuerpo, sino su presencia, su calidez, su suavidad.

El pensamiento hizo que mi pecho se apretara.

Esto era una locura.

Había pasado tanto tiempo manteniendo a todos a distancia, construyendo muros tan altos que nadie podía atravesarlos. Y sin embargo, ahí estaba ella, dormida en mis brazos, y no quería soltarla.

Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos.

Esto no iba sobre ella. No podía ser.

Se trataba de mi promesa: protegerla, mantenerla a salvo. Eso era todo.

Pero mientras la veía moverse ligeramente en su sueño, un suspiro suave escapando de sus labios, supe que me estaba mintiendo a mí mismo.

Mis orejas se aguzaron al escuchar el leve sonido de pasos fuera de la puerta, y percibí el aroma de Aldrich.

De mala gana, me deslicé de debajo de Lena, con cuidado de no despertarla. Ella se movió ligeramente, murmurando algo ininteligible, y mi pecho se contrajo al oírla.

Me obligué a concentrarme, poniéndome los pantalones y la camisa antes de salir en silencio de la habitación.

Aldrich estaba esperando, con una expresión tensa.

—¿Qué pasa? —pregunté, con una voz baja pero cortante.

Él dudó, mirando hacia la puerta que acababa de cerrar.

—Hubo un ataque de renegados anoche —dijo.

Al instante, mi guardia se activó. —¿Cómo? Las fronteras están seguras.

—No las traspasaron —respondió Aldrich, con voz sombría—. Cuatro renegados lograron entrar, pero capturamos a uno. Los demás están muertos.

Apreté la mandíbula. —¿Y los muros?

—Intactos —dijo—. Pero...

—¿Pero qué?

Aldrich dudó, su expresión oscureciéndose. —Apuntaron a las habitaciones de Lena.

Un frío helado me recorrió las venas.

—Repite eso —dije, con una voz peligrosamente calmada.

—Querían secuestrar a la Luna —repitió él.

—La mayoría de los guardias estaban inconscientes, desmayados, probablemente drogados. Si no hubiera estado regresando de la manada vecina con un grupo de hombres, quizás no los hubiéramos atrapado a tiempo.

Sentí un gruñido retumbar en mi pecho.

—Afortunadamente, la Luna nunca estuvo ahí —dijo Aldrich rápidamente—. Estaba contigo.

Un alivio me inundó, pero rápidamente fue reemplazado por ira cuando Aldrich añadió:

—Vivienne también ha desaparecido.

—¡¿Qué?! —grité antes de poder contenerme.

—Supongo que los renegados la ayudaron a escapar.

Las palabras de Aldrich confirmaron mis sospechas de siempre. Vivienne era la traidora en la manada, trabajando con los renegados.

—Llévame al renegado —dije, con voz fría.

El renegado estaba atado a una silla en las mazmorras, su rostro ensangrentado pero desafiante.

Entré en la habitación, mi presencia llenando el espacio. Los ojos del renegado se fijaron en mí, sus labios se curvaron en una mueca burlona.

—Tienes agallas, te lo concedo —dije, con un tono engañosamente calmado—. Pero no tengo tiempo para juegos.

El renegado no dijo nada, su mirada desafiante.

Me acerqué, bajando la voz. —¿Quién te envió?

No respondió.

Miré a Aldrich, quien asintió. Los guardias avanzaron, sus puños golpeando las costillas del renegado con golpes repugnantes.

El hombre gruñó, pero no cedió.

Me quedé de pie, mi paciencia desgastándose. —Está bien. Veamos cuánto puedes aguantar.

La siguiente hora fue un torbellino de gritos y sangre, pero el renegado resistió más que la mayoría. No fue hasta que le agarré la mandíbula, obligándolo a mirarme, que finalmente habló.

—La loba roja... —farfulló, con una voz débil pero desafiante—. Le pertenece a él. Y él la recuperará.

Mi sangre se enfrió.

—¿Quién es "él"? —exigí, apretando mi agarre.

El renegado sonrió burlonamente, la sangre goteando de sus labios. —Lo verás.

Antes de que pudiera reaccionar, su cuerpo se convulsionó, espuma brotando de su boca.

—Veneno —dijo Aldrich, con una voz tajante.

Maldije, dando un paso atrás mientras el cuerpo del renegado caía sin vida.

—¿Cómo? —pregunté—. Lo registraste.

Aldrich negó con la cabeza, su expresión sombría. —No lo sé. Revisamos todo.

Apreté los puños, mi mente corriendo.

Esto no era un ataque al azar. Era algo dirigido. Deliberado.

Y todo giraba en torno a Lena.

Había hecho todo lo posible para mantener su identidad como la loba roja oculta, pero debía saber que no duraría mucho.

Ahora era un objetivo. Y por mucho que quisiera negarlo, sabía que no podía permitir que le pasara nada.

Ya no solo se trataba de mi promesa.

Se trataba de ella.

Suspiré, pasándome una mano por el pelo.

—Aldrich —dije en voz baja.

Él dio un paso al frente, con una expresión cautelosa.

—Haz que el personal traslade sus cosas a mi habitación —dije, con firmeza en la voz.

Aldrich parpadeó, claramente sorprendido. —¿Estás seguro?

—Sí —contesté—. Pero asegúrate de que se haga después de que despierte. No quiero que la molesten.

Asintió lentamente, aunque podía ver las preguntas en sus ojos.

—Y, Aldrich —añadí, bajando la voz.

—Veamos si podemos rastrear sus huellas. Necesitamos saber de quién hablaba el renegado.

Su expresión se oscureció, y asintió de nuevo antes de irse.

CAPÍTULO 16



LENA

Lo primero que sentí al despertar fue el dolor, una molestia sorda que se extendía por cada centímetro de mi cuerpo.

Los recuerdos de la noche anterior me invadieron, la intensidad de todo, la forma en que el tacto de Kael me había consumido, dejándome temblando y queriendo más. Una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios a pesar de mí misma.

Pero luego, me giré, esperando verlo allí, y solo encontré un espacio vacío.

El calor que había florecido en mi pecho se volvió frío, y mi sonrisa se desvaneció.

Por supuesto, él no estaba aquí.

Me senté lentamente, haciendo una mueca mientras el dolor en mi cuerpo me recordaba lo desenfrenada que había sido la noche anterior. Envolviéndome en la manta, miré el lugar vacío a mi lado, mientras mi mente corría.

¿Por qué había pensado que él se quedaría?

Sacudí la cabeza, intentando apartar la decepción. Solo fue sexo. Eso era todo. No significaba nada más para él, y yo necesitaba dejar de engañarme pensando lo contrario.

Aun así, mientras me levantaba y comenzaba a vestirme, no podía quitarme la punzada de su ausencia.

¿Qué había significado para él la noche anterior? ¿Algo en absoluto?

Me puse un vestido simple, atándolo en la cintura mientras me acercaba al espejo de su habitación. Mi reflejo me miró, mis mejillas aún ligeramente sonrojadas, mi cabello un poco despeinado. Lo alisé, obligándome a concentrarme.

Esto no era más que un momento fugaz para él. ¿Y para mí? No podía permitir que fuera más que eso.

Salí de su habitación en silencio, deslizándome por el pasillo hacia mis propias habitaciones. Mis pasos eran vacilantes, el dolor persistente me ralentizaba, pero mi mente era un torbellino de pensamientos.

Sin embargo, cuando llegué a mi habitación, me quedé helada.

Dentro, varios miembros de la manada se movían afanosamente, recogiendo mis pertenencias.

El pánico me invadió, mi mente saltando a las peores conclusiones posibles. ¿Qué pasaba ahora? ¿Me estaban moviendo a otro lugar? ¿Había pasado algo?

Entré con cautela, con la voz temblorosa. —¿Qué... qué está pasando?

El personal se volvió hacia mí, sus expresiones educadas pero inescrutables.

—Buenos días, Luna —me saludó uno de ellos.

El título me tomó por sorpresa, y me tomó un momento responder. —¿Por qué están recogiendo mis cosas?

La mujer vaciló antes de responder. —El alfa Kael ha ordenado que sus pertenencias sean trasladadas a sus aposentos.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿A... sus aposentos? —repetí, con una voz apenas superior a un susurro.

Ella asintió, con un tono neutro. —Sí, mi señora. Se nos ordenó asegurarnos de que todo estuviera trasladado una vez que usted despertara.

La miré, mis pensamientos eran un caos. ¿Era esta su manera de... qué? ¿Reclamarme? ¿Era esto más que solo sexo para él?

Tragué saliva con esfuerzo, intentando mantener una expresión neutral. —¿Estás segura de que no hay ningún error? —pregunté.

—No hay error, mi señora —respondió ella con firmeza.

Me quedé allí, paralizada, mientras el personal continuaba con su trabajo. Eran más cordiales de lo que estaba acostumbrada, sus movimientos eficientes pero respetuosos, como si de repente mereciera más que su habitual indiferencia.

¿Era por eso? ¿Porque me estaban trasladando a las habitaciones de Kael?

Necesitaba respuestas.

Sin decir nada más, me di la vuelta y salí de la habitación, mis pasos apresurados mientras recorría la casa de la manada.

Supuse que estaría en su estudio, donde solía pasar las mañanas. Pero al acercarme, un guardia se adelantó para interceptarme.

—El Alfa no está aquí —dijo, con un tono respetuoso.

—¿Sabes dónde está? —pregunté, intentando mantener la urgencia fuera de mi voz.

—Salió con el Beta Aldrich hace un rato —respondió el guardia—. Tenía asuntos que atender.

Asentí, dándole las gracias en voz baja antes de alejarme.

Mis pensamientos daban vueltas mientras caminaba, insegura de qué hacer o adónde ir.

—¡Luna! —escuché.

Me di la vuelta y vi a Ari corriendo hacia mí, su expresión radiante.

Se detuvo frente a mí, sus ojos brillantes de emoción. —¿Es verdad? ¿De verdad te vas a mudar a las habitaciones del Alfa?

Parpadeé, sorprendida por su entusiasmo. —¿Cómo sabes...?

—¡Todo el mundo está hablando de ello! —me interrumpió, prácticamente saltando de emoción—. ¡Dicen que por fin te ha aceptado como su Luna!

Sus palabras hicieron que mi pecho se oprimiera, y negué con la cabeza rápidamente. —Eso no es...

Pero Ari no me dejó terminar.

—¡Esto es maravilloso! —dijo, su voz rebosante de emoción—. ¡Eres la Luna, Lena! Perteneces aquí.

Sus palabras me dolieron más de lo que deberían. ¿De verdad pertenecía aquí?

—Creo que estás exagerando —dije en voz baja, intentando reprimir la esperanza que amenazaba con surgir.

Ari me hizo un gesto de despreocupación. —¡Tonterías! Esto es algo importante, Lena. Deberías estar feliz.

Abrí la boca para discutir, pero la expresión en su rostro me detuvo. Estaba genuinamente feliz por mí, su entusiasmo contagioso a pesar de mis reservas.

—Supongo —dije finalmente, aunque mi tono carecía de convicción.

Ari sonrió, claramente satisfecha. —Oh, casi lo olvido. Necesito recoger algunas cosas para mi madre en el mercado. ¿Te importaría acompañarme?

Vacilé, pensando en que nunca había ido al pueblo principal ni a su mercado.

—Es una gran idea.

Ella parpadeó. —¿Estás segura...?

—Sí, lo estoy —dije con firmeza—. Me vendría bien la distracción.

Ari parecía dudosa, pero finalmente asintió. —De acuerdo. Pero si alguien te molesta...

—Puedo manejarlo —dije, interrumpiéndola con una pequeña sonrisa.

El mercado estaba bullicioso cuando llegamos, el aire lleno de charlas y el aroma de productos frescos.

Mientras caminábamos, noté las miradas.

No eran las habituales miradas de odio a las que me había acostumbrado, sino curiosas, casi especulativas.

Era inquietante, pero me obligué a ignorarlo, concentrándome en Ari mientras ella guiaba el camino.

—Por favor, espera aquí, Luna —dijo, deteniéndose frente a un puesto—. Necesito entregar un mensaje a una amiga de mi madre.

Asentí, observando cómo desaparecía entre la multitud.

El mercado bullía con charlas y los aromas mezclados de pan recién horneado y especias. Los vendedores ofrecían sus productos a los clientes, regateando, mientras los niños correteaban entre los puestos, sus risas brillantes y despreocupadas.

Y, sin embargo, me sentía desconectada, como si estuviera en el ojo de una tormenta, observando cómo el mundo se movía a mi alrededor.

Intenté concentrarme, pero mis pensamientos seguían divagando hacia Kael, hacia los sentimientos confusos que él despertaba en mí. Finalmente, Ari regresó.

—Espero no haberte hecho esperar —dijo.

—Claro que no —respondí.

—Entonces, ¿no te importa acompañarme a la cabaña de mi madre? Necesito llevarle esta canasta.

—Claro que no, sería buen momento para conocerla.

—Ella también quiere conocerte.

—Bien, entonces quedó decidido.

Minutos después, finalmente abandonamos la plaza del mercado rumbo a la casa de Ari.

La casa de Ari era pequeña pero acogedora, ubicada en el borde del asentamiento. El aire en el interior olía a hierbas y pan recién hecho, y el calor del lugar me envolvió como una manta suave.

—¡Mamá, ya llegué! —gritó Ari mientras dejaba una canasta en la encimera.

Su madre apareció desde otra habitación, secándose las manos en el delantal. Tenía la misma sonrisa amable que Ari, pero sus ojos tenían una profundidad que me hizo estremecer. Su mirada se posó en mí y se detuvo, suavizando su expresión.

—Madre, esta es Lena. La Luna del Alfa, de quien siempre te he hablado —dijo Ari radiante mientras hacía las presentaciones.

—Saludos —dije.

—Saludos, querida —respondió ella después de estudiarme durante un par de minutos.

Ari sonrió a su madre. —Mamá, tengo que ir a alimentar a los conejos. Vuelvo enseguida.

Desapareció en otra habitación antes de que pudiera protestar, dejándome a solas con su madre. Me senté con cautela, mi corazón latiendo con preguntas sin respuesta. Ella sirvió té humeante en una taza delicada y la colocó frente a mí antes de sentarse enfrente.

—Eres tan hermosa como tu madre.

Sus palabras me dejaron sin aliento. —¿Tú... conociste a mi madre?

Hizo un gesto hacia la pequeña mesa de madera en la esquina. —Sí, la conocí.

Mi mente estaba en un torbellino. Por primera vez, alguien afirmaba conocer a mi madre. El peso de esas palabras me abrumó, llevándome en tantas direcciones que no sabía por dónde empezar. Quería creerle, quería aferrarme a la idea de que alguien podía darme respuestas sobre la mujer que siempre había sido un fantasma en mi vida. Pero la duda persistía. Decidí comprobar si realmente decía la verdad.

—¿Cómo era ella? —pregunté suavemente, mi voz teñida de curiosidad y aprensión.

—Era amable —dijo la mujer, con un tono nostálgico—. Tierna. Tenía una forma de hacer que todos a su alrededor se sintieran cómodos.

Un nudo se formó en mi garganta.

—¿Y mi padre? —pregunté, aunque no estaba segura de querer saber la respuesta.

Ella se rió, un sonido ligero pero cargado de algo más intenso. —La amaba con locura. Era un hombre fuerte, protector de su familia.

Fruncí el ceño, la confusión revolviéndose en mi pecho. Eso no sonaba para nada como Theron.

—Debes estar confundida —dije, sacudiendo la cabeza—. Mi padre... no era así. Era despiadado, frío. Todos en su manada lo sabían.

La mirada de la madre de Ari se volvió aguda, penetrante, como si pudiera verme directamente.

—No estoy hablando del hombre que te crió —dijo en voz baja.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, y la miré fijamente, con el corazón acelerado. —¿Qué quieres decir?

Ella suspiró, sus hombros cediendo bajo el peso de algo que no podía ver. —Hay mucho que no sabes, niña.

—Dime —dije, con una voz apenas un susurro—. ¿Qué sabes de mis padres?

Su expresión se volvió grave. —No eres la hija de un Alfa —dijo simplemente.

La miré fijamente, con el corazón latiendo con fuerza. —¿De qué estás hablando?

Se inclinó hacia adelante, bajando la voz. —Eres una loba roja, ¿verdad?

Asentí lentamente, sin estar segura de hacia dónde iba esto.

—Los lobos rojos no nacen de Alfas —dijo—. Son descendientes de Omegas. Es la forma en que la Diosa Luna mantiene el equilibrio, asegurándose de que ningún Alpha se vuelva demasiado poderoso.

Sus palabras me hicieron estremecer.

—¿Estás diciendo que... no soy hija de Theron?

Ella asintió. —Tus verdaderos padres eran Omegas. Gente buena y amable. Pero cuando Theron descubrió quién eras, los mató.

—No —susurré, sacudiendo la cabeza—. Eso no puede ser verdad.

—Lo es —dijo ella con suavidad.

Las lágrimas me quemaron los ojos y apreté los puños, tratando de mantenerme firme. —¿Cómo iba él a saber que yo era un lobo rojo? Ni siquiera yo lo sabía hasta hace poco.

Su expresión se oscureció y apartó la mirada. —Porque yo se lo dije.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué?

—Soy una vidente —dijo en voz baja—. Theron vino a mí buscando orientación. No sabía cuáles eran sus intenciones. No sabía que él... —Se interrumpió, con la voz quebrada.

La miré fijamente, con la cabeza dando vueltas.

—Esto no tiene sentido —dije, con la voz temblorosa—. ¿Por qué haría esto? ¿Por qué los mataría?

—Por tu poder —respondió—. Un lobo rojo nacido de un Alpha haría que la manada fuera imparable. Pero ese poder solo puede ser aprovechado por completo en tu vigésimo quinto cumpleaños. Él necesitaba que estuvieras viva hasta entonces.

Las piezas comenzaron a encajar y me sentí enfermo.

—¿Por qué me estás diciendo esto ahora? ¿Y si no hubiera seguido a Ari hasta aquí?

—Le pedí a Ari que te trajera.

Sus palabras me dejaron helado en el lugar. Lentamente, me giré hacia ella. —¿Qué?

Ella suspiró, con los hombros caídos. —No fue una coincidencia. Le dije a Ari que quería conocerte, pero no le dije por qué. Ella no sabe

la verdad sobre ti, solo que sentí que era importante que vinieras aquí.

Mi corazón latía con fuerza. —¿Entonces todo esto estaba planeado? ¿Me trajiste aquí bajo falsos pretextos?

—No —dijo suavemente, sacudiendo la cabeza—. No eran falsos pretextos. Tenía que hablar contigo, especialmente ahora que has obtenido tus poderes.

Todo comenzó a tener sentido. La forma en que Theron siempre había sido frío y distante conmigo, la forma en que me había mantenido oculta y protegida, no era por amor. Era porque yo era una herramienta para él. Un medio para un fin.

—Lo siento mucho —dijo, con lágrimas en los ojos—. No quise que esto sucediera. Si pudiera retroceder el tiempo, lo haría.

Me levanté abruptamente, incapaz de seguir sentado.

—Necesito irme —dije, con la voz apenas un susurro.

—Espera —dijo, con un tono urgente—. Hay algo que necesitas saber.

Me volví hacia ella, con el corazón pesado.

—Hay peligro por delante —dijo—. Debes asegurarte de que tus poderes no caigan en las manos equivocadas.

Sus palabras me hicieron estremecer, pero no podía procesarlas. No ahora.

Todo lo que creía saber sobre mi vida, sobre quién era, era una mentira.

Mis pensamientos eran un torbellino de confusión y dolor, las palabras de la madre de Ari resonaban en mi mente.

Theron no era mi padre.

Mis padres, mis verdaderos padres, habían sido Omegas, bondadosos y cariñosos. Y él los había matado.

Me sentí enfermo, con el estómago retorciéndose mientras la revelación me golpeaba de nuevo. Todo lo que creía saber sobre mi vida era una mentira, una cruel ficción construida sobre las tumbas de personas que ni siquiera había conocido.

Justo cuando estaba a punto de irme, Ari entró con un plato de pan recién horneado en las manos. Su sonrisa se desvaneció al ver mi rostro.

—Luna, ¿estás bien?

—Estoy bien —dije rápidamente, aunque mi voz me traicionó—. Gracias, Ari. Debo regresar a la casa de la manada.

Ari dudó, claramente queriendo insistir, pero asintió. —Está bien. Déjame acompañarte.

—No —dije rápidamente, sacudiendo la cabeza—. No es necesario. Estaré bien.

—¿Estás segura? —preguntó Ari.

—Sí —respondí con firmeza—. Gracias, Ari.

Ella parecía incrédula, pero no discutió. Di la vuelta y comencé a caminar de regreso hacia la casa principal del pack, mis pasos inseguros mientras mi mente corría a mil por hora.

¿Debería decírselo a Kael?

La pregunta me carcomía, pero no podía responderla. No todavía. La verdad era demasiado cruda, demasiado abrumadora. Necesitaba tiempo para procesarla, para entenderla, antes de siquiera pensar en compartirla con alguien más.

Cuando llegué a la casa principal, fui directamente a mi antigua habitación, esperando encontrar algo de consuelo en su familiaridad tranquila.

Pero al abrir la puerta, la encontré vacía.

Por supuesto. Mis cosas habían sido trasladadas a las habitaciones de Kael.

El pensamiento me hizo apretar el pecho, y cerré la puerta con cuidado detrás de mí, sentándome al borde de la cama.

Me quedé allí en silencio, con las manos temblorosas mientras intentaba darle sentido a todo. Pero cuanto más lo pensaba, más enredadas se volvían mis emociones.

Un repentino movimiento me sobresaltó, y al mirar hacia arriba, vi la puerta abriéndose de golpe.

Kael estaba en el umbral, su mirada aguda y cargada de ira.

—¿Dónde has estado? —preguntó, su voz baja y controlada, pero podía sentir la tensión que escondía.

Lo miré parpadeando, sorprendida por la intensidad de su pregunta. —Yo...

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevamos buscándote? —me interrumpió, entrando en la habitación.

—¿Buscándome? —repetí, confundida.

—Ordené al pack que te buscara hace horas —dijo, con un tono cortante—. Nadie sabía dónde estabas. Pensé... —Se interrumpió, apretando la mandíbula como si estuviera conteniendo palabras que no quería decir.

Fue entonces cuando lo noté: la preocupación en sus ojos, la tensión en sus hombros que no era solo ira.

—Lo siento —dije rápidamente, invadida por la culpa—. Fui al mercado con Ari. No pensé...

Kael exhaló con fuerza, su ira pareció desvanecerse mientras se pasaba una mano por el cabello. —¿El mercado?

Asentí, con voz suave. —No quise preocupar a nadie.

Se quedó allí por un momento, su mirada fija en la mía, antes de acercarse. —¿Qué pasa?

La pregunta me tomó por sorpresa, y lo miré parpadeando, sin saber cómo responder. —Nada —dije automáticamente, pero las palabras sonaron huecas.

Su ceño se profundizó. —No me mientas.

Vacilé, mis pensamientos daban vueltas. No quería decírselo, no todavía. Pero tampoco podía soportar el peso de su mirada penetrante.

—¿Por qué trasladaste mis cosas a tu habitación?

Su expresión cambió, sus defensas volvieron a levantarse. —¿Importa?

—A mí me importa —dije suavemente.

Se tensó, su mandíbula se movió como si estuviera debatiendo si responder o no. Finalmente, dijo: —Eres mi Luna. Es razón suficiente.

Lo estudié, sintiendo que había más en sus palabras de lo que estaba dispuesto a admitir. Pero sus barreras estaban levantadas, y sabía que era mejor no presionar.

En cambio, pregunté con delicadeza: —¿Qué pasa, Kael?

No esperaba que respondiera.

Pero para mi sorpresa, suspiró, sus hombros se relajaron ligeramente como si el peso de sus preocupaciones se hubiera vuelto demasiado pesado.

—Hubo un ataque —dijo finalmente.

Mi corazón se apretó. —¿Qué clase de ataque?

—Rogues —dijo, con tono cortante—. Cuatro de ellos. Irrumpieron en los terrenos de la casa principal anoche. Querían llevarte.

—Además, Vivienne escapó, así que no quiero arriesgarme contigo.

Las palabras me golpearon como un puñetazo, y mi mente inmediatamente recordó la advertencia de la anciana.

Había peligro por delante.

Las lágrimas brotaron en mis ojos antes de que pudiera detenerlas, el peso de todo cayendo sobre mí.

La expresión de Kael se suavizó al instante, y dio un paso hacia mí, sus manos acariciando suavemente mi rostro.

—Lena —dijo, su voz baja y firme—, no llores.

No pude evitarlo. Las lágrimas cayeron libremente, mis emociones demasiado crudas para contenerlas.

—Te protegeré —dijo, sus pulgares secando mis lágrimas—. Lo juro por mi vida, nadie te hará daño.

Sus palabras, su toque, rompieron algo dentro de mí, y me derrumbé contra él, las paredes que había construido a mi alrededor desmoronándose por completo.

Por primera vez, me permití creer que tal vez, solo tal vez, no estaba sola en esto.

CAPÍTULO 17



LENA

Los últimos días no han sido más que una dicha absoluta. Kael ha sido la persona más atenta que pueda imaginar. Siempre está pendiente de mí, haciendo cosas que me hacen cuestionar si esta faceta suya es real y haciéndome sentir como la mujer más hermosa del mundo.

Por eso, mi anticipación por lo que quería hacer aumentó. El ligero aroma de pan recién horneado y hierbas asadas llenaba la cocina de la mansión del grupo mientras yo vacilaba en la entrada. El ruido de las ollas y el apresurado murmullo de pies se sentían como una barrera que no estaba segura de poder cruzar. Varios miembros del personal me lanzaron miradas frías al notar que me quedaba ahí, sus conversaciones cayendo en un tenso silencio.

—¿Podemos ayudarla, Luna? —preguntó uno de ellos, aunque el título parecía más una obligación que una muestra de respeto.

—Yo... quería usar la cocina —dije con cuidado—. Para preparar algo para Kael, eh, el Alfa Kael.

El personal intercambió miradas, sus rostros no revelaban más que un desdén apenas disimulado.

—Esta es la cocina del Alfa —añadió otro con brusquedad—. Somos perfectamente capaces de ocuparnos de sus comidas.

—Está bien —dije rápidamente, dando un paso atrás. Mi pecho se oprimió y la frágil confianza que había construido vaciló—. No quise entrometerme...

—¿Luna?

Me giré hacia la voz familiar, sintiendo un alivio inundarme al ver al Beta Aldrich. Su figura alta llenaba la entrada, sus rasgos afilados se suavizaron al verme.

—¿Hay algún problema aquí? —preguntó, su tono calmado pero autoritario mientras su mirada recorría al personal.

—No, Beta —murmuró uno de ellos, bajando la mirada al suelo.

Aldrich arqueó una ceja al volverse hacia mí. —¿Luna?

—Solo quería preparar la cena para Kael —admití en voz baja, sintiéndome tonta bajo su escrutinio—. Pero no me di cuenta... —hice un gesto vago hacia el personal, que ahora evitaba mi mirada.

La expresión de Aldrich se oscureció al volverse nuevamente hacia el personal. —La Luna tiene todo el derecho de usar esta cocina. Ustedes se apartarán y la ayudarán si es necesario.

Hubo una pausa antes de que el personal murmurara a regañadientes su conformidad, apartándose para hacer espacio. Aldrich asintió una vez antes de volverse hacia mí, su actitud severa suavizándose.

—Estarás bien ahora —dijo, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Gracias —dije, con voz sincera—. No quise causar problemas.

—No lo hiciste —respondió simplemente. Su mirada se detuvo un momento antes de añadir—: ¿Cena para Kael, eh?

El calor subió a mis mejillas y miré hacia otro lado. —Ha estado tan tenso últimamente... Solo pensé que podría ayudarle. Ha sido amable conmigo, más de lo que esperaba, y quería hacer algo a cambio.

La sonrisa de Aldrich se profundizó, algo casi divertido brillando en sus ojos. —Lo apreciará. Confía en mí.

Con eso, me dio un gesto tranquilizador y se fue, aunque su presencia siguió flotando en el aire incluso después de que la puerta se cerró tras él.

La cocina se sintió más cálida una vez que el personal me dejó sola, aunque todavía podía sentir sus miradas cautelosas de vez en cuando. Me ocupé en cortar verduras, el ritmo del cuchillo contra la tabla calmaba mis nervios.

Kael había sido diferente últimamente. Desde aquella noche, cuando me permitió llorar contra su pecho, sus fuertes brazos rodeándome como si quisiera protegerme del mundo, se había vuelto más suave, más gentil. Los muros de hielo que siempre había mantenido firmemente en su lugar parecían estar derritiéndose, poco a poco.

No era solo en la forma en que me miraba, aunque eso solo ya hacía que mi corazón se acelerara. Era en las pequeñas cosas: cómo me preguntaba si había comido, cómo se detenía a escuchar cuando hablaba, cómo había empezado a llamarme Lena en lugar del formal "Luna".

Él seguía siendo el Alfa, fuerte y autoritario, pero ahora había una calidez que antes no estaba ahí. Y no podía evitar querer alimentarla, devolver la amabilidad que me había mostrado de mi propia manera.

Para cuando llevé la bandeja a sus habitaciones, el sol ya se había ocultado en el horizonte, bañando la casa de la manada con un cálido resplandor dorado. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho al tocar su puerta, de repente dudando de mi plan.

—Pasa —llamó su voz, profunda y ligeramente tensa.

Empujé la puerta, equilibrando la bandeja con cuidado mientras entraba. Kael estaba sentado en su escritorio, sus anchos hombros encorvados sobre una pila de papeles. Verlo —su pelo algo

desordenado, sus cejas fruncidas en concentración— hizo que mi corazón se encogiera.

—¿Lena? —Levantó la vista, y la sorpresa brilló en su rostro.

—Traje la cena —dije rápidamente, levantando la bandeja—. Pensé que quizá necesitabas un descanso.

Su mirada se suavizó, y la tensión en sus hombros disminuyó ligeramente. —No tenías que hacer eso.

—Quise hacerlo —dije, acercándome y dejando la bandeja en la pequeña mesa cerca de la chimenea.

Kael se levantó, cruzando la habitación con una gracia silenciosa. Se detuvo junto a la mesa, sus ojos recorrieron los platos antes de posarse en mí. —¿Tú hiciste esto?

—Sí —respondí, sintiendo cómo mis mejillas se calentaban.

Por un momento, no dijo nada, su expresión era inescrutable. Luego asintió, señalando la silla. —Acompáñame.

La cena fue tranquila al principio, el único sonido era el tintineo de los cubiertos contra los platos. Le eché miradas furtivas, observando cómo la tensión en su mandíbula disminuía con cada bocado.

—Esto está bueno —dijo finalmente, su voz baja pero sincera.

Sonreí, sintiendo un alivio invadirme. —Me alegra que te guste.

Él me miró entonces, algo suave y casi vulnerable en su mirada. —No tenías que hacer esto, Lena. Pero gracias.

—Has hecho tanto por mí —respondí, manteniendo mi voz firme a pesar del aleteo nervioso en mi pecho—. Solo quería devolverte el favor.

Sus cejas se fruncieron ligeramente, como si mis palabras lo confundieran. Pero no discutió.

Cuando la cena llegó a su fin, la tensión en la habitación cambió. Kael se reclinó en su silla, su mirada pesada mientras descansaba en mí.

Levanté la vista entonces, encontrándome con su mirada. Había algo crudo en su expresión, algo vulnerable que hizo que mi corazón se encogiera.

—Kael...

Se levantó de repente, sus movimientos deliberados mientras cruzaba la habitación para ponerse frente a mí. Mi respiración se cortó cuando se inclinó, apoyando sus manos en los brazos de mi silla, encerrándome.

—Lena —murmuró, su voz baja y áspera.

La mano de Kael se elevó lentamente, vacilando por el breve momento antes de que sus dedos rozaran mi mejilla. El calor de su tacto envió un escalofrío por mi espalda, y me encontré inclinándome hacia él a pesar del ritmo frenético de mi corazón.

—No sé qué me has hecho —murmuró, su voz baja y áspera, como si las palabras le hubieran sido arrancadas.

Tragué saliva, mi garganta de repente seca. —Lo mismo digo —susurré, las palabras escapándose antes de que pudiera pensarlo mejor.

Sus labios se torcieron, casi formando una sonrisa, pero nunca llegó a sus ojos. En cambio, se inclinó más cerca, el espacio entre nosotros se redujo hasta que pude sentir el leve roce de su aliento en mi piel.

—Me vuelves loco —dijo suavemente, su tono cargado de frustración y algo más profundo, algo que no podía nombrar.

Antes de que pudiera responder, él cerró la distancia entre nosotros.

Sus labios se encontraron con los míos en un beso que al principio fue tentativo, como si estuviera probando las aguas, pero el calor que crecía entre nosotros quemó rápidamente cualquier vacilación. Su mano se deslizó de mi mejilla a la nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello mientras profundizaba el beso.

Un suave jadeo involuntario escapó de mí, y Kael lo tomó como una invitación. Su otra mano se movió hacia mi cintura, atrayéndome más cerca hasta que no quedó espacio entre nosotros. La firmeza de su agarre, la forma en que su cuerpo presionaba contra el mío, hizo que mis rodillas se debilitaran.

No podía pensar, ni quería hacerlo. El mundo a nuestro alrededor desapareció, dejando solo el sabor de él, la sensación de sus labios moviéndose contra los míos, el calor que irradiaba de cada punto de contacto.

Mis manos encontraron sus hombros, mis dedos se clavaron en los músculos sólidos antes de deslizarse hacia arriba y enredarse en su cabello. El bajo gemido que escapó de él me recorrió con una oleada de calor, acumulándose en lo más profundo de mi vientre.

—Lena —murmuró contra mis labios, su voz áspera con algo que no podía identificar—, ¿deseo, tal vez, o desesperación?

Sus palabras me provocaron un escalofrío, y sentí cómo mi propio control se desvanecía. Lo atraje más cerca, necesitando más, y él accedió, sus labios moviéndose con una urgencia que me dejó sin aliento.

Kael se apartó solo lo suficiente para encontrarse con mi mirada, su frente descansando sobre la mía. Su respiración era agitada, sus ojos oscuros ardían con una intensidad que hizo que mi corazón se estremeciera.

—Gracias —susurró, su voz tan suave que casi no la escuché.

—¿Por qué? —logré decir, mi voz temblorosa mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Por recordarme lo que se siente al ser humano —dijo, sus palabras crudas y desprotegidas.

Algo dentro de mí se quebró ante la vulnerabilidad en su tono, el peso de su confesión asentándose sobre mí como una manta pesada. No sabía qué decir, así que dejé que mis acciones hablaran por mí.

Alcé la mano, rozando sus dedos contra su mandíbula, y lo atraje hacia mí nuevamente. Esta vez, el beso fue más lento, más profundo, del tipo que se siente como una promesa.

La mano de Kael se deslizó por mi espalda, estabilizándome mientras sus labios se movían contra los míos. Luego, con una suavidad que no esperaba, me guió hacia atrás.

Mis piernas chocaron con el borde de la cama, y sentí el colchón debajo de mí mientras él me bajaba con cuidado. Su cuerpo se cernía sobre el mío, su peso apoyado por sus brazos a ambos lados.

Por un momento, solo me miró, su mirada escudriñadora como si estuviera grabando cada detalle en su memoria. La intensidad en sus ojos hizo que mi respiración se cortara, y sentí que mis mejillas se calentaban bajo su escrutinio.

—Kael —susurré, mi voz rompiendo la quietud entre nosotros.

No respondió, al menos no con palabras. En lugar de eso, se inclinó, sus labios encontrando los míos una vez más.

El beso se hizo más hambriento, más devorador, mientras su mano se deslizaba hacia mi cintura, sus dedos rozando la piel desnuda bajo mi camisa. Jadeé ante el contacto, mis propias manos recorrieron su pecho, sintiendo los rápidos latidos de su corazón bajo mis palmas.

Cada toque, cada beso, sentía como si me estuviera desarmando, dejándome desnuda ante él de una manera que iba más allá de lo físico.

Los labios de Kael se apartaron de los míos para descender por mi mandíbula, su aliento cálido enviando escalofríos por mi piel. Me arquee hacia él mientras presionaba un beso en el hueco de mi garganta, sus manos me sostenían mientras mi cuerpo reaccionaba a su tacto.

—Lena —murmuró de nuevo, su voz áspera y cargada de una urgencia que aceleró mi pulso.

No podía hablar, no podía hacer nada más que perderme en él.

Su beso era exigente, pero tierno, como si quisiera poseerme por completo mientras atesoraba cada momento. Respondí con entusiasmo, mis labios se abrieron para invitar a su lengua a un baile sensual. El sabor de él envió una descarga a través de mi cuerpo, despertando cada terminación nerviosa.

Con cada beso, él exploraba mi boca, su lengua acariciando la mía en un ritmo que imitaba el palpitar de nuestros corazones. Gemí suavemente en su boca, mis manos se enredaron en su cabello oscuro, acercándolo más como si nunca pudiera saciarme. Su aroma, una embriagante mezcla de almizcle y algo único en él, me envolvió, nublando mis sentidos y enloqueciéndome.

Al romper el beso, Kael recorrió mi línea de la mandíbula con sus labios, su aliento caliente contra mi piel. Incliné la cabeza hacia atrás, ofreciéndole un mejor acceso, y él aprovechó al máximo, esparciendo besos a lo largo de mi cuello, enviando escalofríos por mi espalda. Sus manos recorrían mi cuerpo, mapeando cada curva, como si estuviera aprendiendo la geografía de mi deseo.

—Lena —susurró contra mi piel, su voz ronca de deseo—. Eres exquisita.

Suspiré, mi cuerpo derritiéndose bajo su toque. Los dedos de Kael encontraron el dobladillo de mi camisa, y con movimientos lentos y deliberados, comenzó a levantarla, sus ojos nunca apartándose de los míos. Levanté los brazos, permitiéndole quitarla, exponiendo mi

cuerpo a su mirada. Sus ojos se oscurecieron al contemplar mis senos desnudos, su expresión una mezcla de admiración y hambre cruda.

Sus manos reemplazaron sus ojos, acariciando mis senos, sus pulgares rozando mis pezones, haciéndolos endurecer en respuesta. Me arqueé bajo su toque, deseando más. La boca de Kael reclamó la mía de nuevo, sus besos volviéndose más urgentes, reflejando la necesidad creciente entre nosotros. Su lengua se deslizó en mi boca, luchando con la mía, mientras sus manos continuaban su exploración, deslizándose por mis costados, trazando la curva de mi cintura.

Al romper el beso, susurró: —Eres tan hermosa, Lena. Tan receptiva.

Sus palabras enviaron una ola de calor a través de mí. Quería complacerlo, mostrarle cuánto lo deseaba. Alcancé su camisa, ansiosa por sentir los planos duros de su pecho bajo mis dedos. Kael ayudó, despojándose de su ropa, revelando los músculos esculpidos de su torso, marcados por las cicatrices que contaban historias de su pasado. Trazé una de esas cicatrices con la yema de mi dedo, mi toque suave, y él se estremeció, cerrando los ojos por un momento.

—Oh, Kael —suspiré.

Sus ojos se abrieron de golpe, una luz feroz ardiendo en ellos. Sin decir una palabra, agarró mis muñecas y guió mis manos hacia su pecho, presionando mis palmas contra su piel. Podía sentir su corazón latiendo bajo mi toque, un ritmo salvaje que coincidía con el latido del mío.

—Sí, Lena —gruñó, su voz áspera.

Era como si quisiera que sintiera su corazón, su deseo por mí.

Me estremecí, mi cuerpo hormigueando de anticipación. Sus manos se movieron a la parte baja de mi espalda, acercándome más, hasta que nuestros cuerpos estuvieron completamente juntos. Podía sentir su erección, dura e insistente, presionando contra mi estómago.

Los labios de Kael encontraron mi cuello, su aliento caliente contra mi piel sensible. Mordió mi punto de pulso, sus dientes rozando mi carne, enviando chispas de placer por mi espalda. Incliné la cabeza hacia un lado, dándole un mejor acceso, y él aprovechó al máximo, su boca dejando un rastro de besos y mordidas por mi garganta.

—Kael —gimí, mis manos aferrando sus hombros—. Por favor...

Rió oscuramente, el sonido enviando un escalofrío a través de mí. —Por favor, ¿qué, mi dulce Lena? Dime qué quieres.

Vacilé, sintiendo una oleada de vergüenza por mi propia audacia. Pero el deseo ardiendo en sus ojos me dio valor.

—Quiero tu boca sobre mí —susurré, mi voz apenas audible—. Quiero sentir tu lengua, tus dientes...

Los ojos de Kael brillaron con una luz peligrosa, y un gruñido bajo retumbó en su garganta. En un movimiento rápido, me levantó, presionándome contra el suave colchón, su cuerpo encerrándome. Jadeé, mis ojos abriéndose de par en par ante la repentina demostración de fuerza.

—¿Quieres mi boca? —preguntó, su aliento caliente contra mis labios —. Entonces la tendrás.

Su boca reclamó la mía una vez más, pero esta vez fue diferente. Su beso fue posesivo, su lengua exigiendo entrada, explorando cada centímetro de mi boca. Me abrí a él voluntariamente, nuestras lenguas luchando en una batalla apasionada. Sus manos recorrían mi cuerpo, mapeando cada curva, su toque tanto reverente como hambriento.

Sus dedos encontraron el borde de mi camisa y, con un movimiento rápido, la abrió de un tirón, los botones saltando en su prisa. Mis pechos, pesados por el deseo, cayeron en sus manos expectantes. Los ojos de Kael se oscurecieron aún más mientras se deleitaba con la vista, su respiración agitada y entrecortada.

—Tan perfecta —murmuró, su voz cargada de admiración—. Quiero adorarte, Lena. Cada centímetro de ti.

Bajó la cabeza, sus labios capturando un pezón tenso, chupando y jugueteando con su lengua. Me arqué hacia él, mis manos se enredaron en su cabello oscuro, manteniéndolo cerca mientras el placer recorría mi cuerpo. Su boca dejó un rastro de besos húmedos por mi estómago, sus manos acariciaban mis muslos, empujando mi falda hacia arriba.

—Kael, por favor —supliqué, mi voz sin aliento—. Te necesito...

Él rio contra mi piel, las vibraciones enviando escalofríos a través de mí. —Paciencia, Lena. Quiero saborear cada momento.

Su boca continuó su descenso, su lengua rozando mi piel sensible, dejando un rastro de fuego a su paso. Llegó al vértice de mis muslos, y temblé, la anticipación debilitando mis piernas. El aliento de Kael acarició mi centro, sus ojos se encontraron con los míos, una pregunta silenciosa en sus profundidades.

—Sí —susurré, mi voz ronca—. Por favor, Kael.

Su boca descendió, su lengua separó mis pliegues, saboreándome, reclamándome. Grité, mis manos agarraron las sábanas mientras el placer explotaba dentro de mí. Su lengua era implacable, acariciando y jugueteando, llevándome más cerca del borde. Me moví contra su boca, mis caderas al ritmo de su lengua hábil.

—Kael, estoy cerca —jadeé, mi cuerpo temblando al borde del éxtasis.

Él murmuró en respuesta, las vibraciones llevándome al clímax. Mi orgasmo me arrasó, ola tras ola de placer, y grité su nombre, mi declaración de amor perdida en el éxtasis. Kael continuó su adoración, su lengua implacable, prolongando mi placer hasta que quedé reducida a un tembloroso despojo.

Yacía ahí, mi cuerpo aún temblando por el intenso placer que Kael acababa de darme. Mis ojos se abrieron lentamente y lo encontré sobre mí, su mirada oscura intensa, casi depredadora. Sus anchos hombros bloqueaban la luz, proyectando una sombra sobre mi forma desnuda, y sentí un escalofrío de anticipación recorrer mi espina dorsal.

Los labios de Kael se curvaron en una sonrisa satisfecha, sus ojos brillando con un hambre salvaje. —Te gustó eso, ¿verdad, Lena? — Su voz profunda era un gruñido bajo, enviando una emoción a través de mi cuerpo. Podía ver el bulto en sus pantalones, tenso contra la tela, y supe que él estaba tan ansioso como yo por llevar las cosas más lejos.

—Oh, sí —suspiré, mi voz ronca por el deseo. Alcancé hacia él, pasando mis dedos por su cabello grueso y rebelde, acercándolo más.

—Quiero más, Kael.

Kael se bajó sobre mí, su piel caliente presionándose contra la mía. Sus manos acariciaron mis pechos, sus pulgares rozaron mis pezones sensibles, haciéndome arquear la espalda y gemir.

—Eres tan hermosa —murmuró, su aliento caliente contra mi oído—. Tan receptiva.

Gemí suavemente mientras él seguía jugueteando con mis pezones, su tacto enviando olas de placer a través de mi cuerpo. Sus manos bajaron por mi estómago, trazando patrones en mi piel, haciéndome retorcer debajo de él. Podía sentir su dureza contra mi muslo, un recordatorio constante de la pasión que estaba a punto de desatarse.

—Date la vuelta, Lena —susurró, su voz gruesa con deseo—. Quiero que te pongas a cuatro patas.

Obedeciendo su orden, me di la vuelta y me puse en posición, presentándome ante él. El colchón se hundió mientras se colocaba

detrás de mí, sus fuertes muslos rozando los míos. Sentí sus manos en mis caderas, guiándome, y luego sentí la punta de su miembro rígido presionando contra mi entrada húmeda.

—Estás tan mojada por mí —gruñó, su voz llena de satisfacción. Con un empujón rápido, se hundió en mí, llenándome por completo. Grité, mi cuerpo aceptando la invasión, el estiramiento y ardor de su grueso miembro. Las manos de Kael agarraron mis caderas con fuerza, manteniéndome en su lugar mientras comenzaba a moverse, retirándose casi por completo antes de volver a empujar con una fuerza que enviaba ondas de placer a través de mi ser.

—¡Oh, Kael! —jadeé, con la cabeza echada hacia atrás, el cabello cayendo en cascada por mi espalda. La sensación era increíble: la plenitud, la fricción, la manera en que él encontraba todos los puntos precisos con cada embestida poderosa. Podía sentir cómo su control comenzaba a desvanecerse, sus movimientos volviéndose más urgentes, más primitivos.

Se inclinó sobre mí, su aliento caliente en mi cuello, enviando escalofríos por mi columna. —Te sientes tan bien, Lena —gruñó entre empujes—. Tan ajustada alrededor de mi polla.

Sus palabras solo avivaron mi deseo, y me empujé contra él, encontrando sus embestidas salvajes con las mías, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta armonía. El sonido de nuestra piel chocando llenaba la habitación, un ritmo primitivo que nos volvía locos a ambos. Podía sentir cómo mi orgasmo se acumulaba de nuevo, una tensa espiral de placer en mi bajo vientre.

Los dedos de Kael se clavaron en mis caderas, su agarre casi doloroso, mientras me penetraba con una pasión implacable. —Ven por mí, Lena —exigió, su voz ronca y cruda—. Déjate ir.

Su orden fue todo lo que necesité para llevarme al límite. Grité, mi cuerpo convulsionando alrededor de él mientras ola tras ola de placer me invadía. Kael continuó empujando, su propia liberación acumulándose, su respiración convirtiéndose en jadeos ásperos.

—¡Mierda, Lena! —gimió, su cuerpo tensándose al alcanzar el clímax. Podía sentir su semilla caliente llenándome, su polla pulsante desencadenando otra ola de placer.

Kael levantó la cabeza, sus ojos brillando con un tono dorado, sus colmillos extendidos. Jadeé, mi corazón latiendo con fuerza al darme cuenta de que estaba a punto de marcarme, de reclamarme como su compañera. Pero, en su lugar, giró la cabeza, mordiendo una almohada cercana, su cuerpo temblando con el esfuerzo de contenerse.

Cabalgamos juntos nuestro orgasmo compartido, nuestros cuerpos temblando, hasta que colapsamos en un montón sudoroso y satisfecho.

Kael se recostó sobre su espalda, llevándome con él, mi cabeza descansando sobre su pecho. Podía sentir su corazón golpeando contra mi mejilla, nuestros cuerpos aún conectados, su miembro suavizándose todavía dentro de mí.

Lo miré, mi corazón rompiéndose por el rechazo. Había expuesto mi alma, declarado mi amor, y él se había alejado. Las lágrimas me escocían los ojos al darme cuenta de la profundidad de mis sentimientos por él, y el dolor de su silencio era casi demasiado para soportar.

La habitación estaba en silencio, el aire espeso por el peso de lo que acababa de pasar entre nosotros. El pecho de Kael subía y bajaba al ritmo del mío, pero el calor del momento ya comenzaba a enfriarse, reemplazado por una inquietud creciente que me carcomía.

No podía mirarlo. Mi mirada se mantuvo fija en el techo, mi corazón latiendo por razones que no tenían nada que ver con la intimidad que acabábamos de compartir. Me había permitido esperar, tontamente, que esto significaría algo, algo real. Sin embargo, cuanto más se extendía el silencio, más se apretaba mi pecho.

Un nudo amargo se retorcía en mi estómago, y el calor de hace unos momentos se desvaneció en un vacío frío. Mi corazón latía con fuerza mientras miraba al techo, tratando de entender qué significaba todo esto. Me había permitido esperar, tontamente, que todo lo que hacía era porque comenzaba a sentir algo por mí. Que Kael finalmente me dejaría entrar. Que empezaría a verme como su compañera en todo sentido.

Pero no lo hizo.

El rechazo fue tácito pero claro, cortando más profundo que cualquier palabra. Mi mente corría, y mil preguntas giraban, ninguna con respuestas que quisiera enfrentar. ¿Todavía me veía como una esclava? ¿Como alguien indigno de estar a su lado?

Las lágrimas asomaron en mis ojos, pero las contuve. No quería llorar, no por esto, no por él. Mi pecho dolía mientras apretaba la sábana con fuerza, envolviéndome en ella como un frágil escudo.

Kael se movió de nuevo, sentándose al borde de la cama. Volteé mi cara, sin querer verlo irme. Escuché el leve crujir de la ropa mientras se vestía, cada sonido golpeando la finalidad de su silencio en mi corazón.

La puerta se cerró tras él, dejándome sola en la tenue luz de la habitación.

Exhalé temblorosamente, mi mano rozando el lugar donde debería estar su marca. El vacío allí se sentía como un abismo, tragándose la frágil esperanza que había llevado.

Me había dado su cuerpo, pero no su corazón. Y por primera vez, me pregunté si había sido una tonta al creer que alguna vez lo haría.

CAPÍTULO 18



KAEL

El sol se hundía en el cielo, cubriendo el territorio de la manada con tonos dorados y carmesí. Era el momento perfecto para la inspección. Los esfuerzos de reconstrucción de la frontera oriental finalmente estaban llegando a su fin después de semanas de trabajo agotador.

Los miembros de la manada se movían con eficiencia, su enfoque ininterrumpido mientras fortificaban el área. El ritmo constante de los martillos golpeando la madera y el sonido de las piedras siendo colocadas llenaban el aire. El progreso era evidente, pero mi mente estaba lejos de estar en paz.

Me detuve en el borde del muro fronterizo, observando las líneas limpias de la construcción y la actividad bulliciosa de la manada. Aún no era suficiente para distraerme del dolor persistente en mi pecho.

Mis pensamientos volvieron a Lena, como lo hacían a menudo estos días. Su ausencia, su silencio, su distancia cuidadosamente calculada... me estaba volviendo loco.

No la había visto adecuadamente en días. No de verdad. Ella había perfeccionado el arte de evitarme. Anoche, cuando entré a nuestras habitaciones, fingió estar dormida. Me acosté a su lado durante lo que parecieron horas, esperando que se despertara y me hablara, pero eso no sucedió. Por la mañana, ya se había ido antes de que

pudiera decir una palabra. Y cuando lograba encontrarme con ella, sus respuestas eran cortantes, su sonrisa forzada.

Me pasé una mano por el cabello, la frustración recorriendo mi cuerpo. No sabía cómo arreglar esto, ni siquiera por dónde empezar. Ella se estaba alejando, y cada vez que intentaba acercarme, sentía que se escurría aún más de mi alcance. Todo comenzó la noche en que hicimos el amor hace dos semanas.

El rostro de Lena volvió a mi mente—su sonrisa, la forma en que ya no llegaba a sus ojos. Ella pensaba que no lo notaba, pero sí lo hacía. Notaba todo sobre ella. La forma en que evitaba mi mirada, cómo su risa se había vuelto más silenciosa, cómo abandonaba nuestra cama antes de que yo pudiera despertar.

Ella pensaba que no me importaba. Pensaba que no la veía. Pero estaba equivocada.

La verdad era que me importaba demasiado. Y ese era el problema.

Marcarla cambiaría todo. Nos uniría de maneras de las que no estaba seguro de estar preparado. Derribaría los muros que había construido tras años de traiciones y pérdidas. Me haría vulnerable de nuevo.

¿Pero no lo era ya?

Me detuve al borde del sitio, mirando hacia el bosque más allá. Los árboles se mecían suavemente con la brisa, sus hojas susurrando como voces en el silencio. Apreté los puños, el conflicto en mi interior amenazando con desbordarse.

Lena merecía más que esto—más que mi silencio, mi vacilación. Merecía un compañero que pudiera darle todo, que no estuviera cargado con los fantasmas del pasado. Pero no estaba seguro de poder ser eso para ella.

Y, sin embargo, la idea de perderla era insoportable.

El viento traía el leve aroma de ella—flores silvestres y algo que era únicamente suyo—, y mi pecho se oprimió. A pesar de toda mi fuerza como Alfa, de todo mi poder y control, Lena era lo único que me desarmaba.

Y no sabía cómo aferrarme a ella sin romperme.

—Alfa Kael —la voz de Aldrich interrumpió mis pensamientos. Me giré para verlo acercarse, con un pergamino enrollado en la mano. Su expresión era grave, y su paso, rápido.

—¿Sí, Aldrich? —Sabía que lo que tuviera que decir era importante.

—Esto llegó de parte de Omega Rian —dijo, entregándome el pergamino—. Es urgente.

Tomé el mensaje y rompí el sello, mis ojos escaneando rápidamente el contenido.

Alfa Kael,

Hemos capturado a unos renegados cerca de la frontera sur. Entre sus pertenencias había documentos con el emblema de Theron, incluidos mapas detallados de tu territorio y las rutas de patrulla. La traición apunta hacia adentro. Solo unos pocos lobos habrían tenido acceso a esa información. Garrick está entre ellos. Sus movimientos han sido sospechosos, y su comportamiento se ha vuelto errático.

Espero tus órdenes. ¿Debemos actuar contra él?

El pergamino se arrugó ligeramente en mi mano al terminar de leer. Me apreté la mandíbula y miré de nuevo a Aldrich.

—Garrick no ha sido formalmente implicado aún —dijo Aldrich con cuidado—. Pero las sospechas de Rian tienen peso. Solo un puñado de lobos habría tenido acceso a esos mapas durante el reinado de Theron. Garrick es uno de ellos.

Los músculos de mi mandíbula se tensaron aún más. Garrick sería un necio si pensaba que el hecho de que hubiera perdonado sus

vidas le permitía traicionar su lealtad hacia mí.

—¿Es solo Garrick o hay otros miembros de su manada involucrados?

—Eso es lo que no estoy seguro, Alfa, pero definitivamente lo investigaré.

Asentí, mi mente acelerándose. Las implicaciones eran graves, pero la evidencia de Rian no era irrefutable. Actuar contra Garrick ahora, sin pruebas concretas, dificultaría saber la magnitud de todo esto.

—Envía un mensaje a Rian —dije finalmente—. Dile que espere antes de tomar cualquier acción contra Garrick. Quiero que esto se maneje con discreción. Si Garrick es culpable, lo enfrentaremos, pero primero necesito pruebas irrefutables y saber si está actuando solo con los renegados.

Aldrich inclinó la cabeza. —Entendido, Alfa Kael.

Vaciló, su mirada posándose en mí más tiempo de lo habitual.

—¿Hay algo más? —pregunté, con un tono más cortante de lo que pretendía.

Aldrich se enderezó. —No, Alfa. Solo... quería saber si todo está bien... has parecido distraído últimamente.

—Estoy bien.

Asintió, sabiendo que era mejor no insistir. —Me aseguraré de que Rian reciba tus órdenes.

Me pregunté cómo Vivienne y Garrick estaban de alguna manera conectados con los renegados. Algo en mí sabía que había algo más profundo en esto y llegaría al fondo del asunto.

* * *

Las pesadas puertas de roble de mi habitación chirriaron al abrirse cuando entré, el cansancio del día pesando sobre mí. El tenue brillo de las lámparas proyectaba sombras parpadeantes en las paredes, una cálida calidez comparada con los vientos fríos del exterior. Mis ojos cayeron inmediatamente sobre Lena, tendida en la cama, su rostro medio oculto por su cabello.

Por un breve momento, me permití relajarme. Parecía tranquila, su respiración era constante, su cuerpo acurrucado bajo las gruesas mantas. Habían pasado días desde que la había visto verdaderamente en paz.

Desabroché las hebillas de mi chaqueta, la colgué sobre la silla junto a la chimenea y comencé a quitarme las botas. Pero al acercarme a la cama, algo no me cuadraba. Su cuerpo se movió bajo las mantas, un movimiento inquieto que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿Lena? —llamé suavemente, acercándome. Ella no respondió.

Su respiración se había vuelto irregular ahora, su pecho subía y bajaba en ráfagas superficiales. El sudor le cubría la frente, y cuando aparté el cabello de su rostro, el calor que irradiaba su piel era alarmante.

—Lena —repetí, esta vez con más firmeza. Le sacudí suavemente el hombro, pero ella permaneció inconsciente, su cabeza moviéndose de un lado a otro.

Sentí una oleada de pánico que me oprimía el pecho. Algo iba mal.

Tomé un paño húmedo del lavabo y lo presioné contra su frente, pero no pareció ayudar. Su piel ardía, más caliente que cualquier fiebre que hubiera visto antes. Mi mente se aceleró, preguntándome qué le ocurría.

—¡Guardias! —Mi voz cortó la quietud, firme y urgente. En cuestión de segundos, la puerta se abrió y dos centinelas entraron, sus expresiones alertas.

—Traigan al sumo sacerdote de inmediato —ordené, mi voz cortante.

Los guardias intercambiaron una mirada rápida antes de asentir y desaparecer por el pasillo.

Me volví hacia Lena, con la garganta apretada al verla luchar contra esa fuerza invisible que la dominaba. Sus labios se movían, murmurando palabras incoherentes, fragmentos de súplicas que no lograba entender.

—Vamos, Lena —murmuré, sentándome al borde de la cama.

—Despierta.

Tomé su mano, rogando que diera alguna señal de que podía oírme. Pero sus ojos permanecieron cerrados, su cuerpo temblando bajo las mantas.

Los minutos se extendieron hasta sentirse como horas antes de que la puerta se abriera de nuevo. El sumo sacerdote Elric, un hombre alto con un aire de autoridad serena, entró en la habitación. Detrás de él venía Aldrich, con el ceño fruncido por la preocupación al posar su mirada en Lena.

—¿Qué ha pasado, Alfa? —preguntó Aldrich, su voz baja pero urgente mientras su mirada oscilaba entre Lena y yo.

Me pasé una mano por el cabello, la frustración filtrándose en mi tono. —No lo sé. La encontré así... —señalé a Lena.

Elric avanzó, su expresión calmada pero inescrutable.

—Hágase a un lado, por favor, Alfa Kael —dijo, su voz profunda resonando en la habitación. Colocó su bolsa sobre la mesita de noche, sacando herramientas y frascos que tintinearon suavemente mientras los acomodaba con precisión.

A regañadientes, di un paso atrás, observando como Elric se inclinaba sobre Lena. Sus manos se cernían sobre ella, sus ojos

entrecerrándose como si pudiera ver algo que el resto de nosotros no podía.

—¿Qué es? —pregunté, la tensión en mi voz traicionando mi fachada de calma.

Elric frunció el ceño, sus dedos rozando levemente el contorno brillante de su brazo. —Esto no es una dolencia común, Alfa. Su lobo... está desbocado.

—¿Desbocado? —preguntó Aldrich, su tono medido pero con un dejo de curiosidad.

Elric asintió, su voz grave. —Su energía es inestable, volátil. Es como si su lobo intentara tomar el control de su cuerpo pero se encontrara con resistencia.

—¿Qué significa eso? —pregunté bruscamente, acercándome.

La mirada de Elric se posó en mí, firme pero seria. —Significa que su lobo intenta liberarse. Si no recupera el equilibrio pronto, existe el riesgo de que se pierda por completo.

Mi estómago se retorció con sus palabras. —¿Perderse? ¿Qué estás diciendo?

Elric se enderezó, sus manos descansando en el borde de la cama. —Si su lobo toma el control por completo sin que su yo consciente lo estabilice, podría volverse salvaje, una criatura guiada únicamente por el instinto y la ira.

Un frío terror se apoderó de mí, pero me obligué a concentrarme. —¿Cómo lo detenemos?

—Hay dos opciones —dijo Elric, con un tono deliberado—. Una es estabilizar su energía con rituales y hierbas específicos, que puedo comenzar a preparar. Pero eso solo nos ganará tiempo. La verdadera solución radica en llegar a ella, en traer su consciencia de vuelta desde donde quiera que esté.

Lo miré fijamente, con la mente acelerada. —¿Y cómo hacemos eso?

La mirada del Sumo Sacerdote se clavó en la mía. —Debes anclarla, Alfa. Compartes un vínculo con ella como tu Luna. Si alguien puede traerla de vuelta, ese eres tú.

Miré a Lena, su rostro pálido y húmedo de sudor, su respiración superficial. Se estaba desvaneciendo más y más con cada momento que pasaba.

Aldrich habló, con una voz calmada pero firme. —Alfa, si puedes llegar a ella, debes intentarlo. Ella es tu Luna.

Apreté la mandíbula, mis puños se cerraron con fuerza a mis costados. —Haré lo que pueda —dije, con la voz baja—. Solo dime qué hacer.

Elric asintió, su expresión suavizándose levemente. —Habla con ella, tómala. Recuérdale quién es y qué la ata a este mundo. Tu conexión es la clave.

—¿Y si no funciona? —pregunté, con una voz más aguda de lo que pretendía.

Los ojos de Elric se oscurecieron. —Entonces traeré hierbas que pueden ralentizar el proceso, pero, en última instancia, dependerá de ella. Debe elegir regresar.

Un silencio cayó sobre la habitación, cargado de miedos no dichos. Elric recogió sus herramientas y se volvió hacia Aldrich. —Prepararé las hierbas. Quédate cerca, por si el Alfa te necesita.

Aldrich asintió, su mirada posándose en mí. —¿Necesitas algo más, Alfa?

Negué con la cabeza, mi enfoque completamente en Lena. —No. Solo asegúrate de que todo esté listo.

Aldrich vaciló, pero Elric puso una mano en su hombro, guiándolo hacia la puerta. Salieron en silencio, el suave clic de la puerta

cerrándose detrás de ellos, dejándome a solas con Lena una vez más.

Me arrodillé junto a la cama, tomando su mano fría en la mía. A pesar del calor que irradiaba su cuerpo, sus dedos estaban helados, frágiles. Mi otra mano apartó el pelo húmedo de su rostro mientras me inclinaba más cerca.

—Lena —murmuré, con la voz baja y firme.

Su cuerpo se estremeció ligeramente, su respiración superficial y desigual. El tenue resplandor a su alrededor parecía pulsar al ritmo de su latido errático, y sentí una punzada de impotencia.

—Eres más fuerte que esto —dije, apretando su mano—. Sé que lo eres. Has sobrevivido a cosas peores, Lena.

Mi frente se apoyó en la suya, mi propia respiración se entrecortó mientras luchaba por mantener el control. —No dejes que te lleve —susurré, con la voz ronca—. Eres mi Luna. Eres mía. Y no te dejaré ir.

Por un momento, el resplandor se atenuó ligeramente, y sus murmullos se hicieron más silenciosos. Fue suficiente para darme esperanza. Podía sentir el vínculo entre nosotros, frágil pero inquebrantable, como un hilo que se negaba a romperse.

—Estás aquí, Lena —continué, con la voz firme—. Conmigo. Quédate conmigo.

Su cuerpo se quedó quieto, y juré sentir la más leve presión de sus dedos curvándose contra los míos. Mi respiración se contuvo, la más pequeña chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho. No era mucho, pero era suficiente para seguir adelante.

—No eres solo mi Luna —murmuré, con la garganta apretada mientras el peso de mis palabras caía sobre mí—. Me has mostrado cosas que pensé que había perdido para siempre: fuerza, esperanza... amor.

La palabra quedó suspendida en el aire, cruda y desprotegida. Mi voz vaciló, pero seguí adelante, la verdad brotando de mí. —Te amo, Lena. No pensé que pudiera hacerlo, no después de todo. Pero tú... me has cambiado. Me has devuelto a la vida.

El resplandor a su alrededor pareció palpitar en respuesta, suavizándose por un momento, como si su lobo me hubiera escuchado. Mi pulgar acarició sus nudillos, mi voz temblorosa pero resuelta. —Así que regresa a mí. Por favor. No me dejes, Lena. No ahora, no nunca.

El resplandor a su alrededor palpitió una vez más, y pude sentir la lucha en ella. No se estaba rindiendo, y yo tampoco lo haría.

Me incliné más cerca, mi frente rozando la suya. —Si puedes escucharme... vuelve a mí, Lena. Te necesito.

Las palabras me sonaron extrañas en la lengua, vulnerables de una manera a la que no estaba acostumbrado. Pero eran ciertas. Por todos los muros que había construido a mi alrededor, todas las razones por las que intenté mantenerla a distancia, ya no podía negarlo.

La revelación se asentó con pesadez en mi pecho, una mezcla de miedo y determinación. Había pasado años levantando muros, fortaleciéndome contra todo lo que pudiera debilitar mi resolución o hacerme vulnerable. Pero ahora, sentado aquí, sosteniendo su mano mientras ella luchaba contra algo que estaba más allá de mi comprensión, esos muros me parecían irrelevantes.

Su respiración volvió a entrecortarse, superficial y desigual, el resplandor alrededor de su cuerpo parpadeando débilmente. Su piel seguía caliente al tacto, la fiebre negándose a ceder por completo. Apreté mi frente contra la suya, cerrando los ojos ante el miedo que amenazaba con consumirme.

CAPÍTULO 19



LENA

El mundo a mi alrededor centelleaba, el aire llevaba una brisa cálida, y el aroma de pan recién horneado y flores en flor llegó hasta mí.

En la distancia, escuché risas: una carcajada aguda de un niño seguida por las cálidas risas de los adultos. Me giré hacia el sonido, mi corazón inexplicablemente atraído. Mis pies se movieron por su propia cuenta, cada paso lento y vacilante, insegura de dónde estaba o qué hacía allí.

Luego, lo vi. Una pequeña familia estaba parada en medio de un parque enclavado en la expansión urbana. Un hombre de cabello oscuro lanzaba a una niña pequeña al aire, sus chillidos de alegría atravesaban el aire mientras él la atrapaba sin esfuerzo. Una mujer, de rasgos suaves y serenos, aplaudía en señal de aliento, su risa como una melodía suave. La alegría de la niña era contagiosa, y a pesar de la inquietud que se enroscaba en mi estómago, sentí una sonrisa asomar en mis labios.

Algo en ellos parecía... familiar. La forma en que la mujer se arreglaba un mechón de cabello detrás de la oreja, la forma en que los ojos del hombre se arrugaban al sonreír—tiraba de los bordes de mi mente, como un recuerdo que no podía alcanzar por completo.

Di otro paso adelante, mi voz atrapada en la garganta. —¿Hola? —llamé, aunque la palabra sonó ahogada, como si hubiera sido

tragada.

La niña se giró entonces, su risa desvaneciéndose cuando su mirada se encontró con la mía. Mi corazón se saltó un latido. Sus ojos, grandes y brillantes, eran inconfundiblemente míos. Se parecía a mí —no, era yo.

La revelación me golpeó como un puñetazo, y di un paso atrás tambaleándome.

—¡Papá, hazlo otra vez! —exclamó la niña—mi yo más joven—, su voz resonando con pura alegría. Entonces, caí en cuenta de que eran mis padres.

El hombre sonrió, haciéndola girar. —Agárrate fuerte, lobita.

Lobita. El apodo me produjo una punzada, aguda y agridulce. Extendí la mano, queriendo llamarlos, advertirles, aunque no sabía por qué. La cálida luz dorada de la escena parecía frágil, como si pudiera romperse en cualquier momento.

Y entonces, sucedió.

La brisa se volvió gélida, el tono dorado desapareciendo del mundo mientras un frío antinatural barría el aire. Las risas cesaron abruptamente, reemplazadas por los gruñidos bajos y amenazantes de lobos. Las sombras emergieron de los bordes del parque, sus formas masivas y corpulentas. Sus ojos brillaban con un rojo antinatural, y sus dientes relucían como dagas.

—No —susurré, el miedo enroscándose en mi estómago—. No, no, no.

Los lobos se abalanzaron. Mis padres apenas tuvieron tiempo de reaccionar. Mi madre empujó a mi yo más joven detrás de ella, su expresión transformándose en una de fiera determinación. Mi padre se transformó en su forma de lobo, su pelaje oscuro erizándose mientras se lanzaba contra los atacantes.

No fue suficiente.

Los lobos los destrozaron con una precisión despiadada, la sangre salpicando el parque que antes era prístino. El grito de mi madre resonó, agudo y atormentador, antes de que se silenciara abruptamente. Mi padre cayó después, su cuerpo desplomándose mientras los lobos lo abrumaban.

Grité, paralizada en el lugar mientras la pesadilla se desarrollaba frente a mí. La niña—yo—seguía gritando, sus llantos penetrantes e implacables mientras era arrastrada por figuras sombrías.

—¡Deténganse! —grité, con la voz quebrada—. ¡Déjenlos en paz!

Los lobos se giraron, sus ojos azules y brillantes se fijaron en mí. Avanzaron hacia mí ahora, sus gruñidos haciéndose más fuertes, más ensordecedores. Mis pies se negaban a moverse, y me preparé para el impacto.

Pero nunca llegó.

De repente, ya no estaban allí, y me encontraba en otro jardín. El aire aquí era pesado, sofocante, y me giré, conteniendo la respiración cuando la vi.

Ella estaba parada en el centro del claro, su figura etérea y radiante. Su largo cabello plateado brillaba como la luz de la luna, y sus ojos tenían una profundidad que parecía infinita. Llevaba túnicas flotantes que se movían como si las empujara una brisa invisible, y un símbolo de luna creciente adornaba su frente.

La Diosa de la Luna.

Nunca la había visto antes, pero la conocía. Cada fibra de mi ser reconoció su presencia, y caí de rodillas instintivamente, con el corazón golpeando en mi pecho.

—Levántate, niña —dijo, con una voz suave como una melodía. Era gentil, pero llevaba una autoridad innegable que me obligó a obedecer.

Me levanté lentamente, con las piernas temblando—. ¿Qué es esto? —pregunté, con la voz apenas un susurro—. ¿Por qué estoy aquí?

Su mirada se suavizó, pero su expresión permaneció seria—. Estás aquí porque es el momento.

—¿Momento para qué? —exigí, con la frustración y el miedo brotando a la superficie—. ¿Qué me está pasando?

La diosa se acercó más, su presencia reconfortante y abrumadora a la vez—. Tu lobo rojo está despertando, niña. El poder dentro de ti es inmenso, pero está salvaje, desequilibrado. Si no aprendes a controlarlo, te consumirá, y a todo lo que amas.

Tragué saliva, el peso de sus palabras cayendo sobre mí—. ¿Cómo? —pregunté desesperadamente—. ¿Cómo lo controlo? ¿Qué se supone que debo hacer?

Sus labios se curvaron en una sonrisa leve y enigmática—. Debes enfrentar tus miedos, aceptar tu poder y encontrar el equilibrio dentro de ti.

—¡Eso no es una respuesta! —grité, con la voz quebrada—. ¿Cómo puedo detener esto si no sé qué hacer?

No respondió. En su lugar, levantó la mano, y el bosque a nuestro alrededor se disolvió en el caos.

Vi sangre por todas partes. Lobo yacían muertos, sus cuerpos esparcidos por un campo de batalla. El humo llenaba el aire, y el olor acre de la muerte era sofocante. Mi corazón se detuvo cuando mi mirada se posó en Kael, su cuerpo roto y sin vida en medio de la carnicería.

—¡No! —grité, corriendo hacia él, pero mis pies se negaban a moverse—. ¡Por favor, no!

La voz de la Diosa de la Luna resonó a mi alrededor, calmada pero resuelta—. Este es solo un posible futuro, Lena. Tienes el poder de prevenirlo.

Las lágrimas corrían por mi rostro mientras me volvía hacia ella—. ¿Cómo? —supliqué—. ¿Qué tengo que hacer?

Sus ojos se suavizaron, pero su respuesta fue vaga, exasperantemente así—. Debes confiar en ti misma, niña. Las respuestas están dentro de ti.

Antes de que pudiera protestar más, la visión se desvaneció, y me sumergí en la oscuridad.

Y entonces todo se volvió rojo.

Se extendió por todo: las paredes, el aire, las siluetas tenues que se movían a mi alrededor. Mi pecho se apretó cuando un gruñido gutural y bajo escapó de mis labios, sobresaltándome incluso a mí misma. Era como si fuera una extraña en mi propia piel, atrapada en una tormenta que no podía controlar.

Intenté concentrarme, aferrarme a algo, pero la habitación se inclinaba y giraba. Mis oídos captaron los sonidos más leves: el crujido de la tela, el golpeteo de pasos afuera, pero estaban distorsionados, ahogados por el rugido en mi cabeza.

Una voz profunda atravesó el caos, baja y firme, como un ancla—. Lena. Mírame.

Kael.

Intenté parpadear, pero el rojo no desapareció. Su voz me llegó de nuevo, más cerca esta vez, firme pero llena de preocupación—. Lena, estás a salvo. Estás conmigo. Respira.

Mis manos se aferraron a la cama debajo de mí, mis músculos tensos como resortes a punto de romperse. El calor se intensificó, acumulándose en mi vientre, y sentí que el cambio amenazaba con apoderarse de mí. No era como antes, cuando mi lobo se agitaba tranquilamente bajo la superficie. Esto era violento, consumidor. Estaba perdiendo el control.

—Lena —su toque llegó después, cálido y reconfortante, sus manos agarrando mis hombros con firmeza—. Mírame.

Incliné la cabeza hacia la voz, esforzándome por entender la figura borrosa frente a mí. Su rostro cobró nitidez, apenas distinguible a través de la bruma roja. Sus ojos—esos ojos penetrantes, plateados y azules—atravesaron la tormenta, clavándose en los míos.

—Concéntrate en mí—dijo, su voz más suave ahora, pero igual de firme—. Eres más fuerte que esto. Puedes controlarlo.

Sus palabras, su presencia—eran como agua fresca apagando un fuego furioso. Me aferré a ellas, obligándome a respirar, a resistir la fuerza primitiva que amenazaba con sobrepasarme. Sus manos se movieron para sostener mi rostro, su contacto firme e inquebrantable.

—Estás a salvo—repitió, su frente presionando suavemente contra la mía—. Te tengo.

Lentamente, el rojo comenzó a desvanecerse, como si se corriera una cortina. Mi visión se aclaró y la habitación a mi alrededor cobró forma. Me di cuenta de que temblaba, mi cuerpo empapado en sudor, pero el calor abrumador había disminuido.

Kael no soltó. Sus manos permanecieron en mi rostro, sus ojos escudriñando los míos en busca de cualquier señal del resplandor rojo que los había invadido momentos antes. Su respiración era constante, como si se hubiera obligado a mantenerse tranquilo por mi bien.

—Kael—gruñí, mi voz ronca y temblorosa.

—Estoy aquí—dijo, su tono suavizándose—. Ya estás bien.

Me desplomé contra las almohadas, mi cuerpo débil y tembloroso. Las manos de Kael se apartaron con renuencia, pero se mantuvo cerca, su mirada sin apartarse de la mía. Su presencia era firme,

anclada, un lazo a la realidad en medio de la tormenta de emociones y agotamiento que giraba dentro de mí.

—¿Qué pasó?—susurré, mi voz áspera y débil.

—Tuviste fiebre—dijo, su voz tensa, como si contuviera algo más grave—. Pero no era... normal. Tu energía se disparó y casi te transformaste. La curandera dijo que estaba relacionado con tu lobo rojo.

Las palabras me golpearon como un puñetazo, mi respiración se cortó mientras la preocupación y la confusión chocaban en mi pecho. Sus ojos reflejaban más que preocupación; estaban nublados de miedo. Miedo por mí. Intenté sentarme, para tranquilizarlo de alguna manera, pero mi cuerpo protestó. Las manos de Kael estuvieron sobre mis hombros al instante, acomodándome suavemente de nuevo.

—Quédate quieta—musitó, su voz suave pero firme—. Necesitas descansar.

—Necesito—comencé, pero la protesta murió en mis labios cuando su mano rozó mi mejilla, su contacto increíblemente cálido contra mi piel húmeda.

—No necesitas hacer nada más que sanar—dijo en voz baja, su mirada buscando la mía—. Te tengo, Lena. Estás a salvo. No dejaré que te pase nada.

Sus palabras me envolvieron como una manta, envolviéndome en un capullo de seguridad que no sabía que anhelaba. Mi pecho se tensó, y antes de que pudiera pensarlo mejor, me acerqué a él, mis brazos rodeando sus hombros. Me aferré a él, mis dedos aferrándose a la tela de su camisa como si soltarlo me hiciera caer en un abismo.

Kael se tensó por una fracción de segundo, luego sus brazos me rodearon, acercándome más. Su calor se filtró en mi piel, alejando el frío persistente de mi fiebre. Su barbilla descansó suavemente sobre mi cabeza, y su voz bajó a un susurro.

—Está bien—dijo, las palabras un mantra constante—. Estás bien. Te tengo.

Dejé escapar un aliento tembloroso, la tensión en mi cuerpo disminuyendo mientras su presencia llenaba las grietas que no sabía que tenía. Su mano se movió a mi espalda, su contacto firme pero reconfortante, y sentí sus labios presionar mi frente—una promesa silenciosa, no dicha.

Por un largo momento, permanecí allí, en silencio, dejando que el peso del día se derritiera en sus brazos. Las palabras que necesitaba decir presionaban en mi garganta, pero no podía forzarlas a salir. No estaba lista para romper la frágil paz de ese momento.

Kael se movió ligeramente, su agarre apretándose como si pudiera sentir mi vacilación. —Relájate—murmuró.

Me separé lo suficiente para mirarlo, mis manos aún aferradas a su camisa. Sus ojos plateados y azules se encontraron con los míos, y la intensidad de su mirada me dejó sin aliento. Había algo crudo allí —algo desprotegido, no dicho. Podía verlo en el fruncimiento de sus cejas, en la forma en que su mandíbula se tensaba como si contuviera una avalancha de emociones.

—Kael—dije, mi voz temblorosa—. Hay algo que necesito decirte.

Su mirada se suavizó, sus manos descansando suavemente sobre mis brazos. —¿Qué es?—preguntó, su voz baja, firme.

El peso en mi pecho se hizo más intenso, pero su presencia me ancló. Respiré hondo, preparándome, y luego me obligué a encontrarme con su mirada. —No soy la hija biológica de Theron.

Su silencio fue ensordecedor, el peso de su mirada aplastándome. Me apresuré a llenar el vacío, las palabras salieron como una confesión.

—Mis verdaderos padres... eran Omegas. Theron los mató porque descubrió que yo era una loba roja. Él... me acogió, no por bondad,

sino porque quería controlar mis poderes. Usarme.

Los ojos de Kael se abrieron más, su cuerpo entero quedó inusualmente quieto.

—Durante mucho tiempo no supe quién era. Pensé que él era mi padre, que yo era... como él. Pero no es así. Kael, no soy como él.

—¿No eres... suya? —preguntó finalmente, su voz baja, casi incrédula.

Sacudí la cabeza, el peso de la verdad oprimiéndome como una roca. —No, Kael. No lo soy.

Su respiración se cortó, su mano se apartó de mi brazo mientras me miraba fijamente, sin pestañear. El impacto se reflejó en su rostro, crudo y sin protección. —No eres la hija de Theron.

—No —susurré—. Nunca lo fui.

El alivio brilló en sus ojos, fugaz, antes de que algo más oscuro lo reemplazara. Sus hombros se relajaron y se acercó más a mí. —Tú eres... —murmuró, casi para sí mismo.

Asentí, las lágrimas amenazando con derramarse. —No soy suya. Fui una víctima tanto como tú.

Su mano se extendió, temblando ligeramente mientras sus dedos rozaban mi mejilla. El calor de su contacto me estabilizó, anclándome en un momento que parecía imposiblemente frágil. —Lena... —Su voz se quebró, y la emoción en ella desató algo profundo dentro de mí.

Antes de que pudiera pensar, sus labios encontraron los míos.

El beso comenzó suavemente, casi con timidez, como si estuviera probando la frágil conexión entre nosotros. Sus labios rozaron los míos con un toque ligero como una pluma, cálidos y tentativos. Por un momento, el mundo se detuvo.

Y entonces, la vacilación se desvaneció.

Las manos de Kael se movieron para acunar mi rostro, sus palmas ásperas pero firmes, su contacto anclándome de una manera que no sabía que necesitaba. Sus pulgares rozaron mis mejillas, el gesto tierno, casi reverente, como si temiera que pudiera romperme entre sus manos. Sus labios presionaron los míos con más firmeza, el calor entre nosotros creciendo con cada segundo que pasaba.

No fue apresurado ni precipitado, pero sí desesperado a su manera, una desesperación silenciosa que hablaba de emociones demasiado grandes para las palabras. Su aliento se mezcló con el mío, cada exhalación llevando una mezcla de alivio y anhelo. El leve aroma a pino y cuero se aferraba a él, anclándome aún más en el momento mientras me sumergía en su calor.

El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, el tenue resplandor de las linternas difuminándose en la nada. Todo lo que podía sentir era él: la fuerza de sus manos, la insistente atracción de sus labios y el ritmo constante de su latido bajo mis yemas de los dedos mientras me aferraba a la tela de su camisa.

Él inclinó ligeramente la cabeza, profundizando el beso. Un sonido suave escapó de mí, y él respondió con un leve zumbido, una vibración que me recorrió la columna vertebral. Sus manos deslizaron hacia abajo, una posándose en la nuca de mi cuello, sus dedos entrelazándose en mi cabello como si me anclaran a él, mientras la otra descansaba suavemente en mi cintura, firme pero cuidadosa.

El beso cambió entonces, haciéndose más lento, más deliberado. Sus labios se movían contra los míos en un ritmo que se sentía dolorosamente familiar y completamente nuevo. Era como si estuviera vertiendo cada palabra no dicha, cada sentimiento enterrado, en ese único momento. Cada movimiento de sus labios, cada presión suave, hablaba de cosas que nunca nos habíamos atrevido a decir en voz alta: disculpas, confesiones, promesas.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, un ritmo frenético que resonaba en mis oídos. Temblaba, aunque no sabía si era por la

intensidad del momento o por la debilidad que aún persistía en mi cuerpo. Su beso, sin embargo, me estabilizó, me ancló. Era todo aquello que no sabía que había estado esperando.

Cuando finalmente se separó, su respiración era irregular, su frente descansando ligeramente sobre la mía. Sus manos se quedaron allí, una aún enredada en mi cabello, la otra rozando mi cintura como si fuera reacia a soltarme.

Pero entonces, se tensó.

Mis ojos se abrieron lentamente y lo encontré mirándome fijamente, su mirada tan abierta, tan cruda, que me cortó el aliento. Sus ojos azul plateados buscaron los míos.

El cambio fue sutil pero inconfundible. Sus manos vacilaron, su tacto dudó como si algo lo hubiera sacado bruscamente del momento. Lentamente, se retiró, su mirada bajando hacia el espacio que había entre nosotros.

—¿Kael? —pregunté, con la voz temblorosa—. ¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza, apretando la mandíbula mientras daba un paso atrás, sus movimientos bruscos e inseguros. —Yo... solo... Necesito un momento.

—Kael, espera... —extendí la mano hacia él, pero él se alejó aún más, con los hombros tensos.

—Volveré —dijo rápidamente, con voz inestable—. Deberías descansar.

Sus palabras fueron como una bofetada, frías y despectivas. Lo miré fijamente, con el pecho apretándose. —¿Eso es todo? —pregunté, con la voz apenas un susurro—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Pensé... —mi voz tembló, y me obligué a continuar—. Pensé que si sabías la verdad, las cosas cambiarían. Que quizás me verías de otra manera. Pero sigues alejándote.

Él permaneció en silencio, con los hombros tensos. Esperé, con la esperanza de que dijera algo—cualquier cosa—para cerrar la brecha entre nosotros. Pero no lo hizo.

La revelación me golpeó como un puñetazo: mi confesión no nos había acercado. Solo lo había alejado más.

Y antes de que pudiera decir algo más, él se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Me senté allí, con el corazón palpitando, mis labios aún hormigueando por el beso. Algo había cambiado en él—algo que no lograba entender del todo. El calor de su abrazo, la conexión que había sentido, había desaparecido, reemplazada por un vacío que me dejó helada.

Me hundí en las almohadas, con el pecho apretado por las preguntas sin respuesta. Lo que sea que hubiera ocurrido en ese momento, sabía una cosa con certeza.

Kael estaba huyendo. Y esta vez, no sabía si volvería.

CAPÍTULO 20



KAEL

No pude dormir.

Las palabras de Lena se repetían una y otra vez en mi mente, calando más hondo cada vez. —No soy la hija de Theron—. Era como si hubiera metido la mano en mi pecho, arrancado los cimientos de todas las mentiras que había construido alrededor de ella y me hubiera dejado solo con la verdad.

No era suya.

La luz del amanecer se filtraba a través de las cortinas, opaca y fría, proyectando largas sombras en la habitación. Miré hacia el techo, mientras mi mente daba vueltas sin parar. El alivio luchaba contra la culpa, la culpa luchaba contra la ira—contra mí mismo, contra Theron, contra todo lo que la había hecho creer que tenía que cargar con este peso sola.

Durante tanto tiempo, la había mirado y había visto a él. Cada mirada era un recordatorio de lo que había perdido, de lo que él me había robado. Pero ahora sabía la verdad. Ella no era su hija. No estaba manchada por su sangre ni por su crueldad. Y yo... yo había estado equivocado.

Una risa amarga escapó de mí, suave y sin humor. El alivio debería haber sido suficiente. Debería haber aliviado la tensión en mi pecho,

pero no fue así. Porque ahora tenía que enfrentar lo que había hecho. Las cosas que había dicho. La forma en que la había tratado.

La culpa golpeó como un puñetazo, agudo e implacable. Cada palabra fría, cada vez que la había alejado—todo regresó a mí con un detalle agonizante. Ella no se lo merecía. Nunca se lo había merecido.

Me senté en la cama, que crujió bajo mi peso. Mi cabeza cayó entre mis manos mientras el peso de todo amenazaba con aplastarme. Ella no era de Theron. No era la enemiga.

Era Lena.

Y yo estaba enamorado de ella.

El pensamiento me golpeó como un tren de carga, dejándome sin aliento. Lo había combatido, lo había negado, lo había enterrado bajo capas de ira y autodesprecio, pero ahora no había escapatoria. La amaba.

La realización no trajo paz. Trajo miedo.

Porque yo no era el hombre que ella merecía.

Me levanté, y me acerqué a la ventana para poner algo de distancia entre mí y la cama donde ella dormía tranquilamente. Su rostro había estado tan abierto, tan vulnerable cuando me había contado la verdad. Y yo me había sentido abrumado, eufórico e incluso feliz. Tan feliz, que no había podido evitar besarla.

No lo planeé, no lo pensé. Solo... sentí. Sus labios eran suaves, cálidos, y, por un breve momento, todo lo demás desapareció. Éramos solo ella y yo. Sin mentiras, sin pasado, sin miedo.

Pero entonces mi mano rozó su costado, y lo sentí.

La cicatriz.

Me detuvo en seco. La cicatriz no era nueva—la había visto antes, tenue y desvanecida—, pero no la había notado realmente hasta ese

momento. No me había permitido hacerlo. Mis dedos se congelaron, trazando la línea áspera de la cicatriz, y lo único en lo que podía pensar era: Esto es mi culpa.

Ella había pasado por tanto, y yo solo lo había empeorado. Mi ira, mi desconfianza—la había tratado como una enemiga cuando ya era una víctima. Y ella me permitió abrazarla, besarla, como si me lo mereciera. Como si no la hubiera defraudado por completo.

Había estado mirándome fijamente, sus ojos escudriñando los míos, esperando a que dijera algo. A que le dijera que todo estaba bien. A que le dijera que no estaba sola.

Pero no había podido decírselo. Todo lo que podía ver eran esas cicatrices. Todo lo que podía sentir era culpa, retorciéndose en mi pecho como un cuchillo. ¿Cómo podía no odiarme? ¿Cómo podía mirarme y no ver la sombra de Theron en todo lo que había hecho?

Me había echado hacia atrás, murmurando algo sobre necesitar un momento. Ni siquiera recordaba lo que había dicho, solo la forma en que su rostro se desmoronó cuando me alejé. Me llamó, con la voz temblorosa, pero no podía quedarme. No con ella mirándome de esa manera.

Había cerrado la puerta detrás de mí y me quedé allí, con el corazón palpitando. Mis manos temblaban, mi pecho estaba apretado. No podía respirar. Había querido volver, abrazarla, decirle todo lo que no podía expresar con palabras. Pero no lo hice. Me había alejado.

Ahora, horas después, seguía dando vueltas, todavía perseguido por la expresión en su rostro. Ella había confiado en mí. Se había abierto, me había contado la verdad, y ¿qué había hecho yo? La había besado y luego la dejé sentada allí como si no hubiera significado nada.

Lo había hecho. Significaba todo.

La verdad era sencilla: la amaba.

Y estaba aterrado de que no fuera suficiente.

Pero, ¿cómo podía decírselo si ni siquiera podía enfrentarme a mí mismo? Ella merecía algo mejor, alguien que pudiera ser lo que ella necesitaba. No yo, no el hombre roto que le había hecho la vida un infierno.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos caóticos. —Alfa Kael —la voz de Aldrich llamó desde el otro lado—. La reunión del consejo es en una hora.

—Entendido —respondí, con la voz ronca por el desuso. Me arrastré fuera de la cama, cada paso más pesado que el anterior. Mi reflejo me devolvió la mirada en el espejo: ojos cansados, una mandíbula afilada sombreada por la barba incipiente y una tensión en mis hombros que ninguna cantidad de respiraciones profundas podía aliviar.

La reunión del consejo pasó en un borrón. Actualizaciones sobre las patrullas fronterizas, acuerdos comerciales, actividad de forajidos... todo se sentía distante, como un ruido de fondo en una conversación en la que no estaba realmente involucrado. Mi mente seguía regresando a ella, a la forma en que me había mirado la noche anterior, vulnerable y esperanzada, y cómo me había alejado.

Cobarde.

La palabra resonó clara y fuerte en mi mente, más aguda que cualquier insulto que alguien más pudiera haberme lanzado. Me dije a mí mismo que era por su bien, que ella merecía algo mejor de lo que yo podía ofrecer, pero la verdad era más simple y mucho más fea. Tenía miedo. Miedo de la forma en que ella me hacía sentir. Miedo de lo que esos sentimientos podrían costarme.

—¿Alfa? —la voz de Aldrich atravesó mi niebla mental. Me miró con una mezcla de preocupación y curiosidad—. ¿Está todo bien?

Asentí, forzando mi expresión hacia algo neutral. —Estoy bien.

Aldrich no pareció convencido, pero sabía que era mejor no presionar. —Muy bien. Si hay algo que necesite...

—Se lo haré saber —lo interrumpí, con un tono más cortante de lo que pretendía. Aldrich inclinó la cabeza y se fue sin decir nada más.

Las horas pasaron lentamente, cada una más pesada que la anterior. Para media tarde, me encontré caminando el perímetro de la casa de la manada, supervisando las reparaciones y mejoras que habíamos comenzado semanas atrás. Los trabajadores se movían con precisión, sus esfuerzos generando un progreso tangible, pero incluso eso no podía distraerme.

La verdad era que no la merecía. Lena era pura de una manera que yo nunca podría ser. Había sufrido, sí, pero no había permitido que eso la convirtiera en algo cruel. Todavía sonreía, todavía se preocupaba, todavía tenía esperanza. Yo, por otro lado, era producto de mi dolor: un hombre forjado en fuego y sangre, perseguido por los recuerdos de cinco años pasados en cadenas.

Mi mano se cerró en un puño al pensarlo. Las cicatrices en mi espalda parecían arder, como si los recuerdos mismos me estuvieran marcando de nuevo. Todavía podía escuchar sus voces, las risas de los cazadores mientras tallaban mi carne, el olor de la hierba lobo quemándose espeso en el aire. Había sobrevivido, pero no estaba completo. No realmente. No de una manera que importara.

¿Qué clase de vida podía ofrecerle a Lena? ¿Qué clase de futuro? Ella merecía a alguien que pudiera darle todo, alguien que no estuviera cargado de pesadillas y sed de venganza. Alguien que no viera los fantasmas de su pasado cada vez que cerraba los ojos.

Un grito desde el otro lado del claro me sacó de mis pensamientos. Uno de los trabajadores había dejado caer una viga pesada, rozando apenas el pie de otro. Lancé una orden, mi voz cortando el alboroto como una espada, y los hombres volvieron rápidamente a sus tareas.

Por un momento, la distracción funcionó. Pero cuando el silencio volvió a asentarse, lo hizo también el peso en mi pecho.

Para cuando el sol se ocultó en el horizonte, me encontré de regreso en mis aposentos, mirando fijamente la puerta cerrada que me separaba de Lena. La había evitado todo el día, sin confiar en mí mismo para enfrentarla sin decir algo de lo que no podría retractarme. Pero ahora, aquí de pie, me sentí como un cobarde.

Empujé la puerta suavemente, el suave chirrido apenas audible sobre el sonido de los latidos de mi corazón. Ella estaba dormida—o al menos, así parecía. Su rostro estaba vuelto hacia el otro lado, su cabello una cascada oscura sobre la almohada. Me quedé allí un momento, simplemente observándola, el subir y bajar de su pecho, la forma en que la luz de la luna suavizaba los ángulos de su rostro.

Ella se movió levemente, y me quedé helado, medio esperando que no se despertara. Pero no lo hizo. Simplemente se acomodó más profundamente en las mantas, su cuerpo contrayéndose sobre sí mismo como para protegerse del frío.

Mi pecho se apretó. Quería acercarme a ella, apartarle el cabello de su rostro, decirle que lo sentía—que me había equivocado acerca de ella, acerca de todo. Pero no lo hice. En cambio, me di la vuelta, las paredes que había construido a mi alrededor volviendo a levantarse.

No estaba listo. Y tal vez, solo tal vez, nunca lo estaría.

CAPÍTULO 21



LENA

La luna colgaba baja en el cielo, proyectando un brillo plateado sobre el bosque. Me quedé al borde de la línea de árboles, con las manos apretadas a los costados mientras las palabras de Aldrich resonaban en mi mente.

—No ha estado durmiendo, Lena. No desde hace tres noches.

Hace tres noches. La línea de tiempo encajó, coincidiendo con la última vez que lo había visto, la noche en que le dije la verdad. Mi recuerdo de esa noche estaba borroso, fragmentado, pero ciertos momentos brillaban a través de la bruma. Su toque. Su beso. Y su voz, baja y áspera, murmurando palabras que no estaba segura de haber imaginado.

—Te amo.

El leve recuerdo me provocó un escalofrío, aunque no sabía si era por el aire fresco de la noche o por el recuerdo en sí. ¿Realmente lo había dicho? ¿O fue solo un sueño febril, creado por mi mente desesperada?

—Luna, ¿estás segura de esto? —La voz de Ari interrumpió mis pensamientos, devolviéndome a la realidad. Ella estaba justo detrás de mí, su expresión mezclaba preocupación y vacilación—. Es tarde. Déjame acompañarte.

Sacudí la cabeza, ofreciéndole una leve sonrisa tranquilizadora. —Gracias, Ari, pero necesito hacer esto sola. Si no lo hago —mi voz vaciló, pero me obligué a continuar—, si no hablo con él ahora, quizás nunca tenga la oportunidad.

Ari se acercó más, su mano rozando mi brazo. —Ha estado distante con todos. Escuché que ha estado patrullando las fronteras cada noche, apenas hablando con alguien —su ceño se frunció.

—Por eso necesito hablar con él —dije en voz baja, mi determinación endureciéndose.

Pero era más por mí. Necesitaba saber por qué me había estado evitando. Por qué se había ido esa noche.

Su agarre en mi brazo se apretó brevemente, sus ojos buscando los míos.

—Solo ten cuidado. Las fronteras no han estado seguras últimamente.

—Lo haré —prometí, colocando una mano sobre la suya.

—Gracias, Ari. Por todo.

Ella dudó, su preocupación evidente en la forma en que sus labios se apretaron en una línea fina. —Si no has regresado al amanecer…

—Regresaré —le aseguré, con firmeza en mi voz—. Solo necesito verlo.

Ari asintió con reluctancia y dio un paso atrás. Me observó mientras yo me daba la vuelta y entraba en el bosque, la luz de la luna desvaneciéndose tras el dosel de los árboles. El aire se volvía más fresco, el suelo suave con las hojas caídas que amortiguaban mis pasos. El bosque parecía vivo, cada crujido y susurro amplificado en el silencio.

Avancé rápidamente, mi enfoque se reducía a la tarea que tenía por delante. Kael estaba en algún lugar por aquí. Aldrich había dicho que

estaba patrullando los límites, pero conocía lo suficiente a Kael como para adivinar que no solo estaba vigilando. Estaba evitando a todos, evitándome a mí.

El recuerdo de su beso surgió de nuevo, y mi pecho se apretó. Todavía podía sentir el calor de sus labios, la manera en que me sostuvo como si yo fuera lo único que lo ataba a este mundo. Sin embargo, su silencio posterior me dejó fría, insegura de mi posición.

Tenía que saberlo. Tenía que entender qué lo había alejado, por qué el hombre que me había besado como si yo fuera su mundo no podía enfrentarme ahora. ¿Era culpa? ¿Miedo? ¿O algo completamente distinto?

Los árboles se espesaban a medida que me adentraba más, sus sombras se extendían largas y oscuras sobre el suelo del bosque. Mis pasos vacilaron por un momento, mi corazón latiendo con fuerza en el pecho. ¿Y si se negaba a hablar? ¿Y si no encontraba las respuestas que buscaba?

Pero no podía dar marcha atrás. No ahora.

Kael estaba en algún lugar por aquí, y no me iría hasta encontrarlo.

La noche estaba en silencio, excepto por el sonido de mis botas pisando el suelo del bosque. El aire era fresco, la luna proyectaba una luz plateada a través del dosel arriba. Avancé rápidamente, con mi bolsa colgada al hombro, mis sentidos en alerta máxima.

Cuando me acerqué al borde del territorio de Kael, me detuve, el aliento entrecortado. Esto era todo. Un paso más, y lo vería.

Un sonido de roce cortó la quietud de la noche, y me quedé inmóvil. Mis ojos se movieron rápidamente, el latido de mi corazón un redoble salvaje en mis oídos. No sabía qué era, pero algo me instó a estar alerta.

Entonces los vi.

De las sombras emergieron cuatro lobos enormes. Sus ojos brillantes se fijaron en mí, y un escalofrío instintivo recorrió mi espalda.

Sus movimientos eran deliberados, depredadores. La energía salvaje que irradiaban era inconfundible: eran proscritos. Tropecé hacia atrás, mi corazón latiendo con fuerza mientras mi mente gritaba que corriera.

Me di la vuelta, mis pies encontraron apoyo en el terreno desigual mientras corría hacia el bosque oscuro. Mi respiración era entrecortada y agitada, y mi pulso retumbaba en mis oídos. Las ramas me azotaban los brazos y las piernas mientras corría a ciegas, mi único pensamiento era escapar.

Mi huida se detuvo abruptamente cuando chocé contra una figura sólida. El impacto me sacudió, haciéndome retroceder y dejándome sin aliento.

—Lena —dijo una voz familiar, firme y calmada.

Miré hacia arriba, y el alivio me inundó como una ola. No tuve tiempo de pensar en qué estaba haciendo él aquí a altas horas de la noche.

—¡Garrick! —jadeé, agarrando su brazo—. ¡Gracias a la luna que estás aquí! ¡Hay proscritos, están viniendo! ¡Necesitamos irnos ya!

Su expresión no cambió, y apenas noté su mano sosteniéndome mientras intentaba recuperar el equilibrio.

—Lo haremos, Lena. ¿Por qué más estaría aquí aquí? —dijo con calma, su voz serena.

Parpadeé, sus palabras no registrándose al principio. —¿Qué quieres decir? —pregunté sin aliento.

No respondió de inmediato. En cambio, su mirada se desvió más allá de mí, hacia los lobos. Giré la cabeza, la confusión aumentando. Todavía estaban allí, sus ojos dorados brillando en las sombras, pero no avanzaban. No atacaban.

Estaban observando.

Una inquietud enfermiza comenzó a apoderarse de mí. —¿Por qué no están atacando? —pregunté, con la voz temblorosa. Mis ojos se dirigieron de nuevo hacia Garrick, mientras mi mente trabajaba furiosamente.

Sus labios se curvaron en la más leve sonrisa, y su silencio fue respuesta suficiente.

La revelación me golpeó como un impacto físico. La quietud de los lobos, su calma inquietante... no era algo al azar. No estaban esperando una oportunidad para atacar. Estaban esperando una orden.

De él.

Di un paso atrás, con el estómago revuelto. —¿Qué haces aquí, Garrick? —pregunté en voz baja, con la voz tensa por la sospecha.

Su sonrisa se ensanchó, y un destello de satisfacción brilló en sus ojos. —Vine por ti —dijo simplemente, con un tono que ocultaba una oscura intención.

—¿Qué? —susurré, sacudiendo la cabeza mientras el pulso retumbaba en mis oídos.

Él dio un paso más cerca, y su actitud cambió del Garrick familiar y firme que creía conocer a algo más depredador, más peligroso. —Has sido todo un desafío atrapar, ya sabes, gracias a tu maldito Alfa. Pero lo has hecho más fácil esta noche.

Retrocedí, con cada fibra de mi ser gritándome que corriera, pero sabía que sería inútil. —Estás con ellos —dije, con las palabras atascadas en mi garganta.

—Ellos están conmigo —corrigió él, con una sonrisa que se volvió afilada.

—¿Por qué? —pregunté, con la voz apenas audible.

—Eres valiosa, Lena —dijo, como si fuera lo más obvio del mundo. —Más valiosa de lo que te das cuenta.

El pánico me invadió, y giré para correr nuevamente, pero él fue más rápido. Los lobos se movieron para bloquear mi camino, con gruñidos bajos y amenazantes, mientras Garrick metía la mano en su bolsillo.

—No luches —dijo, con un tono casi condescendiente. —Solo lo harás más difícil para ti.

—Garrick... —comencé, pero antes de que pudiera terminar, sacó una pequeña bolsa y sopló su contenido en mi rostro.

Un fino polvo llenó el aire a mi alrededor, y tosí, con el sabor ácido quemándome la garganta. Mi visión se nubló, y mis piernas cedieron bajo mí.

—¿Qué... estás... haciendo? —mascullé, con la voz débil y desvaneciéndose.

—Lo descubrirás muy pronto —dijo, y su voz fue lo último que escuché antes de que la oscuridad me envolvió.

* * *

Mi cabeza palpitaba mientras flotaba entre la conciencia y la inconsciencia. Voces leves resonaban a mi alrededor, pero eran distantes, como susurros a través del agua. Poco a poco, el mundo comenzó a reconstruirse. La superficie fría e inflexible debajo de mí, el tenue aroma metálico de sangre en el aire y la pesadez en mis extremidades.

Entonces me golpeó, como una ola aplastante: los renegados, Garrick y la traición. Mi corazón se hundió mientras los recuerdos regresaban, cada uno más aterrador que el anterior. Había confiado en Garrick, había creído por un momento fugaz que estaba allí para salvarme. Ingenua.

Intenté moverme, pero mi cuerpo se sentía lento, sin respuesta. El pánico brotó en mi pecho mientras intentaba contactar a mi loba, desesperada por sentir su fuerza, su presencia. Pero no había nada. Era como un vacío abismal donde solía estar ella.

Mantén la calma, Lena, me dije a mí misma. El pánico solo empeoraría las cosas. Necesitaba entender dónde estaba, qué planeaban hacer. Mis oídos se esforzaron, captando los débiles murmullos de las voces cercanas.

—Debería estar despierta ya —dijo una voz cortante y familiar. Vivienne. El sonido de su nombre me erizó la piel. ¿Estaría con Garrick? Claro que sí.

—Despertará pronto —respondió Garrick, con un tono cargado de diversión—. La sustancia no estaba pensada para mantenerla inconsciente por mucho tiempo. Solo necesitaba que estuviera sometida, no muerta.

Mi mente corría a toda velocidad. Sometida. Mi lobo estaba inactivo por lo que me habían administrado. Me quedé quieta, fingiendo estar inconsciente lo mejor que pude. Mis dedos palparon las ataduras en mis muñecas. Plata, por supuesto. Las cadenas me mordían la piel, su quemadura tóxica un recordatorio constante de mi cautiverio.

—No hay prisa de todas formas, la luna llena está a horas de llegar y podremos obtener lo que queremos de ella —dijo Vivienne con desdén, acercándose.

—Tienes razón, una vez que tengamos a su lobo rojo, puede irse al infierno por lo que nos importa.

Me estremecí involuntariamente, y el movimiento me delató. El agudo jadeo de Vivienne fue la única advertencia antes de que una bofetada ardiente golpeara mi mejilla. El dolor estalló, y mis ojos se abrieron de par en par mientras jadeaba.

—Ahí estás —dijo Vivienne, su cara a centímetros de la mía. Sus ojos brillaban con malicia, y sus labios se torcieron en una sonrisa cruel —. Ya estás despierta, pequeña Luna.

No respondí. Mi mejilla palpitaba, y el sabor de la sangre cubría mi lengua, pero me negué a darle la satisfacción de una reacción.

—Parece una cachorrita asustada —dijo Vivienne, riéndose mientras se volvía hacia Garrick—. ¿Estás seguro de que esta es la legendaria loba roja?

—Sí, lo es —respondió Garrick, acercándose. Su mirada me recorrió, y me estremecí bajo su peso.

—Garrick, ¿dónde estoy? ¿Por qué me has traído aquí? —pregunté forzando las palabras, con la voz ronca y temblorosa. Odiaba lo débil que sonaba, pero necesitaba mantenerlos hablando.

—Demasiadas preguntas, Lena. Pero estás aquí para cumplir con lo que debió hacerse hace mucho tiempo.

Garrick se agachó a mi lado, su rostro tranquilo, casi amable, como si no fuera el monstruo que yo conocía—. Durante años, he observado y esperado. Al igual que Theron. Esperé a que alcanzaras tu promesa, usé al estúpido de Theron para que, cuando llegaras a tu apogeo, lo mataría y te tendría como mía.

—Pero ese maldito Kael arruinó todo. Ahora, tomaré lo que me corresponde.

—Garrick, ¡no hagas esto! Prometo que lo dejaré atrás si me dejas ir.

Otra bofetada contundente de Vivienne me golpeó, haciendo que mi cara ardiera.

La miré con furia, negándole la satisfacción de mi miedo. Ella me sonrió con suficiencia mientras mi cara palpitaba. Un dolor sordo se extendió por mi cabeza, pero me mantuve quieta.

—Ahora, te marcaré como debí hacerlo hace mucho y aprovecharé al lobo rojo.

—Incluso si me marcas, no funcionará —dije, con la voz temblorosa pero firme, mientras devolvía la mirada a Garrick, mintiendo descaradamente—. Kael ya me reclamó.

La risa de Garrick resonó en la cueva, fría y cortante.

—¿Reclamarte? —Se inclinó más cerca, su aliento caliente contra mi rostro—. ¿Crees que no puedo oler que no lo ha hecho? El tonto me ahorró todo el trabajo con eso. Tal vez lo perdone por ello. Lo importante es que tus poderes siguen siendo míos para tomarlos.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Quería negarlo, pero en el fondo sabía que tenía razón. Kael no me había marcado.

—¿Por qué está haciendo esto? —pregunté, tratando de mantenerlo distraído mientras tiraba sutilmente de las cadenas. La plata quemaba mis muñecas, pero hice caso omiso del dolor—. ¿Qué podría ganar al lastimarme? Garrick, usted era como un segundo padre para mí. ¿Qué gana con esto?

—¿Qué gano? —repitió Garrick, poniéndose de pie y caminando de un lado a otro frente a mí—. Todo. Con tu poder, puedo convertirme en el hombre lobo más poderoso. Seré el rey de los lobos renegados y dominaré las manadas. Nadie podrá oponerse a mí, ni siquiera Kael.

—Kael no permitirá que se salga con la suya —dije.

—¿Y quién dice que él tenga alguna voz en esto? Para cuando haya terminado con él, deseará no haberse cruzado en mi camino —respondió.

—Matará a Kael —dije, con la voz ligeramente quebrada. No era una pregunta; era una certeza que hizo que mi corazón se encogiera.

—Por supuesto —respondió Garrick sin dudarlo—. Una vez que Kael esté fuera de escena, las manadas caerán en línea. No tendrán más remedio que inclinarse ante su nuevo Alfa.

—Está delirando —escupí, la ira aflorando a pesar de mi miedo—. Las manadas nunca lo seguirán. Lo perseguirán y lo destruirán.

—Ya veremos —dijo Garrick, con un tono oscuro e implacable.

Me giré hacia Vivienne, que había estado observando el intercambio con una sonrisa de satisfacción. —¿Y usted? ¿Qué gana con esto? ¿También quiere el poder del lobo rojo?

Vivienne rió, un sonido que me hizo crispar los nervios. —No necesito tu poder —dijo, con los ojos brillantes de un deleite retorcido—. Seré la reina de Garrick. Juntos, gobernaremos las manadas.

—Está loca —dije, con incredulidad en la voz—. ¿Traicionaría a Kael, a su manada, por esto?

—Kael no merece liderar —espetó Vivienne, con una expresión amargada—. Es débil. Dejó que tú, la hija de Theron, entrara en nuestra manada, en nuestras vidas. Ese no es el Alfa que necesitamos.

—No soy la hija de Theron —dije, elevando la voz.

—Por supuesto que no lo eres. Solo eres basura que recogió para su beneficio —siseó Vivienne, acercándose más. Sus palabras llegaron directo a mi corazón, causando un profundo dolor.

Negué con la cabeza, el peso de su odio aplastándome. No podía razonar con ellos. Estaban demasiado perdidos.

Garrick se acercó de nuevo, su mano extendiéndose hacia mi rostro. Me estremecí, pero me agarró la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Puedes luchar todo lo que quieras, pero no cambiará nada. Tu loba está inactiva por ahora, pero cuando te marque... —Su sonrisa se

ensanchó—. Cuando te marque, Lena, el lobo rojo será mío.

—Me matará —dije, con la voz apenas un susurro.

—Tal vez —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero algunos sacrificios valen la pena.

Mi corazón latía con fuerza mientras se inclinaba más cerca, su aliento rozando mi cuello. Cada instinto me gritaba que me moviera, que luchara, pero las cadenas de plata se clavaban en mi piel, abrasadoras e implacables. Mi loba, silenciosa y distante, se sentía inalcanzable, dejándome atrapada e impotente.

Y entonces, algo dentro de mí estalló.

Un gruñido gutural escapó de mi garganta, profundo y crudo. La rabia me recorrió como fuego, quemando la neblina de dolor y miedo. Mis músculos se tensaron, mi visión se nubló y el aire a mi alrededor pareció vibrar con una intensidad insoportable.

Garrick retrocedió, su sonrisa vacilando. —¿Qué...?

Lo sentí primero en mis huesos—el dolor agudo y desgarrador de la transformación. Mis costillas se quebraron, mi columna se arqueó y las garras surgieron de las puntas de mis dedos. El dolor era eléctrico, vivo, y alimentaba la tormenta de furia que crecía dentro de mí. Mis labios se retrajeron en un gruñido, el sonido resonando en la cámara.

Garrick retrocedió tambaleándose, su rostro pálido mientras se aferraba a la pared en busca de apoyo. —Imposible —murmuró—. Las cadenas—

No me importó. La ira era ahora cegadora, mi cuerpo vibrando con la furia del lobo rojo. Cada centímetro de mí anhelaba destrozarlo, sentir su sangre en mis garras. Mis músculos se tensaron, listos para saltar.

—¡Garrick! —La voz de Vivienne cortó la tensión, aguda y llena de pánico. Se lanzó hacia adelante, sosteniendo un vial—. ¡Toma esto!

¡Ahora!

Le arrojó el vial, y este se estrelló contra su pecho, el olor acre de su contenido llenó el aire. Mi lobo gruñó, momentáneamente distraído por los vapores irritantes. Garrick aprovechó el momento, sacando una bolsa de su cinturón y arrojando su contenido directamente a mi cara.

El polvo me golpeó como fuego, quemando mis pulmones y ojos. Aullé, la transformación avanzaba en ráfagas violentas mientras el lobo luchaba por mantenerse. Mi visión fluctuó, destellos de rojo y negro se mezclaban mientras la habitación se inclinaba. Mis garras se retrajeron contra mi voluntad, mi fuerza flaqueaba mientras el ardor se extendía por mis venas.

—Deja de luchar —silbó Garrick, acercándose, su rostro distorsionado por la furia—. Eres mía.

Titubeé, colapsando sobre el frío suelo de piedra. Las cadenas sonaron contra mí mientras la última ráfaga de furia del lobo era sofocada por los efectos de la droga. Mi cuerpo parecía de plomo, pesado e insensible. A través de la neblina, vi a Garrick sonriendo burlonamente sobre mí, la sangre goteando de una herida superficial en su brazo. Vivienne se quedó atrás, con las manos temblorosas mientras sostenía otro vial.

—No —susurré, el pánico arañando mi garganta—. Por favor—

—Dulces sueños, Luna —dijo Garrick con falsa dulzura. Vertió el líquido en un trapo y lo presionó contra mi rostro.

Me resistí, pero mi fuerza se desvanecía rápidamente. Lo último que vi fue la cruel sonrisa de Garrick y la mirada triunfal de Vivienne mientras la oscuridad me tragaba por completo.

CAPÍTULO 22



KAEL

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? — Mi voz cortó el aire como una navaja.

Aldrich se estremeció ligeramente, pero mantuvo su postura, su mirada firme a pesar de la furia que vio en la mía.

—Alfa, los guardias informaron que no estaba en sus habitaciones esta mañana. Su rastro de olor lleva hasta el límite de los terrenos de la casa de la manada —dijo con cuidado, su voz baja pero urgente.

Las palabras me golpearon, cada una más pesada que la anterior. Se fue. Me abandonó. Mi pecho se oprimió, el aire se sintió espeso y asfixiante.

—Se fue —gruñí, paseando por la habitación.

Aldrich permaneció en silencio, con las manos entrelazadas a su espalda, su expresión inescrutable. Su silencio solo añadió leña al fuego que ardía dentro de mí.

—¿Cuándo sucedió esto? —murmuré, más para mí que para él. — ¿Dejó alguna nota? ¿Alguien la vio irse?

—Nadie la vio —dijo Aldrich, con cuidado en su tono. —Sus habitaciones estaban vacías esta mañana, y no hay rastro de ella en la casa de la manada. Parece que salió sin ser vista.

Sin ser vista. La palabra me golpeó como una bofetada. Mis manos se cerraron en puños mientras mi mente corría, repasando cada interacción que habíamos tenido en los últimos días. La había evitado, mantenido mi distancia, dejando que mi propia culpa y autodesprecio se interpusieran. Y ahora...

—Entiendo —dije, la realidad hundiéndose en mí como una piedra. Se fue por mi culpa. La empujé a esto.

Aldrich dudó antes de dar un paso adelante. —Alfa, deberíamos organizar una búsqueda. Si se ha adentrado sola en el bosque, no sabemos qué podría...

—No —dije tajante, cortándolo. —Si se fue, es porque quería. Y si ese es el caso, no la arrastraré de vuelta contra su voluntad.

—Alfa, con todo respeto... —comenzó Aldrich, pero levanté una mano para silenciarlo.

Ya ha pasado por suficiente. He hecho suficiente. Si irse es lo que quería, no la detendré.

La expresión de Aldrich se oscureció. —No lo sabemos con certeza...

—Dije que no —gruñí, mi tono final. —Déjalo, Aldrich.

Él exhaló bruscamente, apretando la mandíbula. —Como desee, Alfa.

—Déjame —dije, dándole la espalda. —Necesito estar solo.

Aldrich dudó un momento más antes de hacer una leve reverencia y salir de la habitación. La puerta se cerró con un suave clic, dejándome en silencio.

Las horas pasaban lentamente, cada una más pesada que la anterior. El peso de mi decisión se asentó sobre mí como una niebla sofocante. Mi mente repetía una y otra vez su ausencia, su voz de aquella noche cuando me había contado la verdad sobre su linaje. La forma en que me había mirado, esperando algo que yo no podía dar. Y ahora se había ido.

El golpe en la puerta llegó horas después, rompiendo la quietud. Me giré, con el pulso acelerado.

—Adelante —gruñí.

Aldrich entró, su rostro serio pero decidido. Llevaba algo en la mano —una bufanda.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté, con el agotamiento en mi voz apenas disimulado.

—Alfa —comenzó Aldrich con cuidado—, sé que me ordenó que no lo hiciera, pero no pude ignorar esto. Pedí a los hombres que rastrearan el bosque, solo para estar seguros.

Mi temperamento estalló al instante. —¿Desobedeciste una orden directa?

—Lo hice —admitió sin vacilar—. Porque no quería creer que la Luna se había ido así, sin decir nada, y tenía razón.

Sus palabras me dejaron helado.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —Mi voz era cortante, las palabras casi un gruñido.

Aldrich dio un paso adelante, extendiendo la bufanda.

—Creo que la tomaron, Alfa. Encontramos esto cerca del límite del territorio. Es suya, Alfa. Y hay algo más.

Tomé la bufanda, con las manos temblando ligeramente. Todavía conservaba su aroma, leve pero inconfundible. Pero debajo de él había algo amargo y extraño.

—Aconitina —murmuré, la revelación golpeándome como un puñetazo.

Aldrich asintió con gravedad. —No hay más señales de que ella estuviera allí, pero la vi con esta bufanda ayer, así que estoy seguro

de que es suya. Dudo que quisiera usar aconitina sobre sí misma, así que alguien más debió hacerlo.

La ira estalló en mi pecho, ardiente y cegadora. —¿Y solo me lo dices ahora?

—Quería estar seguro —dijo Aldrich con calma—. Si me equivocaba, no quería hacerle perder el tiempo. Pero ahora...

—Hay algo más —dijo, mostrando un trozo de tela. Era un pedazo de tela, deshilachado en los bordes, pero el símbolo bordado en él era inconfundible. Mi corazón se hundió.

Era el emblema de la manada de Theron.

La ira estalló en mí, ardiente y cegadora. —¿Cómo demonios llegó esto aquí?

—No lo sé —admitió Aldrich, con voz firme pero cautelosa—. Pero quien lo dejó podría estar involucrado en su desaparición.

—Garrick —silbé, el nombre saliendo de mis labios como una maldición.

Aldrich frunció el ceño. —¿Está seguro, Alfa?

—Tiene que ser él —dije, con la mente acelerada—. Recuerdas el informe que recibimos sobre él. La pregunta es, ¿esto era parte de su plan?

—No lo creo, Alfa. Si fue con él voluntariamente, ¿por qué dejó sus provisiones?

Aldrich tenía razón. Había algo extraño en esto.

Aldrich dudó. —Pero ¿por qué Garrick la tomaría? No es por su loba roja —no puede aprovechar sus poderes a menos que esté sin marcar. Y usted... —Sus palabras se desvanecieron mientras su mirada se volvía hacia mí, con la comprensión brillando en sus ojos.

Me puse tenso, el peso de sus palabras no dichas cayendo sobre mí.

A menos que esté marcada.

No la había marcado correctamente.

La culpa me golpeó como una ola, arrastrándome. Mi vacilación, mi miedo —la habían dejado vulnerable. Y ahora, Garrick la tenía.

Me di la vuelta, apretando los puños con tanta fuerza que las uñas se clavaron en mis palmas. —La recuperaremos —dije, con voz fría y resuelta—. No importa lo que cueste.

Aldrich asintió. —Reuniré a los guerreros más fuertes. Partiremos cuando usted lo ordene.

Mientras se daba la vuelta para marcharse, me permití un momento de debilidad. Mi pecho se oprimió, el peso de mi fracaso me ahogaba. Lena no era solo mi Luna. No era solo una responsabilidad. Ella era... todo.

Y la había dejado escaparse de mis manos.

* * *

Las últimas horas habían sido un infierno. El tipo de infierno que devora tu determinación, arañando los límites de tu cordura. Lena se había ido, y cada segundo que pasaba era como una daga clavándose más profundamente en mi pecho.

Caminé de un lado a otro en mi estudio como un lobo enjaulado, las paredes cerrándose más con cada respiro que tomaba. Su ausencia era un dolor constante, un recordatorio de los errores que había cometido. Si tan solo le hubiera dicho lo que sentía, si hubiera admitido que la amaba, quizás no se habría ido. Quizás aún estaría aquí.

Un golpe brusco en la puerta me sacó de mis pensamientos en espiral.

—¿Qué? —gruñí, con una voz más cortante de lo que pretendía.

La puerta crujió al abrirse, y Aldrich entró, su rostro serio. —Alpha.

—¿Qué haces aquí? —espeté, mi frustración estallando. —No pedí que me molestaran.

—Querrá escuchar esto —dijo, con un tono calmado pero insistente.

—No quiero escuchar nada a menos que sea sobre Lena —rugí.

—Es sobre ella —dijo Aldrich, avanzando más dentro de la habitación. —El omega que pusimos a cargo de la manada de Theron está aquí. Dice que es sobre su desaparición.

Me quedé helado, mi corazón latiendo con fuerza. —Llévame con él —dije, con una voz baja y tensa.

Aldrich asintió y guió el camino. Lo seguí a través de los intrincados pasillos de la casa de la manada, mi mente acelerándose. Si el omega tenía información sobre Lena, necesitaba escucharla. Necesitaba actuar.

Cuando llegamos a la sala de reuniones, el omega estaba esperando. Se mantenía nervioso, retorciéndose las manos mientras sus ojos recorrían la habitación. Su olor estaba impregnado de miedo, pero debajo de eso, había una determinación que podía respetar.

—Alpha Kael —dijo, inclinando la cabeza.

—¿Qué sabes? —exigí, sin molestarme en formalidades. —¿Está en la manada?

—No, Alpha —respondió rápidamente, negando con la cabeza. —Pero creo que sé dónde la tienen.

Mi pulso se aceleró, y me acerqué más, mi mirada fijándose en la suya. —¿Dónde?

—Después de que usted nos instruyera vigilar a Garrick, descubrimos una cueva en lo profundo del bosque del norte. Está

bien escondida, pero creemos que es donde él ha estado operando... y donde tiene a Lena.

Sus palabras me golpearon como un martillo. Garrick. Por supuesto. Debí haberme ocupado de él en el momento en que Aldrich me trajo sus sospechas. Ahora, Lena estaba pagando el precio de mi indecisión.

—Muéstrame —dije, con una voz como el acero.

El omega asintió, pero antes de que pudiera responder, sacó un pergamino de su bolso. —Hay algo más, Alpha. Encontré esto mientras investigaba los aposentos de Garrick en la manada de Theron.

Me entregó el pergamino, y lo desenrollé rápidamente. La caligrafía era inconfundible, la de Theron. Mi sangre se heló mientras leía el contenido. Era un registro de Garrick y Theron conspirando para envenenar a mi padre.

La rabia que me invadió fue cegadora. Mis puños se apretaron, el papel arrugándose ligeramente bajo la presión.

—Después —gruñí, con la voz tensa por la furia—. Ahora mismo, nos concentramos en Lena.

Aldrich dio un paso al frente, con una expresión tensa. —Alfa, si Garrick la tiene, necesitamos más hombres. No sabemos cuántos proscritos tiene con él.

—No puedo esperar —espeté—. Reúne a los guerreros, pero yo me voy ya. Si pueden alcanzarme, bien. Si no, yo mismo me encargaré de esto.

Aldrich dudó, pero asintió. —Entendido. Seré rápido.

El omega me llevó a los establos, donde monté mi caballo y cabalgué con fuerza hacia el bosque del norte. El viaje fue un borrón, mi mente consumida por los pensamientos de Lena. No podía perderla. No así.

* * *

La cueva se alzaba ante mí, envuelta en sombras y oculta por una densa vegetación. Mi lobo emergió a la superficie, los instintos agudos y listos para la pelea que sabía que se avecinaba. El aire apestaba a olor de proscrito: salvaje, caótico y sediento de sangre.

—Quédate atrás —ordené al omega, con una voz firme y fría—. Detén a cualquiera que intente seguirme.

Él asintió, agarrando la espada que llevaba al costado. —Ten cuidado, Alfa.

Avancé, con los sentidos en alerta máxima. La oscuridad parecía cerrarse a mi alrededor, y cada paso se sentía más pesado a medida que el penetrante hedor de los proscritos se hacía más intenso. Las paredes de la cueva se estrechaban, y los tenues sonidos de movimiento resonaban en el pasadizo. Mis garras se extendieron, listas para atacar.

Los dos primeros guardias ni siquiera me vieron venir. Los abatí en silencio, mis garras cortando sus cuellos con una precisión experta. Sus cuerpos cayeron al suelo sin hacer ruido. Pero, a medida que me adentraba en la cueva, el elemento sorpresa se desvaneció.

Un gruñido bajo resonó en el estrecho pasadizo, seguido del inconfundible sonido de garras raspando la piedra. Entonces, se lanzaron sobre mí.

Cinco proscritos emergieron de las sombras, con sus ojos brillantes llenos de malevolencia descontrolada. Sus gruñidos llenaron el aire mientras se abalanzaban. Me transformé al instante, la transición de hombre a lobo fue fluida y alimentada por el fuego que corría por mis venas.

Los dientes del primer proscrito se clavaron en mi hombro, pero no vacilé. Lo estrellé contra la pared, escuchando el satisfactorio crujido de huesos antes de girarme hacia los demás. Otro saltó hacia mi

garganta, pero lo atrapé en el aire, mis garras desgarrando su abdomen. La sangre salpicó el suelo de la cueva, pero no hubo tiempo para respirar. Los tres restantes me rodearon, sus gruñidos vibrando en mi pecho mientras se acercaban.

La pelea fue brutal, cada golpe un choque de garras y colmillos. Mi lobo rugió de rabia, la adrenalina corriendo por mis venas como una tormenta. Destrocé a uno, luego a otro, pero seguían llegando. Por cada uno que mataba, parecía que dos más tomaban su lugar. El olor a sangre—la mía y la de ellos—era sofocante, pero no me detuve. No podía detenerme. Lena estaba aquí, en algún lugar más profundo de la cueva, y la alcanzaría sin importar el costo.

Mientras acababa con el último del grupo, un aullido resonó desde lo más profundo de la cueva. Más proscritos brotaron de la oscuridad, su simple número resultó abrumador. Mi lobo aulló furioso, el sonido resonó en la cámara mientras me lanzaba a la refriega. Mis garras y dientes eran mis únicas armas, y las utilicé con una precisión mortal.

El caos fue implacable. Las garras me arañaron la espalda, los dientes se clavaron en mi carne, pero no paré. La sangre goteaba de mi pelaje, el sabor metálico llenando mi boca mientras destrozaba a los proscritos uno por uno. Mis respiraciones eran jadeos entrecortados, mi cuerpo gritaba en protesta, pero seguí adelante, impulsado por el único pensamiento de alcanzar a Lena.

La marea comenzó a cambiar cuando el sonido de aullidos llenó el aire —mi manada. Un alivio me invadió al ver que mis guerreros se unían a la lucha, su presencia convirtiendo el caos en algo más manejable. Los renegados vacilaron bajo el asalto coordinado, sus ataques desordenados no eran rival para la disciplina y fuerza de mi manada.

No perdí el tiempo. Mientras mis lobos mantenían la línea, me adentré más en la cueva, siguiendo el tenue rastro de Lena. Me llevó a una cámara enorme, iluminada por antorchas parpadeantes. Mi corazón se detuvo al ver lo que tenía ante mí.

Lena.

Estaba atada a una losa de piedra, sus muñecas y tobillos sujetos con cadenas de plata que le quemaban la piel. Su rostro estaba pálido, su respiración superficial, pero estaba viva. Alivio y rabia se mezclaron en mí al desviar la mirada hacia la figura que estaba junto a ella.

Garrick.

Él no se percató de mi presencia. Mis ojos se abrieron de par en par al ver que inclinaba su cabeza hacia el cuello de Lena, sus colmillos listos para marcarla. La furia brotó en mí, una fuerza primaria e imparable.

—¡Aléjate de ella! —rugí, lanzándome hacia él.

Garrick se movió rápido, esquivando mi ataque y girando para enfrentarme. Su sonrisa se ensanchó al enderezarse, sus garras extendidas. —Simplemente no sabes cuándo rendirte, ¿verdad?

—Nunca la tocarás —gruñí, mi lobo gruñendo en señal de acuerdo.

Chocamos con fuerza brutal, garras y colmillos encontrándose en un baile mortal. Garrick era fuerte —más de lo que había anticipado—, pero yo era más rápido. Le asesté un golpe en las costillas, el crujido del hueso resonó en la cámara. Él contraatacó, sus garras desgarrando mi pecho, pero apenas sentí el dolor. Lo único que importaba era Lena.

La pelea continuó, cada golpe más feroz que el anterior. La fuerza de Garrick se equiparaba a su astucia, y usó todas las trampas sucias que pudo para tomar la delantera. Pero yo era implacable. Mi lobo tenía el control, y su objetivo era claro: acabar con él.

Finalmente vi mi oportunidad. Garrick se abalanzó sobre mí, sus movimientos desesperados, y yo me aparté, clavando mis garras en su costado. Aulló de dolor, tambaleándose mientras la sangre brotaba de la herida.

—Esto termina ahora —gruñí, mi voz baja y mortal.

Los ojos de Garrick se abrieron al darse cuenta, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Avancé, mis garras atravesando su garganta en un movimiento rápido. Su cuerpo cayó al suelo, sin vida.

Me giré hacia Lena, mi pecho palpitante al volver a mi forma humana. Un alivio me invadió al acercarme a ella, pero fue fugaz.

Una figura emergió de las sombras, sus garras presionando el cuello de Lena.

Vivienne.

Su sonrisa era fría, sus ojos brillaban con malicia. —Un paso más, Kael, y ella muere.

CAPÍTULO 23



KAEL

La tensión en la cueva era asfixiante. Mi lobo gruñía dentro de mí, exigiendo acción, pero no podía moverme. No con las garras de Vivienne presionando el cuello de Lena.

Los ojos de Lena estaban desorbitados, su respiración superficial mientras permanecía completamente inmóvil. Verla así, tan vulnerable, tan cerca del peligro, hacía que todos mis instintos rugieran para protegerla.

—Has perdido, Vivienne —dije, con voz baja pero cortante—. No tienes salida. Déjala ir.

La risa de Vivienne resonó en la cueva, un sonido amargo cargado de desesperación. —¿De verdad crees que me importa perder? No me queda nada, Kael. Nada. ¡Gracias a ti!

Sus garras presionaron con más fuerza, y Lena hizo una mueca de dolor. Mi corazón golpeaba con fuerza contra mis costillas, mi lobo arañando por tomar el control.

—Déjala ir, Vivienne —repetí, con un tono más severo—. Esto no tiene por qué terminar en más derramamiento de sangre.

Ella se burló, su mueca retorciendo sus rasgos. —De verdad eres patético, Kael. Siempre haciendo el Alfa noble, siempre fingiendo que estás por encima de todo. Pero no lo estás, ¿verdad? Harás lo

que sea necesario para salvarla. Incluso si eso significa darme lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —exigí, ganando tiempo mientras cambiaba sutilmente mi postura. Aldrich y mi manada estaban cerca; solo necesitaba una oportunidad.

Sus ojos brillaron con malicia. —Todo. El poder, el estatus. Me negaste lo que era legítimamente mío. Si tan solo me hubieras hecho tu Luna...

—Nunca estuviste destinada a ser mi Luna —corté, con voz de acero.

Ella mostró los dientes, apretando su agarre sobre Lena. —Si no soy yo, entonces nadie. Y especialmente no ella. No es más que una herramienta, un peón en esta ridícula profecía. ¿Crees que te ama? ¡Ni siquiera te conoce!

Lena se estremeció ante sus palabras, sus ojos mirándome por un breve instante.

—Ya has perdido, Vivienne —dije, ignorando sus burlas—. Garrick está muerto y los renegados están dispersos. Ríndete ahora, y lo haré rápido.

Su risa fue estridente, rasgando mis oídos. —¿Rápido? ¿Crees que te tengo miedo? Deberías tenerme miedo a mí, Kael. Porque me aseguraré de que la pierdas antes de morir.

Un destello de movimiento detrás de ella captó mi atención. Aldrich estaba en posición, su espada desenvainada, sus pasos silenciosos.

—Vivienne —dije, manteniendo su atención en mí—. Tu padre no habría querido esto. Él era leal a la manada, a mi familia. Se sentiría avergonzado de lo que te has convertido.

Su rostro se retorció de furia, su compostura desmoronándose. —¡No te atrevas a hablar de mi padre! —gritó.

Ese fue el momento en que Aldrich atacó. Su espada cortó el brazo de Vivienne, y ella gritó, tambaleándose hacia adelante.

No dudé. Me abalancé, agarré a Lena y rápidamente deshice las cadenas. Ignoré el dolor mientras la plata quemaba mi piel. Haría lo que fuera para liberarla de las cadenas.

En cuestión de minutos la liberé. La aparté del alcance de Vivienne. Su cuerpo tembloroso se desplomó contra el mío, y la abracé con fuerza, mi corazón palpitando de alivio.

—Está bien —susurré, apartándole el cabello—. Te tengo.

Las manos de Lena se aferraron a mi camisa, su respiración era superficial pero constante.

Vivienne, ensangrentada y furiosa, se levantó con dificultad. Sus ojos desquiciados se clavaron en mí. —Te arrepentirás de esto — escupió, su voz temblaba de rabia.

Aldrich y los demás la rodearon, sus armas en alto.

—Se acabó —dije, levantándome con Lena aún en mis brazos—. Ríndete, o esta vez no los detendré.

Su risa fue hueca, su mirada ardía de odio. —¿Crees que has ganado? Eres un tonto, Kael.

Se lanzó hacia mí, con sus garras extendidas. Antes de que pudiera reaccionar, Lena se interpuso, protegiéndome con su cuerpo.

—¡Lena, no! —grité, pero ya era demasiado tarde. Las garras de Vivienne arañaron su costado, y Lena cayó al suelo.

La risa de Vivienne resonó en la cueva antes de que dijera:

—Esto es incluso mejor. Veamos cómo te vas a enfrentar al veneno que acabo de darle. Ahora no la tendrás.

La ira me consumió. Mi lobo emergió y me abalancé sobre Vivienne sin piedad. Sus gritos resonaron en la cueva mientras acababa con

su vida, su cuerpo cayendo en un montón inerte.

Me giré hacia Lena, mi pecho jadeando. La sangre brotaba de su herida, tiñendo el suelo bajo ella. Me arrodillé, recogiéndola en mis brazos.

—Quédate conmigo —supliqué, mi voz temblorosa—. Por favor, Lena. No me dejes.

Sus ojos se abrieron lentamente, su mirada difusa. —Kael... —susurró, su voz apenas audible.

—Lena —dije, las palabras saliendo a borbotones—. Por favor, lucha. No te rindas.

Sus labios esbozaron la más tenue de las sonrisas antes de que sus ojos se cerraran nuevamente. La abracé con fuerza, mi corazón destrozándose mientras susurraba su nombre una y otra vez, rogando a la diosa de la luna que la salvara.

* * *

La habitación estaba opresivamente silenciosa, excepto por el tenue sonido de la respiración superficial de Lena. Cada subida y bajada de su pecho era un pequeño milagro, pero no era suficiente para calmar la tormenta dentro de mí.

Habían pasado días—días desde que la había llevado de vuelta a la casa de la manada, su sangre empapando mis manos, su vida colgando de un hilo. Días desde que la curandera había susurrado las palabras que me atormentaban: veneno de Syracuse. La sustancia más letal conocida por nuestra especie, mortal en minutos. Ya debería estar muerta.

Pero no lo estaba.

Lena había desafiado todas las probabilidades, su voluntad de vivir era más fuerte que cualquier cosa que hubiera visto. Y sin embargo,

allí estaba, aún inmóvil, su piel pálida y fría. Cada segundo que permanecía así parecía una burla cruel de la propia diosa de la luna, balanceando la esperanza justo fuera de mi alcance.

Me senté junto a su cama, mis manos agarrando las suyas. Estaban frías, tan frías que me oprimieron el pecho. Mi pulgar trazó las tenues cicatrices en su muñeca, las marcas de su sufrimiento, de todo aquello de lo que no había logrado protegerla.

Esto es mi culpa.

El pensamiento había sido un acompañante constante desde el momento en que las garras de Vivienne la habían cortado. Debí haber matado a Vivienne en el instante en que descubrí su traición. En cambio, dudé, y Lena pagó el precio.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos en espiral. No respondí.

—Alfa Kael —la voz de Aldrich atravesó la pesada madera, cautelosa pero firme.

No levanté la vista cuando entró, sus pasos eran suaves pero deliberados. Se detuvo a unos metros, su mirada sin duda posada en Lena.

—No has comido —dijo en voz baja—. No has descansado. La manada te necesita...

—La manada puede esperar —espeté, con una voz más áspera de lo que pretendía. No lo miré, mis ojos fijos en la figura inmóvil de Lena —. No voy a dejarla.

—Kael... —vaciló, y escuché la preocupación en su voz—. No le sirves a nadie así. Al menos déjame traerte comida...

—No.

La finalidad en mi tono lo silenció. Soltó un suspiro resignado y sentí su mirada posarse en mí antes de que finalmente se diera la vuelta

para salir. La puerta se cerró tras él y el silencio opresivo volvió a invadir la habitación.

Dejé escapar un aliento tembloroso, inclinándome hacia adelante hasta que mi frente descansó sobre la mano de Lena.

—Lena —susurré, con la voz quebrada—. Por favor. Necesito que vuelvas a mí.

Su mano permaneció inerte en la mía, su respiración constante pero débil. Mi pecho ardía, el peso de todo lo que no había dicho aplastándome.

—Fui un tonto —admití, con la voz temblorosa—. Pensé que podía protegerte manteniendo la distancia, no dejándote entrar. Pero me equivoqué. Me equivoqué tanto.

Levanté la cabeza, mirando su rostro pálido. Parecía tan frágil, tan distinta de la mujer feroz y apasionada que se había enfrentado a mí vez tras vez.

—Me diste algo que pensé que había perdido para siempre —continué, con la garganta apretada—. Me diste esperanza. Me hiciste creer que tal vez... tal vez podría ser algo más que el monstruo en el que me he convertido.

Las palabras brotaron, crudas y sin filtro, como si pronunciarlas en voz alta pudiera de algún modo alcanzarla, de algún modo traerla de vuelta.

—Te extraño —dije, con la voz apenas un susurro—. Extraño la forma en que me miras, como si vieras más allá de toda la oscuridad. Extraño tu risa, tu terquedad, la forma en que me haces sentir vivo. No puedo hacer esto sin ti, Lena. No quiero.

Las lágrimas nublaron mi visión, pero no me molesté en secarlas. —Eres mi Luna. Mi verdadera Luna. Y te prometo que, si vuelves a mí, nunca te dejaré de nuevo. Nunca dejaré que nada te lastime de nuevo. Solo... por favor, Lena. No me dejes.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Apreté su mano contra mis labios, cerrando los ojos mientras luchaba contra la desesperación aplastante que amenazaba con consumirme.

Las horas se confundieron, cada una más pesada que la anterior. Me quedé a su lado, negándome a moverme, negándome a soltarla.

En algún momento, la puerta se abrió de nuevo con un chirrido. No levanté la vista cuando escuché los pasos acercarse, pero sentí la presencia del sanador.

—Se está aferrando —dijo suavemente, con un tono cargado de incredulidad—. Es... asombroso.

No respondí, mis ojos clavados en el rostro de Lena.

—Alfa —continuó el sanador con vacilación—. Deberías prepararte. Puede que no despierte.

Las palabras golpearon como un puñetazo, pero no me inmuté. —Despertará —dije, con firmeza—. Tiene que hacerlo.

El sanador no discutió. Salió en silencio, y la puerta se cerró tras él.

Me incliné más cerca de Lena, mi frente rozando la suya. —Eres más fuerte que esto —susurré—. Lo sé. Lucha, Lena. Por favor. Lucha por nosotros.

Las horas se extendieron, el peso de mi culpa y mi miedo presionándome. Pero no me moví. No podía.

Lena no era solo mi Luna. Era mi ancla, mi salvación. Y haría lo que fuera necesario para traerla de vuelta.

CAPÍTULO 24



LENA

Lo primero que sentí fue dolor, una molestia sorda y generalizada que latía en todo mi cuerpo. Fue suficiente para sacarme del vacío sin fin en el que había estado flotando, atrayéndome de vuelta a la superficie.

Intenté abrir los ojos, pero mis párpados se sentían increíblemente pesados. La oscuridad a mi alrededor comenzó a desvanecerse, y murmullos leves llegaron a mis oídos, como voces bajo el agua.

—Lena.

El sonido de mi nombre me sacudió, anclándome a la realidad. Reconocí la voz, profunda y autoritaria, pero cargada de una emoción que nunca antes había escuchado. Kael.

Forcé mis ojos a abrirse lentamente, la luz tenue de la habitación difuminando todo con bordes suaves. Mi visión se aclaró poco a poco, y lo primero que vi fue el rostro de Kael sobre el mío.

Parecía... desaliñado. Su cabello estaba desordenado, sus ojos inyectados de sangre, y ojeras oscuras los enmarcaban como moretones. Su mandíbula estaba tensa, su expresión indescifrable, excepto por el alivio puro que suavizó la tensión cuando nuestras miradas se encontraron.

—Estás despierta —dijo, con una voz áspera y ligeramente temblorosa.

Intenté hablar, pero mi garganta se sentía seca, irritada. Lo único que logré emitir fue un leve chirrido.

—No —dijo rápidamente, mientras su mano buscaba la mía. Su toque era cálido, anclándome de una manera que no esperaba—. No intentes hablar todavía.

Volteó su cabeza hacia la puerta, lanzando una orden que apenas entendí. Su voz era firme, pero había una urgencia que me hizo apretar el pecho.

—Traigan al sanador. Ahora.

Mi mirada se desvió de nuevo hacia su rostro mientras volvía a mirarme. Su otra mano se acercó para apartar mechones de cabello húmedo de mi rostro, sus dedos sorprendentemente delicados para alguien tan fuerte.

—Me asustaste —murmuró, con una voz más suave ahora—. No vuelvas a hacer eso, Lena.

Parpadeé, intentando procesar sus palabras, la emoción detrás de ellas. Kael, el Alfa estoico e imperturbable, estaba conmocionado.

Llevó mi mano a sus labios, presionando un beso en mi palma. La aspereza de su barba rozó mi piel, y sentí una oleada de calor, no por fiebre esta vez, sino por algo completamente distinto.

La puerta se abrió de golpe, y el sanador entró apresurado, sus movimientos rápidos y decididos. Kael retrocedió ligeramente, pero no soltó mi mano.

El curandero se inclinó sobre mí, con las manos suspendidas justo por encima de mi piel mientras cerraba los ojos. —Es asombroso — dijo tras un momento, con un tono lleno de incredulidad—. Está estable. El veneno debería haber... —Dejó la frase a medias, sacudiendo la cabeza—. La Diosa Luna debe estar velando por ella.

Kael no respondió, pero sentí que su agarre en mi mano se tensaba.

El curandero se enderezó, su mirada se dirigió a Kael. —Necesitará descanso. Mucho. Su cuerpo aún se está recuperando de los efectos del veneno, y le llevará tiempo recuperar su fuerza.

Kael asintió con brusquedad. —Asegúrate de que tenga todo lo que necesita.

El curandero me dedicó una pequeña sonrisa tranquilizadora antes de salir de la habitación, sus pasos desvaneciéndose en la distancia.

Kael se sentó de nuevo junto a mí, su mano libre rozando mi mejilla. Noté la aspereza en sus movimientos, la forma en que sus dedos temblaban ligeramente, como si apenas pudiera contenerse.

—Te ves terrible, como si no hubieras dormido —croé, mi voz débil pero lo suficientemente firme como para romper el pesado silencio de la habitación.

Kael soltó una risa sin humor, pasándose la mano por el despeinado cabello. —No he dormido.

Podía verlo: el agotamiento marcado en cada línea de su rostro, las ojeras oscuras bajo sus ojos. Parecía un hombre cargando el peso del mundo. —¿Por qué? —pregunté suavemente, aunque en el fondo ya conocía la respuesta.

Su mandíbula se tensó, y sus ojos azul plateado se encontraron con los míos con una intensidad cruda que me cortó el aliento.

Evitó mi mirada, clavando los ojos en el suelo. —Porque no podía apartarme de tu lado. Tenía miedo de haberte perdido —dijo, su voz apenas un susurro.

La emoción cruda en su tono me apretó el pecho. —Kael...

—No —me interrumpió, su voz más firme ahora—. Déjame decir esto. Por favor.

Guardé silencio, observándolo mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

—Recibiste el golpe por mí —dijo, su voz temblorosa con una mezcla de ira y dolor—. ¿Tienes idea de lo que eso me hizo? Verte caer, sin saber si sobrevivirías... —Se interrumpió, su mano cerrándose en un puño—. Sentí como si el mundo se acabara.

Extendí la mano hacia él, mis dedos rozando su brazo. —No podía permitir que te hiciera daño —dije simplemente—. Ni siquiera lo pensé. Solo...

—¡Ese es el problema! —exclamó, sus ojos ardiendo mientras se volvía por completo hacia mí—. No lo pensaste, Lena. Te lanzaste al peligro sin pensarlo dos veces. Podrías haber muerto.

Las lágrimas asomaron a mis ojos ante la angustia en su voz. —No podía perderte —susurré, mi voz temblorosa—. ¿No lo entiendes? No podía quedarme allí de brazos cruzados.

—¿Y crees que yo podría quedarme allí y verte morir por mí? —replicó, su voz quebrándose—. ¿Crees que podría vivir con eso? Eres mi Luna, Lena. Eres mi igual. Tu vida no vale menos que la mía. ¿Sabes lo que me habría hecho perderte?

El silencio que siguió fue pesado, cargado de emociones no dichas. Sus hombros se hundieron, y se pasó una mano por el cabello, su compostura resquebrajándose. —Lo siento —dijo de repente, su voz cargada de culpa—. Por todo.

Parpadeé, confundida. —¿Por qué te disculpas?

—Por fallarte —dijo, su voz apenas audible—. Por alejarte cuando debería haberte abrazado con más fuerza. Por retirarme cuando más me necesitabas.

—Kael... —comencé, pero él negó con la cabeza.

—No, déjame terminar —dijo, sus ojos encontrándose con los míos, llenos de una vulnerabilidad que nunca antes había visto—. Cuando

no pude encontrarte... pensé que te habías ido. Que finalmente habías tenido suficiente de mí.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida—. ¿Por qué pensarías eso?

—Porque lo merecía —dijo simplemente—. Porque te di todas las razones para irte. Te castigué injustamente durante meses. Luego seguí alejándote, dejando que mi culpa y mi miedo se interpusieran. Pensé que te habías dado cuenta de que estabas mucho mejor sin mí.

Las lágrimas llenaron mis ojos mientras alcé su mano, apretándola con fuerza. —Kael, no me estaba yendo —dije firmemente—. Pensé que estabas patrullando cerca del límite de la manada, y quería encontrarte. Hablar contigo. Por eso salí de la casa de la manada.

Su respiración se cortó, y el alivio brilló en su rostro antes de ser reemplazado por una profunda culpa. —Estaba equivocado —dijo suavemente—. Acerca de todo. Acerca de ti. Y he tenido tanto miedo de haberte alejado demasiado.

Negué con la cabeza, mi voz temblorosa por la emoción. —Kael, no lo has hecho. Estoy aquí. Siempre he estado aquí.

Su mano apretó la mía, su mirada fijándose en la mía. —Pensé que me odiabas —admitió, su voz quebrándose—. Cuando vi las cicatrices en tu cuerpo, pensé... pensé que eran la prueba de cuánto te había fallado. No podía enfrentarte, Lena. Fui un cobarde.

—No eres un cobarde —dije con firmeza—. Y nunca podría odiarte. Mi amor por ti no deja espacio para el odio, Kael. Nunca lo ha hecho.

La honestidad cruda de mis palabras pareció romper algo en él. Con ambas manos, me tomó el rostro, su tacto tembloroso. —¿Me amas? —dijo, su voz firme a pesar de las lágrimas que brillaban en sus ojos. Lentamente asentí, aunque mi corazón latía frenéticamente. Tenía miedo de que él no sintiera lo mismo. Como si estuviera siguiendo un guion, dijo:

—Lena, te he amado por tanto tiempo. Y lamento mucho haber tardado tanto en decírtelo.

Un sollozo escapó de mí, y sonreí entre lágrimas. —Yo también te amo, Kael —dije, mi voz quebrándose por la emoción—. Siempre te he amado.

Sus labios encontraron los míos en un beso suave pero desesperado, lleno de todo lo que habíamos tenido miedo de decir. Cuando nos separamos, nuestras frentes se apoyaron una contra la otra, nuestros alientos mezclándose mientras nos aferrábamos al momento.

—Eres mía —dijo en voz baja, su voz firme pero tierna—. Y nunca dejaré que nada se interponga entre nosotros de nuevo.

—Tú también eres mío —susurré, mis manos aferradas a su camisa —. Siempre.

CAPÍTULO 25



LENA

El sol colgaba alto en el cielo, derramando su luz dorada sobre los terrenos de la manada, transformándolos en un lugar mágico que apenas reconocía. Cada rincón estaba adornado con flores y cintas, los vibrantes rojos y plateados simbolizando unidad y fortaleza. El murmullo de emoción en el aire era casi tangible, y podía sentirlo resonar en mí, añadiendo a la energía eufórica que había estado cargando toda la mañana.

Hoy era el día.

Miré mi reflejo en el espejo, con el corazón latiendo con fuerza. Mi vestido era simple pero elegante: un traje de seda blanca que se ajustaba a mis curvas y fluía hasta el suelo como un rayo de luz de luna líquida. Mi cabello estaba recogido en ondas sueltas, adornado con delicadas horquillas plateadas en forma de huellas de lobo. Las marcas que Kael me había dejado brillaban levemente en mi cuello, visibles para todos y un símbolo del vínculo que compartíamos.

El vínculo.

Sonreí al pensarlo, sintiendo una calidez que se extendía por mi pecho. Desde que Kael me había marcado semanas atrás, nuestra conexión solo había crecido más profunda. Era más que solo emociones o pensamientos: era como si nuestras almas estuvieran entrelazadas, latiendo en perfecta armonía.

Kael siempre había sido mi fuerza, mi refugio, pero ahora... ahora era todo para mí.

Y cuando me había pedido que me casara con él nuevamente hace solo unos días, mi corazón casi explotó de felicidad. Sus palabras habían sido tan sinceras, tan crudas, que ni siquiera lo dejé terminar antes de exclamar —sí—.

—Lena —la voz de Ari interrumpió mi ensueño, devolviéndome al presente. Estaba en la puerta, con una sonrisa amplia y genuina—. Te ves espectacular.

Me giré hacia ella, una risa brotando de mis labios. —¿Crees que es demasiado? ¿O no suficiente? ¿Y si tropiezo caminando por el pasillo? O...

Ari puso una mano en mi hombro, moviendo la cabeza con una sonrisa divertida. —Estás pensando demasiado, Luna. Te ves perfecta. Y Kael... probablemente estará demasiado ocupado mirándote como para notar algo más.

La mención de su nombre me hizo sentir un vuelco en el estómago. —Simplemente parece... surreal. Todo esto.

La sonrisa de Ari se suavizó. —Te mereces esta felicidad, Lena. No lo dudes ni por un segundo.

Asentí, tomando una respiración profunda para calmarme. Ella tenía razón. Este era mi momento... nuestro momento.

El sonido distante de una campana resonó, señalando el inicio de la ceremonia. Mi corazón dio un salto, una mezcla de emoción y nervios recorriendo mi cuerpo.

—Es hora —dijo Ari, su voz llena de aliento silencioso.

La seguí fuera de la habitación, mis pasos eran ligeros pero decididos. El camino hacia el lugar de la ceremonia parecía un sueño, con el sendero bordeado por miembros de la manada e

invitados de territorios vecinos. Sus sonrisas y vítores solo añadían magia al día, pero mi enfoque era singular.

Kael.

Él estaba al final del pasillo, su presencia imponente como siempre. Vestido con un traje negro a medida con detalles plateados, parecía totalmente el Alfa. Pero no era su atuendo lo que me dejaba sin aliento, sino la forma en que me miraba.

Sus ojos dorados se fijaron en los míos, llenos de una mezcla de asombro, amor y algo más profundo, algo que me erizaba la piel.

Cuando llegué a su lado, el mundo pareció desvanecerse. Los murmullos de la multitud, la música, incluso la brisa suave, todo desapareció. Solo estábamos él y yo, de pie juntos en un momento que parecía suspendido en el tiempo.

Kael extendió la mano, su mano grande y cálida envolviendo la mía. —Eres impresionante —murmuró, su voz grave y ronca, destinada solo a mí.

Mis mejillas se sonrojaron, y no pude contener la sonrisa que se extendió por mis labios. —Tú tampoco te ves mal —bromeé, aunque mi voz temblaba de emoción.

El oficiante aclaró su garganta, llamando nuestra atención de vuelta a la ceremonia. La multitud se había quedado en silencio, todos los ojos puestos en nosotros.

—Hoy nos reunimos para presenciar la unión de dos almas, unidas no solo por el sagrado vínculo de compañeros, sino también por su amor, fortaleza y devoción mutua —comenzó el oficiante, su voz profunda resonando por el lugar—. Lena y Kael, su camino no ha estado exento de desafíos, pero es a través de esos desafíos que han crecido más fuertes juntos. Hoy celebramos no solo su unión, sino también la fortaleza de su amor y la unión de sus manadas.

Las palabras resonaron profundamente, trayendo a la mente cada dificultad que habíamos superado para llegar a este momento. Sentí el pulgar de Kael acariciar suavemente el dorso de mi mano, recordándome que habíamos enfrentado todo juntos.

—Lena —dijo el oficiante, llamando mi atención—. ¿Tienes tus votos?

Asentí, volviéndome completamente hacia Kael. Mi corazón latía con fuerza mientras miraba a sus ojos, la profundidad de mis sentimientos a punto de desbordarse. Tomé una respiración para calmarme y comencé.

—Kael —dije suavemente, mi voz temblorosa por la emoción—. Desde el momento en que te conocí, desafiaste todo lo que creía saber sobre mí. Has sido mi fuerza, mi protector y mi mayor desafío. Pero, sobre todo, has sido mi hogar. Me has enseñado que el amor no se trata de la perfección, sino de la aceptación, de estar juntos incluso cuando el mundo intenta separarnos. Hoy, prometo estar a tu lado, ser tu Luna, tu compañera y tu igual. Prometo amarte con todo lo que soy, mientras la luna ilumine el cielo.

Las lágrimas asomaron a mis ojos al terminar, y vi un destello de emoción en la mirada usualmente reservada de Kael.

El oficiante se dirigió a él. —Alfa Kael, ¿tus votos?

Kael apretó ligeramente mi mano, su mirada sin apartarse de la mía. Su voz era firme pero llena de una intensidad que hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Lena —comenzó, su voz profunda resonando en el silencio—. Has cambiado mi mundo de maneras que nunca pensé posibles. Me has demostrado que el amor no es debilidad, sino la mayor fortaleza. Has traído luz a lugares que pensé que permanecerían oscuros para siempre. Hoy, prometo protegerte, honrarte y cuidarte como mi Luna, mi compañera y mi corazón. Prometo estar a tu lado en cada

tormenta y celebrar contigo bajo cada luna. Eres mi todo, Lena, y yo soy tuyo.

La multitud pareció contener la respiración mientras sus palabras se asimilaban, el peso de ellas suspendido en el aire como una promesa sagrada.

El oficiante sonrió. —Por las leyes de la Diosa de la Luna, su vínculo es ahora eterno. Alfa Kael, puede marcar a su compañera—.

Kael se acercó, sus ojos brillando con el tono dorado de su lobo. Con suavidad, apartó mi cabello, exponiendo la marca que había dejado semanas atrás. Pero esta vez era diferente. Esta vez, era frente a todos—una declaración de nuestro vínculo, de nuestro amor y de nuestra unidad.

Sus labios rozaron la marca, y sentí el agudo pinchazo de sus colmillos hundiéndose en mi piel. Sin embargo, no era dolor. Era fuego, un calor envolvente que se expandió por mí, sellando nuestra conexión de una manera que me dejó sin aliento.

La multitud estalló en vítores cuando Kael se apartó, sus ojos clavándose en los míos con un amor feroz e inquebrantable.

—Eres mía— susurró, su voz áspera por la emoción.

—Y tú eres mío— respondí, mi voz firme a pesar de las lágrimas que corrían por mi rostro.

—Gracias, Lena. Gracias por cambiar mi vida y darle sentido de nuevo. Durante tanto tiempo, estuve consumido por el odio, por la venganza. Pensé que era lo único que me mantenía con vida. Pero entonces llegaste tú y me mostraste que había algo más—algo mejor—.

Sentí las lágrimas arder en mis ojos ante la intensidad de sus palabras. Apreté su mano con fuerza.

—Me has cambiado, Lena— continuó, su voz cargada de emoción. —Me has dado algo que nunca pensé que merecía. Paz. Felicidad. Un

futuro—.

No dije nada, dejándolo hablar. Dejándolo desahogar sus emociones.

—Te lo prometo— dijo, inclinándose hasta que nuestras frentes se tocaron, —te amaré hasta mi último aliento. Te protegeré, te cuidaré y me aseguraré de que nunca dudes de lo mucho que significas para mí—.

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas, y él las secó con su pulgar. —Te amo, Kael— susurré, mi voz temblorosa por la emoción.

Me besó suavemente, el momento extendiéndose hacia la eternidad mientras el mundo a nuestro alrededor se desvanecía.

Los vítores crecieron en volumen cuando Kael me levantó en brazos, sus labios encontrando los míos en un beso que era a partes iguales pasión y promesa. El mundo a nuestro alrededor se desvaneció una vez más, dejándonos solo a nosotros dos en un momento que parecía infinito.

Este era nuestro comienzo. Nuestro para siempre.